



Rossana Colomé
Zumárraga

EL
Libro
de
Julieta

El Libro de Julieta

“..vuelvo con la esperanza abrumadora
y los fantasmas que llevé conmigo
y el arrabal de todos y el amigo
que estaba y no está ahora

todos estamos rotos pero enteros
diezmados por perdones y resabios
un poco más gastados y más sabios
más viejos y sinceros

vuelvo sin duelo y ha llovido tanto
en mi ausencia en mis calles en mi mundo
que me pierdo en los nombres y confundo
la lluvia con el llanto

vuelvo / quiero creer que estoy volviendo
con mi peor y mi mejor historia
conozco este camino de memoria
pero igual me sorprende.”

Mario Benedetti.

Prefacio

1994

Aquella tarde había llovido a cántaros. Me encontraba en la sala conversando con Salvador cuando el teléfono sonó. Me levanté y caminé hacia la pared de la cocina donde colgaba el aparato que seguía timbrando y descolgué.

—¿Diga?

—Julieta, tengo una sorpresa para ti, ¡acabo de terminar de armar tu libro! —gritó Alejandro al otro lado del teléfono—. Fue una tarea complicada y me llevó más tiempo de lo previsto, pero ha sido... —exhaló y por unos instantes se mantuvo en silencio, cosa que me hizo sentir algo ansiosa— ha sido más interesante de que lo que esperaba, necesito hablar contigo al respecto. ¿Cuándo vienes a recogerlo? —se apresuró a preguntar.

—Mañana sin falta —escuché un suspiro al otro lado de la línea— ¡A primera hora! —corregí mi respuesta esperando que fuera de su agrado. Alejandro rio al otro lado del teléfono, y de nuevo se quedó callado, sumido en un inquietante silencio. Lo imaginé frunciendo sus pobladas cejas mientras pasaba el dedo índice sobre el nacimiento de su cuero cabelludo, gesto que hacía cuando algo lo inquietaba—. Alex, ¿pasa algo?

—Julieta, yo... creo que he descubierto algo sumamente importante mientras leía tus escritos. Es necesario que hablemos, te estaré esperando mañana —dijo en tono más serio.

—Esperaba algo así —respondí hablando como para mí misma—, con un orden, quizá comprendería mejor lo que pasa en mis sueños y...

—No es algo que tenga que ver con tus sueños —me cortó en seco—. Me refiero a lo que creo que descubrí. Es aparte de lo de tus sueños, pero pienso que puede cambiar tu vida.

—Dime, ¿De qué se trata?

—No es algo que se pueda hablar por teléfono. Mañana que vengas lo hablamos en calma —No tenía idea de lo que hablaba, pero sentí una inmensa necesidad por saber lo que había descubierto y decidí no esperar ni un segundo más.

—Ahora mismo voy para allá. Y Alex, no tengo palabras para agradecerte esto que has hecho por mí.

—Fue un honor ayudarte y saber cuánto confías en mí. Ahora soy yo el que está en deuda —añadió. Sin demorar más en la despedida, colgué el teléfono y regresé al sofá donde se encontraba Salvador. El me miró a la expectativa.

—Necesito ir a casa de Alejandro, ¿Me llevas? —le dije sin dar una explicación. Salvador se levantó clavando sus hermosos ojos cafés dentro de los míos.

—¿Qué es tan importante?, ¿por qué tienes que ir hoy? —preguntó mirándome con cierto reproche—. Casi acabo de llegar, pensé que cenaríamos juntos. Quería hablarte sobre alguien que conocí y...

—Me lo cuentas en el camino —lo interrumpí en tono de súplica.

—Pero no me has respondido ¿por qué la prisa? ¿Qué pasa con Alejandro? —preguntó Salvador con las manos en los bolsillos de sus jeans.

—Me dijo que descubrió algo importante, algo que podría cambiarme la vida. ¿Vamos? —

pregunté caminando hacia mi bolso. Salvador caminó hacia mí y me abrazó—. Además, es mejor si manejas tú porque yo estoy algo nerviosa.

— ¡Lo que sea por la reina de mi vida! —dijo con tono dramático y me miró sonriendo. Aquella mirada llena de brillo se había convertido en el motor de mí existencia desde el día que él había llegado a mi vida. Lo besé en la mejilla y me solté de su abrazo para caminar hacia el armario en busca de mi paraguas. Salvador tomó las llaves de su coche y salió de la casa para esperarme. El sabía muy bien donde vivía Alejandro así que no necesité guiarlo. Salimos de Cuernavaca en dirección a Tepoztlán tomando la desviación por la carretera.

—Bueno, ¿y me contarás dónde descubrió algo Alejandro? —preguntó Salvador.

—El me está ayudando con mis sueños —respondí sin querer entrar en tanto detalle. Hacía unos años que había empezado a tener pesadillas recurrentes durante la noche y Salvador sabía cuánto me afectaban, era por esa razón que prefería no hablar de ellas con él—. Le di unos apuntes sobre ellos. Pero tú venías con intenciones de hablarme sobre algo —evadí el tema. Salvador me tomó la palabra sin poner oposición alguna y comenzó a hablarme. Su voz iba y venía formando oraciones y palabras sueltas con poco sentido, que se esfumaban dentro de mi cabeza, donde reinaba la voz de Alejandro como un eco repitiendo: “me refiero a lo que creo que descubrí. Es aparte de lo de tus sueños, pero pienso que puede cambiar tu vida...” ¿A qué se refería con eso de que “es aparte”?

—Estaba pensando que podríamos quedar de acuerdo y cenar un día todos juntos. ¿No crees? —preguntó Salvador. La pregunta me sobresaltó haciéndome sentir como una estudiante en el salón de clases que es descubierta conversando en vez de poner atención al maestro—. ¿Te parece?

—Sí, por supuesto que me encantaría —respondí mirándolo a la cara, quizá demasiado porque al notarlo se pasó los dedos por la mejilla como queriendo limpiarse algo. Desvié los ojos hacia mi ventana y miré las gotas pegadas al vidrio—. Ha llovido todo el día —dije con la intención de olvidar el tema de Salvador. Era mejor que en ese momento no me hablara de nada que fuera importante.

Al parecer la lluvia también había bañado la carretera y aunque en aquel momento solo era una simple llovizna, el asfalto se encontraba mojado y resbaloso. Un hombre que estaba parado en la carretera, movía las manos haciéndonos señas como para indicarnos que bajáramos la velocidad, los dos lo miramos. Salvador desaceleró por un instante. Un poco más adelante pudimos ver que un camión de carga se había salido de la carretera y se había estampado contra unos árboles a la orilla del camino, fue cuando Salvador pisó el freno de golpe y el coche patinó sobre el asfalto húmedo. En ese momento, un viejo árbol, contra el cual había chocado el camión, caía sobre la carretera. Salvador perdió el control del volante y el coche se dirigió hacia el árbol. Un chillido salió de mi garganta al darme cuenta de que nos estrellaríamos con él. Todo sucedió demasiado rápido, cuando abrí los ojos tenía el cuerpo entumecido y la cabeza me daba vueltas. Miré a mí alrededor tratando de ubicarme y entonces me encontré con algunas ramas que entraban en el automóvil por el parabrisas roto. El tablero aplastaba mi pecho y mis piernas estaban atrapadas debajo de él. Entonces, miré hacia Salvador temiendo por su estado. Sus ojos estaban cerrados y su rostro cubierto de sangre. Quise levantar la mano para limpiarle los ojos y la frente, quise gritar y llamarlo, pero no podía mover los brazos ni los labios, no podía despertarlo. Cerré los ojos arrepentida de haberlo llevado conmigo, de no haberme quedado en casa con él para escucharlo. Lo que me quería decir Alejandro, en ese momento dejó de ser importante, y lloré afligida. En aquel momento desesperado nada podía hacer por Salvador, sólo me quedaba rezar y pedirle a mi Dios que lo ayudara a él, “llévame a mí, pero Salvador tiene que vivir” repetía

dentro de mí.

La vida es como la llama de una vela encendida, cuando ésta se apague esa llama desaparecerá para siempre, pero cuando la vela se vuelva a encender, una llama nueva la iluminará. No se acaba, solamente se apaga.

REGINA

Era finales de verano del año 2017, había terminado el bachillerato y decidí continuar con mis estudios universitarios en el Distrito Federal. Dado que las oportunidades de trabajo son mejores ahí, mi hermano Manuel y Bernardo, quien era su mejor amigo y mi novio, se habían marchado hacía ya cinco años, a vivir allí. Desde aquel momento ya pensábamos en la idea de que yo también me fuera a estudiar la carrera, sobretodo porque estarían ellos para cuidarme. Sé que existen muchachas de mi edad capaces de enfrentar la vida solas en el D.F., pero yo no fui criada para eso. Cuando miraba mi reflejo en el espejo de mi habitación, no sólo veía a una chica menuda y rubia de mediana estatura y ojos cafés, veía a mis padres... y a Bernardo. No me concebía sola por mí misma.

Mi historia con Bernardo estaba lejos de una novela romántica. Nos conocíamos de toda la vida y siempre lo consideré casi como un familiar. Pero crecimos y comenzó a buscarme y luego a celarme, aunque en un principio los había tomado como celos de hermano, pero cuando me confesó que se había enamorado de mí, me sentí muy mal; lo quería, pero no en ese sentido y no era mi intención lastimarlo. Por cariño a él e inducida por mi madre, comencé a aceptar sus invitaciones y traté de verlo de una forma distinta. En un principio fue difícil, pero siempre había pensado que la mujer que él eligiera como esposa sería muy afortunada. Claro que no pensaba en la posibilidad de que me considerara en ese sentido y cuando lo hizo también quise amarlo y corresponderle con el mismo interés que mostraba por mí. Como yo esperaba, Bernardo se convirtió en un novio maravilloso, comprensivo y amoroso, no me fue difícil empezar a sentir un cariño especial hacia él y como nunca antes me había enamorado, supuse que lo que había entre nosotros era verdadero amor.

Antes de tomar la decisión de vivir en el D.F., hice prometer tanto a mi hermano como a Bernardo que ambos me ayudarían a establecer en la ciudad. Poco antes de mi llegada, decidieron cambiarse a otro departamento más amplio, con tres habitaciones, y cercano a la universidad donde yo estudiaría. En realidad, mis padres no sabían que viviríamos los tres juntos, ellos nunca lo hubieran permitido. Pero el costo de la renta y los servicios bajaba muchísimo si se dividía entre más, así que optamos por hacerlo y evitarles el disgusto a mis padres. “Será nuestro secreto”, había dicho Manuel en voz baja después de plantearme la situación. Los consentimientos y promesas de apoyo de mi hermano y Bernardo me habían dado la seguridad necesaria para animarme a dejar la provincia y emprender una vida nueva en la gran ciudad. Nunca había sido una persona valiente y no estaba acostumbrada a enfrentar la vida sola, prácticamente no había salido de Cuautla y mi mundo se limitaba a mi familia, vecinos y amigos de escuela.

Mis padres no fueron quienes me llevaron al D.F., Manuel pensaba que no sería lo más conveniente si queríamos mantener en secreto lo del departamento. Así que el último fin de semana de las vacaciones de verano empaqué mis cosas y llenamos el coche de mi hermano con ellas para mi mudanza.

—Obedece a tu hermano —me dijo mamá después de darme el abrazo de despedida—, y tu Manuel, no descuides a tu hermana, vigila que no pase tiempo sola en el departamento con Bernardo, y Regina, nada de estar visitándolo si no está tu hermano —sentenció mamá. A mis

padres les habíamos dicho que habíamos conseguido departamentos en el mismo complejo—. ¡Quien quita la ocasión, quita el pecado! —dijo levantando el dedo índice. Manuel sonrió negando con la cabeza y subió en el coche.

—Haberlo pensado antes de permitir que se muden al edificio de Bernardo —dijo papá con desaprobación y metió las manos en los bolsillos de su pantalón café haciendo una mueca de resignación, mientras se balanceaba levantando la punta de los pies—. Y también el haber permitido esta locura de Regina por irse a vivir a otra parte... —continuó mientras negaba con la cabeza y levantaba los hombros. Papá siempre se había opuesto a mi interés por estudiar fuera de Cuautla.

—¡Hay ya papá! —me quejé—, creo que merezco algo de confianza —le dije dándole abrazo y enseguida subí en el automóvil.

—Sobre lo que dijo mamá —comentó Manuel mirándome de reojo apenas dejamos la casa—, aplica para sus habitaciones —lo miré un poco molesta.

—Pensé que papá y mamá se quedaban en casa —Manuel levantó las cejas mordiéndose el labio inferior.

—Ellos te han permitido venir porque confían que yo estaré pendiente de ti y no pienso defraudarlos —se encogió de hombros—. Lo único que te pido es respeto y que te comportes como siempre lo has hecho —después de decir esto me sonrió. Le devolví la sonrisa y encendí el estéreo del coche. Bernardo había tenido que irse antes de Cuautla por cuestiones de trabajo, así que él había prometido hacerse cargo de preparar el departamento para mi llegada. Al mediodía del sábado nos encontrábamos los tres reunidos en el umbral de mi nuevo hogar. Se trataba de un lugar sencillo en Coyoacán, el departamento constaba con un pequeño recibidor con una mesa alta pegada a la pared, sin espejo, y con una pila de papeles majados por las llaves de Bernardo. Más adelante, a la izquierda, estaba la sala de imitación de piel color chocolate y una mesa cuadrada también de piel, sin adornos ni lámparas. Dos fotografías de la ciudad de noche era lo único que le daba vida a aquel lugar. A la derecha estaba el comedor, con una mesa para seis que hacía juego con la sala, al centro de la mesa, un frutero de cerámica rústica, que mi abuela le había regalado a Manuel cuando se vino a vivir aquí para que no se olvidara de su tierra, me dio ternura ver que lo usaba, aunque no pegara en nada con el estilo. Al fondo, estaba la barra que dividía la cocina del comedor, sobre ésta, había dos cavas con vinos y otras botellas. A la par con la cocina, había un pequeño balcón que correspondía al área de lavado y un baño completo, el cual compartirían Bernardo y Manuel. Manuel era quien había ocupado el cuarto más grande junto al baño, la primera puerta de lado derecho, correspondía a la habitación de Bernardo y la del fondo y más pequeña, era la mía. No me importó el tamaño, ya que era la que contaba con un baño interior. Sobre mi cama, Bernardo había dejado un ramo de rosas rojas y una tarjeta de bienvenida.

Y ese fue el comienzo de mi vida en compañía de mis dos custodios, Manuel un hombre fuerte de estatura media, piel blanca, cabello castaño y los ojos del verde que siempre quise tener, y Bernardo, un moreno de estatura impresionante y labios carnosos. Mis ángeles guardianes, no me dejaron sola ni para desempacar mis cosas, que a duras penas alcanzaron en el closet de pared. Manuel encontró una lata grande, donde metió las rosas de Bernardo y las colocó sobre la mesa del recibidor de la entrada. Bernardo terminó por cederme una parte de su closet para acomodar abrigos y cosas de frío que todavía no iban a servirme y mi hermano se encargó de encontrar sitio para mis maletas. La cocina estaba casi vacía, no sólo de víveres sino también de platos, vasos, cubiertos y sartenes. Decidimos que sería urgente una visita al supermercado después de almorzar.

Aquel día de mi llegada, salimos a comer a la zona de la Condesa para celebrar mi unión con

ellos en la ciudad. Bernardo escogió el Creperie de la Paix, un restaurante de crepas, su favorito. El lugar era agradable y acogedor, se encontraba en una esquina desde donde se podía contemplar el cruce de calles y demás restaurantes cercanos, gente que caminaba sobre la banqueta, coches, taxis, en fin. Escogí una mesa para tres muy cerca de la entrada, en el exterior, desde aquel sitio podía disfrutar de la vista, coches y peatones que andaban por aquella concurrida zona.

—Siempre que lo necesites, toma taxi de sitio, nunca te subas en los que se encuentran a mitad de la calle — dijo Bernardo señalando con el índice hacia la calle—, regla número uno—. El uber tampoco me da confianza...

—Y no bebas de esas botellas de agua que te ofrecen apenas subes.

—Ah sí, eso nunca —señaló Bernardo—, y no te subas al coche de gente que apenas conoces, de verdad no sabes con qué cosa te pueden salir. Regla número dos.

—Eso aplica para las casas, no entres a la casa de alguien que acabas de conocer —señaló Manuel.

—Y si vas a tomar alcohol, mejor que sea una cerveza que abran en tu cara.

—Mejor no tomes —dijo Manuel—. Y no comas en puestos de la calle.

— ¿En verdad hay que tomar tantas medidas? —los miré perpleja. Fue una comida agradable a pesar de los consejos. Lo mejor vino cuando empezaron a contarme anécdotas de su vida allí; algunas eran nuevas y otras ya la había escuchado antes. No sé si fue el cansancio o mi poca participación en la plática, pero dejé de prestarles atención y por unos minutos me sentí sumergida en aquel escenario lleno de gente, voces y olores, al cual era completamente ajena. Quizá fue una voz o el ruido fuerte de algún vaso chocando con otro, pero algo me devolvió a aquel sitio y me obligó a mover la cabeza y buscar, tenía la sensación de haber escuchado que me llamaban por mi nombre. Mi mirada paró de repente en un par de ojos azules que me observaban con descaro y que, al haber sido descubiertos por los míos, se movieron esquivándome. El hombre, que ya no me miraba, en ese momento se mostraba atento a lo que una mujer le decía. Estaban sentados en una mesa esquinada, al fondo del local. Parecía que discutían. Mi atención quedó atrapada en aquella escena y no precisamente por la discusión, sino por el hombre. El más atractivo que hubiera visto en mi vida, fuera de una pantalla. Sus ojos, de mirada dulce, me inquietaban de una manera que no comprendía. Vestía con una camisa rosa pálido y tenía los puños arremangados hasta casi la altura del codo. La piel de su rostro era ligeramente rosada y sus labios rojos, el pelo castaño oscuro perfectamente peinado y acomodado, algo ya poco común en la gente joven de la ciudad. Aunque vestía de forma ligera, tenía una figura impecable. Me impresionó tanto que me olvidé de mi mesa. Por unos segundos, deseé con todas mis fuerzas que él también me mirara, saber que era consciente que yo estaba ahí y que me había fijado en él. Sonreí por lo bajo comprendiendo lo absurdo y tonto de mi pensamiento y me mordí el labio apenada, entonces, el hombre movió la cabeza en dirección a mí y sus ojos se clavaron en los míos. Tragué saliva y me quedé helada al mirarlo. La mujer en su mesa, se movió bruscamente levantándose de su silla, los dos la miramos y el hombre la tomó de la mano obligándola a sentarse. Bajé el rostro avergonzada, sintiéndome algo culpable; y prometí no volver a mirar en aquella dirección. El resto de la comida fue algo incómodo, me costaba seguir el hilo de la plática y era una tortura evitar mirarlo. Por ratos miraba a Bernardo y recordaba cuánto nos queríamos, pero ese bálsamo duraba sólo unos segundos, porque sin darme cuenta, de nuevo me encontraba con la mirada del extraño de la esquina.

—Vamos Regina, ya pagué —dijo mi hermano mientras se levantaba. Entonces me puse de pie y desvié los ojos hacia aquel hombre por última vez. Allí continuaba la discusión. El me miró por debajo de las pestañas. La mujer que lo acompañaba se levantó de la mesa y comenzó a caminar hacia mí. El dejó de mirarme para ir detrás de ella y la tomó por el brazo, pero ella se zafó

bruscamente y continuó en mi dirección, lo que me hizo sentir nerviosa y moverme para esconderme detrás de mi hermano. Pasaron junto a nosotros, ella miraba hacia la calle, tenía los ojos rojos y lagrimosos y apretaba los labios. El la llamaba y de vez en cuando alargaba el brazo intentando tocarla. Los dos me empujaron accidentalmente, gracias a eso, los dedos de él rozaron mi brazo y pude sentir el olor de su perfume y escuchar su voz en un “lo siento” sin mirarme. El continuó persiguiéndola hacia fuera de la crepería.

—¡Vamos Regina! —gritó Bernardo que se encontraba ya en la calle, sosteniendo la puerta del taxi al que subiríamos. Agradecí que ellos hubieran estado lejos de mí en aquel momento. Ya sentada en el asiento trasero, miré discretamente hacia atrás para mirarlo por última vez, discutían parados en la calle. Mientras me alejaba en el taxi, tuve una sensación rara, como si me estuviera despidiendo de un ser querido y extrañamente me sentí triste al saber que nunca más lo volvería a ver.

Ya acostada en la noche, recordé la escena del restaurante de crepas, jamás había sentido esa sensación de curiosidad por una persona extraña. Sí, me sentía infiel con Bernardo, pero no podía sacarme de la cabeza la mirada de aquel extraño. Su voz en ese “lo siento” comenzaba a deformarse volviéndose un susurro, pronto la olvidaría por completo. Aquella noche soñé con el hombre de la crepería por primera vez. Hacía un par de años que había comenzado a tener sueños muy vívidos y recurrentes, sueños que me hacían sentir inquieta cuando despertaba. Y en mis sueños, rara vez podía ver las caras. En aquel sueño, la escena tenía poca importancia, *era de noche, como sucede en la mayoría de mis sueños, y caminaba por la calle tomada de la mano de un hombre. Ya lo había soñado antes, pero esta vez lo miré y su rostro era el del extraño del restaurante. El me abrazaba y me besaba y yo me sentía enamorada de él, aquel amor y el gozo que sentía parecían reales. Luego, fue cómo si pudiera separarme de mi cuerpo y comencé a ver la escena desde otro ángulo. La muchacha que caminaba en la calle seguía siendo yo, estaba segura de eso, aunque lucía diferente. Era como si estuviera viendo una película de la escena y desde donde miraba me sentía angustiada, algo me apretaba el corazón, pero no lograba entender por qué ya que todo parecía estar bien en aquel momento. Quería evitar que continuásemos caminando, pero no podía hacerlo. En eso escuché el sonido de unas llantas de coche sobre el asfalto y de nuevo regresé al cuerpo de la muchacha en la calle, otra vez me volvía parte vívida de la escena. Giré la cabeza para mirar el coche que se acercaba y los faros delanteros me cegaron. El coche frenó de golpe junto de mí y un hombre se bajó insultándonos mientras el extraño del restaurante trataba de protegerme, entonces me desperté angustiada. Aunque estaba despierta, todavía sentía pánico y lloraba. Me levanté de la cama y fui hacia el baño para lavarme la cara, de regreso me tiré de lado sobre el colchón y doble la cintura para poder abrazar mis piernas. Traté de olvidar mi sueño y para distraerme recordé lo dulce de la mirada del extraño del restaurante, traté de adivinar de qué se trataba su discusión con la mujer, pensé en los nombres que pegaban más con su rostro. Me dormí de nuevo y otra vez soñé. Estaba en un jardín como una pradera, tenía un vestido largo y de color claro. Un hombre estaba conmigo, él me abrazaba y besaba. Entonces movía el rostro apartándome y mi mirada quedaba atrapada en un hoyo sobre la tela de la falda de mi vestido, haciéndome sentir avergonzada, entonces movía las piernas buscando la manera de esconderlo y me daba cuenta que la tela tenía más huecos, el vestido estaba roto y desgastado... igual a como tantas veces antes había soñado. Aquel era uno de mis sueños más repetitivos. El hombre que me acompañaba tenía el cabello largo y vestía con una chaqueta de terciopelo rojo y botones dorados. Mi inclinaba sobre una manta en el suelo, donde había dos niños acostados, y tomaba el borde de la manta con la que tallaba una mancha en el vestido, luchando desesperada por quitarla. El hombre se*

inclinaba junto a mí y lo miraba nerviosa y avergonzada. Nunca le había visto la cara, porque ese era el momento donde despertaba de mi pesadilla, pero en esa ocasión pude mirar su rostro por primera vez. Su mirada, era la del desconocido del restaurante, azul y profunda. El me miraba con ternura y levantaba la mano, estaba a punto de tocarme cuando desperté. Abrí los ojos contenta a pesar de que no hubo contacto por qué sentía que amaba al hombre de mi sueño. Desperté de mejor humor.

Sentados en la mesa, desayunaban Manuel y Bernardo. Al verlos, me paré en seco frente a ellos recordando que todo había sido un sueño, en realidad nunca había estado con aquel hombre del restaurante. Me sentí un poco decepcionada y recordé que al que amaba era a Bernardo y me acerqué a él para darle un beso en la mejilla. Me sentí como un Judas porque toda la noche había soñado con otro hombre. ¿Cómo me había dejado impresionar de esa manera? Ni siquiera lo conocía y lo más probable es que nunca más volviera a verlo. Lo peor es que a partir de ese momento, todos los sueños repetidos que me atormentaban adquirieron un nuevo rostro, el del desconocido del restaurante.

—Bueno bella durmiente, a ver si pones tu despertador más temprano —se quejó Manuel mirando su reloj y continuó—, tenemos veinte minutos si queremos salir a tiempo —se levantó de la mesa y lavó sus cosas en el fregadero.

—Apúrate con el desayuno —dijo Bernardo que se había levantado para darme un plato para cereal y una cuchara—. ¿Café?, Manuel puso suficiente para los tres.

—Todavía estamos a tiempo ¿no?

—Hay mucho tráfico por la mañana nena —apuntó Bernardo—, además primer día de clases en la UNAM —tamborileo con los dedos en la mesa y Manuel chifló para acompañarlo. Sonreí. El primer día de escuela, Manuel y Bernardo me acompañarían. En realidad, hubiera preferido llegar sola, pero ellos habían insistido en que la UNAM era demasiado grande y se veían tan emocionados con la idea, que no quise decepcionarlos.

En realidad, la universidad era enorme, tenía varios edificios y estacionamientos, canchas, auditorios, pasillos, en fin. Después de ubicar mi nombre en las listas que se habían colocado afuera del auditorio, me despedí de mis custodios y caminé entre los demás estudiantes hasta llegar al edificio de psicología. Para mi buena suerte, predominaban las mujeres en el salón de clases, eso me hizo más fácil acercarme a conocerlas. Muchos de mis compañeros eran muchachos de otras ciudades que habían venido a estudiar la carrera y como yo, vivían con algún familiar o amigo. No me fue difícil relacionarme y desde los primeros días pude conseguir buen grupo de estudio.

Aquel primer año pasó volando. La escuela, estudios, nuevos amigos, y eso sin tomar en cuenta un departamento que decorar, paseos, antros, el tráfico y una ciudad grande y hermosa. Volví a Cuautla sólo tres veces durante el año, para muertos, para noche buena y para semana santa. Consideraba justo pasar ahí mis vacaciones de verano, y ver de nuevo a la familia y amigos. Bernardo fue quien me ayudó a empacar y me llevó en su coche de regreso a Cuautla. El estaría yendo y viniendo pues no podía tomarse vacaciones en el trabajo.

Aprovecharía el tiempo libre para estar con mis padres y mis amigos de la infancia. Una semana después de estar en Cuautla, Mili, mi mejor amiga, me invitó a una excursión a Tepoztlán con sus nuevos amigos de la universidad. Me hubiera negado a ir, pero aquel era su lugar favorito y ella no aceptaría una negativa de mi parte. Después de todo, no era tan mala idea visitar Tepoztlán, un pequeño poblado a media hora de Cuautla, en verdad un pueblo precioso y acogedor, lleno de leyendas y cuentos. Mili dice que allí viven hadas y duendes y que varias veces han sido visitados por extraterrestres y otras presencias del cielo y del inframundo. También dice

que mucha gente de la república y de otras partes del mundo va en busca de brujos, adivinos y chamanes para que les lean el futuro o les hagan algún “trabajito” o les vendan amuletos; y que otros como los yoguis van para cargarse de energía. Pero la verdad es que siempre he creído que existen muchos charlatanes que les gusta aprovecharse de gente como Mili, juegan con su mente y les hacen creer cosas sólo para llamar la atención y ganar dinero. En general siempre había sido incrédula con respecto a lo sobrenatural.

—Regina, no puedes negar que aquí se siente una energía diferente —dijo Mili tratando de convencerme de que Tepoztlán era un lugar místico, mientras caminábamos hacia la plaza principal—. Este de verdad es un pueblo mágico —continuó. En general, el grupo con el que fui estaba muy emocionado con el tema de la energía y los adivinos, pero yo prefería ver a Tepoztlán como lo que realmente era, un pueblito pintoresco con belleza natural y con magníficos artesanos.

—La verdad es que no siento nada especial —dije mientras me encogía de hombros, a lo que Mili respondió con una mueca que mostraba desaprobación—. Mira, el pueblo es precioso, pero pienso que los habitantes han usado ese tema para atraer al turismo y aumentar su economía.

—Te llevaré a que te lean la mano, verás cómo después de la visita al brujo te convences.

—No sé si quiero usar mi dinero en eso —respondí desanimada y continuamos nuestro paseo por el pueblo con el resto del grupo hasta llegar a la plaza. Desde ahí se podía admirar la sierra de montañas volcánicas cubiertas de verde y que envuelven una parte del pueblo a muy corta distancia, haciéndolo más hermoso.

Aquella mañana, por ser fin de semana, se había levantado un tianguis que ocupaba gran parte de la plaza central. Parecía una fiesta llena de gente, voces, música y los colores de los toldos de los puestos. Varios nos detuvimos ahí entre los puestos, donde se vendían objetos muy peculiares, entre lo más común que se podía encontrar había cuarzos y otras piedras minerales, estatuillas de duendes y ángeles, máscara y caretas, alarjes, velas aromáticas, inciensos y amuletos. Nada me llamaba la atención por su significado síquico o paranormal, pero había un puesto donde vendían aretes y pulseras hechas con cuarzos, los diseños eran muy originales y bonitos, así que me acerqué para mirar y tomé un par de aretes que me gustó. A mi lado se paró un hombre e instintivamente giré la cabeza para mirarlo. Era viejo y me miraba de forma extraña. En un principio pensé que me confundía con otra persona, luego le sonreí pensando que quizá nos conociamos, pero no lo recordaba. Segura de no haber visto nunca esa cara, giré nerviosa dándole la espalda y fingiendo interés en otros objetos del puesto, mientras buscaba a Mili con la mirada.

—Las amatistas quedan muy bien con tus ojos —dijo mientras me entregaba un par de aretes de piedras color violeta, lo miré extrañada—. Además, te van a ayudar, no sólo son buenas para la memoria, si las usas aumentarán tu valor, también te ayudarán para calmar tus tormentas emocionales —al escuchar hacia dónde iban sus consejos, levanté las palmas de las manos en señal de alto con la intención de interrumpirlo y sonreí.

—Con todo respeto señor, yo no creo en eso. Si compro los aretes sólo va a ser porque me gustaron y no porque espero que causen un efecto en mi vida —expliqué.

—Yo tampoco creía en esto, pero viviendo aquí me he dado cuenta que existen otras cosas en éste mundo, cosas difíciles de creer. Pero permíteme que te diga algo que sé: dentro de poco vas a recibir una propuesta que aceptarás, ésta va a cambiar tu vida y no de la manera que esperas —al escucharlo sonreí y giré la cabeza para evitar que continúe hablando, pero se inclinó para continuar hablándome al oído—. Vas a tener muchas distracciones, pero debes ser fuerte y mantener a flote tu espíritu —lo miré de reojo mordéndome el labio inferior, evitando así decir algo que pudiera considerarse falta de respeto hacia un anciano, entonces concluyó diciendo—: vas a tomar una decisión que cambiará tu vida y el sentido de ésta.

—Eso podría aplicarlo a la vida de cualquier persona que se encuentre en éste lugar, todos recibimos propuestas a lo largo de nuestra vida y son las decisiones que tomamos las que nos hacen cambiar el rumbo —repliqué con incredulidad a sus palabras. El rozó con sus dedos el costado de mi sien y dijo con voz serena:

—Disculpa que insista, pero ésta no es tu primera oportunidad. Cuando entiendas a qué me refiero, búscame —sacó una tarjeta de la bolsa de su camisa y me la entregó—, o si prefieres puedes venir a verme —dijo señalando con el dedo un local que se encontraba enfrente de aquel puesto—. Sé que me vas a buscar y yo te voy a estar esperando —inspiró y comenzó a caminar alejándose de mí. Mientras lo miraba alejarse me pareció reconocer su forma de andar y tuve la impresión de que ya lo había visto antes, aunque todavía no recordaba donde. Algo en mi interior me incitó a hablarle.

—¿Cómo que no es mi primera oportunidad, a qué se refiere? ¿Por qué cree que le voy a llamar? —al escucharme se detuvo y me miró sonriendo, entonces dejé los aretes y caminé hacia él.

—Yo también he tenido sueños y ya he soñado contigo —dijo con voz profunda. Al escucharlo sentí miedo de que tuviera algo de cierto lo que él decía y también un poco de curiosidad. Un grupo de turistas caminó entre nosotros separándonos, me perdí entre ellos y cuando miré a mí alrededor, el anciano ya había desaparecido entre la gente de la plaza. Continué buscando su cabeza blanca, pero el viejo se había esfumado entre la gente. Entonces vi que algunos de mi grupo seguían, como yo, en las compras. Otros del grupo se habían sentado a tomar un helado y otros habían desaparecido de mi vista. Al no encontrar al anciano me puse ansiosa, hasta que pensé que podía ser una broma de Mili, era típico de ella hacer cualquier cosa con tal de convencerme de que tenía la razón. Pero lo de mis sueños era algo que nunca había comentado con nadie.

De hecho, durante aquel último año, mis sueños se habían vuelto más frecuentes e inquietantes. El muchacho del restaurante se había vuelto protagonista de algunos, aunque gracias a Dios, las últimas veces no había podido verle el rostro, quizá porque ya lo estaba olvidado.

Sin leer la tarjeta del anciano, la doble y la guardé dentro de un cierre interno de mi bolsa de mano, decidí que no le daría mayor importancia a aquel acontecimiento. Así que el resto del día la pasé a gusto en aquel lugar y evité que Mili me convenciera para la lectura de mano.

Las semanas de verano pasaron rápido en Cuautla, Manuel y Bernardo iban y venían tratando de pasar los fines de semana en la calmada ciudad. A pesar de que no me faltaban actividades, terminaba extrañándolos en los lapsos que se ausentaban por mucho tiempo, y me emocionaba cuando sabía que venían de vuelta. A pocos días de mi regreso al distrito para reanudar mis estudios, Bernardo me invitó a cenar a la casa de sus padres, que es donde él se alojaba cuando venía a Cuautla.

Al entrar en su casa, me llamó la atención la cantidad de velas y flores que adornaban el camino de la entrada hasta la terraza trasera, donde había colocado una mesa con mantel blanco para dos personas. Una cena romántica, con música de fondo, copas y vajilla de porcelana.

—¿Y tus padres? —pregunté todavía de pie junto a la mesa, mirando hacia el silencioso interior de la casa.

—No están —respondió Bernardo y movió una silla para que me sentara—, ésta noche yo seré tu mesero también —dijo guiñándome el ojo. Me senté y dejé que colocara la servilleta de tela sobre mis piernas—. ¿Vino o agua?

—Los dos —respondí. En realidad, me sentía un poco desconcertada por aquella cena que parecía especial—. ¿Celebramos algo? —él me miró de reojo y sonrió levemente, luego se sirvió

vino y se sentó en la mesa.

—Nena —dijo levantando su copa, levanté la mía—, brindemos por el futuro y por nosotros... y por Querétaro —anunció lentamente.

—¿Querétaro!? —pregunté asombrada. El sonrió de forma condescendiente. Hacia unas semanas me había hablado de un trabajo en esa ciudad, pero nunca lo creí como algo real y cercano. Tragué saliva tratando de digerir la posibilidad de separarnos—. No me digas que ésta es una cena de despedida, ¿Te vas a Querétaro?! —pregunté preocupada y con lágrimas en los ojos.

—No y si —respondió alargando su mano para tocar las mías—. Es una cena para celebrar muchas cosas, entre ellas que me han ofrecido el puesto en Querétaro. Es necesario que me presente pasado mañana.

—¡No puedes irte así! —dije mostrándome un poco desesperada, él se movió para acercarse a mí.

—Ya te había hablado de ese trabajo y cuánto mi interesaba. La separación será por poco tiempo...

—Me dejarás sola en el D.F.

—Manuel se quedará contigo.

—Es que... —comprendí que me había dejado llevar por un momento de pánico y exhalé rendida. Yo sabía que eso era bueno para él—. Ya no será lo mismo —dije antes de levantarme para abrazarlo.

—Regina, no quiero despedirme de ti, sabes cuánto te amo —dijo separándose de él y se hincó sobre su rodilla, luego sacó una cajita negra de su pantalón y con mucho cuidado la abrió mostrando un anillo de una sola piedra. Bernardo sacó el anillo de la caja y luego tomó mi mano para colocarlo en mi dedo anular, la piedra en el anillo brilló orgullosa—. ¿Quieres casarte conmigo?

—¡Sí! —contesté mirando el anillo. Bernardo se puso de pie y me besó, segundos después entró un mariachi tocando “Si nos dejan” y Manuel con ellos.

—¡Hermano! —gritó feliz dándole un abrazo a Bernardo y después se volteó hacia mí para darme un beso en la mejilla—. ¡Enhorabuena buena Regi!

—¡Salud! —dijo Bernardo tendiéndole una copa con vino a Manuel y los tres brindamos.

—¿Y has pensado en alguna fecha?, me refiero a la boda —pregunté—. ¿Y qué va a pasar con mi universidad?, yo quisiera seguir estudiando ahí, ¿o es que habías pensado que continuara en Querétaro? —él sonrió y miró hacia arriba mientras me abrazaba contra su pecho—. En verdad quiero continuar estudiando y graduarme como sicóloga.

—Si lo sé nena, siempre pensé que tu carrera podía ser una preocupación para ti, pero no te preocupes por eso, lo último que quiero es que pienses en mí como un obstáculo para tu realización. No tengo prisa ni quiero presionarte, en el transcurso de éste año podemos ir planeando la fecha y cuando estemos casados tú podrías seguir estudiando en el D.F., viviendo con Manuel —dijo señalándolo con la copa en la mano y éste me guiñó el ojo—; no quiero que las cosas cambien mucho.

—Pero tú no estarás... —dije con tristeza—. No sé si podré sin ti —Manuel me miro incrédulo.

—No dramáticas Regi, yo estaré contigo —replicó. Negué con la cabeza y él levantó los brazos en protesta— ¡Regina!

—¿Cómo que no sabes si podrás? —preguntó Bernardo tomándome por los hombros—. Regina, dime que le acabo de pedir la mano a una mujer hecha y derecha, capaz de cuidarse a sí

misma, y que más adelante cuidará de mis hijos.

—Si —respondí con poco entusiasmo y me beso en los labios.

—Bueno pues los dejo tórtolos —dijo Manuel y se llevó con él al Mariachi.

—Ya he hablado con Manuel al respecto, él se quedará contigo. Y los fines de semana pienso regresar a México y ocupar mi habitación. Ni siquiera me llevaré todas mis cosas y seguiré pagando mi parte proporcional de la renta —explicó Bernardo.

—Que bien, parece que lo tienes todo resuelto —dije sonriendo levemente y queriendo mostrar más alegría de la que sentía en aquel momento.

—Gracias por tu apoyo —dijo con una mirada sincera y me abrazó—. Ya verás que todo es más fácil de lo que parece.

Bernardo me llevó de regreso a casa y en cuanto entré a la sala, bajaron mis padres que ya sabían de la pedida de mano y me esperaban para que les contara. Me sentía muy contenta y orgullosa de que a mis veinte años ya fuera una chica comprometida. Esto me hacía sentir que me había convertido en una mujer de verdad, no como muchas de mis amigas que todavía estaban pensando en conocer más gente y en ir de fiesta en fiesta. En cambio, yo, tenía la madurez para ser una esposa y para comprometerme a realizar el paso más importante de mi vida. Además, nada haría más felices a mis padres y hermano que saber que mi futuro marido sería Bernardo. Esta boda era lo que todos deseaban. “El anillo es precioso” dijo mi madre sin despegar lo ojos de él, “Bernardo es un buen hombre, te cuidará bien” dijo mi padre cuando me abrazó para felicitar-me.

Esa noche, cuando me acosté, recordé al anciano de Tepoztlán. Como él me había dicho, recibí una propuesta y la acepté. Una gran coincidencia, faltaba ver a qué se refería al decir que esto cambiaría mi vida. Pero, ¿por qué pensar en el anciano?, él no podía saber nada sobre mí ni sobre mi futuro. Y menos podía saber sobre los sueños que me atormentaban, de los que no había hablado con nadie, ¿cómo pudo saber sobre ellos entonces?, ¿realmente puede existir gente que vea más allá que el resto de las personas comunes y corrientes? —. Tonterías —dije en voz baja y cerré los ojos tratando de poner mi mente en blanco y un rato después me dormí. Aquella noche soñé con el anciano: *era la misma escena que había vivido antes, yo estaba parada frente a un puesto de la plaza de Tepoztlán, cuando él me habló:*

—*Me vas a llamar, yo sé que vas a necesitar de mi ayuda —entonces lo miré y me fijé que se convertía en un hombre joven. Sentí un dolor en el pecho que me obligó a doblarme y comencé a llorar—. Arregla tu vida y vuelve cuando tú quieras —me dijo, levanté los ojos y lo miré. Aunque lucía joven estaba segura de que era el anciano de Tepoztlán.* El sonido de mi celular me despertó, era Bernardo que llamaba para despedirse antes de salir a carretera. Días después Manuel y yo también empacamos nuestras cosas y tomamos la carretera rumbo a la capital. Las vacaciones habían terminado, era momento de regresar al D.F. para continuar con el tercer semestre de mi carrera.

La universidad comenzó y mi vida volvió a su antiguo ritmo con la excepción de que sólo podría ver a Bernardo los fines de semana. En cambio, la escuela parecía más interesante que el año anterior, en especial por un taller que trataba sobre los sueños y el estado de vigilia. El doctor Trejo fue quien se presentó en el salón de clase como el maestro que nos impartiría aquella materia. El era un hombre de unos cuarenta y cinco años y tenía cara agradable a pesar de la cicatriz en su rostro, la cual bajaba de su ceja izquierda y cruzaba sobre su pómulo hasta la mejilla. Desde el primer día de clases nos caímos muy bien y me volví la alumna más aplicada e interesada en su materia. Llevábamos un mes de escuela cuando un día me llamó para que fuera a hablar con él después de clases. Así que al final del día me presenté con una de las secretarías que se encontraban en la recepción de las oficinas.

—Busco al doctor Trejo —le dije.

—Un momento por favor —contestó mientras levantaba la bocina del conmutador y preguntó por él—. ¿Quieres sentarte?, en un momento sale el doctor. Me senté y tomé un boletín estudiantil que había sobre la mesa de la sala de espera; repasaba el contenido con la mirada cuando se abrió una puerta y salió el doctor.

—Hola Regina —saludó mientras señalaba con el dedo índice hacia un cubículo con paredes de vidrio—, ahí podemos hablar —caminé hacia aquel pequeño cuartito con un escritorio, una silla principal y otras dos colocadas al frente—. Toma asiento —dijo tocando el respaldo de una de las sillas y él se sentó en la otra—. Te llamé porque hay algo que quiero proponerte. He visto que sabes sobre lo relacionado con mi materia. Estoy haciendo un ensayo sobre los sueños y los estados de vigilia de la mente, otros dos doctores están colaborando conmigo, pero la verdad es que los tres estamos muy ocupados y casi no tenemos tiempo, necesitamos que alguien interesado y que sepa del tema nos ayude a recaudar información sobre ciertos puntos. También que nos pase los borradores a Word, que haga correcciones ortográficas y todo eso. Habíamos pensado contratar a una secretaria, pero en verdad es importante que sepa del tema y se involucre. Además de que se trata de un trabajo esporádico y a destiempo —el doctor hizo una pausa como pensativo y se rascó la cabeza—. Entonces pensé que quizá alguno de mis alumnos pudiera querer colaborar con nosotros. No como secretaria —dijo mirándome de nuevo—, en realidad no sería un trabajo Regina; mira, al finalizar el taller, mis alumnos me entregan un ensayo basándose en su investigación durante el curso. Si tú nos ayudaras con esto, lo que trabajes conmigo podría tomarlo en cuenta como trabajo final.

—¿Me pide que los ayude en la investigación?

—Eres la primera alumna que se me ocurrió —respondió encogiéndose de hombros—. He visto que sabes algo del tema y eres la que más te interesas en mi clase. No es necesario que respondas ahora, piénsalo. Pero si necesito que me resuelvas ésta semana porque estamos trabajando contra reloj.

—¿Pensarlo? —pregunté con incredulidad—. Su materia me fascina y el funcionamiento del cerebro mientras dormimos es un tema que me interesa mucho; no sabe que privilegio sería para mí, trabajar en esto con ustedes. Por supuesto que acepto y le agradezco muchísimo que haya pensado en mí.

—¿Es en serio que aceptas? Regina, ¿trabajarás con nosotros? —preguntó sonriendo—. La paga no es gran cosa —dijo con una mirada de advertencia, a lo que respondí sonriendo y moviendo la cabeza en afirmación. El levantó los brazos como si estuviera a punto de abrazarme, pero no lo hizo, se limitó a colocar una mano sobre mi hombro y lo apretó suavemente.

—Y... ¿Cuándo empiezo? —pregunté totalmente decidida a colaborar y él comenzó a reír.

—Pues mira, como te dije antes, nosotros ya hemos empezado, pero tú podrías comenzar a partir de hoy si así lo deseas. Precisamente vamos a juntarnos en mi casa a las ocho. No sé si ya tenías planeado algo para hoy en la noche, pero si pudieras ir, aunque sea un momento, sería bueno. Así te presento con mis colegas, a ellos ya les hablé de ti. Mientras más pronto conozcas al resto del equipo y nuestro trabajo, será mejor.

Me pareció que si quería mostrar interés debía presentarme allí, así que acepté ir. Regresé al departamento con la dirección de la casa del doctor Trejo guardada en la bolsa trasera de mis jeans, estaba tan emocionada que casi ni comí. Después de estudiar me di un largo baño mientras trataba de adivinar cómo sería mi primera junta.

La casa del doctor Trejo se encontraba en una privada no muy lejos de mi departamento; pero debido al tráfico tarde más de cuarenta minutos en llegar. Después de bajarme del taxi, timbre en

la casa que llevaba la nomenclatura de la dirección e hice changuitos para que no estuviera equivocada. Mientras esperaba fuera de la casa del doctor, me fijé que había dos coches estacionados afuera y supuse que sus colegas ya debían de haber llegado.

—¿Quién es? —preguntó una mujer por el altavoz.

—Regina Duarte. Soy alumna del doctor Trejo; vengo a trabajar con él —respondí. Enseguida un timbre sonó y la puerta metálica se abrió, la empujé y entré. Un camino corto, rodeado de plantas, llevaba a la puerta principal de la casa, ésta se abrió y apareció una mujer.

—¿Regina? Adelante, los demás ya están dentro —dijo con voz armoniosa y rostro sonriente—. Verónica, soy la esposa del doctor Trejo —se presentó mientras me daba la mano. Entré en la casa con decoración mexicana y juntas caminamos por un pasillo donde había varias fotos colgadas en la pared. Me fijé en una en especial y me detuve para observarla, en ella, el doctor abrazaba a una mujer notoriamente mayor que él. La imagen de aquella mujer me hizo sentir un poco extraña; quizá porque tenía una expresión triste en los ojos.

—Ella era su madre —dijo Verónica. La miré y sonreí levemente tratando de ocultar la ansiedad que me había causado aquella mujer con mirada triste. Quizá la sensación extraña, se debía a que extrañaba a mi madre y no me había dado cuenta. Caminamos unos pasos más hasta que Verónica se detuvo frente a una puerta y tocó— Aquí es. Fue un gusto conocerte Regina —dijo dándome la mano y sonrió—, espero verte seguido por aquí.

—Igualmente y gracias —respondí.

—Pasa, pasa —dijo el doctor después de abrir e hizo un ademán con el brazo. Por primera instancia, identifiqué dos paredes forradas con libreros de madera, atiborrados de libros y cajas, había una mesa redonda central, era de cristal con base de metal que hacía juego con sus seis sillas. Ahí había sentado un hombre mayor que tenía el cabello blanco, en cuanto entré, levantó la cabeza y se puso de pie para saludarme, acercándose con la mano extendida la cual le tomé.

—Soy el doctor Sierra, Psiquiatra. Encantado de conocerte Regina —dijo sonriendo.

—Igualmente —contesté apretando su mano.

—Roberto —dijo el doctor Sierra mirando hacia un lado y miré hacia donde había posado los ojos. Sentado frente a una computadora, había un hombre de cabello oscuro que nos daba la espalda. El Dr. Trejo se acercó a él y puso la mano en su hombro, luego me miró para presentarlo.

—Este es Roberto, él es un Neurólogo recién egresado, es excelente médico y como podrás ver, muy dedicado a su trabajo. ¿Roberto, puedes interrumpir eso un momento para conocer a Regina? —le pidió el doctor Trejo a modo de juego y Roberto se levantó lentamente y giró hacia mí. Mi corazón dio un brinco en cuanto lo reconocí. Tan guapo como lo recordaba, con aquellos ojos azules de mirada profunda y su cabello casi negro de peinado impecable. Vestía con una camisa de botones blanca pegada al cuerpo que caía fuera de su pantalón de mezclilla gris. Él era aquel hombre que hacía más de un año había visto discutiendo en un restaurante el día que llegué a vivir al D.F. Era quien, por meses, le había puesto un rostro a los sueños que me atormentaban durante la noche. Él era a quien alguna vez busqué en las calles y plazas sin la esperanza de encontrarlo. El hombre que tenía parado en frente de mí sonrió mirándome con aquellos ojos azules y todo lo que había dentro de la habitación se disolvió a su alrededor mientras caminaba acercándose. Aquel, al que pensé que nunca más volvería a ver, era con quien trabajaría en el proyecto del doctor.

JULIETA

Agosto 1968

—Salvador pregunta por Julieta —dijo una enfermera desde el pasillo que llevaba a la sala de recuperación. Caminé hacia la puerta y entré en la habitación donde él se encontraba. Si me dijeran que se trataba de otra persona, lo hubiera creído. Tenía vendas y tubos por todos lados, y la cara muy lastimada. Caminé hacia él con temor de lo que podría ver. Parecía que dormía, pero pase la mano por su mejilla y despertó. Abrió levemente los párpados y me miró.

—Salvador —susurré, quería hablarle antes de que volviera a quedarse dormido; me fijé que en el ojo derecho tenía un derrame. El nudo que tenía en la garganta se desató y sin poder evitarlo lloré. Temblaba mientras trataba de contenerme y hacerlo en silencio. Salvador levantó la mano tratando de tocarme.

—No —dijo demasiado débil. Rocé con cuidado aquellos dedos largos que antes habían recorrido mi piel y el sentimiento me hirió en el centro del pecho— No —repitió cerrando los ojos.

—Te amo Salvador, perdóname. Todo fue mi culpa, ¡Perdóname! —dije llorando. Levemente movió los dedos, tomé su mano y la acaricié.

Salvador estaba roto, verlo así y el recuerdo de lo que había ocurrido era muy doloroso. En ese momento de mi vida, él era mi todo y no podría soportar sin él. Cerré los ojos tratando de recordar aquella paz y ternura que lo envolvían cuando lo conocí tiempo atrás... El había llegado para sacarme de la monotonía, poniendo algo de color al gris de mi vida.

Era finales de agosto y aquel día comenzaba mi primer año de especialización en Pediatría en la facultad de medicina de la UNAM. En ese tiempo, debíamos ir a la facultad por las tardes y por las mañanas podríamos hacer prácticas. Entre mis compañeras me había hecho de dos buenas amigas con las que compartía la carrera de pediatría, Marisa e Isabel; para ellas era muy emocionante ir a la escuela por las tardes, con los estudiantes más grandes. Las tres estábamos solteras y ellas pensaban en la posibilidad de conocer nuevos e interesantes prospectos; pero para mí eso estaba lejos de ser un punto de interés, ya antes había tenido algunos novios y las experiencias no me habían dejado nada bueno. Años atrás, por motivos personales, me había hecho la promesa de no volver a tener novio, sólo podría ser si conocía a un hombre capaz de demostrarme un amor sincero y desinteresado, que no fuera egoísta y que no me pidiera hacer el amor sin haberme demostrado que verdaderamente me amaba. Como lo que buscaba era una utopía, ya me había habituado a la idea de quedarme sola.

Las razones de mi promesa en ese momento tenían el peso suficiente como para permitirles guiar mi vida. A pesar de que a veces me hiciera sentir que no encajaba en mi propia familia; la cual estaba formada por mujeres abnegadas, mi madre y mis tres hermanas que siempre estuvieron dispuestas a soportar cuanto fuera necesario con tal de mantener al hombre a su lado, tanto por apariencia social como por la dependencia económica. Personalmente, ésta era una situación que repudiaba muchísimo.

Tenía una hipótesis: “los hombres no suelen amar a las mujeres, sino que las usan para su propio beneficio”. Así que emprendí una investigación personal y experimentaría con mi vida, estaba segura de no poder encontrar a uno solo que contradijera mi hipótesis. Desde niña me había

gustado defender mis opiniones sin temor de no ser aceptada y pocas veces hacía algo sólo por encajar con el resto de la gente. Al sentirme defraudada por los hombres que conocí, comencé a aislarme. Como era de esperarse, mi familia fue sintiéndose cada vez más preocupada por mí, pues pensaban que casarse era indispensable, aunque yo no creía que eso fuera lo más importante. Además, tenía mi carrera, la cual ocupaba todo mi tiempo. Claro, es fácil evitar a los hombres cuando no se ama a ninguno, pero cuando un corazón reconoce a alguien, no hay razones que entienda ni palabras que escuche.

Era lunes, el primer día de clases, y habíamos salido al patio de la facultad para beber algo aprovechando el rato de descanso.

—Ahí viene Alberto —dijo Marisa dando un respingo sentada en la banca donde nos encontrábamos. En automático, Isabel y yo miramos en aquella dirección —. Isa, ¿por qué no invitas a tu hermano a sentarse con nosotras? —dijo Marisa en cuanto vio al hermano de Isabel. Ésta sonrió por lo bajo y movió la cabeza como en desaprobación—. ¡Anda Isa, cómo eres!

—No sabes lo molesto que puede ser Beto —respondió poniendo en los ojos blanco. Pero enseguida lo llamó moviendo los brazos y éste se acercó a nosotros. Junto con él, vinieron otros dos estudiantes. Los tres olían mucho a loción y estaban vestidos impecables, uno de ellos con un corte de cabello tipo militar y los otros dos con el pelo engomado. “Miguel”, “Raúl”, “Alberto”, dijeron en orden y extendiendo la mano para presentarse. En un principio me incluí en la plática de todos, pero a los pocos minutos dejé de escucharlos, no es que me hubiera fastidiado la conversación sobre maestros, sino que estaba atontada mirando a otro estudiante. El caminaba cabizbajo y estaba solo, llevaba una camisa de cuadros azules algo desgastada, no estaba fajado y tenía parte del dobladillo de su pantalón descosido. Su forma de andar era desgarrada y tenía aspecto despreocupado. Luego de pasar frente a nosotros se sentó en una banca donde lo podía mirar de perfil. Mientras miraba su perfil, lo vi jugar con una cajetilla de cigarros antes de abrirla y tomar uno, el cuál puso entre sus labios. Luego palmeo la bolsa de su camisa, sacó una cajita de cerillos y encendió el cigarrillo. Tenía las patillas largas y el cabello algo crecido, no llevaba gel ni cera. Parecía que miraba al suelo mientras fumaba. ¿En qué estaría pensando? No me había llamado la atención su cuerpo, ni siquiera le había visto bien la cara, así que no podría decir que era guapo. Simplemente, el hombre me había llamado la atención porque estaba solo y parecía tan auténtico como diferente al resto de los estudiantes; me gustó porque parecía que disfrutaba de su soledad. Pensé que debía de ser un hombre original, de esos que no necesitan adaptarse a un grupo ni ser como los demás para sentir que forma parte del mundo. Me había llamado la atención porque igual me hubiera gustado estar sola en vez de estar escuchando al grupo de payasos en pleno ligue que tenía a mi lado.

Además de maestros nuevos, tareas y uno que otro estudiante que conocimos fuera del salón de clase, el resto de la semana transcurrió sin novedad alguna. Fue hasta el jueves que volvió el interés, habíamos comprado refrescos y nos dirigimos hacia la banca que habíamos ocupado los cuatro días anteriores, pero ya estaba ocupada por aquel estudiante que me había llamado la atención el primer día de clases. En esta ocasión llevaba una playera gris desgastada y con él se sentaba otro estudiante algo regordete. Al verlos, Isabel y Marisa siguieron de largo para sentarse en otra banca vacía, pero yo me detuve junto a ellos y sin poder evitarlo lo miré de frente. En ese momento, como si lo hubiera llamado, él levantó el rostro y nuestras miradas se tocaron quedando mis ojos atrapados en los suyos.

—¡Julieta!, ¡ven, aquí estamos! —gritó Isabel. Nuestras miradas se despegaron cuando él movió los ojos en dirección a ellas. Entonces yo también las miré por un segundo y enseguida volví a aquel par de enigmáticos ojos grises que seguían puestos en ellas. El hombre las miraba

con recelo, hasta que levantó las cejas y bajó la vista mordiéndose el labio inferior. Luego me miró de nuevo y una arruga cruzó su frente. Quise sonreírle, pero tuve miedo de que me ignorara, entonces bajé la mirada y caminé hacia ellas para sentarme en la banca que habían ocupado. Sin poder evitarlo, mis ojos volvieron a él.

Por fin podía verlo de frente y lo que vi me gustó. Era guapo, pero no se trataba de una de esas caras de niño bonito, sino que más bien tenía un rostro atractivo e interesante. Cejas gruesas y pobladas que enmarcaban su mirada profunda dándole un aire de misterio. Sus ojos claros, casi transparentes que le daban un toque de tristeza. Su nariz era recta y su boca pequeña de labios gruesos. Tenía la mandíbula prominente, lo que lo hacía aún más atractivo.

Mis ojos no querían separarse de él y aproveché para estudiar aquel rostro perfecto que me había hipnotizado. Sus ojos también me miraban y en ellos me pareció ver que también había un brillo de interés. Entonces una voz me hizo volver a la realidad.

—¿Julieta qué pasa contigo?, pareciera que ese hombre te hechizó —dijo Marisa mientras les echaba un ojo a los ocupantes de la banca de enfrente e Isabel comenzó a reír. Ellos conversaban, el robusto no dejaba de hablar sin haberse fijado en nosotras, también reía y movía las manos. El que me encantó sólo le respondía con palabras sueltas que de vez en cuando acompañaba con un movimiento de hombros mientras fumaba y miraba al suelo—. ¿Julieta?, ¿Qué les ves?

—Yo creo que está tan sorprendida como nosotras con esos dos raros —dijo Isabel señalándolos con los ojos y rio—. ¡Qué tipos extraños! —al escucharla le lancé una mirada de desaprobación y ella levantó los hombros mirando hacia Marisa en espera de su apoyo. Si había algo que me molestaba de la gente era que juzgaran mal por la apariencia y, tratándose de aquel muchacho, no podía entender que les llamara más la atención su ropa desgastada que lo que podía transmitir por su persona.

—¿Hablan de ellos?, uno está pasado de peso y el otro parece algo descuidado, pero son guapos, y ese tiene los ojos más tiernos que he visto —al escucharme rieron interrumpiéndome.

—¿Julieta? ¿Estás bien? —preguntó Marisa tocándome la frente—. Nunca te había oído hablar así, ¿te gustó? —preguntó sorprendida. Entonces me mordí el labio y desvié la mirada hacia él. Negué con la cabeza. No es que me hubiera gustado, ¡por supuesto que no! Simplemente me había atraído que fuera distinto y me había hecho sentir empatía.

—Ah, ¿pero qué tal éstos? —dijo Isabel dándole un codazo a Marisa cuando su hermano se acercaba con sus amigos, ellos nos saludaron y se sentaron con nosotras. A diferencia de los muchachos de enfrente, estos llevaban sus camisas almidonadas y bien fajadas dentro de sus pantalones. Tenían la barba bien rasurada y el pelo engomado. Ellos cubrían los requisitos de un hombre decente en nuestra sociedad.

Esa noche me acosté pensando en el extraño de la universidad, y sus diferencias con el hermano de Isabel y sus amigos. No es que estuviera mal ser una persona que se ocupa por su físico ni me parecían mala gente por eso, simplemente no me causaban el mínimo interés. En cambio, el otro, el desalineado, parecía tan genuino que me había atraído. Y ya sé que tampoco lo puedo juzgar bien por su apariencia. Sé que el exterior no siempre refleja al interior. Pero tratándose de él, una persona que mostraba poca preocupación por su aspecto, me pareció que podría ser que él si reflejara lo que era por dentro, podría ser que su mirada transparente mostrara la transparencia de su alma, y que su nariz recta fuera la de un hombre justo y su boca pequeña, la de alguien discreto, que no disfrutaba hablando de la gente. Después de darle vueltas a la idea de que aquel hombre podría ser alguien especial, comprendí porqué había tenido tantos fracasos respecto a los hombres, me hacía ilusiones sin en verdad conocerlos. La culpa había sido mía, no de ellos. Decidí que lo mejor sería conocerlo y después opinar sobre él; o quizá, mejor no, nunca

conocerlo. Habiendo llegado a ésta conclusión, cerré los ojos y me dormí.

—Buenos días ma —saludé la mañana del viernes cuando bajé a desayunar. Mi madre se me quedó mirando de forma extraña, lo cual llamó mi atención—. ¿Pasa algo? ¿Por qué me miras así?

—No lo sé —dijo canturreando—, ¿hay algo que tú debas contarme?

—¿Sobre qué? —pregunté extrañada y sin saber a lo que se refería. Ella sonrió por lo bajo y continuó moviendo los huevos en la sartén. Aunque me había dejado algo intrigada, decidí no seguir con el tema y serví la mesa.

—Alguien que hayas conocido en la universidad, por ejemplo —soltó mi madre. Si, había alguien que me había robado unos minutos del sueño, pero no lo había conocido exactamente y no estaba segura que mereciera mencionarlo. ¿Podría ser que yo fuera tan obvia? La simple idea me molestó, ¿obvia de qué? Si el tipo ni me gustaba.

—Si mamá, conocí nuevos maestros y alguno que otro compañero —respondí algo molesta. Ella puso los huevos en un tazón y los colocó sobre la mesa. Mi padre, que se encontraba en la mesa, dejó el periódico que estaba leyendo sobre la silla vacía a su lado y tomó el tazón para servirse. Mamá se sentó en la mesa jugando con un trapo de cocina.

—Ayer me encontré a la mamá de Marisa en el salón de belleza, me contó que conocieron a unos muchachos de medicina y que las habían invitado a un baile en el club hoy en la noche —al escucharla recordé aquella invitación. Alberto y sus amigos habían mencionado algo sobre ir el viernes a una noche de gala en el club. Pero desde el primer momento había pensado inventar que me había resfriado y ahorrarme el fastidio de tener que arreglarme.

—Ajá, algo así. Pero no creo...

—¿Ya tienes lo que te vas a poner? —continuó hablando mamá sin poner atención a lo que yo había comenzado a decir—. Ellas tuvieron que salir de compras por el vestido y un par de zapatos. ¿Quieres que veamos algo para ti? —insistió en el tema. Conociendo a mi madre, no me sería fácil deshacerme de aquel baile. Exhalé por la nariz apretando los labios y me serví una taza de café.

—No lo sé, quizá pudiera usar algo de mis hermanas —respondí con desgana. No había cambiado de opinión, no pensaba ir al baile. Pero tampoco quería empezar el día discutiendo con mi madre, así que preferí darle por su lado y apurar el desayuno. En la tarde me inventaría algo para faltar y punto.

—Entonces tendrás una fiesta en la noche —dijo papá sin levantar los ojos de su plato.

—Pues... si —respondí con poca seguridad y me levanté de la mesa sin haber probado bocado—. Tengo que irme, ya es tarde. Aquella mañana había conseguido una cita en el hospital infantil donde esperaba conseguir una plaza para realizar mis prácticas.

Durante el día se me pasó el enojo, y para la tarde Marisa e Isabel se habían encargado de convencerme para ir al baile. Me fue de suerte que tuviera tres hermanas, hacía mucho tiempo que no usaba vestidos elegantes y ni hablar de los peinados de moda. “Pareces hippie con ese pelo”, decía mi padre siempre que lo llevaba suelto, por eso me gustaba recogerlo en una cola de caballo. “Los pantalones fueron hechos para los hombres” decía mamá cuando me veía salir usando pantalones en lugar de falda o vestido. En casa había nacido siendo el bicho raro por ser la morena de cabello lacio, la flaca con piernas de popotes y sin curvas; era la que no había querido asistir a las clases de ballet en la infancia y la que no se sentaba a escuchar la radionovela todas las tardes. Ya sea por mi forma de ser o por mi físico, pero todo en mí resultaba extraño o preocupante para mi madre; “es raro que una niña no quiera ponerse aretes”, “mira a tus hermanas, que bien se les ve con sus moños”, “estás muy pálida, lo normal es que a una mujer le guste maquillarse”, “me parece extraño que hayas escogido estudiar medicina”, “a tu edad yo ya

estaba casada”.

Aquella tarde del baile, fue Silvia, mi hermana menor quien me ayudó haciéndome un peinado con el que me sentía ridícula, de esos inflados y llenos de laca para evitar que en el ajetreo de la noche se escapara algún pelo. Llevaba todo el cabello con crepé y alrededor de la cabeza, una cinta de seda que iba bien con el vestido amarillo. Cuando me miré en el espejo casi ni pude reconocerme, entre el peinado y las sombras azul pastel, me sentía todo un payaso de circo.

—¡Julieta! ¡Casi ni te reconozco! —dijo mi madre con sorpresa—. Estas lindísima, seguro que hoy te sale un enamorado.

—Gracias mamá... —respondí apenada. Nunca he entendido por qué hay que parecer un payaso para verse bien. Un claxon sonó en la calle y supuse que Isabel y su hermano habían llegado por mí.

Al entrar al salón nos acomodamos en una mesa cerca de la pista de baile, en ella, ya estaban sentados otros dos muchachos a los que no conocía pero que también eran amigos de Alberto. En seguida nos presentaron y platicamos con ellos mientras esperábamos que lleguen los demás. Una hora después, nuestra mesa estaba llena. Aquella velada resultó divertida, había bailado con tres muchachos distintos y parecía que la noche no terminaría. Todo iba bien hasta que Marisa se me acercó para hablarme al oído.

—El raro de la universidad no te ha quitado los ojos de encima —entonces moví la mirada siguiendo la dirección de sus ojos y lo encontré, estaba parado solo, junto a la barra, lejos de la gente. Llevaba una cerveza en la mano y tenía la mirada clavada en mí. Miré hacia los lados pensando que se fijaba en otra persona, pero al parecer nadie más que yo le estaba prestando atención. le sonreí un poco nerviosa y bajé la mirada unos instantes. Me pareció que me estaba viendo a través de las pestañas cuando volví a fijarme en él.

—Vamos al baño ¿nos acompañas? —preguntaron mis amigas y sin pensarlo mucho me levanté detrás de ellas. Al alejarme de la mesa miré en dirección a donde él se encontraba, pero ya no estaba y me sentí desanimada. Lo primero que hice al entrar al baño fue mirarme en el espejo, me veía fatal con esa cantidad de maquillaje y ese tamaño de peinado. Aproveché para bajarlo un poco y le pedí a mis amigas que se adelantaran a la mesa mientras me componía las sombras. Al salir del baño miré hacia la barra buscándolo entre el grupo de hombres allí reunidos.

—¿Buscas a alguien? —preguntó alguien a mi oído. Era la voz de un hombre y sonaba ronca y dulce a la vez. Al escucharlo sonreí y bajé la mirada, luego giré la cabeza en busca del dueño de aquella voz y me encontré con él, el extraño de la facultad. Llevaba una sonrisa en los labios y una luz iluminaba sus ojos.

—A mis amigas —respondí después de pensarlo un momento—, estaba con ellas en el baño y al salir... —dije señalando el baño—, bueno, en realidad yo me atrasé porque —me sentí tonta explicando algo que seguramente le interesaba poco y me puse más nerviosa—, es que yo... olvídalo —quise corregir mis palabras. El sonrió.

—Ahí —dijo señalándolas con el dedo índice de la mano con la que sujetaba su cerveza—, supongo que es tu mesa —al hablar, su aliento rozó mi rostro, como una brisa cálida que me abrazó la cara y me embriagó. Mi pulso se aceleró.

—Gracias —dije buscando en dirección a donde me indicaba su dedo y me moví con intenciones de dirigirme hacia ellas, pero sin deseos de hacerlo. Di unos pasos y antes de haberme alejado demasiado, él me tomó del brazo para detenerme y se inclinó hacia mí.

—Espera —susurró a través del cabello que cubría mi oreja y la brisa cálida otra vez me embriagó. Sin intenciones de alejarme, moví el brazo para ponerme de frente y lo miré entornando los ojos—. Me parece que te he visto antes, ¿estudias en la facultad de Medicina?

—Sí, este año comencé mi especialidad en Pediatría —al escucharme sonrió—. ¿También tu estudias ahí?

—Estoy en mi último año de especialidad en Medicina interna —dijo volviendo su mirada a mi rostro y por unos minutos se mantuvo en silencio mientras sus ojos penetrantes estudiaban los míos—. Disculpa —dijo levantando la mano a la altura de su estómago—, me llamo Salvador.

—Julieta —respondí tomando su mano y de nuevo me sonrió. Su mano se sentía grande y cálida, me dio la sensación de que era un hombre protector.

—Julieta —repitió mi nombre mientras me miraba con aquellos ojos dulces y profundos. Asentí moviendo la cabeza y me solté de su mano—. ¿Te has hecho algo? —preguntó ladeando la cabeza—. Estás muy distinta a cómo te vi en la facultad, casi no logro reconocerte.

—¿Cómo? —pregunté e inconscientemente pasé los dedos por mi cabello intentando relajarlo un poco más—. Creo que es el cabello, no suelo peinarme así —Salvador frunció los ojos y movió la cabeza en negación.

—No hagas eso mujer, te ves bien —dijo convencido y tomándome de la muñeca para alejar mi mano de mi cabeza. Al escucharlo, arrugué la nariz y bajé el rostro apenada—. Solo es que te ves diferente.

—Realmente yo no soy así —lo corté en seco.

—Oh, no me malinterpretes, supongo que pasaste horas arreglándote —apreté los labios recordando que sí, mi hermana había invertido buena parte de su tiempo en mi arreglo—. Y quiero decir que te ves muy bonita así —dijo levantando las manos hacia mí—, solo que de la otra forma me gustas más. ¡No más! —corrigió—, igual, me gustas igual —repitió bajando la mirada. ¿Había escuchado bien? ¿El extraño me había llamado bonita y me había dicho que le gustaba? Fui consciente de la alegría que aquello me causaba y me incomodó un poco. En ese momento sentí una leve punzada en el estómago.

—Ni siquiera sé por qué vine —susurré y giré dudando si quedarme o si era el momento de marcharme.

—Me alegra que lo hayas hecho —dijo con voz profunda y me tomó del codo. Su cálido aliento me acarició la oreja poniéndome la piel de gallina. Me moví para mirarlo de nuevo, sus ojos brillaban. No podía negarlo, me agradaba su compañía—. ¿Aceptarías mi invitación a tomar algo?

—Una como la tuya estaría bien —le dije señalando su cerveza y al escucharme sonrió y levantó las cejas sorprendido. Luego asintió con la cabeza y se hizo a un lado para darme paso delante de él. Caminamos entre la gente hasta llegar a la barra y me acercó la única banca vacía que limpió con su mano y luego me ofreció su brazo para ayudarme a subir, se paró muy cerca de mí y pidió dos cervezas al cantinero. Su pecho estaba pegado a mi hombro y podía sentir el olor de su loción. Además de guapo, Salvador era alto, delgado y olía delicioso. Cuando nos entregaron las cervezas se inclinó más cerca de mí y golpeó su botella con la mía.

—¡Salud! —dijimos juntos y los dos bebimos.

—Julieta, ¿puedo preguntarte algo? —lo miré de reojo levantando las cejas en espera de su pregunta—. Hace un momento dijiste que no solías arreglarte así y que tampoco sabías por qué habías venido al baile —asentí con la cabeza—, ¿por qué lo hiciste?

—Buena pregunta —respondí y me encogí de hombros sin intención de responder.

—Yo tampoco soy de venir mucho a éstos bailes. Pero aquí estamos los dos.

—Y quizá en otro baile nos volvamos a encontrar.

—Por el quizá —dijo chocando su botella contra la mía y los dos bebimos. Por algún rato continuamos en la barra conversando y mientras lo hacíamos no podía dejar de observarlo, la

forma como movía sus manos y sus brazos, su piel velluda, su sonrisa franca, su cabello cenizo un poco despeinado, sus ojos y sobre todo su mirada, todo en él me parecía sumamente atractivo. Por un momento recordé la promesa que me había hecho y que por primera vez deseaba romper. El no podía gustarme, nunca me volvería a enamorar ni volvería a tener novio a menos que cumpliera con mis requisitos, era algo que ya había decidido y por más que él me gustara, no pensaba romper mi pacto. Lo bueno es que el gusto de verlo en la escuela sólo me duraría un año, éste sería mi único año de tentación y superaría la prueba. De nuevo choqué mi cerveza con la suya y él me miró sorprendido.

—Brindo por nuestro único año juntos en la universidad —dije como un pensamiento en voz alta. Al escucharme bajó las cejas y sonrió. Después de tomar un sorbo me miró de forma extraña —¿qué? —le pregunté.

—Lamento desilusionarte, pero el año que viene comienzo otra especialidad —respondió y luego volvió a golpear su botella con la mía mirándome con aquellos ojos profundos y cálidos que me derritieron—. Brindo por mi nueva especialidad —dijo sonriendo hacia un lado y sin dejar de mirarnos el uno al otro bebimos de nuevo.

—¿Otra especialidad?, cuando termines de estudiar vas a estar muy grande ya.

—¿Grande para qué? —preguntó riendo.

—Para lo que sea —respondí—, para casarte, por ejemplo —. Salvador bajó las cejas y torció la boca en una sonrisa mientras desviaba la mirada.

—No había pensado en ese punto, quizá tenga que casarme antes de terminar la segunda especialidad —respondió guiñándome un ojo y bebió un sorbo de su cerveza—. ¿Por qué les importa tanto el tema del matrimonio a las mujeres? —preguntó un poco más serio y sentí como la sangre me subía a la cabeza, seguramente había quedado colorada y él lo había notado porque comenzó a reír.

—No sé por qué dije eso —respondí sumamente apenada y enojada conmigo misma.

—Creo que tendría que empezar por conseguirme una novia —dijo con una mirada significativa y sonreí encogiéndome de hombros. El continuó hablando—: precisamente hace un rato me preguntaba eso sobre ti —entonces bajé el rostro mirándolo a través de las pestañas y me mordí el labio inferior un tanto apenada con la plática—, ¿tienes novio?

—No, ni pienso —susurré. Segundos después levanté la vista, él me miraba todavía esperando una respuesta. —Dice el dicho que es mejor estar sola que mal acompañada —entonces él me sonrió y movió la cabeza dándome la razón. Salvador me miraba con aquellos ojos claros y dentro de ellos me perdí. Con él me sentía extrañamente cómoda y segura.

—Entonces estás sola —concluyó.

—Eso de los enamorados no es lo mío. Y tampoco quiero casarme —dije apresurada. El levantó las cejas sorprendido y dio un paso hacia atrás—. Me refiero a que... en éste momento estoy ocupada con la facultad, y quiero empezar mis prácticas y no tengo tiempo para nada más. Supongo que no sería una buena compañera.

—Como yo. No sería una buena pareja, pero creo que sí podría ser un buen amigo. ¿Crees que como amiga podrías ser una buena compañera?

—Puede ser —respondí.

—Por lo menos podrías ser una buena pareja de baile —dijo mirando hacia la pista y luego volvió sus ojos a mí—. ¿Bailarías conmigo?

—¡Salvador! —lo llamaron y los dos miramos hacia la voz. Era el muchacho que se había sentado con él en la escuela, éste se acercó a nosotros y le dio una palmada en el hombro a Salvador—. Tanto bailar me ha dejado sediento —dijo, y de un jalón arrebató la cerveza de la

mano de Salvador bebiéndosela hasta el fondo. Salvador lo miró haciendo un gesto con la boca abierta y frunciendo el ceño. Me pareció una actitud abusiva de su parte, a pesar que estuviera sudando de la manera que lo hacía. El muchacho se fijó en mí— Hola, me llamo Mauricio —dijo mientras se secaba la mano con el costado de su pantalón y la tendió hacia mí. Le di la mano y miré hacia Salvador, él tenía los labios fruncidos y una sonrisa reprimida, parecía divertido y no molesto con la actitud de su amigo.

—Julieta —me presenté y luego le ofrecí mi cerveza, pues se veía realmente sediento. Mauricio aceptó gustoso y me lo agradeció con una sonrisa y un guiño de ojo después de haberse terminado hasta la última gota. Salvador se le acercó y le dijo algo al oído que no pude escuchar, entonces Mauricio le dio un puñetazo en el abdomen y se fue después de entregarme el envase vacío. Mientras se alejaba lo seguí con la mirada y sentí un poco de pena por él cuando lo vi entrar solo a la pista de baile, aunque la realidad es que parecía muy divertido y despreocupado. Luego miré hacia Salvador, éste tenía clavados los ojos sobre mí y me observaba. Le sonreí un poco apenada.

—Mauricio es mi hermano menor —se encogió de hombros y miró hacia la pista buscándolo —aunque no nos parezcamos.

—¿También estudia medicina?

—Ortopedia —respondió inclinando la cabeza hacia mí, pero con los ojos puestos en su hermano. Me pareció triste su mirada. Quizá pensaba o vio algo que no le gustó, porque enseguida cambió su expresión por una mueca de desagrado y bajó la mirada antes de acercarse a mí—. Parece que tus amigas te buscan —entonces miré hacia el frente y ahí estaban ellas mirándonos; pero no me quería ir, estaba muy a gusto con él—. Me debes un baile —me dijo al oído, rozando la piel de mi brazo con su mano y se fue. Desde mi sitio lo vi marcharse con ese andar despreocupado, sencillo y natural que tanto me había gustado de él. Sabía que volvería a verlo, pero me sentí triste de que se fuese en ese momento. Por un segundo, me vino a la cabeza el concepto de amor a primera vista, pero lo descarté, pues lo que había sentido por Salvador no era amor. Era como una especie reconocimiento, era extraño, pero estando con él había sentido una especie de calidez de hogar.

Cuando volví a la mesa con mis amigos, ya no pude divertirme como lo había hecho antes de estar con Salvador, así que me senté un poco apartada de los demás, imaginando que él venía y me sacaba a bailar. Pero ocurrió qué en vez de eso, uno de los muchachos que estaba en la mesa, se levantó para acercarse a mí.

—Pensé que te habías ido del baile, ¿Julieta verdad? —dijo después de acomodarse en la silla vacía y tendió su mano hacia mí—. Me llamo Héctor, para servirte —le di mi mano y él la besó, lo que me hizo sentir un tanto incómoda. El era un tipo bien parecido, llevaba el pelo engomado y tenía una cantidad extra de loción.

—Mucho gusto Héctor.

—Así que tú eres una de las cerebritos —dijo moviendo los dedos como si fueran un par de comillas y se rio por lo bajo—. ¿Cómo te va en la facultad?

—Bien, gracias —respondí y miré hacia la pista de baile queriendo encontrarme a Salvador.

—A tu edad yo ya tenía un trabajo en forma —lo miré extrañada, ¿cómo sabía mi edad?— Soy abogado, estudié la licenciatura en derecho —le sonreí y él enseguida buscó dentro del bolsillo de su camisa del que sacó una tarjeta de presentación—. Esta te la dejo para que la guardes. Ahí están mis datos para cuando tengas algún problema.

—Gracias.

—Llámame Héctor. A veces la gente me llama licenciado, pero para los amigos me gusta

conservar mi nombre de pila —asentí y guardé la tarjeta dentro de mi bolso—. ¿Alguna vez pensaste en ser abogada?

—No.

—Que bien. Nunca hubieras podido ejercerla —dijo encendiendo un cigarrillo, lo miré incrédula—. Definitivo Julieta, ¿quién crees que buscaría los servicios de una mujer para que lo defienda? Derecho definitivamente no es una carrera para una mujer —dijo gesticulando—. Bueno, aunque medicina igual podría tener su grado de dificultad, hablando de conseguir clientes —continuó escupiendo boberías.

—Pacientes —lo corregí y él me miró a los ojos sin hablar por un par de segundos.

—¿Has pensado dónde podrías trabajar? Porque no sé —titubeó—, si pones un consultorio es probable que no tengas suficientes pacientes, la competencia es dura, y la gente por lo general busca doctores varones.

—Sí, ya lo he pensado —por supuesto que tenía muy claro dónde quería trabajar, dentro de un hospital era mi sueño, pero simplemente no tenía ganas de hablarlo con él.

—Bien —dijo como para sí mismo—. Si no es mucha indiscreción, quisiera preguntarte ¿cómo no fue que estudiaste para maestra?, todas las mujeres quieren ser maestras —Abrí la boca, y no precisamente para responder la razón, sino porque estaba sorprendida con aquel hombre. De por sí nunca me hubiera fijado en alguien como él, un tipo estirado, sumamente acicalado, que parecía demasiado preocupado de su aspecto físico y machista—. Deja que lo adivine, se te dificultan las matemáticas —sin que me pareciera gracioso, comencé a reír. Quizá el chavo era un sarcástico y todo se trataba de una broma—. Pero ya basta de hablar de ti, no quiero cansarte con tanto interrogatorio. ¿Te preguntas porqué elegí ser abogado?

—En realidad no había pensado en eso —respondí aguantándome la risa, y no porque él me pareciera gracioso, sino porque no podía creer lo que estaba sucediendo.

—No sé si lo sepas, pero yo vengo de una familia de abogados —dejé de reír y negué con la cabeza—. Desde pequeño he sido un hombre justo que lucha por lo que cree. Desde que era apenas un crío ya sabía que quería ser lo mismo que mi padre... —y así continuó Héctor hablándome de él, de sus hazañas, sus logros y habilidades intelectuales, el tipo se promovía solo. Además, en ningún momento mostró interés en lo que yo pensaba. Recuerdo que entre las cosas que dijo, mencionó que “quedaban pocos como él” y no entendí a qué se refería exactamente, pues para mí él era uno de tantos. Aun así, conversamos por largo rato, además de engreído, Héctor resultó ser un tipo gracioso y ocurrente. Todo aquel que pasó junto a nosotros fue blanco de algún comentario de Héctor, y toda crítica fue hecha con ingenio y acierto. No me gustaba reírme a costillas de los demás, pero en ese momento, era lo que necesitaba para olvidarme de Salvador. Me emborrache de sus burlas y el tiempo transcurrió rápidamente hasta que nos fuimos.

Regresé a casa casi a la una de la madrugada. No estaba acostumbrada a salir hasta esas horas y aunque vivía en una colonia segura, sentí cierto temor mientras atravesaba el jardín de enfrente de la casa. Antes de que intentara meter la llave a la puerta delantera, ésta se abrió. Mi padre me había esperado despierto, lo supe porque estaba encendida la lámpara de pie de la sala, aquella cerca de la ventana y que iluminaba el sofá donde él solía leer el libro en turno. Lo esperé a que apagara la lámpara y subimos juntos hacia las habitaciones en la parte superior de la casa.

—¿Conociste a algún muchacho Julieta? —preguntó mi padre y yo lo miré de reojo intentando una sonrisa y luego negué con la cabeza. Instintivamente bajé el rostro apenada, no me sentía merecedora de una relación y aquel era un tema que me incomodaba—. Hoy estabas especialmente linda, seguramente alguien habrá querido bailar contigo —comentó.

—No me arreglé para conocer a nadie —dije cortante y me detuve con el pretexto de quitarme

los zapatos y propiciar una distancia entre nosotros. Mi madre lo llamó y asomó la cabeza por el marco de la puerta de su habitación.

—Julián, ¿qué hora es?, ¿apenas está llegando Julieta? —preguntó y mi padre afirmó obligándola a entrar de nuevo—. ¿Pero qué hora es?, ¿por qué tan tarde Julieta?

—Ya déjala, no es tan tarde mujer...— escuché que le decía mi padre mientras cerraba la puerta y respiré agradecida porque me hubiera salvado de ella. Entre ellos existía una obediencia mutua, él aceptaba todo lo que ella decía y ella decía las cosas que a su parecer lo complacían. Creo que, dentro de aquella obediencia, mi padre se compadecía un poco de mí y algunas veces interfería para salvarme de mi madre.

Entré en mi habitación, aquella que por años compartí con mi hermana pequeña y que después de casadas mis hermanas mayores, ella había dejado para ocupar la grande que había quedado vacía. Esa en realidad me correspondía a mí por ser la mayor de las dos, pero mi hermanita estaba dispuesta a pelear con uñas y dientes por ella, “pronto me casaré y cuando me vaya tú podrás ocuparla” habían sido las palabras que habían terminado de convencerme, no porque quisiera que pase feliz sus últimos años en casa, sino porque quería evitar que el tema de mi soltería saliera a relucir. En realidad, me había dolido que Silvia lo mencionara porque sabía que con eso me quedaría callada.

El domingo, como cada semana, era el día familiar y había comida en la casa. Así que me levanté temprano para ir a misa con la familia y al regresar ayudé a mi madre con la comida. Esperábamos que vinieran a comer mis dos hermanas mayores con sus familias y el novio de mi hermana menor. Mis hermanas las casadas tenían hijos y maridos ejemplares a los ojos de mi familia.

—El viernes pasado, Julieta se arregló y fue a un baile —anunció mamá cuando estábamos en la sobremesa. No me sorprendió que sacara a colación el tema de mi desafortunada soltería y la preocupación que le causaba “que me quedara vistiendo santos”. La miré algo molesta—. Estaba preciosa, no me extrañaría que pronto le apareciera un enamorado. ¿Cómo se llama Julieta, ese hermano de tu amiga que te invitó al baile?

—No fue precisamente a mí a quien invitó —corregí—. Eramos un grupo de amigos y en todo caso, si hubiera invitado a alguien, hubiera sido a Marisa, se nota que hay un interés mutuo —mi madre me miró con recelo y continuó hablando sobre mi noche de viernes. No sé si prefería esto o escucharla tratando de arreglarme una cita a ciegas con alguno de los amigos solteros de mis cuñados. Así que, decidí levantarme de la mesa con el pretexto de seguir estudiando y me acosté en mi cama acompañada con la sombra de la soledad, recordando a Salvador y analizando mi vieja promesa de mantenerme lejos de los hombres.

El lunes por la tarde recogí a mis amigas para ir a la escuela y estacioné mi automóvil en el primer lugar que encontré, junto a un deportivo azul con los vidrios polarizados. El día transcurrió sin novedad y a la salida me adelanté al coche porque mis amigas se habían quedado platicando fuera del aula, pensaba en Salvador y en lo mucho que deseaba volver a verlo. A decir verdad, me sentía un poco molesta con él por haber desaparecido la noche del viernes y otro poco molesta conmigo por sentirme enojada por eso. Cuando de pronto, escuché que alguien caminaba detrás de mí.

—Todavía me debes una, el viernes me quedé con las ganas de bailar contigo —al escucharlo sonreí, su voz era música para mis oídos después de un fin de semana silencioso. Sonreí mientras le daba la espalda, pero lo miré algo enojada al recordar que era él quien se había ido y desaparecido. Por su culpa había tenido que soportar a Héctor toda la noche.

—Tú fuiste el que se marchó, en éste caso creo que el que está en deuda es otro —me quejé y

él sonrió torciendo la boca y moviendo la cabeza en afirmación.

—Cierto —aceptó—. Prometo pagar mi deuda en el siguiente baile.

—No sólo ahí puedes pagar tu deuda —dije sin pensarlo mientras abría la puerta de mi coche. Los bailes no eran tanto de mi agrado, a mí me apetecía más tomar un café y platicar. Mis pensamientos me llevaron a reconocer mi deseo de salir con él y me sentí molesta por esa debilidad. Salvador me tomó del antebrazo.

—¿Cómo?, no te entendí.

—Fue un comentario sin importancia —respondí encogiéndome de hombros y miré hacia sus dedos largos y huesudos. Él me soltó y me senté dentro del coche. Quería mirarlo a los ojos y hablarle. Quería salir de mi automóvil y pararme a su lado, volver a sentir su aliento sobre mi oreja y el roce de sus dedos sobre mi piel. Pero era muy pronto para sentirme así. En realidad, ni siquiera lo conocía. Tenerlo cerca suponía una gran tentación, así que no haría nada por volver a estar con él—. Olvídate de la deuda, en realidad no me debes nada.

—Vamos Julieta, ¿quedamos para el próximo baile? —insistió. Le respondí afirmativamente moviendo la cabeza y él levantó la mano para despedirse. Lo miré cuando se alejó y subió al coche deportivo estacionado cerca del mío y se fue.

Los días pasaron y no volví a coincidir con Salvador por más que lo busqué. El jueves, a la salida de la escuela, caminaba sola hacia mi carro cuando lo encontré apoyado sobre mi portezuela, parecía que estaba esperándome. Tenía los brazos cruzados y me miraba a través de las pestañas sonriendo levemente hacia un lado. Salvador ejercía un poder extraño en mí, me gustaba muchísimo y hacía que mi corazón se acelerara incómodamente. Era un sentimiento diferente que me hacía sentir que perdía el control con sólo mirarlo y aquella rara sensación, me gustaba. En cuanto llegué a su lado, se enderezó cambiando de posición y soltó los brazos.

—Hola Julieta, te estaba esperando.

—¿Me esperabas?

—Quería preguntarte si quieres ir a cenar hoy conmigo —dijo algo nervioso y mientras esperaba mi respuesta se mordisqueaba el labio inferior. Recorrí su rostro y bajé la mirada por su cuello, su pecho, sus brazos velludos y me detuve en aquellas manos gruesas. Sus dedos se movían nerviosamente mientras jugaba con sus llaves. Me gustaba y no tenía forma de negarlo, pero me hacía sentir molesta y abandonada.

—Te dije que olvidarás la deuda —respondí. Con un movimiento rápido, Salvador metió sus manos en las bolsas de su pantalón.

—No es eso —dijo y lo miré a la cara. El apretó los labios y frunció el ceño, luego sonrió y dijo—: Hoy te quiero invitar a cenar, otro día la deuda.

—Salvador, yo no sé... —titubeé. Sí quería salir con él y también quería conocerlo mejor, pero temía que me gustara más, hasta el punto de volverme vulnerable.

—La verdad Julieta, es que no soy mucho de ir a bailes. Pero me gustaría platicar contigo en un lugar tranquilo. Es por eso que quiero que vengas a cenar conmigo.

—Si. Está bien —respondí en automático.

—Entonces, ¿a dónde paso a buscarte? —él sacó una pluma de la bolsa de su camisa y me la entregó con la palma de su mano extendida—. Escribe aquí tu dirección —tomé la pluma y su mano y escribí de prisa. Salvador me lo agradeció con una breve sonrisa. Algo detrás de mí había llamado su atención—. Nos vemos a las nueve —dijo rápidamente, dio la vuelta y se fue. Cuando giré la cabeza en busca de lo que él había visto, me di cuenta que mis amigas venían en camino. Las tres subimos al coche y maneje de regreso. Cuando llegué a casa entré casi directo al baño para asearme. Salí envuelta en la toalla y busqué entre mi ropa, el vestido más adecuado para

salir, tenía poca ropa y casi toda era vieja. Después del cuarto cambio caí en cuenta de mi actitud necia. Hacía mucho que no me importaba tanto mi apariencia. Escogí unos pantalones y una camiseta de cuello de tortuga, luego me puse un poco de pintura en los labios y me cepillé el cabello para llevarlo suelto. Como no quería darle explicaciones a mi madre sobre mi nuevo amigo, preferí salir de casa antes de las nueve y caminé sobre la banqueta para esperarlo en la esquina, así nadie me vería subir al coche ni haría preguntas sobre él.

—¿Me tuviste que esperar mucho?, pensé que te había dicho que pasaría por ti a los nueve —dijo mirando su reloj mientras se bajaba del coche para abrirme la puerta.

—Terminé antes de tiempo y preferí salir a esperar para que mis padres no me vieran saliendo contigo —él levanto las cejas como sorprendido y resopló.

—¿Te han dicho algo de mí? —preguntó preocupado.

—No es por ti —corregí—. A ellos les gusta dar su opinión de todo, así que prefiero no darles muchos detalles de mi vida y me evito tener que dar explicaciones y recibir concejos que no deseo —le expliqué, él movió la cabeza afirmando y arrancó su automóvil—. ¿A dónde me llevas? —pregunté con la intención de cambiar el tema.

—Es una cafetería cerca de donde vivo. Me gusta allí porque es un lugar tranquilo donde podemos conversar —respondió inclinándose hacia mí. Salvador tenía los ojos más hermosos que hubiera visto y tenerlo así de cerca me ponía nerviosa, no sabría decir qué era lo que me gustaba más, si él o el efecto que provocaba en mí.

—No te he visto en la escuela —le reproché.

—Quizá porque has estado muy ocupada con tus amigos —dijo mirándome de reojo.

—¿Me has visto tú?

—Sí, todos los días —respondió sonriendo con los ojos al frente.

—¿Y por qué no te has acercado a saludarme?! —me quejé.

—Pienso que no les gustaría a tus amigos, pero prometo hacerlo la próxima vez que te vea —aseguró y por un momento despegó su vista del camino y me sonrió. Al darme cuenta de cuánto me importaba él, me molesté conmigo misma y en vez de devolverle la sonrisa apreté los labios. Era muy extraña la manera como me sentía con Salvador. Desde la primera vez que lo vi me había gustado y mucho, pero no sólo eso, sino que hasta sentía que tenía derecho a reclamarle por su ausencia. El volvió a mirarme y en esa ocasión tenía una luz de curiosidad en los ojos, al parecer mi expresión fue más clara de lo que yo hubiera querido—. ¿Dije algo que te molestara?

—No dijiste nada que me molestara —respondí sin mirarlo y recordando cómo lo había buscado durante la semana en la facultad y lo frustrada que me había hecho sentir el no haberlo encontrado. Sin embargo, él sí me había visto y se había mantenido a distancia. Exhalé con pesar “no debo hacerme ilusiones”.

—Entonces, ¿Qué te pasa Julieta? —preguntó sonriendo con ojos tiernos.

—Nada, no es nada —dije sin mirarlo y me quedé en silencio. Después de un rato de estar callados los dos, lo miré. El tenía el ceño fruncido y los músculos de la mandíbula tensos. Mi cabeza estaba confundida y pensaba que no quería enamorarme, pero no tenía ganas de negarme a estar con él. Bueno, en realidad tampoco conocía bien sus intenciones. Y al parecer él también tenía historias en su cabeza porque parecía abstraído en sus pensamientos. Los dos optamos por no volver a hablar hasta que paró frente a la cafetería.

—Aquí es —dijo mientras apagaba el coche y enseguida me bajé sin esperar que me abriera la puerta, mejor evitar los actos caballerosos y así, tenerlo sólo como un amigo. Cuando llegó junto a mí, me sostuvo la puerta y la cerró por mí. Nunca antes había estado en esa cafetería y me pareció bonita y acogedora. Había solo dos mesas ocupadas, pero al ser un lugar pequeño no lucía vacío

sino más bien íntimo. Nos sentamos en una pequeña mesa redonda que Salvador escogió. Mientras él buscaba con la mirada al mesero que nos atendería, me fijé en su rostro, tenía una cicatriz en la ceja derecha partiéndosela en dos, también tenía otra cicatriz sobre el ojo derecho y otra pequeña en el labio superior, detalles que me hacían verlo más atractivo, además de que llevaba puesta la playera gris desgastada que le había visto una semana antes en la escuela. Sonreí y alargué mi mano para colocar el dedo sobre un hueco pequeño en su ropa.

—Tu camisa está rota —le dije y él miró hacia su ropa e hizo una mueca con la boca.

—No lo había visto —se disculpó con el rostro sonrojado—. Todavía no quiero renunciar a ella, es mi favorita —dijo después de pensarlo y me miró. Le sonreí, esa era una respuesta que esperaba de él, aunque no nos conocíamos lo suficiente me resultaba algo predecible.

—Me encanta —dije desde el fondo de mi corazón.

—¿Mi playera rota? —preguntó sorprendido—, es tuya si la quieres —ofreció mientras se encogía de hombros, sus ojos parecían más dulces que nunca y me derritió. El mesero llegó y Salvador le pidió la carta.

—¡No me refería la playera! —le dije riendo—, me encanta que tú seas así —expliqué enfatizando en el “tú”. El sonrió dulcemente penetrándome con la mirada. Y la verdad es que yo me sentí mal de externar así mis pensamientos. Hubiera sido mejor que lo dejara creyendo que me encantaba su camisa.

—¿Listos para ordenar? —preguntó el mesero rompiendo el encanto aquel momento.

—En un momento —respondió Salvador y los dos miramos el menú. En realidad, no había mucho entre qué escoger, así que opté por un sándwich al igual que él. Cuando se fue el mesero nos quedamos callados mirándonos lo que me hizo sentir nerviosa, entonces comencé a jugar con mis dedos.

—Volviendo a lo de antes —dijo Salvador—, decías que te encanta que fuera ¿Cómo? —preguntó mirándome a través de las pestañas.

—No lo sé, así diferente —al escucharme levantó las cejas sorprendido—. Me refiero a que... —me callé buscando las palabras para decirlo—. Desde la primera vez que te vi me llamaste la atención por eso —expliqué y al escucharme entornó los ojos y despegó los labios—. Llevabas esa camisa rota, estabas sentado solo y no parecía importarte ninguna de las dos cosas, tuve la sensación de que eras alguien original, diferente —él movió los labios y sonrió levemente, por su mirada supuse que estaba de acuerdo con lo que le había dicho. Luego sacó su cajetilla de cigarros, la abrió y me ofreció uno antes de tomar el suyo. En respuesta negué con la cabeza.

—¿Te molesta si fumo? —preguntó, otra vez moví la cabeza en negación y él encendió su cigarro—. Quizá es demasiado pronto para hacerte una idea de cómo soy. Pero en parte tienes razón y bueno, por lo que respecta a la ropa, al menos no todas mis camisas tienen agujeros, sólo mis favoritas —explicó y los dos reímos.

—Y tú, ¿cómo eres Julieta? —me encogí de hombros y sonreí—. Te gusta que yo me atreva a salir con una ropa rota, pero serías incapaz de hacer lo mismo —dijo jugando con el salero y con la mirada en él—. Te gusta verme cómodo estando solo, pero tú nunca estás sola.

—Es que dentro de un grupo llamas menos la atención —respondí a eso y me quedé pensando en la posibilidad de que fuera una cobarde, aunque nunca me había visto de esa manera. Salvador dejó de girar el salero y me miró—. Entonces, ¿A qué conclusión has llegado? —pregunté. El exhaló y sonrió.

—No te gusta llamar la atención, pero llamaste mi atención —susurró y yo bajé la mirada—. No quiero adivinar como eres, quiero conocerte —respondió y enseguida le dio una calada a su cigarrillo—. Que me hables de ti y que me cuentes cosas como... ¿Por qué vas a los bailes si no te

gustan?

—No lo sé —dije encogiéndome de hombros—, es lo que hacen las personas de mi edad. Quizá prefiero ir que convencer a los demás de que estoy mejor si no voy —respondí y después de pensarlo rectificué—, aunque la realidad es que no la paso mal cuando voy.

—¿Entonces?

—Por todo el protocolo que implica ir... ya sabes, el tipo de ropa es incómoda, los peinados, el maquillaje —respondí haciendo un gesto y me reí de mi misma—. ¿A ti por qué no te gusta ir?

—Yo sólo voy por acompañar a mi hermano —respondió sin titubear—. Cuando él escoge a donde iremos, por lo general busca bailes y esas cosas. Y que sepas que la única vez que la he pasado bien ahí, fue cuando estuve contigo.

—¿Y por qué vas si te la pasas mal? Deberías pedirle a tu hermano que escoja otro lugar.

—Ya he escogido mis batallas con mi hermano —respondió guiñándome el ojo y en eso llegó el mesero con la cena. Comimos y aproveché para mirarlo mientras lo hacía; me gustaba la forma como movía los labios y cómo se tensaban los músculos de su quijada. Después de un rato observándolo me sentí familiarizada con él y con sus movimientos, era como si lo conociera desde siempre, estaba bien a su lado. Salvador continuó hablando y preguntándome sobre cosas personales, mostrando un interés en mí como ningún otro hombre, me lo había mostrado antes. Después de platicar por un rato, llegamos a la esquina oscura de mi vida: mi soltería y la futura boda de mi hermana menor.

—¿Cómo te sientes al respecto?, no parece cómoda con eso —al escucharlo resoplé mirando hacia un lado. No, no estaba cómoda con la situación.

—No lo estoy —acepté levantando los hombros—, pero no por lo que estás pensando y que es lo que creería la gente. Deseo que mi hermana se case y sea feliz, y quisiera ayudarla con los preparativos o con lo que ella necesite. Pero cada vez que mi madre, mis hermanas y yo estamos juntas, ellas evitan hablar del tema, supongo que por temor a que me sienta mal. Ellas no sólo están preocupadas, sino que sienten lástima por mí. Para mi familia, lo peor para una mujer es ser una quedada. Y para ellos yo soy una quedada.

—Julieta, si tú quisieras podrías tener un novio —trató de consolarme colocando su mano sobre la mía y eso me puso muy nerviosa—, estoy seguro que allá afuera, hay muchos que estarían felices de...

—Pero yo no quiero un novio —respondí molesta y cortándolo en seco mientras alejaba mi mano de la suya. Lo último que necesitaba era otro que sintiera pena por mí en ese aspecto—, y tampoco tengo intensiones de convencer a nadie de que ésta decisión la he tomado por propia convicción —le advertí.

—Tú también tratas de ser una persona distinta, ¿no es verdad?

—No me gusta hacer algo sólo por encajar, aunque no siempre es fácil vivir en contra de la corriente. Tampoco pido que los demás sean como yo, pero quisiera que me acepten como soy sin sentir lástima o juzgarme —él resopló y apretó los labios.

—La vida es mucho más sencilla cuando se es como los demás —dijo con la mirada sobre la mesa. Luego movió los ojos hacia mí y sonrió levemente—. No es fácil moverse en dirección opuesta, pero uno aprende a hacerlo y lo mejor viene cuando la gente que quieres entiende que así estás bien —sus ojos abandonaron mi rostro y se quedó en silencio mirando hacia la nada.

—¿Lo has hecho tú?

—¿Te refieres a si he nadado en dirección opuesta? —preguntó reprimiendo una sonrisa y levantando las cejas—. No sabes cuánto... —susurró antes de sumergirse en un silencio inquietante que interrumpió con un suspiro y enseguida me miró—. Siendo mujer, supongo que te

ha de ser más difícil.

—Ahórrate los comentarios machistas —respondí mirándolo con recelo.

—Te juro que lo último que quiero ser es eso. Pero tus amigos —Salvador se quedó callado pensando—, ¿ellos no son así?

—Puede ser —respondí—. De lo que estoy segura es que ellos son distintos a ti.

—No creo que les guste que te lleves conmigo —dijo recostándose sobre el respaldo de su silla.

—No sé por qué piensas eso, ellos no me han dicho nada.

—Quizá se deba a mi sexto sentido —dijo sonriendo con cierto sarcasmo y me guiñó el ojo—, pero eso no importa, no estoy contigo para agradecerles a ellos ni a nadie.

—Y puedo saber ¿para qué estás conmigo? —pregunté y él se encogió de hombros. Salvador cambió su posición hacia adelante.

—Ya te había dicho, para conocerte y ser tú amigo —respondió mientras alargaba su mano para colocarla sobre la mía. Él me gustaba mucho y quería sentir su mano sobre la mía, pero eso era algo más romántico y me incomodó. Lo quería cerca de mí y lo mejor sería tenerlo como amigo, sin ilusiones y sin decepciones. Así que decidí retirar mi mano y marcarle de una vez por todas que el contacto físico quedaba fuera entre nosotros dos. El pareció sorprendido ante mi reacción y cerró los puños fuertemente, luego me miró intrigado y las comisuras de su boca se elevaron tratando de mostrar una sonrisa, pero sus ojos profundos penetraron dentro de los míos— ¿por qué? —preguntó y en respuesta levanté los hombros y entorné los ojos sin ánimos de responder, él pareció comprender mi posición y simplemente se movió hacia atrás sobre el respaldo de la silla y encendió otro cigarrillo.

—Todavía no sé tu edad —dijo después de sacar el humo por la boca.

—Veinticuatro. ¿Y tú?

—Veintiocho.

—¿Tienes otros hermanos además de Mauricio?

—Una hermana mayor, se llama Susana.

—¿Cómo es tu relación con ellos? —él levantó las cejas y bajó la mirada.

—A ella la veo poco, pero Mauricio y yo somos muy unidos —respondió mirando hacia la calle—. Aunque a veces pienso que él depende mucho de mí —concluyó y se puso a jugar con el servilletero que estaba en la mesa.

—¿Es eso malo?

—Creo que debería de tener otros amigos.

—Pero yo nunca te he visto con otro más que con él, ¿tienes otros amigos? —pregunté. Salvador miró hacia un lado y sonrió con una expresión extraña.

—Sí, ellos son más grandes y casi nunca van al club. Los conocí por mi tío, se llama Gabriel. Es ocho años mayor que yo, pero desde niños fuimos muy afines y siempre hemos tenido los mismos gustos. A los catorce comencé a salir con él y con sus amigos en vez de salir con mis compañeros de escuela —al escucharlo sentí un poco de envidia, yo también hubiera querido tener amigas más maduras durante mi adolescencia.

—Supongo que también tienes amigas mayores, ¿has tenido alguna novia mayor que tú? —pregunté, entonces miró hacia un lado y dibujó una línea con los labios.

—No precisamente —respondió y luego me miró—, y tú ¿has tenido algún novio?

—Pues sí, dos formales y también salí con otros —al escucharme, levantó las cejas sorprendido.

—¿Qué fue lo que te pasó Julieta? ¿Cuál fue la razón por la que decidiste no tener otro novio?

—preguntó con interés. La verdad es que no quería tener novio, pero con él todo cambiaba, sólo por tenerlo al frente de mí bajaba la guardia y me sentía más vulnerable. Por un momento quise explicarle mi teoría sobre los hombres y las relaciones sentimentales y hablarle de mi reto personal, pero al fin y al cabo él era hombre y lo más seguro es que no me entendiera. O quizá si lo hiciera, Salvador parecía ser un tipo de mente más abierta que los demás hombres, quizá el sí me comprendiera. Sin embargo, no era algo de lo que quisiera hablar en ese preciso momento—. ¿En qué piensas? —preguntó.

—Tonterías —resoplé—, nada que pueda resultarte interesante.

—¿Por qué no pruebas? —preguntó al tiempo que rozaba mi mano con las yemas de sus dedos.

—¿Probar qué? —resoplé mientras alejaba mi mano de sus dedos—, los hombres todo quieren solucionarlo de la misma forma —me quejé malhumorada y bajé las manos debajo de la mesa.

—No sé qué te tiene tan molesta con nosotros, pero me gustaría que me cuentes para poder entenderte —me pidió con la voz ronca, acercando su rostro al mío y acompañado de una mirada muy especial, su aliento me envolvió y me perdí entre su boca y sus ojos. El me gustaba tanto que con gusto haría lo que sea por estar con él y verlo contento. Pero no, tenía que demostrarme a mí misma que era una mujer de palabra, ya me había enamorado antes y no volvería a hacerlo. Me molestó saberlo capaz de producir en mí sentimientos.

—No lo sé, quizá en otro momento —respondí insegura y me levanté con el pretexto de ir al baño para alejarme de aquel tema. Cuando regresé, Salvador estaba terminando de pagar la cuenta y al verme se paró de golpe.

—Creo que ya es tarde, te llevo a casa —dijo notoriamente molesto al tiempo que dejaba caer unas monedas en la bandejita donde había puesto el dinero de la cuenta. Si algo lo había molestado, yo, no haría nada para contentarlo. Camino a casa encendió la radio y no volvió a hablar. Estaba algo incómoda por haberlo molestado, pero no volvería a caer en ese juego de chantaje tan utilizado por los hombres; si se molestaba, tendría que contentarse solo. Cuando llegamos a la calle de mi casa todavía estaba muy serio.

—¿Te dejo en la puerta de tu casa? —preguntó con las manos en el volante. Lo miré extrañada.

—Sí, ¿dónde más podrías dejarme?

—Como no querías que te vean conmigo, pensé que quizá tu... —Salvador titubeó y se quedó callado un momento, parecía algo apenado—. Fue tonto haberlo preguntado, discúlpame —dijo sonriendo levemente y me miró de reojo con aquellos ojos dulces y profundos. Cuando paró el motor, sentí un vacío provocado por el temor a no volver a estar cerca de él y sin pensarlo, coloqué la mano sobre su brazo.

—¿Te veré mañana en la facultad? —él torció la boca hacia un lado y mostró una leve sonrisa, me pareció más preocupado que molesto.

—Eso espero —respondió mirándome con aquellos ojos tiernos y profundos.

—Entonces, hasta mañana —me despedí y bajé del coche sin ganas de hacerlo. El bajó detrás de mí y sin acercarse a la entrada de mi casa me miró abrir la puerta y entrar. Esa noche me dormí pensando en Salvador y deseando soñar con él.

El viernes no lo vi en la escuela y tampoco vi su coche en el estacionamiento. Nuestros amigos nos invitaron a ir al club en la noche, y aunque no moría de ganas de ir; así, como la semana anterior, fui. Fui con la esperanza de encontrarme ahí con Salvador. Todos estaban muy animados cuando llegamos y Héctor se sentó otra vez junto a mí.

—Hola cerebritito —saludó con un beso en la mejilla—, ¿cómo te está tratando la universidad?, ¿todavía no tiras a toalla? —negué con la cabeza y miré a mi alrededor en busca de

Salvador—. Bien, si has tomado la decisión de estudiar una carrera debes mantenerte firme en ello —lo miré conteniendo el impulso de pedirle que se calle.

—No he pensado nunca en dejarla. ¿Por qué lo haría?

—Las mujeres son más volubles. Mi hermana entró primero a estudiar derecho, ya papá le había dicho que no podría con eso, pero ella insistió, a los tres meses decidió que prefería estudiar para maestra y cuando por fin se cambió de carrera, que le proponen matrimonio... — continuó con su típico monólogo, pero por más que trataba de interesarme en su plática, no podía dejar de pensar en Salvador y de vez en cuando miraba hacia la barra—. ¿Buscas a alguien? — preguntó Héctor mirando a disgusto en dirección a la barra—. Pareces algo inquieta.

—No. A nadie —respondí encogiendo los hombros y le sonreí—. ¿Te gusta bailar? —pregunté por hablar de algo que no fuera su familia, no porque tuviera ganas de hacerlo con él, pero él se levantó y me tendió la mano.

—Señorita, ¿me concede el placer de bailar ésta pieza? —preguntó haciendo una reverencia. Sonreí y miré a mi alrededor deseando que nadie se hubiera dado cuenta de su actitud, e ignoré la sonrisa burlona de Marisa. Tomé su mano y me levanté. Bailaría y haría lo necesario para distraerme y dejar de pensar en Salvador. Ya en la pista, olvidé el motivo por el cual había aceptado venir al club y me concentré en la música, todo iba muy bien, hasta que vi a un gordito bailando acaloradamente y solo, era Mauricio, y pensé que quizá Salvador había venido con él. Eso me quitó totalmente el interés de bailar y sobretodo de estar con Héctor y comencé a repasar el lugar con la mirada en busca de Salvador. Otros que estaban en nuestra mesa se acercaron para bailar a nuestro lado y aprovechando el relajo de nuestros amigos, me alejé de ellos para llegar hasta donde se encontraba Mauricio bailando. El me miró y se inclinó para saludarme de beso en la mejilla.

—¡Hola!, ¿vino tu hermano? —grité para que pudiera escucharme a través de la música, él sonrió asintiendo con la cabeza, lo que me hizo pensar que no había escuchado bien, entonces insistí—: ¡Salvador, tú hermano!, ¿está aquí?

—¡No!, ¡salió con sus amigos! —respondió y continuó bailando. La razón por la que me había arreglado esa noche, era para ver a Salvador y él no se encontraba allí. Regresé con los demás y traté de bailar, pero ya no tenía ánimo.

—No me siento bien, me voy a sentar —le dije a Héctor, pero al notar que él caminaba detrás de mí, continué mi paso hasta llegar al baño, sin mirar atrás, deseando que Héctor se hubiera quedado. Sólo quería volver a casa y acostarme en la soledad de mi cuarto para pensar en Salvador y recordar su mirada, su rostro y sus manos tratando de tocar las mías. Cuando volví a la mesa, Héctor se encontraba parado a un lado conversando con un grupo de hombres; me miró de reojo y continuó hablando con ellos por un rato más. El resto de la noche, resultó casi un martirio; tratando de interesarme en la plática de los demás y disimulando mi desesperación por irme del lugar.

El sábado por la mañana, Héctor llamó por teléfono a mi casa para invitarme a tomar un café, no tenía ningún plan para ese día y aunque prefería quedarme en casa, sabía que era una mala idea pues me atormentaría yo sola pensando en Salvador. Así que aplicando la ley de “un clavo saca a otro clavo” acepté su invitación y decidí intentar olvidarlo por unas horas. Escuchar sobre la niñez de Héctor fue algo entretenido y pudo cumplir su cometido.

Pasé todo el fin de semana sin saber de Salvador y el lunes al llegar a la escuela busqué su coche en el estacionamiento y a él entre la gente. Nada, parecía como si la tierra se lo hubiera tragado. Me sentí un poco preocupada por no saber de él.

Pasaron los días y seguía sin saber nada de él. Durante ese tiempo, había estado luchado por convencerme de que Salvador no era tan importante como para que deseara verlo con tantas ganas y que él no tenía por qué incluirme en su vida. Ya me había enamorado antes y reconocía muy bien el sentimiento, éste era aún más fuerte. La atracción hacia él era muy grande y tenía miedo. Lo peor era que si en algún momento él también se mostraba interesado en mí, temía ser capaz de tirar por la borda mis teorías acerca del amor y el resultado sería catastrófico. Junto a él me ponía en riesgo. Comencé a pensar que quizá lo mejor sería alejarme de Salvador.

El resto de la semana me concentré en la idea de alejarme de él; en la facultad, evitaba los pasillos y lugares donde lo había visto antes; y cuando mis amigas me preguntaban por él, cambiaba la conversación. Durante los descansos, prefería quedarme dentro del aula, aunque fuera sola, con tal de no encontrármelo.

—Si no fueras tú —dijo Isabel una tarde al entrar en el salón después del descanso—, pensaría que estás enferma —y se sentó a mi lado. Luego me miró ladeando levemente la cabeza

— ¿Seguro que no te pasa nada? ¿Por qué de repente no has querido volver a salir?

—Cualquiera pensaría que te escondes de algo —dijo Marisa mientras rebuscaba dentro de su bolsa de mano. Sacó un espejito y se miró—. Por cierto, Julieta —continuó hablando mientras se retocaba los labios—, tus amigos los raros preguntaron por ti y te mandan saludos —al escucharla levanté la mirada en automático. Ella guardó el espejito y me miró levantando las cejas.

—¿Quiénes? —pregunté tratando de mostrar indiferencia y con la esperanza de que me hablara de Salvador.

—El gordito y el que según tú tiene ojos bonitos —dijo poniendo los ojos en blanco y me sonrió—, han dicho que se llaman... —hizo silencio y miró hacia un lado como tratando de recordar.

—Mauricio y... ¡Salvador! —agregó Isabel rápidamente.

—¡Salvador!, sí —asintió Marisa levantando un dedo y enseguida se dirigió a mí—. Oye, pero la verdad es que no me había fijado bien en él y hoy que estuvimos hablando pude verlo de cerca, como habías dicho, es guapo —continuó—; mira qué si fuera mi novio, lo llevaría a cortarse el pelo y le haría cambiar de ropa —sonreí, aunque me sentí un poco celosa—. Su facha es lo que no me gusta.

—¿Cuál de los dos preguntó por mí? —pregunté con la intención de dejar escuchar las reparaciones que ya había pensado Marisa para Salvador.

—Mauricio, ¿no fue así Marisa? —se adelantó Isabel en responder.

—Sí. Pero el que te mandó saludos fue el otro —repuso Marisa. Sonreí de nuevo y bajé la mirada pensando en él—, y Mauricio nos pidió que te digamos que no seas tan matada y que salgas del aula de vez en cuando —sonreí al imaginármelo y las miré.

—¿Y Alberto y los otros?, ¿no se sentaron con ustedes? —pregunté.

—Los vimos de lejos, pero como ya estábamos sentadas con estos —dijo Marisa poniendo los ojos en blanco y continuó hablando—, pues no se acercaron —Después de escucharlas me sentí enojada y frustrada, si hubiera salido con ellas hubiera estado con Salvador.

Al día siguiente fui por un refresco a la cafetería con mis amigas. Cuando estaba en la fila para comprar un refresco, alguien me habló por detrás:

—Espero que me hayas extrañado —dijo con voz dulce y ronca. Bajé la mirada recordé cuánto había pensado en Salvador, cómo lo había estado evitando y cuánto lo estaba extrañando. Había sido tan inmadura que me sentía más molesta conmigo que con él. Giré el rostro en dirección a su voz, pero no lo miré.

—Una coca cola por favor —le dije a la señorita de la cafetería.

—Dos pesos —dijo después de entregarme el envase abierto. Salvador asentó dos monedas y pagó anticipándose a mí. Lo miré molesta, pero su dulce sonrisa me desarmó obligándome a suavizar mi gesto.

—Gracias —murmure. El aceptó el cumplido y movió el brazo indicándome el camino hacia una banca vacía. Caminamos juntos hacia allí y nos sentamos, me miraba fijamente y parecía divertido con mi enojo.

—¿Estás molesta? —preguntó y lo miré sin decir una palabra. Negué moviendo la cabeza ¿Cómo explicarle que estaba más bien molesta conmigo?, que no quería sentir ningún tipo de atracción por él ni por nadie, pero que si fuera por él quizá si quería sentir algo, como aquel hormigueo en el estómago mientras estaba sentada a su lado—. Te he estado buscando —dijo—, ¿has estado faltando a clases? Ayer que hablé con tus amigas me dijeron que no habías salido del aula porque necesitabas ponerte al día.

—Sólo he tenido mucha tarea —respondí encogiéndome de hombros y miré a mi alrededor en

busca de mis amigas.

—Cuando quieras, yo puedo ayudarte —dijo tratando de ser amable. Lo miré y exhalé—. ¿Estás segura que no estás molesta? ¿Hice algo? —preguntó extrañado. De nuevo negué con la cabeza tratando de suavizar la mirada y le sonreí levemente. ¡¿Por qué me ponía tan nerviosa con él?! ¡Estaba actuando como una tonta! —Entonces, puede ser que me extrañaste —me apuntó con el dedo, sonriendo con una mirada tan dulce que me hubiera gustado abrazarlo. Cerré los ojos y sonreí. El levantó la mano y me acarició el cabello—. Si me extrañaste —afirmó y metió la mano bajo mi pelo colocándola detrás de mi cuello y me apretó suavemente.

—No estoy molesta —susurré disfrutando de su contacto y tragué saliva—. Pero tú desapareciste primero.

—En ese caso te pido perdón —dijo inclinándose hacia mí, inhalé y sentí su olor. No. No podía volver a caer con nadie. Tenía que ponerle un alto a esta situación. Salvador me hacía débil.

—No tienes por qué pedir perdón ni yo tengo por qué estar molesta por eso —le dije haciendo un esfuerzo sobrehumano para levantarme y alejarme de su lado—. Necesito ir al baño —dije disculpándome y todavía atontada, caminé unos pasos y entré al baño de mujeres, los ojos se me llenaron de lágrimas. Estar a su lado era un deseo que me había atormentado durante días, y al estar ahí me di cuenta de lo grande de mi deseo. Pero los hombres no eran buenos para mí, ¿a dónde me llevaría ésta vez mi amor por un hombre? Pero, si tanto quería estar con él, ¿por qué no podía estar y punto?, ¿por qué seguirme negando la oportunidad de intentar algo? Me lavé la cara y salí decidida a enfrentarlo a él y a lo que sentía por él. Lo vi sentado esperándome, llevaba un cigarro en la boca y estaba solo, él se levantó y me miró en espera de que me acercara y me pareció tan irresistible que deseé correr a su lado, pero recordé cómo son los hombres y que yo siempre lo echo a perder y escogí resistirme. Los hombres siempre me han traído problemas. Desvié la mirada y seguí de largo. Me alejé sin decirle adiós. El resto del día, una idea dio vueltas en mi cabeza; Salvador pensaría que estaba loca por la forma como me había comportado. Quizá eso lo haría desistir, quizá no volvería a buscarme.

Al día siguiente lo vi en la universidad, caminaba hacia mí y me saludó con una sonrisa tímida, le respondí con un leve movimiento de cabeza y antes de que se acercara más, me senté entre Alberto y Marisa. La sonrisa de Salvador desapareció, él bajó el rostro y pasó de largo frente a nosotros sin mirar. Me dolió su reacción, pero más, porque sentí que lo había lastimado.

Ya sé que fui algo tonta al actuar de ese modo, pero a fin de cuentas tengo una disculpa, las personas enamoradas por lo general cometen estupideces.

TENTACIÓN Y PECADO

El hombre que me daba la espalda se había levantado y girado para saludarme. Mi corazón se aceleró cuando lo reconocí, aquel era el que hacía un año había visto discutiendo en un restaurante el día que llegué a vivir al D.F. Vestía pantalones de mezclilla color gris y una camisa blanca de botones algo ajustada al cuerpo, llevaba el cabello peinado igual a como lo recordaba. Nunca me hubiera imaginado que volvería a verlo, y menos que trabajaría con él y tendría la oportunidad de conocerlo. El doctor Trejo lo presentó como Roberto y él llegó a mí dándome la mano para saludarme.

—Regina —pronunció mi nombre con voz ronca y se inclinó levemente hacia adelante. Enseguida dio dos pasos hacia mí y extendió su brazo. Tomé su mano y me apretó con fuerza, dentro de su mano, la mía parecía muy pequeña — ¿Nos conocemos? —preguntó sin soltarme y con el ceño fruncido.

—¿Conocernos? No creo —contesté mientras lo miraba atontada. La única vez que nos habíamos visto antes no merecía ser mencionada, muy probablemente, él ni siquiera la recordara.

—Entonces debe ser que te confundo con otra persona —dijo mientras se encogía de hombros y sonrió. Después de soltar mi mano, pasó la suya sobre su cabello oscuro y sin dejar de mirarme se sentó junto al doctor Sierra, me senté frente a él.

—Bueno, viendo que ya todos nos conocemos, creo que sería un buen momento para hablar de nuestro proyecto y explicarle a Regina la forma en que esperamos que nos ayude —dijo el Dr. Trejo—. Aunque yo ya le explicado a grandes rasgos, me gustaría que le dijeran ustedes sus puntos.

—Pues bien, Regina —dijo el Dr. Sierra y se aclaró la garganta—, como ya sabrás, estamos haciendo un estudio sobre la actividad cerebral mientras dormimos, en estado de coma, el subconsciente, inconsciente, los sueños, las etapas del sueño... —continuó hablando y desvió la mirada hacia Roberto que golpeaba de manera repetida sus apuntes con la punta de una pluma. El levantó la vista del escritorio para mirarme en ese preciso momento. Nuestros ojos se mantuvieron en contacto por unos segundos, hasta que de nuevo miré hacia el doctor Sierra—. Por cierto, traje los expedientes que prometí la junta pasada —dijo levantándose de la silla algo trabajoso y caminó hacia un maletín asentado en un librero, de donde sacó varios papeles y los colocó sobre la mesa. Roberto se movió para alcanzar las hojas y repasó el contenido—. Antes de empezar con eso, ¿quisieras decirlo algo Roberto?

—Ah si —respondió levantando la mirada hacia mí—. Primero que nada, me parece importante que te familiarices con toda la información que ya tenemos —dijo apuntándome con su pluma—, luego me pasas tu correo electrónico para que te envíe todos los archivos y después de leerlos, quizá sería bueno que investigues un poco si te quedan dudas de algo, o simplemente para conocer más al respecto.

—Ella ya sabe bastante —dijo Trejo.

—No está de más, buscaré más información —respondí al Dr. Trejo y miré hacia Roberto con la intención de sonreírle, pero me intimidó la seriedad de su expresión.

—Igual puedes preguntarme tus dudas en vez de investigar —me dijo moviendo los hombros y la mano—. Asentí con la cabeza y sonreí levemente. Roberto me devolvió el gento y continuó—. Segundo y quizá más importante, creo que nos sería de mucha ayuda que lleves una agenda con los

puntos necesarios a tratar antes de cada junta. Me pasas tu contacto —dijo levantando su celular— y te agrego al chat, así, un día antes de que no veamos, puedes enviarnos la agenda para que vengamos preparados.

—Excelente —comentó Trejo.

—Perfecto —respondí—. Y quizá también pudiera ser bueno llevar apuntes de lo tratado durante la junta.

—¿Como una bitácora?, ¡Claro! —dijo Roberto y me sonrió abiertamente—. Una buena idea Regina.

—Bueno. Pues para hoy habíamos pensado trabajar sobre la etapa REM —me dijo el doctor Sierra y señaló a Roberto con el dedo índice—, si nos haces el favor de repartirlos, también para Regina.

—Si señor —respondió con un tono gracioso y se levantó de la silla para entregarnos uno a cada quien. Inmediatamente todos comenzaron a leer en silencio y me puse a hacer lo mismo. Estaba concentrada cuando sentí un golpe en la punta de mis zapatos y me sobresalté mirando hacia el frente—. Perdón, perdón —repitió Roberto levantando las manos del papel y se enderezó en el respaldo de su silla. Continuamos leyendo en silencio hasta que una sensación extraña me obligó a levantar la vista hacia el frente. Roberto me miraba.

—Si ya todos terminaron, me gustaría que comentaran el caso que les tocó... —continuó hablando el Dr. Sierra y enseguida empezamos a comentar. El tiempo me pasó como agua y ni cuenta me di de la hora. Después de haber dejado todos los puntos claros y quedar de acuerdo sobre nuestra división de trabajo, decidimos el día y la hora para nuestra próxima cita. Al parecer ellos tenían prisa en avanzar sobre el proyecto.

—¿Tienes cómo irte? —me preguntó Roberto mientras revisaba su celular y me miró.

—Pensaba pedir un taxi.

—¿A ésta hora? —dijo sorprendido— Para nada, te llevo —ofreció sin dar lugar a alguna objeción. Dentro de su impecable automóvil, podía sentirse el delicioso olor de su loción. Sin duda, Roberto era de esos hombres que cuidan mucho de su aspecto físico, que tratan de verse bien y vestirse con ropa buena, lo cual para nada era un defecto, sólo lo hacía verse aún más atractivo. Aunque la verdad es que no le hacía falta, ya de por sí era lo suficientemente guapo y llamativo. Durante el camino puso música con canciones en inglés que yo nunca antes había escuchado y comenzó a cantar con ellas. Por un momento se calló y me miró de reojo.

—¿Te gusta ésta canción? —preguntó mientras bajaba el volumen.

—Creo que nunca la había escuchado —respondí apenada.

—¿Numb, de Linkin Park? —me miró con incredulidad—. Fíjate en la letra —dijo mientras bajaba un poco más el volumen y comenzó a traducirla para mí al español. Luego siguió cantando y a veces se emocionaba y cerraba los ojos o hacía como si tocara la batería, parecía muy cómico y me hacía reír. Al darse cuenta, me hizo una mueca con la boca, me guiñó un ojo y continuó cantando. No hablamos, pero hizo que el trayecto fuera cómodo y divertido. Cuando alguien que acabo de conocer se esfuerza en buscar un tema para hablar, me hace sentir tan incómoda como cuando se hace un silencio. Pero con Roberto, el silencio estaba lleno de él. Parecía ser un hombre sencillo, noble y divertido. Aquella noche me acosté pensando en él, apropósito, porque deseaba verlo otra vez en mis sueños, pero no sucedió.

A partir de ese día, no dejé de hablar sobre el nuevo proyecto y Manuel y Bernardo estaban contentos al verme tan animada. Nunca mencioné nada referente a Roberto porque no quería poner en evidencia mi interés en él. Las siguientes dos semanas transcurrieron sin mucha novedad. Los fines de semana llegaba Bernardo de Querétaro y entre semana la escuela y juntas a las que no

había vuelto a asistir Roberto; “me avisó que no llega”, dijo Sierra la primera vez. “Tuvo una emergencia, no llegará puntual”, dijo la segunda, pero no llegó. Es molesto admitirlo, pero su ausencia me hacía sentir desilusionada.

La noche anterior a la siguiente junta volví a tener otro sueño de aquellos que me atormentaban, *yo era vieja y paseaba en un parque sobre una silla de ruedas. Una mujer vestida de blanco movía aquella trabajosa silla y una niña y un niño pequeños corrían delante de mí. Los niños se acostaron sobre el jardín y yo los miraba. El rostro del niño era tan hermoso como el de un angelito y algo en su mirada me hacía sentir que lo conocía, él me miró y sonrió, luego tomó una flor del jardín y la puso sobre mis piernas, entonces le sonreí. Alguien lo llamó por su nombre, pero él parecía más interesado en mí que en la persona que lo llamaba. Luego, otro niño mayor también lo llamó por su nombre, y recuerdo haberlo escuchado, pero aquella palabra desapareció de mi mente al instante. Sentada en mi silla me movía desesperada tratando de recordarla, parecía un tipo de necesidad el saber el nombre de aquel niño. El pequeño se había ido corriendo y desaparecido, pero yo necesitaba recordar su nombre y no podía.* Me desperté a media noche ansiosa por saber aquel nombre que en mis sueños me atormentaba y después de repasar mi sueño e intentar recordarlo, decidí que no tenía importancia y continué durmiendo. *De nuevo caí en la red de mis sueños, en esa ocasión, una mujer corrió junto a mí y me tomó de las manos, ella lloraba y gritaba: ¡Haz algo, por favor ayúdalo!, ¡Te lo suplico!’. Su desesperación me incomodaba, no sentía ni lástima ni piedad por ella. Estaba tan molesta que la empujé alejándola de mí y caminé hacia una casa grande que me resultó familiar, antes ya había soñado con ella. Entré en la casa y caminé hasta llegar a una puerta, una mujer que parecía una sirvienta por su vestimenta, me abrió aquella puerta y entré en una habitación oscura, los muebles de madera oscura que ahí habían eran grandes y estaban tallados. Sentí un escalofrío, aquel lugar me hacía sentir muy incómoda. Dentro de ella había dos hombres, uno mayor sentado en un escritorio que movía los dedos de la mano produciendo un desagradable sonido y otro más joven que tomaba una de mis manos y la besaba. Traté de alejar mi mano de su boca, quería salir corriendo de allí, tenía mucho miedo. El joven me apretó los dedos reteniendo mi mano, lastimándome. El me miraba de forma extraña, le temía y los dedos me dolían, quería gritar y grité de dolor. En ese instante desperté sobresaltada y reconocí el dolor de mis dedos, me latían. Moví la mano confundida entre sueño y realidad y encendí la luz de la lamparita de noche junto a mi cama. Me levanté y fui al baño para lavarme la cara y miré por la ventana, todavía era de noche. Después de moverme un rato sobre el colchón, abrí los ojos resignándome a la idea de mirar el amanecer, recordé que en la tarde tendría otra vez mi junta con el grupo de Trejo y decidí entretenerme un rato recordando a Roberto. En algún momento me dormí y de nuevo soñé: *caminaba por el mercado de Tepoztlán cuando me detuve en un puesto, sabiendo que encontraría al anciano, giré la cabeza y lo vi parado junto a mí.**

—Vas a recibir una propuesta que cambiará tu vida y no de la manera que tú crees —me dijo antes de esfumarse entre la gente, a lo lejos vi a Bernardo y a Manuel y corrí hacia ellos, pero también desaparecieron, se había hecho de noche y estaba perdida entre un mar de gente, veía muchos rostros, pero a ninguno podía identificar. Las piernas me pesaban a tal punto que tuve que dejar de moverme. Entonces me detuve y un hombre me habló—: ¿nos conocemos? —dijo colocando su mano sobre mi hombro. Al girar para verlo de frente me di cuenta que se trataba de Roberto.

Desperté y después de recordar mi último sueño, me vino a la mente la idea de que quizá cuando el anciano dijo lo de la propuesta se refería a la investigación con el doctor Trejo y no a que me casaría con Bernardo. Entonces sonreí y exhalé avergonzada de mis pensamientos. ¿Cómo

podría el anciano saber sobre mi futuro?, ¿de qué forma podría eso cambiar mi vida? Preferí no pensar en la respuesta y me levanté para ir a la universidad. Como cada jueves, en la noche acudí a mi esperada junta, la cual terminó antes de lo previsto por asuntos de Trejo.

—¿Te llevo? —preguntó Roberto cuando nos levantamos de la mesa de trabajo. Lo miré y sonreí.

—Si no te importa desviarte —respondí. “Jamás” murmuró mientras levantaba de la mesa unos libros y me guiñó el ojo. De camino a mi departamento, tomó una dirección diferente a la que había tomado la vez pasada, lo cual me pareció muy extraño.

—¿Recuerdas dónde vivo? No es por allí —le dije. Roberto apretó los labios y frunció el ceño pensativo, me echo una leve mirada y continuó con los ojos sobre el camino media cuadra más. Entonces se detuvo frente a una cafetería.

—Si, pero es que muero de hambre y no quiero cenar solo. Te invito a comer algo —preguntó con tono determinado. Dudando sobre lo que debía y lo que quería hacer lo miré pensativa. Sus cejas oscuras enmarcaban sus ojos de mirada profunda haciéndolo ver aún más guapo, la expresión de su rostro era tan especial que no pude negarme. Lo que me sucedía con Roberto era diferente, no solo me fascinaba como hombre, sino que además despertaba en mí una ternura muy especial. Mi cerebro sabía que no era lo correcto cenar con un hombre que me atraía cuando estaba comprometida con otro, pero algo dentro de mí me pedía que lo hiciera.

Decidí ignorar que Roberto era el hombre más guapo que conocía, que su perfume me encantaba y su voz me erizaba la piel. Lo que sentía cuando Roberto estaba cerca era nuevo y demasiado intenso como para renunciar tan rápido. Además, él era un amigo con el cual trabajaría durante los próximos meses y debía acostumbrarme a estar con él sin perder la cabeza. Cenar algo con Roberto no era una infidelidad, así que acepté. Sin temor a ser vista con otro hombre, me senté con él en una mesa en medio de la cafetería y ordenamos la cena.

—Te perdiste dos juntas —comenté con ganas de saber la razón. El apretó los labios afirmando con la cabeza—. ¿Porqué? —hice la pregunta sin poder evitarlo.

—Complicaciones... —respondió mirando hacia el mantel de la mesa—, nada importante —dijo encogiéndose de hombros—. Pero te juró que hice lo posible por llegar. No me gusta faltar a las juntas, me preocupa que no terminemos a tiempo con el contenido.

—¿A tiempo de qué? ¿Se trata de un concurso?

—¿Concurso? —preguntó confundido—, ¡ah! No. ¿Por qué trabajamos a contra reloj? Es que creo que tú no lo sabes —Roberto miró hacia la mesa y comenzó a jugar con su tenedor—. Es que apliqué para una beca en Madrid, quiero tomar una especialidad en oncología ahí —me miró y sonrió levemente—, todavía no me han aceptado, pero eso podría ser en enero.

—¿Tan pronto?

—Pues no lo sé. Si la consigo, si podría ser en enero o febrero, o también podría ser en un año más o menos —dijo con aquella voz ronca y suave que tanto me gustaba e inevitablemente apreté los labios decepcionada de saber que dejaría de verlo—. Pero podemos seguir en contacto por internet y cuando quieras ir a Madrid, tendrás un amigo que estará muy contento de verte y pasearte —lo miré y sonreí.

—Ojalá consigas la beca —dije tratando de mostrar ánimo—, pero mientras eso pasa, trata de no perderte las juntas.

—Es una promesa —dijo besando la cruz con sus dedos y los dos nos miramos un momento sin hablar—. ¿Me pondrás al tanto de los avances de la junta? —preguntó rompiendo el silencio, lo que a mi parecer fue una forma de cambiar el tema. Por un buen rato platicamos sobre la investigación de Trejo.

—La verdad que hiciste falta —me sinceré sin remordimiento—, y pensar que probablemente en enero dejarás de ir para siempre.

—Bueno todavía no tengo nada. Pero si me fuera en enero, podríamos hacer facetime durante las juntas que ya no esté y de verdad que voy a estar esperando que me caigas de sorpresa un día —amenazó apuntándome con el dedo.

—Ja, ja, ja —reí—. Suena bien lo del facetime y ya veremos cuando te vayas. Quizá si podamos seguir en contacto. O quizá te olvides ahí de mí.

—¿Olvidarte? —negó moviendo la cabeza— imposible Regina. Además, nos estamos adelantando, todavía no me la han dado.

—Cierto —asentí—, ¿por qué Madrid?, ¿no había una opción más cercana? —al escucharme rio y por unos minutos se mantuvo en silencio mientras me observaba y acomodaba un mechón de pelo detrás de mi oreja.

—Siempre me ha llamado la atención Europa y cuando supe de la beca quise aprovechar la oportunidad. Tú también deberías tramitar una beca y así te vas conmigo.

—Nunca se me hubiera ocurrido. Además, no creo que a mis padres les guste que me vaya a vivir a un lugar tan lejos como Madrid —expliqué—. Siempre he vivido en Cuautla y venir al D.F. creo que es lo más atrevido y lejos que iré en mi vida —Roberto entornó los ojos y levantó el labio superior mostrándose en total desacuerdo conmigo.

—No puedo creer que me digas eso Regina, deberías de aprovechar tu vida para conocer lugares y hacer cosas deferentes. ¿Te das cuenta que desde que naciste has vivido metida en un pueblo y conviviendo siempre con la misma gente?

—Precisamente pienso lo contrario. Si supiera que voy a morir en un año, regresaría a Cuautla para pasar lo último de mi vida en mi tierra y con mi familia —dije asentando la mano en el pecho. Entonces, Roberto levantó las cejas y respiró profundamente.

—Me has dejado sin palabras —dijo sonriendo levemente hacia un lado—. La relación con tus padres debe ser muy buena como para que pienses de esa manera —concluyó mientras colocaba la mano sobre mi rodilla y se inclinaba a mi oído—; pero aún si mi familia fuera como la tuya, seguro que también escogería irme.

—Entonces los dos tenemos lo que necesitamos —opiné mientras levantaba los hombros. Al parecer éramos muy distintos. ¿Será porque yo era una muchacha de pueblo y el de ciudad que no compartíamos el mismo interés por conocer nuevas ciudades? Por un rato, Roberto se mantuvo en silencio mientras me estudiaba con la mirada. Perdida en aquellos ojos azules, me vino a la mente una idea; yo creía que era feliz, me sentía plena, pero en ese instante, por primera vez, podía sentir un leve vacío dentro de mí, ese momento prohibido con Roberto que se esfumaría para siempre.

—Yo no estoy muy seguro de eso —dijo entornando los ojos—, necesito otras cosas que difícilmente podría satisfacerlas con una beca en Madrid —su mirada intensa se posó sobre mis labios. Mi pulso se aceleró agitando mi respiración y cuando acarició mi mano con el dorso de sus dedos, pensé que se me saldría el corazón—. ¿Sabes a qué me refiero? —preguntó dejándome sin palabras. Simplemente me limité a mover la cabeza en negación y a continuar respirando. No estaba segura de lo que él podría estar pensando, pero muchas ideas cruzaron por mi cabeza, ¿me quería a mí?, ¿besarme?, por la manera como veía mi boca; o quizá él pensaba en sexo o en algo que ni siquiera soy capaz de imaginar. Roberto sonrió por lo bajo y desvió la mirada, después tomó una bocanada de aire y me miró sonriente. Parecía que iba a decir algo, pero en vez de eso selló los labios y exhaló por la nariz.

—¿Pedimos la cuenta? —pregunté con voz ronca. Roberto alejó su mano de la mía para mirar su reloj y luego pidió la cuenta, que al parecer ya estaba lista esperando porque llegó a la mesa

demasiado rápido—. ¿Cuánto es? —pregunté buscando mi cartera dentro de mi bolsa.

—Te dije que te invitaba —respondió levantando la mano para que dejara de buscar mi dinero y sacó el dinero de su cartera. Nos levantamos y caminamos hasta el coche, Roberto se apuró para llegar antes que yo y me abrió la puerta sonriendo.

—Pon más de tus canciones —le pedí en cuanto subió y el aceptó sonriendo. De nuevo disfruté viéndolo mientras cantaba durante el trayecto. En la noche, ya acostada en mi cama, comencé a darle vueltas al hecho de que entre Roberto y yo había una atracción muy fuerte, algo que nunca había sentido con Bernardo, y me pregunté por qué la vida lo había colocado en mi camino tan tarde, precisamente después de haberme comprometido con Bernardo. O simplemente, por qué había llegado a mi vida si no era para mí. Con vergüenza desee haber sido libre en esos momentos.

El viernes llegó Bernardo como cada semana y a decir verdad lo esperaba con ansias. Necesitaba pasar tiempo con él y recordar todas las razones por las que lo amaba y había decidido unir mi vida a la de él. Nuestro tiempo juntos valió la pena para recordar sus cosas buenas y otras a su favor como la relación entre él y mi hermano y que con Bernardo tenía la seguridad de que, aunque por el momento estuviera en Querétaro, siempre estaría cerca de mí. Durante la semana armé la agenda para la junta del jueves y el miércoles que la subí al grupo el doctor Trejo avisó que por asuntos personales debía cambiar la junta de esa semana para viernes. Lo cual me pareció perfecto ya que aquel fin de semana estaría sola pues Bernardo tenía que atender a unas personas en Querétaro y Manuel se había ido a Puebla para pasar el fin semana con unos amigos. Por lo menos tendría algo con qué distraerme el viernes.

Aquella vez, Roberto se pasó el tiempo más pendiente de su celular que de lo que se habló en la junta. “Te llevo”, me dijo apenas terminó la sesión y de nuevo miró su teléfono celular algo nervioso. Tomó sus cosas con prisa y me apuró con las mías. Ya estábamos a mitad del camino a mi departamento cuando recibió otro mensaje en su celular que miró de reojo y apretó los labios, se detuvo a un costado de la calle y me miró.

—¿Tienes algo que hacer? Te invito a cenar, ¿tacos o sushi? —preguntó con la seguridad de que lo acompañaría. Aquel fin de semana que estaba sola, por única vez podría jugar a que era libre, y no me pensaba negar a cenar con él. Roberto hizo una sonrisa sexi y me guiñó el ojo de tal forma que me hizo suspirar.

—Sushi —respondí sin dudarle y él asintió mirando al espejo retrovisor para comenzar a conducir.

—Es viernes —dijo—, ¿por qué no tienes planes?

—Tu tampoco tienes —respondí encogiéndome de hombros.

—Cierto. Buena respuesta —murmuró mientras se incorporaba a la calle y manejó hasta un restaurante de comida japonesa y bajamos.

—¿Tampoco tienes planes para mañana? —preguntó después de que ordenáramos la cena—. Es que tengo dos boletos para el concierto de Joaquín Sabina y me gustaría que me acompañes. ¿Lo conoces?, es un cantante español.

—Por supuesto que sé quién es, aunque la verdad casi no me sé sus canciones —respondí.

—Pues te invito al concierto para que las aprendas. Es mañana en el auditorio nacional, ¿qué dices? —dijo mirándome con ojos alegres. Aquella propuesta me venía como anillo al dedo.

—Hecho —contesté feliz de ir al concierto y más porque sería con él. De nuevo sonó la alerta de mensajes y Roberto miró a la pantalla de su celular, apretó los labios y lo apagó. En toda la noche el teléfono no lo volvió a molestar. Aquella noche, me acosté con mi laptop sobre el regazo y entré a youtube para buscar las canciones de Sabina con letra y así aprenderme algunas. Cuando

quise dormir, cerré mi lap y los ojos, pero mi cabeza comenzó a dar vueltas en torno a Roberto. Ultimamente, mis pensamientos habían dejado de ser buenos conmigo; así que decidí poner de nuevo a Sabina y callar mi cabeza. *Abrió los ojos y todo estaba muy oscuro, sólo una luz que brillaba tenue, provenía de una vela. Me levanté siguiendo la luz, ésta se encontraba detrás de una puerta de vidrio y madera, afuera de mi habitación. Iluminaba una mano que la sostenía. Levanté la vista y lo vi, era Roberto y estaba parado en mi balcón y aunque lucía un distinto en esa oscuridad, nunca dudé que fuera él, pues tenía la misma mirada. La luz le iluminó el rostro y alargue la mano llamándolo. Roberto empujó la puerta y entró en la habitación, dejó la vela sobre una mesa junto a mi cama y se inclinó para besarme y abrazarme. Luego tomó mi mano y colocó un anillo dentro de ella, al sentirlo, cerré la mano apretándolo con fuerza y lloré, Roberto también tenía lágrimas en los ojos. Mi corazón estaba cargado de ira y dolor.* Desperté llorando y me levanté para lavarme la cara y beber un poco de agua. No era la primera vez que tenía ese mismo sueño y despertaba llorando, a pesar que Roberto me gustaba mucho y había sido demasiado permisiva al respecto, sabía que las lágrimas no tenían nada que ver con la realidad. El sábado por la mañana me desperté más tarde de lo normal, agotada por haber soñado toda la noche. El día transcurrió y a las cinco en punto ya estaba lista esperando a Roberto. El, me envió un mensaje de texto y me pidió que bajara porque un taxi ya nos esperaba. Cuando abrió la puerta del ascensor, lo vi parado esperándome en el umbral, se veía muy guapo con sus jeans desgastados y la playera blanca. Al verme sonrió y sus ojos se iluminaron, cuando se acercó para saludarme con un beso en la mejilla inspiré para sentir su perfume y en ese momento me derretí.

—Me gusta tu olor —dijo tomando un mechón de mi cabello y se inclinó para olerlo. Aquella cercanía me gustó mucho y me puso nerviosa.

—Un taxi nos espera —le recordé para apresurarlo. Roberto me soltó el cabello apretando los labios y mirándome a los ojos. Sonreí y caminé hacia el vehículo. Cuando llegamos al auditorio ya había gente enfilada que esperaba para entrar, así que también nos formamos.

—¿Cómo es que tenías dos boletos para éste concierto? —le pregunté para hacer plática mientras esperábamos a pasar. Roberto hizo la sonrisa de lado que más me gustaba y bajó el rostro escondiendo la mirada.

—¿La verdad? —preguntó mirándome a través de las pestañas y yo asentí con la cabeza—, los compré hace un par de meses para venir con... —tragó saliva y apretó los labios—. Era una sorpresa para mi novia, bueno ex novia ahora.

—¡Oh! —exclamé levantando las cejas y me detuve pensando en mi misma, en Bernardo y en una relación rota. Ahora ya sabía que Roberto había dejado su relación hacía poco tiempo, pero él no sabía nada de mi compromiso ni de mi novio.

—Espero que no te importe —dijo algo apenado y lo miré. Me encogí de hombros y negué con la cabeza. El me compensó con una sonrisa y tomó un mechón de mi cabello que jugó entre sus dedos.

—¿La extrañas? —pregunté olvidándome de los boletos. Roberto respiró profundo.

—A veces, cuando me siento solo —dijo desviando la mirada hacia un lado. Luego me miró y sonrió—. Pero no regresaría con ella porque somos muy diferentes y nunca podríamos hacernos felices el uno al otro. Casarme con ella hubiera sido un error.

—¿Tenían planes de boda? —pregunté mientras jugaba con mi anillo de compromiso.

—No precisamente—respondió mirando al vacío—. La realidad es nunca los hubo. Ella sí quería casarse, pero cada vez que hablábamos del tema discutíamos —me explicó, luego clavó sus ojos en los míos y continuó—. A decir verdad, discutíamos por todo. Pero la última vez que ella sacó el tema de la boda nos peleamos muy feo y terminamos cuando le dije que nunca me

casaría con ella ni con nadie.

—¡Qué duro! —exclamé—. ¿Y no piensas casarte nunca? —pregunté, él abrió los ojos levantando las cejas y resopló.

—Pienso que el matrimonio no es para todos —al escucharlo me sentí decepcionada. Pero pues mi sueño de casarme y formar una familia lo realizaría con Bernardo y no con él, de todas formas, él no estaba de acuerdo con el matrimonio, así que eso le daba otro punto a favor a Bernardo.

—Para mí el matrimonio es una demostración de amor y confianza, siempre he pensado que me gustaría casarme —pensé en voz alta.

—Lo respeto, pero me parece que el amor y la confianza van mucho más allá de un contrato —traté de explicarme su punto de vista—. No sé si con otra mujer podría cambiar de parecer. Quizá con una con la que sea plenamente feliz, o que llevemos una relación de la que me pueda sentir orgulloso —dijo encogiéndose de hombros. Le sonreí al comprender su punto de vista y él continuó—. Mi relación con Gabriela estaba lejos de eso, ella me gustaba en muchos aspectos, pero nunca hubiera adquirido ese compromiso con ella. Hasta ahora he podido ver porqué.

—¿Y por qué? —quise saber, él me miró con una sonrisa y una mirada extraña.

—Porque nunca estuve enamorado de ella —dijo mientras pasaba el dorso de sus dedos sobre mi cabello y me miraba intensamente—. Sin duda es una mujer hermosa, pero con ella nunca me sentí tan atraído como me pasa con... —entonces se calló y exhaló— ...contigo —susurró desviando la mirada. Aquello me tomó por sorpresa y me dejó sin habla, no esperaba que él fuera capaz de decirme eso y menos en aquel momento. Cuando nuestras miradas cruzaron me mordí el labio inferior un tanto apenada y él hizo una mueca con la boca y bajó las cejas. Entonces dijo—: perdóname por ser tan directo, a veces soy demasiado sincero y se me olvida que puedo incomodar.

Por un momento el silencio se interpuso entre nosotros, no era que me hubiera incomodado su comentario, pero no sabía qué hacer, si decirle que tenía novio y me casaría con él o tratar de no darle importancia a su comentario y darle a entender que entre nosotros sólo habría amistad, pero era el deseo de continuar cerca de él lo que no me dejaba pensar con claridad. Después de un rato, Roberto pasó la mano entre su pelo y preguntó mirándome de reojo— ¿Te he molestado?

—No —respondí automáticamente y bajé la mirada—, me sorprendiste —al escucharme, Roberto sonrió por lo bajo y giró la cabeza para mirarme directamente a los ojos y en ese momento mi corazón se aceleró, entonces pensé que lo más sensato sería decirle que tenía novio, pero se acercó más a mí, dejándome sin palabras.

—En ese caso, puedo sorprenderte más —me dijo al oído y quise saber que tanto más era capaz de sorprenderme. Nerviosa, me puse a jugar con el anillo de compromiso que llevaba en el dedo. Se abrieron las puertas del auditorio y la fila de gente comenzó a entrar. Roberto buscó los boletos en el bolsillo de su pantalón y se los entregó al señor de la entrada. Para guiarme a nuestros lugares, Roberto se colocó muy cerca, detrás de mí, y apoyó los dedos sobre mi espalda baja. Gracias a Dios él no podría ver que me había puesto toda la piel de gallina.

—Roberto —susurré después de sentarme, dudando en decirle sobre mi compromiso, pero su mirada era tan hermosa que me envolví en ella y al ver que despegaba los labios para hablar, esperé a escucharlo.

—Regina me gustas desde el primer momento en que te vi, entraste en ese restaurante acompañada de dos hombres y la manera como te movías, tu pelo, tus hombros, tus ojos, todo en ti llamó mi atención —confesó abiertamente y me dejó más que sorprendida al saber que él también me había reconocido.

—¿Tú también lo recuerdas?, no puedo creerlo —dije sonriendo.

—¿Y cómo olvidarlo? —respondió entornando los ojos y continuó hablando—, luego te miré mientras hablabas y parecías tan feliz que deseé ser quien estuviera sentado contigo, no podía dejar de verte y creo que eso enojó mucho a Gabriela. Hubiera querido acercarme y preguntarte tu nombre y tú teléfono, pero no sabía si andabas con uno de ellos y tampoco yo estaba solo. ¿Quién diría que te volvería a encontrar? —dijo mirando al vacío.

—Recuerdo cuando llegué a casa del doctor Trejo y te vi, tampoco esperaba volver a verte —le dije mientras recordaba aquel momento—. ¿Por eso me preguntaste si nos conocíamos? —él se rio.

—Quería saber si tú también te acordabas del restaurante, pero contestaste que no tan convencida, que pensé que no te habías fijado en mí aquella vez —respondió.

—Realmente pensé que me estabas confundiendo, nunca creí que me recordaras.

—Pero todavía sigo pensando que te conozco de alguna otra parte, ¿estás segura que esa fue la primera vez que nos vimos? ¿No pudiera ser que de niños nos hubiéramos conocido? —insistió mirándome a los ojos. Yo nunca pude olvidarlo después de aquel día porque ya lo había visto antes en mis sueños. Confesarle que había soñado con él años antes me parecía irreal y vergonzoso.

—No creo. ¿Ibas a Cuautla de niño? —él respondió negando con la cabeza—. Entonces esa fue la primera vez que nos vimos —insistí, él apretó los labios y su mirada se perdió en la nada mostrándose pensativo. Quizá, él también había soñado conmigo.

—¿Tú has tenido novio? —me preguntó directamente. La pregunta hizo que la sangre se me subiera, me sentía como si me hubiera atrapado en la mentira. Tragué saliva y giré la cabeza evitando su mirada antes de hablar. Sabía que era una tontería esconderlo, pero me negaba a decirle algo que lo alejara de mí cuando apenas lo estaba conociendo. Además, me había prometido solo un fin de semana libre y sin Bernardo. Sólo esa noche jugaría a no tener novio, podría volver a escucharlo diciéndome cuánto le gustaba, quería que mi brazo rozara con el suyo, que sus dedos rozaran mi piel, tocar su cabello, estar cerca de él, oler su perfume y olvidarme de Bernardo, sólo en esa ocasión.

—N...no —titubeé y automáticamente me saqué el anillo del dedo y lo apreté dentro de mi mano recordando el sueño de la noche anterior. Luego comprendí lo que había hecho, en aquel momento debí de haber corregido mis palabras y decirle que sí tenía novio, pero no lo hice.

Quizá estaba siendo egoísta, estaba mal decir una mentira e ilusionar a otra persona, pero lo que sentía cuando estaba cerca de él en nada se comparaba a lo que había sentido antes con Bernardo. Roberto me fascinaba y no era justo que hubiera aparecido en mi vida cuando ya estaba comprometida con otro. Él parecía contento con mi respuesta y no quise estropear aquel momento. Prometí disfrutar sólo esa noche y al día siguiente hablaría con él y le diría la verdad, o por lo menos me alejaría. No volvería a dejar que me llevara a casa.

Lo que sucedía con Roberto era algo novedoso e impulsivo, él me había apantallado, pero seguramente que el deslumbramiento no duraría mucho tiempo y cuando desapareciera, seguramente regresaría mi interés por Bernardo. Él era un hombre tan bueno y con un futuro tan prometedor, que dejarlo sería una tontería y mi familia nunca lo entendería. Entonces pensé que Bernardo no merecía mi infidelidad, así que tomé valor y dije “ya estoy comprometida” en el preciso momento que empezaba el concierto, y la música cubrió el sonido de mi voz.

—¿Cómo? —preguntó Roberto sonriendo, la música sonaba muy fuerte y seguramente no había escuchado nada de lo que le había dicho. Sabina abrió el concierto cantando “Peor para el sol” y me sentí reflejada en aquella canción, Roberto pasó el brazo sobre mis hombros y juntos cantamos

—. Regina me encantas —me dijo al oído cuando ésta terminó. En ese momento decidí no volver pensar en Bernardo durante el resto de la noche. Cuando el concierto terminó, Roberto me besó en la mejilla y giré el rostro para mirarlo de frente, él arrugó los ojos haciendo un gesto como de dolor y se acercó a mi oído—: ¿Cómo lo haces?

—¿Cómo hago qué? —pregunté con una sonrisa.

—Hacer que me vuelva loco por ti —dijo mientras sus ojos se movían sobre mi rostro—, de verdad no lo entiendo —susurró mientras colocaba los dedos bajo mi nuca, luego apoyó la palma de su mano en mi mejilla y se acercó más y más hasta que sus labios rozaron con los míos y su aliento me embriagó, coloqué los brazos alrededor de su cuello, cerré los ojos y me dejé llevar por aquel momento, Roberto me besó y una nueva sensación nació inundando desde mi interior toda mi piel. Después del concierto me negaba a despegarme de él y volver a la realidad.

De regreso en el taxi, me pasó el brazo por los hombros y como si fuera mi novio de años, me acomodé en su pecho. Por ratos cerraba los ojos y trataba de grabarme el olor de su perfume y las sensaciones que me provocaba estar pegada a él, y deseé que aquel momento durara para siempre.

Al llegar al departamento, Roberto subió conmigo para tomar una cerveza como le había ofrecido en el camino de regreso. Pero, cuando abrí la puerta del departamento, me di cuenta que había más luces de las que yo había dejado encendidas y mi cuerpo se congeló en espera de algún sonido “hay alguien” susurré. Tras el chillido de una puerta abriéndose Roberto se adelantó para protegerme. Pero yo sabía que no corría peligro y lo tomé por el brazo obligándolo a retroceder y salir de ahí.

—¿Regi?, ¿eres tú amor? —llamó Bernardo desde el interior de su habitación. Me quedé congelada en el umbral sin saber qué hacer. Quería llorar. Moví los ojos hacia Roberto, él me miraba confundido, con el ceño fruncido y la boca ligeramente abierta.

ALEJARME FUE UN ERROR

Septiembre, 1972

Pasaron los días y Salvador no volvió a acercarse a mí. El sábado fuimos a un baile con Alberto y sus amigos. Héctor fue con nosotros y se sentó a mi lado toda la cena. Al final se ofreció a llevarme a casa y en cuanto llegamos se estacionó y apagó el motor.

—Julieta, he pensado en venir a hablar mañana con tu padre y pedirle su permiso para salir contigo —Anunció mirándome fijamente con aquellos ojos oscuros. La idea me dejó un sabor amargo en la boca, tragué saliva e hice una mueca nauseada por la situación. El me tomó suavemente por la barbilla obligándome a mirarlo—. Últimamente siempre estamos juntos y me parece que deberíamos hacer esto más formal.

—Héctor, creo que te estás precipitando.

—Si es por lo que vaya a pensar la gente, me parece que ya estamos bastante grandecitos. No tenemos que ir lento como si fuéramos unos adolescentes —exhalé incómoda. Reconocía mi error al permitirle acercarse tanto, pero nunca había dicho o hecho algo que pudiera hacerlo pensar que me gustaba—. Yo supuse que no querías que te enamore por largo tiempo, sobre todo por tu edad.

—¿Qué pasa con mi edad? —pregunté a la defensiva y Héctor levantó las cejas como sorprendido.

—Bueno, no es que seas una jovencita —respondió y rio como queriendo contener una carcajada—. Seamos sinceros Julieta, se te están pasando los años.

—¿Para qué? —respondí indignada—. Además, no quiero enamorado, ni tener novio —respondí enojada y le di la espalda para bajarme del coche.

—Sinceramente no te entiendo Julieta —dijo jalándome del brazo y obligándome a mirarlo—. Te pido una disculpa si te ofendí con lo de la edad, aunque no entiendo por qué te niegas a ver la realidad de las cosas. Pero si tú no tienes prisa, yo tampoco tendré problema con eso, puedo esperar. ¿Pero seguiremos viéndonos?

—No lo sé, Héctor —dude—, no quiero que mal interpretes las cosas. Y con respecto a lo de hablar con mi padre...

—Sólo quería darle su lugar al hombre de tu casa —dijo levantándose de hombros—, y que tu familia sepa con quién estás saliendo. No sé por qué te causa eso tanto problema.

—Pues te pido, por favor, que no hables de esto con mi padre, no hay razón para pedirle permiso, sólo eres mi amigo, y como dijiste, ya estoy bastante grandecita.

—No sé qué fue lo que te molestó tanto, Julieta —dijo negando con la cabeza—. Quizá éste no ha sido un buen día para ti. Solo actuaba con educación... eso es todo.

—Disculpa, quizá tengas razón. No ha sido un buen día, de hecho, no ha sido una buena semana —respondí—. Nos vemos en otra ocasión —me despedí y bajé de su automóvil.

Aquella noche me acosté sintiéndome algo incómoda; ni siquiera me gustaba Héctor y no sólo estaba pasando tiempo de más con él, había terminado pidiéndole disculpas cuando ni siquiera estaba de acuerdo con él. Además, estaba sufriendo la ausencia de Salvador en silencio. Pasaron los días y Héctor desapareció. Estaba sola con mi dolor por haberme alejado de Salvador, sin nada que me distrajera de eso. Fue entonces cuando comprendí que quizá Héctor era una buena ayuda para olvidar a Salvador.

La siguiente vez que fuimos al club, Héctor se sentó con nosotros en la mesa. Pensé que estaría molesto conmigo y me ignoraría como había estado pasando, pero no, él me saludó como si nada y ocupó la silla que estaba a mi lado. Aquella noche quise recompensarlo por mi mal humor de la última vez que habíamos salido y me esmeré en ser amable con él. Por las siguientes semanas recibí dos invitaciones de su parte que con mucha delicadeza me resistí a aceptar, “estoy preparando un proyecto, ésta semana no puedo hacer más que estudiar” le dije la primera vez; “que pena, pero después de entregar el proyecto me vino una migraña terrible y normalmente me dura días, ¿quedamos para la próxima semana?” a lo que él respondió con un “okey, sólo espero que no te inventes otra cosa cuando te vuelva a invitar”. Hasta que un domingo me invitó a comer.

—Te juro que no es pretexto, pero los domingos tenemos comida familiar y es una tradición a la que no puedo faltar —dije tratando de zafarme del compromiso, y la verdad es que era cierto.

—¿Te molestaría si te acompaño a tú comida familiar? —preguntó.

—No... —titubeé buscando la forma más educada de negarme a que vaya—. Solo viene la familia y no creo que...

—¡Perfecto! —me interrumpió sin esperar a escuchar mi respuesta completa—. Entonces nos vemos en tu casa al medio día —concluyó. No supe cómo insistirle que no quería que fuera. Cuando lo vieran, todos pensarían que les llevaba a mí nuevo pretendiente. Después de pensarlo bien, me di cuenta de que no era tan mala idea. Tendría que soportar un interrogatorio acerca de él, pero quizá había encontrado la manera perfecta de callarlos, por lo menos por un tiempo.

El domingo al medio día, Héctor se presentó con un ramo de rosas para mí y otro para mi madre, al parecer sabía cómo ganarse a las señoras. La comida no estuvo mal; él, encajó perfecto con los requerimientos de mi familia y la verdad es que hasta disfruté de su compañía. Todo iba bien hasta que mi padre lo invitó a regresar el próximo domingo, tendría que hacer algo para evitarlo. La semana pasó lenta y descolorida, sólo dos veces me había cruzado en la escuela con Salvador y tal y como había hecho las semanas anteriores, bajé la cabeza evitando su mirada. Por ratos me sentía muy triste, así que el viernes no quise ir al club y el sábado tampoco salí. El siguiente domingo, Héctor llegó a la comida y de nuevo llevó flores.

Durante seis semanas, Salvador y yo continuamos sin hablarnos. En la escuela casi siempre estaba solo y a veces con su hermano. Evitaba saludarme y algo en su mirada me hacía sentir que había sido mala con él y comencé a arrepentirme de haberlo alejado. No solo porque me sintiera culpable, sino porque deseaba estar con él. Durante ese tiempo, cuando iba al club me sentaba con Héctor y buscaba a Salvador con la mirada, esperando encontrar en sus ojos un destello de celos o por lo menos algo de interés, pero él nunca iba a los bailes. Alejarme de Salvador no había servido para disminuir mis sentimientos hacia él, sino para aumentarlos. Además, al tratar de escudarme en Héctor me había conseguido un perro guardián que nunca me dejaba sola y que cada vez sentía más derechos sobre mí. Los últimos domingos se había presentado a comer con mi familia, se llevaba bien con los esposos de mis hermanas y siempre mostraba un interés exagerado en mí. Hasta que empezó a cansarme su presencia continua, su insistencia tratar de besarme y su comportamiento posesivo, ya hasta discutíamos y parecía que teníamos una relación formal cuando ni siquiera me había pedido que fuéramos novios. La situación se me había salido de las manos. Un domingo que estábamos solos, aproveché para hablarle y pedirle que se aleje, quería tomar de nuevo el control de mi soledad.

—Héctor, necesito que hablemos sobre nosotros.

—Sí, me imagino de qué se trata —dijo sonriendo y moviendo los ojos—. Yo también creo que ha llegado el momento. ¿Quieres ser mi novia? —su propuesta me tomó un poco por sorpresa. Héctor no sólo no me gustaba, sino que nunca le había dado a entender que así fuera.

—¿Tu novia? —pregunté levantando las cejas con sorpresa y exhalé—, Héctor, yo... no... —acercó su rostro al mío, me tomó por la quijada y me besó. Traté de zafarme empujándolo con las manos, pero él era muy fuerte y no pude moverlo. Pensé que si insistía en empujarlo terminaría lastimándolo o lastimándome, así que esperé. En aquel instante vino a mi mente Salvador, sus ojos, su mirada profunda, sus labios, su sonrisa dulce y todo lo que su imagen me hacía sentir y deseé de todo corazón que fuese él quien me hubiera besado. Entonces me incorporé y haciendo uso de toda mi fuerza me alejé de Héctor.

—¡No quiero esto! —le dije molesta mientras me limpiaba los labios—, si quería hablar contigo era para pedirte que no alejemos un poco —le aclaré, su rostro se transformó en el rostro de un demonio. Héctor se levantó de un brinco.

—¡Cómo me dices esto después de que me traes a conocer a tu familia! —bufó—. Después de todo mi esfuerzo y el tiempo que te he dedicado. ¿Qué te crees tú para jugar así conmigo? —gritó apuntándome con el dedo. Por unos segundos, estuve a punto de reír de nervios y me cubrí la boca con una mano. Estaba asustada, sorprendida y confundida por su reacción.

—Perdona si te hice pensar otra cosa, pero fuiste tú quien pidió venir a las comidas del domingo —le recordé.

—Qué fácil te lavas las manos Julieta, no me vengas ahora con que no tenías idea de la razón por la que te buscaba —me habló muy cerca inclinándose hacia mí y me tomó por los hombros con fuerza—, ¡si siempre fui claro sobre mis sentimientos! —gritó. El tenía los ojos rojos y húmedos, como si fuera a llorar. Entonces comprendí que había sido injusta con él, aunque no lo decía, yo sabía desde el principio cuáles eran sus intenciones. Héctor me soltó dándome la espalda.

—Perdóname. Quizá debimos de haber hablado antes. Por favor Héctor, comprendeme. El problema no eres tú sino yo...

—¡No me vengas con esa idiotez! —gritó y giró moviéndose hacia mí, nuestros hombros chocaron con la brusquedad de sus movimientos haciendo que me tambalee—. ¡¿De qué problema me hablas?! —me sentí indignada por que ni siquiera me pidió disculpas por golpearme—. ¡Respóndeme!

—Yo no elegí a quien amar —traté de explicarle con voz chillona. El me miró furioso.

—¿Estás tratando de decirme que amas a otro? —preguntó saltando la quijada y con un tono amenazante, mientras me tomaba por los codos apretándome con fuerza y mis manos comenzaron a temblar—. ¡¿En todo éste tiempo que has estado conmigo me engañabas con otro?! —me gritó. Héctor se había colocado tan cerca de mí que podía sentir la humedad de su aliento cuando hablaba. Quería que se fuera, sacarlo de mi casa; pero estábamos solos y tenía mucho miedo de su reacción—. ¡Habla! —por un momento se me cruzó por la cabeza pedirle disculpas por haberlo rechazado y hasta me sentía culpable de haber propiciado su enojo. Quizá el miedo me hubiera hecho retractarme, pero no dejaba de pensar en Salvador, si rompiera mi promesa sería por estar con él y no con Héctor.

—¡Suéltame! —le pedí llorando. Héctor me soltó y retrocedió dos pasos. El me miraba decepcionado—. Creo que es mejor que te vayas —le dije temblorosa y con miedo mientras caminaba hacia la puerta.

—¡No, perdóname! No fue mi intención lastimarte —suplicó caminando hacia mí y cuando intentó tocarme, me hice a un lado y me alejé—. Es que no me esperaba esto. Pensé que sentías lo mismo por mí. Julieta, yo me siento dolido —Héctor tomó mi mano, pero me zafé.

—Perdón —respondí bajando la mirada.

—Acabas de humillarme, el dolor me hizo perder el control, yo... —dijo para disculparse—, por favor Julieta vamos a hablarlo —comencé a llorar y negué con la cabeza. El caminó furioso

hasta la puerta y le pegó con el puño a la pared antes de cruzar el umbral. En cuanto salió, corrí hacia la puerta y cerré con fuerza. Por un momento temí que volviera e intentara abrirla a la fuerza, pero no sucedió, lo miré irse por la ventana. Estaba asustada y arrepentida de haberle permitido acercarse. Héctor era un hombre fuerte y agresivo. Era muy presuntuoso y quizá al sentirse rechazado se había molestado mucho. Tenía la esperanza de que se hubiera decepcionado tanto que ya nunca más regresara a buscarme. Recordarlo furioso me ponía muy nerviosa. Qué error tan grande había cometido con Héctor. Lo peor es que después de quitármelo de encima tendría que soportar los lamentos de mi familia al enterarse que estaba sola de nuevo.

Durante la siguiente semana, le di vueltas a la idea de acercarme a Salvador. Extrañaba su espíritu libre, su transparencia, su sencillez, su originalidad... lo extrañaba a él. Lo buscaba con la mirada dentro de la facultad y la única vez que me topé con él, traté de sonreírle, pero apenas y cruzó su mirada con la mía. Una tarde que había llegado sola a la facultad, lo vi bajándose de su coche. Ese día a mí me tocaba exponer en la clase de anatomía; así que además de los libros, cargaba con una pesada maqueta del sistema respiratorio infantil. Caminaba trabajosa y con temor a encontrármelo, cuando pisé mal un escalón y perdí el equilibrio, los libros y la maqueta cayeron al piso al igual que yo. Frustrada, me hiqué para recoger las partes rotas de la maqueta, entonces alguien se agachó junto a mí y puso la mano sobre mi hombro, levanté la cara y lo miré.

—¿Estás bien? —preguntó Salvador, su voz era seca y su mirada, tan triste como la recordaba.

—Yo sí, pero mi maqueta no y en una hora tengo que exponer con ella —me quejé al borde del llanto. Él hizo un esfuerzo por sonreírme y se inclinó para ayudarme a recoger lo que había en el suelo. Me miró de reojo y bajé el rostro arrepentida y avergonzada de mi comportamiento anterior.

—Julieta, yo podría ayudarte a repararla —dijo mientras juntaba las partes tiradas.

—Pero vas a perder clases por mi culpa —él se encogió de hombros al escucharme y levantó la mirada buscando mis ojos.

—No importa —me dijo. Entonces le sonreí y acepté moviendo la cabeza en afirmación. Juntos caminamos hacia la cafetería y allí nos acomodamos en una mesa para comenzar a trabajar en mi maqueta. Mientras él la arreglaba, yo aprovechaba para mirarlo, Salvador me gustaba mucho y aunque yo no lo merecía, él todavía me trataba muy bien.

—Si quieres puedo acompañarte a tu salón para ayudarte a cargar tus cosas —dijo cauteloso y sin mirarme. Puse mi mano sobre la suya y la apreté suavemente.

—Gracias, no sabes cuánto te agradezco lo que acabas de hacer por mí —le dije mirándolo a los ojos y él medio sonrió sin despegar los labios. Levantó de la mesa la maqueta y caminamos hacia mi salón de clase—. ¿Y cómo has estado? —pregunté queriendo ser amable.

—Bien —respondió sin mucho entusiasmo—, solo pero bien—. Tragué saliva sintiéndome un poco culpable de su soledad y esperé que él preguntase por mí, pero no lo hizo. Continuamos el resto del trayecto sin decir una palabra, nuestro silencio me hizo sentir incómoda y triste. Salvador esperó en la puerta de mi salón a que dejara mis libros junto a mi mesa y regresé por la maqueta—. De nuevo gracias —le dije en voz baja antes de regresar y él me miró torciendo la boca levemente en una sonrisa y se fue. Después de terminada la clase salimos del aula en espera de la siguiente materia.

—Pensé que te habías peleado con Salvador —me dijo Marisa cuando caminábamos hacia la cafetería.

—No, no tendríamos porqué pelear —respondí mirando hacia el piso, tratando de restarle importancia.

—Creo que es un hombre raro; es mejor si mantienes tu distancia con él —sugirió Isabel. El

comentario me causó cierta molestia.

—El es bueno —susurré y entonces lo vi; Estaba sentado solo en una banca, así que aproveché para acercarme a él, dejándolas con la palabra en la boca.

—Salvador —lo llamé y al escucharme, levantó la cabeza con aquella mirada profunda—. Qué bueno que te veo, quería darte las gracias otra vez, no sé qué hubiera hecho sin tu ayuda.

—¿Cómo salió tu exposición? —preguntó de manera impersonal después de haberme dedicado una leve sonrisa.

—Bien —él asintió formando una línea con los labios y se levantó de la banca— ¡Salvador! —lo llamé al darme cuenta que se marcharía y giró la cabeza en mi dirección, pero sin mirarme.

—No tienes que hacer esto —susurró.

—¿Cómo? —pregunté con tristeza.

—No tienes que esforzarte y menos lo hagas por agradecimiento —entonces movió los ojos alrededor de la cafetería y luego me miró y continuó—, te ayudé, así como hubiera ayudado a cualquier persona en apuros, aunque no la conociera —al escucharlo tragué saliva y bajé la mirada para esconder la tristeza de mis ojos.

—Perdóname —le dije en susurro. El exhaló y esperó a que continúe hablando—, no debí haberme portado así, sé que no puedo retroceder el tiempo y borrar lo que hice, pero me gustaría recuperar algo de lo que perdí contigo, ¿podemos hablar? —pregunté mientras jugaba nerviosa con mis dedos. Salvador tenía una mirada dura y penetrante, cómo si no quisiera escucharme ni creer en mis palabras. Después de unos segundos en silencio, levantó las palmas de las manos frente a mí y se encogió de hombros.

—Me tengo que ir, ¿otro día quizá? —dijo cortante y desinteresado. Sus ojos grises, casi verdes, habían reemplazado aquella mirada dulce por una fría.

—Entonces, ¿otro día? —insistí con tristeza. Salvador me miró de reojo por un instante y asintió, para enseguida volver la mirada hacia el piso con su típico andar desgarrado, dejándome sola mientras lo miraba alejarse. El me gustaba y mucho, había sido una tonta, había hecho a un lado la oportunidad de conocerlo por temor a cumplir una estúpida hipótesis y por miedo a enamorarme y salir lastimada. A partir de aquel momento, decidí que me acercaría de nuevo a él, insistiría y me esforzaría para que volviéramos a ser amigos, con eso me conformaría, podría ser sólo su amiga; pero ya no lo quería fuera de mi vida porque cuando estaba cerca de Salvador me sentía muy bien.

El martes por la mañana enviaron un ramo de rosas rojas a mi casa, con una tarjeta a mi nombre. Hecha un manojo de nervios tomé el sobre que venía en ellas y lo abrí, no sé por qué razón tuve la esperanza de que fuesen de Salvador. Pero dentro, había una nota en la que Héctor se disculpaba por su comportamiento del domingo.

—Eres muy afortunada Julieta. Héctor es un hombre educado, guapo, trabajador, inteligente, no deberías desaprovechar ésta oportunidad. Recuerda que ya tienes veinticinco y a tu edad yo ya tenía tres hijas —dijo mi madre—. Papá y yo tenemos nuestras esperanzas puestas en él, no sabes la tranquilidad que me da saber que por fin nuestras cuatro hijas se están encarrilando.

—Héctor no me gusta —la interrumpí enojada, pero con pesar por la desilusión que le causaría.

—¡Pues eres muy tonta! No eres tú la que debería ponerse exigente, él sabe que tú... —dudó al hablar y yo negué con la cabeza.

—No hemos hablado de eso —respondí mirando hacia abajo para esconder las lágrimas en mis ojos.

—Ojalá que no se entere nunca. Tienes que negarlo siempre —susurró mientras se alisaba la

falda con las manos—. Héctor es un buen muchacho, deberías intentarlo, lo amarás si te lo propones —dijo con suavidad y bajó el rostro. Después de una pausa respiró hondo. Supuse lo que estaba pensando, aquel tema sólo era un silencio incómodo entre nosotras—. Deberías de estar agradecida con él y darle la oportunidad.

—¿Agradecida de qué? —le grité exasperada y sin vergüenza de mostrarle que me dolían sus palabras.

—De darte la oportunidad de reconstruir tu vida Julieta, podrías tener la misma vida que tus hermanas.

—Cometí un error mamá, y ¿por eso supones que debo sentirme agradecida con cualquiera que se atreva a verme como a las demás? —ella me miró y negó con la cabeza—. Si hoy me pasara lo mismo, no volvería a pedirte ayuda, ¡nunca volvería a hacerlo! —le recriminé.

—¡Cállate! —dijo dándome una bofetada—. Todo fue pensando en tu bien. No sabes todo lo que una madre es capaz de hacer por sus hijos —me llevé la mano a la mejilla que me ardía y mis ojos lagrimaron aún más. Comencé a llorar en silencio y ella se puso tan nerviosa que noté que sus manos comenzaron a temblar. Sin decir nada más, salió de mi habitación.

Ella se consideraba una experta en la materia de los hombres y los matrimonios, supongo que la experiencia de sus años la hacía menos ignorante que yo, el problema estaba en que sus prioridades y las mías eran muy distintas.

Después de darme un baño de agua caliente y cepillarme el cabello por largo rato, decidí hablar con Héctor de una vez por todas. Bajé hasta la cocina y descolgué el auricular. Mi madre, que se encontraba ahí, me miró de reojo.

—Le llamaré —anuncié porque sabía que deseaba saberlo. Entonces marqué los números de la oficina Héctor. Le di las gracias y le pedí que fuera en la noche a hablar conmigo. Aunque se mostró complacida ante mi llamada, el silencio entre mi madre y yo se prolongó durante todo el día.

—¿Qué te pareció mi sorpresa? —fue lo primero que preguntó Héctor en cuanto le abrí la puerta de mi casa.

—El ramo es muy bonito —respondí mientras miraba su mano vendada—, ¿Te lastimaste?

—No es nada, no te preocupes —respondió tranquilizándose mientras me pasaba su mano sana por la mejilla y acercaba su rostro al mío. Entonces moví la cara dándole mi mejilla—. Julieta, durante estos días he pensado en nosotros y quiero decirte que estoy dispuesto a seguir siendo tu amigo mientras te decides.

—Yo no quiero que vuelvas —le pedí y él me miró sorprendido.

—¿Qué? —dijo elevando la voz y acercándose más a mí, su mirada de sorpresa rápidamente comenzó a transformarse en enojo—. Julieta, no sabes cuántas mujeres desearían estar en tu lugar.

—Es probable, deberías intentar con una de ellas —respondí sin temor a su reacción, la discusión previa con mi madre me había dejado algo entumida. Héctor metió la mano con suavidad entre mi cuello y mi cabello, por un instante pensé que me acariciaría, pero su puño se cerró en mi pelo y jaló de él obligándome a levantar el rostro y mirarlo.

—¡No tienes una mierda idea!, pero la cuestión aquí es que yo he decidido que seas tú, ¿entiendes? —dijo apoyando los dedos de su mano vendada sobre mi pecho. En sus ojos había rabia y un destello de cobardía despertó en mi interior. Coloqué la palma de mi mano sobre su pecho queriendo mostrarle cariño y a la vez, marcando una distancia entre nosotros.

—No así Héctor, no puedes obligar a nadie. Además, me estás lastimando —dije quejándome.

—¡Tú me lastimas! Trato de acercarme a ti, pero estás empeñada en no permitírmelo. ¡Cómo puedo enamorarte así! —dijo acercándose aún más y obligándome a doblar el brazo, parecía no

notar mi incomodidad física—. Julieta por favor, te lo suplico, no me pidas que no vuelva. Al menos déjame seguir siendo tu amigo.

—Es que tus intenciones son otras y mis sentimientos no van a cambiar —respondí nerviosa y él apretó de nuevo contra mi cabello y levantó la mano. Giré la cara y levanté una mano para protegerme, temiendo que su intención fuera pegarme — ¡No! —y grité asustada. Al escucharme exhaló y me soltó alejándose unos pasos.

—¿Quién crees que soy? —me recriminó.

—No insistas. Por favor, no quiero que te molestes y te pongas mal —le pedí llena de temor, alejándome de él. Héctor se calmó apretando dos dedos sobre el puente de su nariz. Cerró los ojos y respiró profundamente. Se pasó la mano por la cabeza y luego por la barba. Me miró en silencio.

—Por favor Julieta, seremos sólo amigos —suplicó—. Déjame demostrarte que en verdad soy un caballero. Esto sólo me pasa contigo —miró hacia abajo levantando los hombros—, debe ser que te quiero demasiado, es que me gustas tanto que —bajé el rostro y negué con la cabeza— tengo miedo de perderte. Además, ya me estaba acostumbrando a tu familia, tú y yo éramos muy unidos y me había hecho muchas ilusiones. Es dolorosa la manera como me pateas de tu vida.

—Yo no te estoy pateando —aclaré— sólo estoy siendo sincera.

—Pero permíteme que te siga viendo de vez en cuando, por lo menos hasta que me haga a la idea de ya no verte —me pidió y por la forma cómo lo hizo, pensé que tenía razón y que podíamos seguir siendo amigos y vernos de vez en cuando.

—Podemos intentarlo —acepté con inseguridad. Héctor se mostró más calmado y por unos minutos conversamos como si nada hubiera pasado.

La noche siguiente, Héctor regresó a verme después de la escuela. No esperaba que volviera tan pronto y su visita me preocupó, “sólo pasé a saludar, quería ver que estabas bien después de lo de ayer”, me pareció algo muy atento, y lo mejor fue que enseguida se despidió y se fue. Mi madre continuaba manteniendo su distancia conmigo, pero las visitas de Héctor parecían ablandarla un poco. Por lo menos me traían algo bueno.

—Héctor, tengo muchas cosas por hacer. Hoy no puedo atenderte —le dije al tercer día que llegó de visita.

—¿Por qué te niegas de esta manera? —preguntó parado bajo el marco de la puerta, colocando su mano ahí para mantenerla abierta.

—Ayer no me negué —respondí. El me miró a través de las pestañas y exhaló—. No quiero involucrarme más y que me malinterpretes. ¡Pero me gusta estar sola! —le grité sin temor a que alguien me escuchara.

—Julieta tú tienes un problema —respondió por lo bajo—. Ya me habían dicho que eras rara, pero preferí no creerles. Ahora veo que tienes un corazón duro, eres soberbia y nunca podrás amar.

—Amo a otro —confesé con la frente en alto para demostrarle que ni él ni nadie me conocía lo suficiente. Y que él no podía decirme si era o no capaz de amar. Héctor se rio de mí moviendo la cabeza con incredulidad—. Por más que he luchado contra este sentimiento ya no puedo más, estoy como tú, amo a un hombre y no soy correspondida —le confesé con lágrimas en los ojos. Héctor me tomó por el brazo algo contrariado. No era mi intención lastimarlo a pesar de que él si lo había hecho conmigo.

—¿Me estás mintiendo? —preguntó dudoso.

—No tengo porqué mentirte.

—¡Entonces me dejas por otro! —me recriminó con los ojos enrojecidos y enseguida se calmó

y preguntó con desesperación— ¿Quién es él?, ¿lo conozco? ¿Hace cuánto tiempo que se ven?

—No es asunto tuyo.

—¿Le hablaste de mí? —preguntó.

—¿De ti? —pregunté confundida— No. Además, él no conoce mis sentimientos. Nunca lo hemos hablado y quizá nunca lo hagamos. Aun así, quiero ser sincera contigo, lo amo.

—Eres una mujer tonta y obstinada, vas a quedarte sola y en unos años nadie te va a mirar —dijo apuntándome con el dedo.

—Está bien, quiero quedarme sola —respondí con calma.

—Te juro que voy a averiguar quién es y le diré cómo eres, y que te gusta jugar con los hombres —me amenazó y se fue azotando la puerta.

Cuando me acosté pensé en lo sucedido, el recuerdo de Héctor me dejaba un mal sabor de boca. En cambio, cuando recordaba a Salvador, mi corazón se aceleraba y nada deseaba más que verlo y estar con él, aunque sea como amigos, pero ya no quería sentirme lejos de él. El viernes en la universidad vi de nuevo a Salvador y me acerqué. El me sonrió y parecía un poco más contento que la última vez que hablamos.

—¿Tendrás tiempo hoy para hablar conmigo? —pregunté.

—Sí, dime —respondió con una sonrisa, pero evitando mirarme a los ojos.

—Me gustaría que fuéramos amigos —le dije cuando levantó la mirada hacia mí. Sus ojos grises estudiaron mi rostro. Luego bajó la cara y exhaló—. ¿Puedes disculparme por haberme portado como lo hice? He sido una tonta.

—No te entiendo —dijo sosteniendo mi mirada. Mi corazón se aceleró más, podía sentir la sangre bombeando en mis oídos y mi pecho subiendo y bajando al compás de mi respiración.

—Sólo te pido la oportunidad de demostrarte que puedo ser tu amiga —pedí. La voz me salió chillona haciendo parecer mi petición una súplica. Creo que se dio cuenta porque su mirada se suavizó un poco más.

—Mi amiga —repetió mirando hacia la nada y con un dejo de melancolía en los ojos. Entonces sonrió y me miró—. Así que hoy si quieres ser mi amiga, pero hace unas semanas preferías ni siquiera mirarme y, antes de eso te gustaba mi forma de ser. ¿Qué sigue mañana Julieta? —preguntó entornando los ojos.

—Mañana —tragué saliva y exhalé—, mañana también querré ser tu amiga, te prometo no volver a portarme como lo hice —le dije levantando la mano como si realizara un juramento. Salvador levantó la suya colocándola frente a la mía y bajó los dedos entrelazándolos con los míos, él me miraba con aquellos ojos grises, dulces y melancólicos y sentí un enorme deseo de abrazarlo—. ¿Tienes planes para hoy en la noche? —le pregunté. Salvador apretó los labios y suspiró, aunque todavía trataba de ser serio sus ojos me sonreían y detrás de ellos podría ver alegría.

—No conozco lo que pasa por tu cabeza ni entiendo porque actúas como lo haces —dijo mientras me acariciaba mi mano—, solo sé que me gusta estar cerca de ti y eso es lo que menos entiendo.

Salvador me miraba de una manera dulce y extraña que no logré comprender en aquel momento, pero me derritió. Era un hombre diferente y me gustaba estar cerca de él. Aquella tarde había dado el primer paso de regreso a Salvador y él me había aceptado.

LLEGASTE TARDE

—¿Regi?, ¿eres tú amor? —me llamó Bernardo.

—¡Si, ya voy! —respondí sin dejar de mirar a los ojos de Roberto y lo empujé hacia la puerta para sacarlo, y mientras Roberto retrocedía me miraba como consternado, y yo me había quedado muda sin encontrar la forma de justificar mi mentira. No quería engañarlo y tampoco quería burlarme de Bernardo. ¿Cómo explicar? ¿Quién podría comprender mi forma de actuar?

—¿Qué haces amor? —preguntó Bernardo desde su habitación. Tragué saliva al darme cuenta que no me quedaba mucho tiempo si quería evitar que él y Roberto se encontraran de frente.

—Vete, por favor vete —le supliqué en susurro. Roberto mantenía la mirada fría sobre mi rostro, mientras apretaba la quijada y movía la cabeza reprobando mi conducta—. Te lo explico luego.

—¿Estás sola?, me pareció escuchar otras voces —dijo Bernardo.

—Si. Bueno, no. Con amigos de la escuela, pero ya se van —respondí mientras le hacía un ademán de despedida a Roberto detrás de la puerta, él pasó los dedos entre su pelo, dio media vuelta y se fue caminando con desgano. Con un nudo en la garganta cerré la puerta tras de mí y caminé hacia Bernardo que ya se encontraba en la sala del departamento.

—¿Qué amigos? ¿Por qué se han ido? —preguntó mirando hacia la puerta.

—Fuimos a un concierto, solo subieron a acompañarme a entrar —Bernardo me miró de reojo. Entonces, pasé los brazos sobre sus hombros y lo besé en la mejilla—. Nunca hubiera esperado ésta sorpresa, ¿Cómo es que viniste? —pregunté tratando de mostrar interés en él.

—Me sentía solo, ya sabes que me haces falta allí —dijo antes de besarme. Al sentir sus labios recordé los de Roberto y apreté los ojos queriendo borrar el recuerdo sólo por ese momento.

Me sentía muy mal con ellos y con la forma como me estaba comportando. Quería mucho a Bernardo y no quisiera nunca lastimarlo, pero lo que sentía cuando estaba con Roberto me fascinaba y no quería que se fuera de mi vida, él no era sólo un amigo, sino el hombre que me erizaba la piel y me hacía vibrar. Mientras que el hombre de quien me había pensado enamorada, sólo despertaba en mí un amor fraternal y de amistad.

Aquella noche fingí dolor de cabeza y me acosté temprano, no quería era estar con Bernardo. Cerré los ojos y recordé el tiempo que había pasado con Roberto, después de unos minutos comencé a sentirme angustiada y mi necesidad de hablar con él fue creciendo tanto hasta que, en un momento de desesperación, tomé mi celular y le escribí un mensaje: “¿Estás despierto?”, después de veinte minutos contestó: “Sí”. Enseguida escribí: “Perdóname, nunca quise engañarte”, pasaron cuarenta minutos y yo sin respuesta, entonces volví a escribirle: “¿Todavía estás despierto?”. “Si” contestó enseguida y aproveché para enviarle otro mensaje, “necesito verte, no puedo dormir”, un minuto después contestó: “No me tientes, que puedo regresar”, después de leerlo sonreí y me mordí el labio inferior. Me estaba enamorando de Roberto como nunca en mi vida me había pasado. Debí de haber sido valiente y decirle a Bernardo que no lo amaba en ese momento, pero todavía no sabía si lo que había entre Roberto y yo llegaría a algo, así que prefería no hacer nada drástico todavía.

El domingo por la mañana me despertó un nuevo mensaje en el celular, “Me quedé esperando que me pidas que regrese”, después de leer su mensaje me sentí feliz y respondí: “Me quedé con las ganas de

pedírtelo”, y luego le mandé otro: “Necesito hablar contigo, pero no hoy”, Roberto contestó: “sólo espero que la próxima vez que nos veamos seas sincera conmigo”, exhalé y me mordí el labio apenada, “prometo que así será”, respondí.

—Nena, ¿estás despierta? —preguntó Bernardo a través de la puerta. Di un salto sobre la cama y solté el celular.

—Si, ahora salgo.

—Quisiera salir a comprar algo de ropa, ¿me acompañas? Podemos parar a desayunar unos tacos de canasta o unas quesadillas.

—Si, me visto y salgo —respondí y enseguida tomé el teléfono y busqué la conversación con Roberto la cual eliminé de mis mensajes.

—Y ¿qué tal van las cosas en Querétaro? —le pregunté en cuanto subimos al automóvil. Bernardo me miró y sonrió antes de empezar a contarme, él estaba feliz con su nuevo trabajo. Mientras lo escuchaba, pensaba en Roberto, una parte de mí deseaba nunca haber conocido esa forma de atracción ilegal, debía de amar a Bernardo, pero no podía convencer a mi corazón de hacerlo. En la noche regresó Manuel y cenamos los tres juntos; piza en la sala mientras mirábamos Club de Cuervos por Netflix. me gustaba la convivencia entre nosotros, ellos dos eran como hermanos. Ya casi estaba decidida a terminar con Bernardo, pero al verlos tan contentos, me resistí a renunciar a eso y a lastimar a Bernardo. Cuando me acosté, ya estaba decidida a continuar con mi plan de vida y alejarme de Roberto.

Esa noche también soñé, fueron varias escenas y casi todas de Roberto, aunque no siempre lucía igual, me era fácil reconocerlo. Lo que más me impresionó fue cuando *Roberto estaba tirado en la calle con sangre en el rostro, al verlo me tiré sobre de él llorando y gritando desesperada, entonces escuché el chillido de las llantas de un coche y giré la cabeza en torno a ese ruido. Al volver la mirada, me di cuenta que Roberto había desaparecido del piso y me levanté. Podía mirarlo a lo lejos, él estaba parado sobre una tarima de madera y su rostro seguía sangrando, un hombre colocó algo alrededor de su cuello y le cubrió la cabeza con una bolsa de tela. Un sonido fuerte me hizo brincar de susto, pero no me impresionó más que cuando vi su cuerpo caer colgando de una cuerda que sujetaba su cuello. Grité desesperada mientras miraba cómo sus pies luchaban y se estiraban tratando de pisar, él estaba muriendo ahorcado en frente de mí, corrí hacia él para ayudarlo, pero la gente me empujaba e impedía el paso, cuando llegué hasta él, su cuerpo colgaba sin vida. Entonces lo abracé de las piernas y sentí ganas de morir, lloraba de manera inconsolable mientras le pedía perdón y juraba que pronto le haría compañía.*

Me desperté de madrugada llorando y sintiéndome fatal, estaba arrepentida de haber decidido sacarlo de mi vida, no sólo no quería lastimarlo, sino que deseaba compartir mi vida con él. Aquella culpa que tenía en mi sueño, todavía podía sentirla en mi pecho. No había amanecido cuando Bernardo entró en mi habitación para despedirse, fingí que todavía dormía y él se inclinó para darme un beso en silencio.

—¿Te vas? —le pregunté arrepentida de haber fingido cuando ya se encontraba cerca de la puerta. El se acercó de nuevo y me dio un beso en la frente.

—Te amo —susurró en mi oído y cerré los ojos acurrucándome, Bernardo me tapó con la sábana y se levantó de la cama. Minutos después volví a llorar, toda la incertidumbre y angustia que había reprimido el fin de semana, por fin podía salir de mi garganta.

La semana comenzó y además de mis tareas, también tuve que trabajar en la investigación, pero me costaba muchísimo concentrarme, no podía dejar de pensar en Roberto. Sin embargo, no encontré las agallas suficientes para buscarlo antes del jueves, decidí esperarme a verlo hasta el

día de la junta. Aquella noche regresé a casa del Dr. Trejo con la esperanza de poder hablar con Roberto después de la reunión.

—Roberto llamó para decir que se retrasó su partido, es probable que no pueda llegar. Así que comenzaremos sin él —dijo el Dr. Trejo y enseguida nos sentamos en la mesa redonda que se encontraba en el privado y comenzamos a trabajar. Me sentía muy desanimada al pensar que pasaría otro día sin que pudiera hablar con él. De vez en cuando miraba la hora en mi reloj deseando que no fuese tan tarde, guardando la esperanza de que todavía pudiera aparecer. Ya me había resignado a no verlo, cuando la puerta se abrió y Roberto entró tan guapo como siempre, impecable y perfumado; como salido de la regadera y no de un partido. Saludó de mano a los hombres y a mí con un beso en la mejilla

—¿Me extrañaste? —me preguntó al oído, lo miré a los ojos y sonreí. Roberto se sentó enfrente de mí, en el lugar que quedaba disponible en la mesa y durante lo que restó de la junta, no pudimos dejar de mirarnos. Al terminar ofreció llevarme. Dentro del coche los dos permanecemos callados hasta que bajé el volumen de la música.

—Roberto, ¿podemos hablar? —dije.

—Mira Regina, tú no me dijiste que yo te gustaba ni que me querías, sólo escuchaste lo que yo te dije. Y luego te besé —él se encogió de hombros y apretó los labios— y tu —exhaló y me miró—. Definitivamente me molestó que me mintieras, sólo unas horas antes te lo había preguntado y lo habías negado.

—Perdóname.

—No sé por qué lo hiciste —dijo encogiéndose de hombros—, ni sé qué tipo de relación mantienes con él, si es tú amigo, novio, amante o lo que sea. Comprendo que no puedes contarle tu vida a cuanta persona conoces y alguna razón habrás de tener para no haberlo mencionado.

—Roberto, me siento muy mal por todo esto, yo...

—Ya no te disculpes, solo te pido que seas sincera. Cuando te pregunté si tenías novio me refería a cualquier tipo de pareja. Si la tienes, si llevas una relación sentimental, me gustaría saberlo para saber cómo debo comportarme contigo. Tu actitud me tiene confundido. Si te soy sincero, pensé que eras distinta —dijo entornando los ojos, apenada apreté los labios y tragué saliva.

—Yo también me siento confundida —respondí mirando al piso— y aunque no lo quieras, necesito pedirte perdón por haber mentido y explicarte —Roberto estacionó frente a un café y me miró con aquellos ojos de mirada profunda.

—¿Bajamos? —ofreció y asentí con la cabeza. Cuando entramos en el lugar, por primera vez, miré alrededor esperando no encontrar algún rostro conocido que pudiera delatarme mientras caminábamos hacia una mesa arrinconada.

—Regina, yo sólo necesito que seas sincera conmigo —dijo colocando sus manos sobre las mías mientras me miraba con esos ojos que me hacían quererlo aún más—. ¿Quieres que me aleje de ti?, ¿estás enamorada de alguien?

—Yo... no, es que él es mi —titubeé—. Cuando te conocí yo... él ya estaba en mi vida, y pensaba que así era cuando uno se enamoraba, pero luego tu llegaste y yo —lo miré y suspiré, mis manos sudaban y temblaban mientras trataba de poner en orden mis ideas. El colocó sus dedos sobre mis manos.

—Escucha Regina, yo me estoy enamorando de ti —dijo atrapando mi mirada dentro de la suya— y me encanta pasar el tiempo contigo, pero necesito saber si tú también lo quieres —al escucharlo giré la mano para tocar la suya mientras me perdía en su mirada. Yo también estaba enamorada de él y confirmarlo no era descarado, mis sentimientos eran obvios. El entrelazó mi

mano con la suya—. ¿Qué sientes por mí?

—Lo mismo que tú y sí, me gusta pasar el tiempo contigo. Pero —hice una pausa— tengo novio —confesé cerrando los ojos y exhalé— y no sé cómo arreglar ésta situación.

—Pero Regina —dijo algo molesto y lo miré.

—El es bueno, nunca me ha lastimado, no tendría porque no quererlo —traté de defender mi punto de vista—, no sabría qué razón darle para terminar.

—Entonces, ¿también lo quieres a él? —preguntó mirándome a los ojos. Asentí con la cabeza y él levantó las cejas mostrando desilusión y respiró profundamente.

—Pero de diferente forma, él es como un hermano. Cuando empezamos a salir juntos estaba convencida de que lo amaba y un poco antes de conocerte me pidió que me case con él —apreté los labios y zafé mi mano de las suyas para enseñarle mi anillo, los dos lo miramos y luego el uno al otro—. No te conocía y tampoco sabía lo que en realidad era enamorarse de alguien, creí que nos amábamos. Ahora sé que no en ese sentido, pero sí lo quiero y no soportaría lastimarlo.

—¿Después de conocerme supiste lo que es enamorarse? —preguntó con una sonrisa muy seductora. Me mordí el labio inferior y sonreí insinuándole que sí, en un movimiento rápido se inclinó hacia mí quedando nuestros rostros muy cerca y preguntó—: ¿Qué piensas hacer ahora que te das cuenta de todo?

—No lo sé. A veces cuando estoy con él me acuerdo de ti y nada desearía más en esos momentos que estar contigo —coloqué mi mano sobre su mejilla acariciándolo y evitando que se acercara más—. Y cuando estamos juntos tú y yo, lo único que deseo es que el momento nunca se termine —él bajó la mirada hacia mis labios y trató de acercarse más, entonces coloqué mis dedos sobre sus labios y continué hablando—. Cuando dejo de ver a Bernardo casi no lo extraño y me lleno de valor para dejarlo, pero cuando estoy con él y me dice que me ama, mis fuerzas me abandonan. Temo nunca ser capaz de dejarlo.

—Regina sería un error que te cases con él si no lo amas. Deberías de ser sincera y hablarle con la verdad, si así te sientes ahora, después de casarte será peor. Así cómo me encontraste a mí, en unos años podrías encontrar a otro y quizá no tengas la voluntad para serle fiel siendo tu esposo. Debes ser sincera, ante todo.

—Dudo que pueda sentir por otro lo que siento por ti —susurré y le sonreí—, no quisiera. Al escucharme pasó su mano alrededor de mi cuello y se acercó, lentamente colocó sus labios sobre los míos y me besó. Sus dedos sobre mi nuca presionaban suavemente haciéndome estremecer. Un calor recorrió mis venas encendiendo mi cuerpo y acelerando mi corazón. Antes de conocer a Roberto no sabía todo lo que podía provocarme un beso. La culpa pesó en aquel instante—. No puedo, ¡es muy injusto! —me quejé separándome de él. Roberto me miraba con extrañeza—. No puedo hacer esto y olvidarme de que lo estoy traicionando. Y no sé cómo podría dejarlo y ser feliz, ¿Cómo podría después de haberlo lastimado?

—Pero es que la vida no es justa. No podemos tener lo mismo todos, a veces nos toca sufrir y otras ser feliz —dijo con voz ronca y dulce. Entonces suspiré y bajé la cabeza, ésta era la peor situación en la que me había encontrado en toda mi vida. Deseaba ser feliz junto a Roberto, pero si eso significaba lastimar a Bernardo, no estaba segura de tener el valor para hacerlo—. Regina, tú no tienes la responsabilidad de ver por la felicidad de los demás, primero tienes que ver por tú felicidad. Es peor seguir engañándolo —él me acarició el hombro con el dorso de sus dedos—. Además, seguramente él encontrará a alguien más que lo hará feliz, quizá más feliz de lo que ha sido contigo —al escuchar esto lo miré con cierto disgusto y suspiré.

—Quizá tengas razón, quizá debería hablar con él.

—Y mientras lo haces, quisiera saber si prefieres que me aleje de ti —lo miré y suspiré, él me

gustaba mucho y no quería hacer a un lado lo que comenzaba entre nosotros. Levanté la mano y comencé a jugar con su cabello, Roberto cerró los ojos y movió la cabeza hacia mi mano, luego los abrió, tomó mi mano por la muñeca y la colocó a la altura de su barba.

—No quiero que te alejes de mí nunca, nunca —repetí y él me sonrió. Luego me besó la mano—. Pero necesito tiempo para hablar de esto con él, sólo te pido que tengas un poco de paciencia mientras le digo.

—Puedo esperar —dijo encogiéndose de hombros y me guiñó el ojo—. Sólo que mientras no hables con él no esperes ningún compromiso de mi parte y tampoco pienso estarme escondiendo para verte a sus espaldas —al escucharlo bajé la mirada y suspiré. Roberto levantó la mano acariciando mi mejilla y dijo—: pero prometo que cuando hables con él voy a estar cerca de ti para ayudarte.

—Pensar en eso me da dolor de estómago —le dije angustiada y él apretó los labios y respiró profundamente mostrando cierta preocupación. Aquella vez no pedí nada de cenar, el hambre se me había quitado por completo. Mientras lo acompañaba hablamos sobre nosotros y nuestras vidas. El tiempo que estuvimos en el restaurante pasó rápido y en menos de un abrir y cerrar de ojos ya estábamos en su automóvil de regreso a casa.

—¿Te voy a ver el fin de semana? —preguntó Roberto levantando una ceja.

—Voy a estar ocupada —dije con culpa—, pero te llamo si puedo —Roberto miraba hacia el frente mientras apretaba los músculos de la mandíbula. Estaba por demás mencionar que Bernardo era la razón por la que estaría ocupada, era obvio que Roberto ya lo había pensado y era eso lo que lo había molestado.

—Ocupada con él —dijo con desagrado. Sabiendo que la suya era una posición en desventaja, comprendí su enojo y pasé mis dedos acariciando sus patillas con la intención de reconfortarlo. En respuesta, él inclinó la cabeza hacia mí—. No voy a poder con esto Regina, no soy tan paciente como quisiera y tampoco soporto pensar que vas a estar con él —dijo mirándome de reojo y luego susurró—: de verdad espero que esto termine pronto.

—Te prometo que ésta semana hablo con él —Roberto sonrió levemente y colocó su mano sobre mi muslo. El resto del camino nos mantuvimos en silencio.

El fin de semana llegó y con él Bernardo, fueron días cargados de actividad y todo el tiempo nos acompañó Manuel con Aurora, su nueva novia. Cuando llegó el domingo todavía no había hablado con Bernardo y comenzaba a dudar si realmente quería hacerlo.

—Me haces falta —dijo tomando mi mano y la besó—. Creo que se me va a hacer muy difícil esperar hasta que termines la carrera —dijo mirándome dulcemente y pasó sus dedos sobre mi mejilla, luego continuó —pero lo vales—. Apreté los labios y me mordí la lengua, mi cobardía no me permitía decirle que me había enamorado de otro y sólo pensar en lastimarlo me dolía profundamente. No le dije nada cuando se fue, decidí que sería mejor esperar y pensar las cosas con calma.

Aquella noche también soñé, *caminaba dentro de una iglesia y junto al altar un hombre me esperaba, era Bernardo, pero no estaba joven. A un lado de él, Roberto estaba parado y me miraba, él parecía muy joven. Llegué al altar mirando a Roberto, pero con quien me casaba era con Bernardo y no quería, sólo pensaba en tomar la mano de Roberto y salir corriendo con él, pero no lo hice. Con un nudo en la garganta, apreté mi mano con fuerza, algo dentro me lastimaba, la abrí y pude ver un anillo en la palma de mi mano*, me desperté sobresaltada y con las uñas clavadas en la palma de mi mano. El resto de la noche estuve dando vueltas sobre mi cama. Como en mi sueño, me encontraba atrapada en una situación y sin la fuerza suficiente para defender mis sentimientos. Aquel día me quité el anillo de compromiso y lo guardé en el cajón del

buró junto a mi cama. El lunes por la noche, recibí un mensaje de Roberto que no me atreví a abrirlo hasta el martes por la tarde: “¿Somos libres?” preguntaba, “Prefiero hablar esto en persona”, “nos vemos el jueves” respondí. Llegué a la junta todavía sin una decisión sobre lo que haría, no había buscado a Roberto evitando decirle que todavía seguía con Bernardo y ahora llegaba el momento de enfrentarlo. Cuando entré en el privado, ya estaban los tres sentados a la mesa, los saludé y me senté junto a Roberto. El me miraba sonriente y se veía más feliz que el último día que lo había visto. Cuando terminó la junta caminamos juntos hacia su coche y me fui con él.

—Entonces, por fin lo hiciste —dijo sonriendo mientras pasaba sus dedos sobre mi mano y la miraba, extendí mis dedos para mirarlos y fue cuando me di cuenta que mi anillo no estaba en su lugar, había olvidado ponérmelo. Por eso estaba tan contento, seguramente pensó que se lo había devuelto a Bernardo el fin de semana. Hice un gesto de dolor y lo miré con culpa:

—¡Perdóname!, no pude hablar con él, no encontré el momento —me disculpé. Su expresión se congeló y sin duda, estaba molesto—. Te prometo que el fin de semana que viene hablo con él sin falta —le prometí, él dejó de mirarme y su respiración parecía agitada, arrancó el motor y aceleró. Por un rato nos mantuvimos callados, la mayor parte del camino.

—¿Llega mañana? —preguntó.

—Sí, mañana —respondí mirando hacia la ventana y comencé a llorar—. Sólo espero poder encontrar el valor para hablar con él y explicarle que hay alguien más.

—El no tiene que saber de mí.

—Pero yo lo sé —susurré. Él me miró de reojo y exhaló—. Roberto, necesito tiempo para hacer esto de la mejor manera.

—Regina, no te voy a estar viendo a escondidas. No quiero tener nada contigo mientras estás comprometida —habló de corrido y sin mirarme en cuanto entró en el estacionamiento.

—Sí, te entiendo. Ya te dije que la próxima semana hablo con él, dame unos días, no te desesperes —le pedí.

—Una semana, no más. No estoy dispuesto a aceptar este lugar en la vida de nadie —me dijo casi en tono de amenaza.

—Tampoco me presiones, bastante mal me siento al saber que lo voy a dejar y que va a sufrir por mi culpa. Voy a hacer todo lo posible para hablar con él éste fin, pero si por algo no pudiera, tendremos que esperar otra semana —contesté irritada ante su actitud, él se encogió de hombros.

—Regina, si la semana que viene no has terminado con él, da por terminado lo nuestro —me dijo hablando de manera pausada—. Créeme que hablo en serio, esto no es una amenaza ni una forma de presionar.

—¿Ah sí?, pues probablemente yo necesite más tiempo —lo reté.

—Entonces no tenemos nada más de qué hablar, es mejor que tú te quedes con tu novio y yo me busque una mujer que sea más decidida —dijo sin titubear. Luego entreabrió sus labios rojos y levantó la mano para acariciar mi mejilla, su expresión cambió y frunció las cejas apretando los dientes—. Y discúlpame por haberte inquietado, te prometo mantenerme alejado de ti —dijo despidiéndose, al darme cuenta que su amenaza iba en serio mi corazón se aceleró y un dolor apretó contra mi pecho.

—¡No seas así! Sabes muy bien cuáles son mis sentimientos, ¡pero no encuentro el momento de hablarle!, no sé cómo hacerlo —le dije en tono de súplica mientras pasaba mis dedos sobre sus patillas—. Y no quiero que te alejes —le pedí casi llorando.

—No puedes estar con dos a la vez Regina, lo que estás haciendo es lo peor, no es justo ni para ti.

—Pero Roberto, ¿qué pasaría si te dieran la beca? Si yo terminase con Bernardo y tú

consiguieras la beca y te fueras en unos meses, me quedaría sola.

—¿Es que todavía no te das cuenta que si estás en ésta situación no es sólo por mí? —preguntó enojado—. Tienes una relación que lejos de llenarte te ha provocado un vacío. Las razones que te mantienen junto a Bernardo no son las correctas y por eso pudiste fijarte en mí respondió Roberto.

—Pero si tu no hubieras aparecido, jamás hubiera pensado en dejarlo —lo miré. Apretaba los labios y sus cejas se inclinaban sobre la nariz con expresión de enojo—. Y si te dieran la beca te irías sin pensarlo —lagrimé—, ¿puedes prometerme que dejarías la beca por mí? —Roberto me miró incrédulo y enojado.

—Te llevaría conmigo Reg, o si no, seguiría contigo de lejos, y me arriesgaría a que tú me cambies por otro que te guste más que yo —respondió y después de unos minutos en silencio golpeó el volante con sus manos y me miró muy enojado—. ¡Pero ya me estás haciendo pensar en renunciar a mi beca, cuando lo que en realidad nos separa es otro hombre y no mi beca!

—¿Renunciarías a tu beca? —insistí mientras colocaba mi mano sobre su brazo, él se acercó por un instante y luego cerró los ojos y se alejó apretando los dientes. Cuando abrió los ojos su expresión cambió.

—Es mejor que te bajes —dijo fríamente y con la mirada hacia el frente.

—No me parece justo que te portes así —me quejé—, hablamos de algo importante y me callas diciendo que me baje —me quejé levantando la voz y el simplemente asintió con la cabeza y continuó mirando al frente.

—¿Quién viene Regina? —preguntó molesto y señalando hacia el frente. No comprendí la pregunta hasta que miré hacia el frente y vi a Manuel que enojado caminaba hacia nosotros. Tragué saliva y comencé a bajar del coche nerviosa.

—Mi hermano —le dije a Roberto por lo bajo y azoté la portezuela. Caminé hacia la entrada tratando de ignorar a mi hermano, pero esté apresuró el paso y me jaló del brazo.

—¿Quién te trajo, Regina? —preguntó con tono de autoridad. Por su expresión, supe que algo no le había gustado, así que traté de contestar con indiferencia.

—Un compañero —respondí y continué caminando hacia el departamento, evitando su mirada.

—Me pareció que discutían, ¿por qué?

—No discutíamos —dije mirándolo a la cara, con los ojos húmedos y haciendo un esfuerzo por no llorar frente a él. Quería alejarme, pero me tomó por el hombro, obligándome a mirarlo de frente.

—Regina, dime que pasa —exigió molesto, pero negué con la cabeza. El me señaló con el índice— No estoy pendejo Regina, y si no quieres contármelo, eso no quita que yo sepa que algo no anda bien. Solo te advierto que Bernardo es más que un amigo, es mi brother, y yo no voy pasar por alto nada. ¡Que yo me entere de algo Regina y yo mismo me encargo de enviarte de vuelta a Cuautla! —tragué saliva y respiré.

—No pasa nada Manuel, te lo juro —respondí tratando de esconder mi angustia—. Tú sabes que yo sería incapaz de lastimar a Bernardo. No sé lo que viste o qué te hizo pensar eso, pero no es nada. Solo olvídale.

Manuel apretó los labios y me soltó. Caminamos juntos hacia el elevador sin decir ni media palabra y en cuanto entramos al departamento, cada uno se encerró en su habitación. Si seguía viendo a Roberto, tendría que tener más cuidado con Manuel, pues era muy persuasivo y nunca me perdonaría que le hiciera esto a Bernardo. El fin de semana ni siquiera intenté hablar con Bernardo.

Durante la siguiente semana, Roberto y yo no nos buscamos por mensajes. El jueves durante la junta, Roberto evitó mirarme y hablarme, yo también quise mostrarme indiferente, lo cual fue un tormento. Antes de que terminara nuestra reunión, Roberto se fue y tuve que regresar en taxi. El fin de semana regresó Bernardo, pero como mi situación con Roberto no era cada vez más fría, decidí esperarme y no hablar con él. Aun así, no pude dejar de pensar en Roberto cada segundo que estuve con Bernardo. Sus visitas cada vez me parecían más fastidiosas y, además, necesitaba ver a Roberto. Aguardé con impaciencia hasta el jueves para verlo, pero resultó que aquella vez, Roberto no llegó. Y de nuevo el fin de semana con Bernardo, empezaba a sentirme desesperada.

Para la siguiente junta solo asistimos el doctor Trejo, Roberto y yo, él me saludo con un simple “hola” y evitó mirarme. Aunque traté de ser indiferente no pude, allí estaba sentado frente a mí el dueño de mis sueños, cortándome la respiración cuando nuestras miradas se tocaban y haciéndome desearlo vestido así, con su camisa negra abierta hasta el tercer botón y un poco de su pecho al descubierto. Comenzamos nuestra cesión hablando sobre un caso sobre el cuál trabajaba Roberto, en ésta ocasión él me habló explicando su caso, pero casi no podía ponerle atención a lo que decía porque estaba concentrada mirándolo y recordando lo frío que se había portado conmigo últimamente. El mundo parecía caer a su alrededor, él tan guapo y elegante, brillaba dentro de un espacio oscuro y confuso, sólo él existía en aquella habitación, sólo su mirada profunda, su perfume, sus cejas gruesas, su boca, sus labios, su voz... El doctor Trejo salió de la habitación para buscar unos libros y Roberto y yo nos quedamos solos, él continuaba explicándome algo, me hablaba de forma impersonal y evitaba mirarme a los ojos, me sentí muy triste y bajé el rostro mirando sus manos y el movimiento de sus dedos, hasta que se detuvo para mirarme.

—¿Me estás escuchando Regina?, ¿Entiendes de lo que hablo? —preguntó. Metí mis dedos entre mi pelo y lo miré, él se echó hacia atrás y apoyó su espalda en el respaldo de la silla — ¿Reg? —escucharlo llamarme así me hizo sentir mejor.

—No. No tengo idea de lo que dices, la verdad —contesté sin dejar de mirar sus ojos. Roberto arrojó sobre la mesa el lápiz que tenía en la mano.

—¿Qué te pasa? —preguntó molesto y se quedó mirándome a la expectativa. Tragué saliva

antes de responder.

—Demasiado lejos —respondí y lo miré—. Has estado demasiado lejos.

—Me he mantenido al margen esperando que lo termines —respondió levantando las cejas—. ¿Siguen? —lo miré negando con la cabeza y él apretó los labios. Bajé la mirada sabiendo que la única culpable de ésta situación era yo. El colocó su mano sobre la mesa con la palma hacia arriba y luego movió sus dedos largos llamándome. Sin dudar, puse mi mano sobre la suya y la jaló hacia él preguntándome—: ¿quieres que me mantenga cerca de ti? —al escucharlo me incliné sobre la mesa acercándome a él, Roberto sonrió hacia un lado y se inclinó también, sus ojos de gato, tiernos y profundos, brillaban cautivándome por completo, entonces se levantó para acercarme más y yo hice lo mismo—. ¿Así, o más cerca? —preguntó con una sonrisa seductora.

—Más... —susurré mirándolo a través de las pestañas y sonreí, él caminó hacia mí y pasó el brazo alrededor de mi cintura, luego puso sus labios sobre los míos y nos besamos. Levanté mis brazos alrededor de su cuello y otra vez me sentí completa y la felicidad regresó.

—¡Ajum! —tosió el doctor Trejo aclarándose la garganta. La puerta de la habitación azotó contra el marco y frenamos en seco, segundos después nos separamos y pasé la mano sobre mi boca con la mirada sobre la mesa, avergonzada—. Roberto ven, quiero que me ayudes con unas cajas —dijo el Dr. Trejo y los dos salieron de la habitación. En ese momento sonó mi celular, era Bernardo y no deseaba contestarle, pero la culpa me obligó a hacerlo.

—¿Qué paso? —contesté algo molesta mientras miraba hacia la puerta y me senté en mi silla.

—Hola Nena, ¿qué haces? —saludó dulcemente pero no me sentía con ganas de tolerarlo. Cerré los ojos echando la cabeza hacia atrás y respiré.

—En una junta, ¿necesitas algo?

—Quería platicar contigo, es que te extraño. Pero si estás ocupada te llamo más tarde — escuché que la puerta se abrió y abrí mis ojos también. Ellos entraron en la mesa.

—Entonces luego hablamos —susurré, y miré nerviosa a Roberto mientras respondía.

—Te mando muchos besos amor, te amo —se despidió Bernardo.

—También —dije sin despegar los ojos de Roberto, pero al escucharme me miró y cambió la expresión de su rostro por una que claramente mostraba disgusto. Después de colgar, sentí como si tuviera un cuchillo clavado en el corazón, yo no era una mujer insensible que pudiera andar con dos hombres a la vez sin importarme que los dos salieran lastimados. Antes de conocer a Roberto, hubiera hecho a un lado a cualquier hombre que me hiciera dudar sobre mi relación y continuaría dándole a Bernardo todo el amor que se merecía, o eso creía. Pero después de conocer a Roberto, eso resultaba imposible. Algo entre nosotros mantenía mi deseo de seguir unida a él. Desde el día que lo conocí me había deslumbrado y después de tratarlo, mi vida sin él se sentía vacía. El resto de la noche fue muy incómodo, Roberto estaba molesto y el Dr. Trejo no nos quitaba los ojos de encima. Cuando terminamos Roberto ofreció llevarme de regreso y me fui con él.

—¿Nos vio el Doctor? —pregunté en cuanto nos subimos a su coche.

—Sí y me pidió que me comportara mientras estuviera en su casa —respondió con la mirada fija en el camino. Apreté los ojos con vergüenza.

—Roberto, ¡Qué pena! El es mi maestro. Ahora, ¿qué va a pensar de mí? —él me miró y se encogió de hombros.

—No sé cómo, pero sabe que tienes novio y que estás comprometida —entonces recordé que yo misma lo había dicho alguna vez en el salón de clase—. No le parece correcto que te haga pasar por éste tipo de situaciones y piensa que me aprovecho de tu inexperiencia y que soy poco caballeroso al estar coqueteando contigo sabiendo en la situación en la que estás. Me dijo que no se opondría a que tuviéramos una relación, pero no le parece que sea la forma correcta y teme que

esto no termine bien para ninguno de los dos.

—¡Roberto, qué pena tengo! —gemí con los ojos aún cerrados. Luego los abrí y coloqué mi mano en su hombro—. No sólo con él, también contigo. Tú no te has aprovechado de mí, yo también quise esto. Es más, yo soy la que no te dijo nada de mi novio. La más culpable aquí soy yo y eres tú quien ha recibido el sermón.

—No. El tiene razón —dijo encogiéndose de hombros y sin mirarme—. Tengo veintiocho años y tú ¿cuántos? Apenas llevas un año de carrera.

—Veinte —susurré. El asintió con la cabeza.

—Eres bastante más joven y sólo te estoy confundiendo. Es mejor que terminamos con esto, lo que pasó hace un rato fue un error, de ahora en adelante sólo vamos a ser compañeros.

—No soy una niña ni estoy confundida, sé lo que siento —traté de explicarle lo más ecuánime posible, ya que me sentía bastante irritada con la situación. Y más al saber que pensaban que no tenía la capacidad para pasar por éste tipo de situaciones, cómo si pudiera confundir el amor con la admiración hacia un hombre guapo.

—Por el momento no quiero que me veas como algo más que un amigo —repitió Roberto. Su insistencia me molestó tanto que tuve que morderme un labio para no llorar o insultarlo.

—No puedo —dije molesta y cruzando los brazos sobre mi pecho. Pero en ese momento me miró de reojo y exhaló con una expresión de dolor en los ojos—. ¿Eso es lo que tú quieres? —Me incliné hacia él—. ¿Sólo ser mi amigo? —él abrió la boca como si fuera a hablar, levanté la mano y coloqué mis dedos sobre sus labios—, y nunca más... —miré su boca y luego sus ojos— ¿nunca más?

—Por favor no me hagas esto. ¿Qué no ves que para mí también es difícil? ¿Cómo crees que me siento cuando estoy solo y pienso en ti? Y tú estás con él. Me vuelvo loco Regina, lo que Trejo pueda pensar de mí con respecto a ésta situación me tiene sin cuidado —dijo mirando hacia el vacío con tristeza—. Así que no me pidas que tenga paciencia, no me pidas que acepte una relación así porque no voy a tener la fuerza suficiente para negarme. ¿Qué puedo perder yo si acepto?, pierdo más si te alejo y me quedo sin nada.

—Roberto... —quise interrumpirlo.

—Si trato de alejarme lo hago más por ti que por mí —continuó hablando—. Quizá tú tengas inexperiencia, pero te juro nunca me he enamorado de ésta manera —bajé el rostro y me aparté de él. Roberto tenía razón, él resultaba el más lastimado de los tres. Yo debía de pensar muy bien las cosas y tomar una decisión cuanto antes.

Cuando entré en mi departamento me encerré en mi cuarto a pensar en éste lío en el que estaba metida, amaba a Bernardo, pero estaba claro que ese era un amor fraternal. Bernardo era parte de mi vida y deseaba que continuara siéndolo. Pero si lo dejaba, él se alejaría y sería cómo si mi familia quedara mutilada, todos saldrían lastimados. No podía hacer eso. No podía ser yo la que lastimara así a Bernardo. Todo sería más fácil si nunca hubiera conocido a Roberto, cómo es la vida que a veces lo que te causa tan gran emoción es lo que te puede causar tanto dolor. Probablemente la solución sería alejarme de él y olvidarlo, pero que me alejara no significaba que lo olvidaría ni que podría ser feliz. El ya había entrado a mi vida y me había hecho sentir como nunca antes. Pero, ¿Por qué me sentía tan atraída por Roberto?, quizá si existen las medias naranjas, ¿y si él era amor de mi vida? ¿Cuántas veces se nos presenta la oportunidad de encontrarnos con aquella persona capaz de volvernos locos? ¿Es ésta locura el verdadero amor? ¿Podría ser tan consistente esto que sentía por Roberto cómo lo que sentía por Bernardo? Y si no era real... ¿Y si Roberto se fuera pronto y yo me quedaba sola? Todo era tan confuso que decidí mejor dejar de pensar y encendí el televisor para distraerme.

Los días pasaron y Roberto continuó evitándome. Tres veces le mandé mensajes preguntándole cómo estaba, los cuales solo respondía con un “bien” . Lo extrañaba mucho y a veces me dejaba llevar por el sentimiento y marcaba su número de celular, pero luego lo pensaba mejor y colgaba antes de que empiece a llamar; otras, sólo me sentía impotente ante la situación y lloraba al recordarlo. Quizá lo más coherente hubiera sido terminar con Bernardo e intentar algo con Roberto, el amor de mi vida. Pero Bernardo era como un hijo más en mi casa, jamás aceptarían a otro en su lugar y menos si por su culpa había terminado con Bernardo. Lo peor es que sabía que si le explicaba lo que sucedía, él no me odiaría, aunque le rompiera el corazón. Sé que se haría a un lado para dejarme el camino libre y eso es lo que lo hacía más difícil, él no se merecía eso.

EL PACTO

Noviembre, 1972

—¿Algo de tomar? —preguntó el mesero. Aquella noche celebrábamos nuestra reconciliación. No es que Salvador ni yo lo hubiéramos comentado, él simplemente me había invitado a cenar.

—Dos cervezas claras —respondió y me pasó el menú que el mesero había dejado sobre la mesa—, la cena la escoges tú —lo miré sonriendo y apretando los labios, no tenía ni idea de qué pedir. Miré entre las opciones y escogí una pasta y una piza para compartir.

—Espero haber elegido bien —le dije, él sonrió encogiéndose de hombros y enseguida cambió su gesto por uno más serio y me miró en silencio.

—Julieta, ¿por qué me evitabas? ¿Fue algo que hice? —preguntó. Lo miré de reojo y exhalé.

—Nada que hayas dicho o hecho.

—¿Alguien te dijo algo de mí?

—No. Tampoco —respondí viéndolo fijamente y respiré con pesar—. Sé que te mereces una explicación, pero...

—No te estoy pidiendo una explicación —me interrumpió—, sólo quiero saber qué hice mal —dijo mientras movía los ojos sobre mi rostro.

—Tú no tienes la culpa de nada, el problema está en mí —expliqué y comencé a jugar con mis dedos, nerviosa y avergonzada—. Y si te contara, quizá no me entenderías.

—Puedes contármelo, ¿no soy tu amigo? —me animó acariciándome los dedos—. Te juro que haré lo posible por comprenderte y no te juzgaré, aunque estuviera en desacuerdo contigo —dijo dándome ánimos. Exhalé liberando la tensión en mi pecho y en respuesta el apretó mis dedos. Mis ojos se llenaron de lágrimas y me sentí avergonzada de montar una escena—. Olvídalo Julieta, no tienes que hacerlo —me consoló. Pasé los dedos bajo mis ojos para retirar la humedad y levanté la mirada, él me miraba en espera de mi respuesta. Su gesto me llenó de ternura y quise compensarlo.

—Quizá pienses que es una tontería, pero hace dos años me hice una promesa y todo iba bien, hasta que... —hablé atropelladamente y la sangre me subió a la cabeza, avergonzada de pensar en sincerarme y decirle cuánto me gustaba—, hasta que llegaste y —me detuve un poco mareada, él entornó los ojos en espera.

—¿Y qué? —preguntó empujándome a responder.

—Mi promesa se vio amenazada —respondí rápidamente y bajé el rostro.

—¿Qué fue lo que prometiste? —quiso saber. Entonces dirigí la mirada lejos de él y continué hablando.

—Que nunca más volvería a tener novio ni volvería a enamorarme, quería mantenerme lejos de los hombres en ese sentido —guardé silencio y moví las manos alejándolas de las suyas—. Pero apareciste tú y con tu forma de ser me sentí amenazada —él dio un respingo y apretó los puños al escucharme.

—Ya entiendo. Julieta, no puedo negarte que me gustaste desde el primer momento. Pero te juro que nunca tuve la intención de hostigarte —se disculpó—, perdóname si fui demasiado obvio en lo que deseaba —fruncí el ceño sin entender por qué se disculpaba. El continuó—, pero es que tú me has hecho sentir lo que nunca antes había sentido con otra mujer, ésta atracción hacia ti

desde la primera vez que te vi es demasiado fuerte. Y yo que no soy bueno en esto, veo que la regué.

—No, tú no eres culpable de nada —le dije mirándolo a los ojos y luego bajé el rostro apenada y continué hablando—, la razón por la que lo hice fue porque después de conocerte tuve dudas sobre querer mantener mi palabra y para no ser débil me alejé de ti —Levanté la vista, él me miraba con ternura y sonrió hacia un lado, luego levantó la mano y me acarició la mejilla.

—¿Entonces no fue porque yo te presioné?

—No Salvador —dije tomando su mano—. Lo que sucedió es que me gustaste, ¿entiendes? Una parte de mí quería olvidar mi promesa.

—¿Y ya no te sientes amenazada conmigo? —preguntó con cautela—. ¿Dónde dejaste tu promesa?

—Sigue... —susurré—, pero ha sido un esfuerzo grande evitarte y, ¿crees que soy débil?

—Creo que estás pensando demasiado —respondió y me sonrió—, creo que deberías de tratar de ser feliz y dejar de atormentarte. ¿Me vas a contar la razón por la cual decidiste alejarte de los hombres?

—Me cansé de ustedes —exhalé—. Pienso que sólo buscan a las mujeres para su propio beneficio y para tener sexo, sin importarles nuestros sentimientos.

—No todos somos así —interrumpió.

—Todavía no he conocido a uno que no lo sea —respondí mirándolo de reojo—. Te dicen lo que sea para que les creas y cuando caes y confías en ellos se aprovechan para tener relaciones sexuales contigo —al escucharme una sonrisa traviesa torció su boca en un gesto algo seductor.

—En esto podría decirte que todas las mujeres piensan igual que tú. ¿Por qué tanto problema con el sexo? El placer y el amor no tienen que estar necesariamente juntos. También puedes disfrutar de ellos por separado, ¿no crees?

—Yo no puedo —respondí.

—Bueno, es que, si puede haber amor sin sexo, no entiendo por qué no puede haber sexo sin amor —dijo a manera divertida. Por un momento me mantuve callada recordando mis antiguas relaciones, todos buscaban un beneficio sexual por encima del amor verdadero.

—Yo no pienso tener relaciones sexuales sin amor y menos si es un condicionamiento para que me quieran. Tu enfoque es muy distinto al mío y semejante al de todos los hombres —dije algo molesta y su expresión se volvió seria.

—Bueno, es un enfoque más libre que el tuyo. El amor no necesita del sexo para existir ni viceversa.

—Pero uno es el complemento perfecto del otro —corregí.

—A veces se ama tanto que al entregar el alma también se entrega el cuerpo —dijo mirando a la nada—, en ese momento lo que más se disfruta es la entrega. Pero esa entrega no debe ser una carga, sino simplemente eso una entrega, dar sin pensar y disfrutarlo.

—Te has acercado bastante al asunto. No disfruto la entrega y creo que no estoy hecha para las relaciones amorosas y menos para las sexuales —al escucharme exhaló moviéndose hacia atrás.

—¿Por qué te castigas tanto? —preguntó con tristeza.

—Quizá todavía no he estado con la persona adecuada —respondí levantando los hombros. La mirada de Salvador se suavizó y me sonrió—. Y si fueras tú, o si no lo fueras... yo no quiero volver a arruinar las cosas. Sólo busco la compañía de un amigo, ¿me entiendes?

—Perfectamente —respondió sonriendo y se inclinó sobre la mesa acercándose a mí—. Julieta, por el momento es poco lo que puedo dar y no pido nada a cambio, sólo que lo aceptes —

dijo con ternura mientras me pasaba un mechó de pelo detrás de la oreja—. Desde el primer momento, despertaste en mí sentimientos que no sabía que existían. Me gustas mucho y cuando estoy contigo me siento distinto —Salvador envolvió mis manos con las suyas apretándolas suavemente, aquella calidez de sus manos me abrazó el alma y por un momento sentí que junto a él siempre estaría bien—. Yo quiero ser esa persona adecuada para ti y temo no serlo, pero todavía es pronto y no nos conocemos lo suficiente. Por eso te propongo algo, déjame demostrarte que tu teoría no es verdad, que sí existen hombres capaces de amar a una mujer de manera desinteresada.

—¿Y cómo me lo piensas demostrar? —pregunté sonriendo.

—Quiero que me creas cuando te digo que nunca antes me había sentido así por una mujer. Aunque te conozco poco, sé que eres alguien que no va a pasar de largo en mi vida porque ya has movido mucho en mi interior. Cuando te alejaste de mí, la oportunidad de ser otro también se escapaba contigo. No quisiera que te alejaras de nuevo sin antes haber intentado... —Salvador exhaló y guardó silencio con la mirada perdida.

—No te entiendo —susurré—. ¿Me hablas de intentar una relación?

—En cierta forma, podríamos decir que sí —respondió fijando sus tiernos ojos en los míos. Sonreí sin querer hacerlo, un poco en desacuerdo con él—. Te ofrezco una amistad que por el momento no busca más que eso. Pero he sido sincero desde el principio con respecto a mis sentimientos. Hoy sé que podemos lograr una buena amistad y quizá más adelante podamos lograr más que eso. Pero no miro allá, sino solo a lo que hay ahora, dos amigos. Así como tú ya has tocado mi vida, también quisiera dejar una huella en la tuya. Solo te pido que no te alejes de mí —él me miró con cautela, como si temiera ser rechazado—, quiero conocerte más y que tú realmente me conozcas. Seremos amigos hasta que decidamos lo contrario —cuando terminó, respiró hondo y sus ojos se iluminaron. Parecía satisfecho con él mismo.

—Pero, no estamos adquiriendo ningún compromiso. ¿Verdad? —pregunté recordando a Héctor y sus reproches—. Si por alguna razón cualquiera de los dos decidiera retroceder en esto...

—Sólo tiene que decirlo —me interrumpió—. Y si más adelante decidiéramos tener algo más —dijo sonriente y bajó la cara sin dejar de mirarme a los ojos, de manera seductora—, ya lo hablaremos en su momento.

—¿Por qué me ofreces esto?, los hombres así no existen —me quejé. Al escucharme suspiró y pasó el pulgar sobre sus cejas.

—Porque me gustas y porque eso también es lo que yo necesito —Salvador se quedó callado por un instante mientras me miraba y continuó—, ahora que te conozco entiendo por qué estaba tan solo —al escucharlo me vi reflejada en sus ojos y sentí que ya formábamos parte uno del otro.

—Quiero que lo que dices sea cierto —le dije pensando en aquella teoría de que siempre hay un roto para un descosido—, pero ¿cómo saber si sólo lo dices porque sabes que es lo que quisiera escuchar? Esa es la forma como saben convencernos los hombres —Salvador exhaló un poco exasperado y apoyó la espalda sobre su asiento. Presionó el puente de la nariz con sus dedos pulgar e índice y se mantuvo callado por un momento. El mesero se acercó a la mesa y sirvió la cena.

—Julieta, pienso que existen muchos tipos de hombres. Una misma persona puede ser distinta dependiendo de la gente con la que convive y a mí me gusta la persona que soy cuando estás conmigo —me habló con tanta seriedad que le creí—. No te ofrezco esto para conquistarte, te lo pido porque yo también lo quiero. Me gustas mucho, pero no podría comprometerme a una relación amorosa todavía —sus ojos bailaban entre los míos y sus dedos se movieron para acariciar mis manos. Salvador era mi media naranja y su propuesta me parecía un buen acuerdo,

los dos nos gustábamos y él era justo lo que yo necesitaba. No entendía completamente lo que él quería, pero si estaba segura de que yo lo quería a él. No eran solo sus ojos grises enmarcados por unas pestañas cortas y espesas, sino su mirada. No era sólo su boca mojada y carnosa, sino sus palabras. Era todo él.

—Salvador, tú y yo tenemos un pacto —le dije sonriente y levantando la mano cerca de su rostro, él colocó su mano frente a la mía y entrelazamos nuestros dedos—, seremos solo amigos —Salvador me sonrió asintiendo con la cabeza.

—Después de escucharte —exhaló sonriendo y moviendo la cabeza—, me recuerdas a alguien.

—¿A quién?

—Más bien es algo. Te pareces al personaje de una novela —me miró sonriendo a través de las pestañas—, es una gaviota que se resiste a ser como las otras, ¿has leído sobre Juan Salvador Gaviota? —negué con la cabeza. En ese momento, muchas personas vinieron a mi mente. Mis padres, mis amigos y Héctor. Harían preguntas sobre él, vernos juntos podría traerme consecuencias, como gente fisgona haciendo conjeturas de nosotros.

—Salvador, ¿qué diremos de nosotros a los demás?

—¿Te importa? —preguntó con una sonrisa burlona.

—No es tan importante. Pero si preguntaran, no quiero dar una respuesta diferente a la tuya. Mis padres quizá se emocionen pensando que tú y yo... —titubeé.

—Diremos lo que somos, sólo amigos —respondió al tiempo que tomaba un pedazo de piza y lo colocaba sobre su plato—. ¿Comemos? —sugirió señalándome los platos de comida y le sonreí. La forma como me miraba me gustaba e inquietaba, conocer sus sentimientos y saber que se mantendría cerca de mí me hizo sentir muy feliz. Lo más importante era lo bien que me sentía a su lado y lo mucho que disfrutaba sólo con verlo. De regreso a casa, estacionó el automóvil frente a la entrada principal y me miró algo contrariado, luego levantó la mano y me acomodó el cabello detrás de la oreja, sus dedos fueron bajando por mi mejilla hasta mi cuello y con su dedo pulgar me acarició la línea de la mandíbula. El me miraba a los ojos intensamente. Luego acercó su rostro al mío y me besó en la mejilla, muy cerca de los labios. Instintivamente me moví hacia su boca y arrepentida, me alejé de él. Salvador me soltó y se enderezó en su asiento.

—Lo siento —se disculpó con voz casi imperceptible. Mi corazón brincaba en mi pecho, sentirlo así de cerca me provocó una sensación muy agradable que jamás antes había sentido, con ningún otro hombre. Ante cada beso que había recibido antes, mi primera reacción era el rechazo. Aquella vez deseé abrazarlo y evitar que se fuera en lugar de rechazarlo, pero no lo hice. Sonreí orgullosa y abrí la puerta del coche para bajarme. Salvador bajó detrás de mí y caminó conmigo hasta la puerta de mi casa.

—Julieta, sólo hay una cosa que quiero pedirte.

—¿Sí? —pregunté girando hacia él. Salvador tomó un mechón de mi cabello y comenzó a jugar con él. Luego soltó mi pelo y colocó su mano sobre mi hombro acariciándome suavemente con los dedos. Levanté la mano para tocar su antebrazo cubierto de vellos. Por la abertura de su camisa podía ver una parte de su pecho, era un hombre velludo.

—No vuelvas a dejarme sin decirme que lo harás —me acerqué a él y lo besé en la mejilla.

—Prometo no hacerlo —susurré—. ¿Te veré mañana? —al escucharme torció los labios.

—Es cumpleaños de un amigo y ya habíamos hecho planes, pero...

—No importa, será en otra ocasión —le dije para evitar que se sintiera comprometido y cerré la puerta detrás de mí. Estaba algo molesta, pero si habíamos quedado en ser sólo amigos, no tendría por qué pensar que nos veríamos todos los días.

El fin de semana pasó lento, sobretodo porque esperaba que me llamara, pero nunca supe nada de Salvador. Su mirada dulce y sus ojos claros, me siguieron como mi sombra durante toda su ausencia. Fue tan triste como irritante. El lunes cuando llegué a la facultad estaba un poco decaída por haber pasado un fin de semana desilusionada. Caminaba sola por el estacionamiento cuando escuché mi nombre, giré la cabeza y vi a Salvador sonriendo y caminando hacia mí, él me saludo con un beso en la mejilla.

—¿Cómo estuvo tu fin de semana? —le pregunté desviando la mirada hacia mi mochila, como buscando algo en ella que me sirviera de pretexto para no mirarlo a los ojos.

—Te extrañé —me dijo al oído y su aliento cálido me acaricio la oreja y parte del cuello, poniéndome la piel de gallina.

—Porque quisiste —le reproché mirándolo de reojo—, pudiste haberme buscado —al escucharme apretó los labios desviando la mirada hacia abajo.

—¿Estás molesta? —preguntó devolviéndome la mirada—. No es que te haya olvidado, yo... —intentó dar una explicación. Levanté los hombros con indiferencia.

—“Si de pronto me olvidas, no me busques, que ya te habré olvidado” —susurré un pedazo de un poema de Pablo Neruda que me había venido a la mente y él sonrió extrañado.

—No, espera —me pidió, pero comencé a caminar hacia mis amigas que se habían parado frente a nosotros. Levanté la mano para despedirme.

—Julieta, ¿qué hacías con él? —preguntó Marisa sorprendida.

—Nos saludamos, somos amigos —respondí algo nerviosa y Marisa hizo un gesto levantando una ceja e Isabel sonrió apretando los labios.

—¡Te gusta! —dijo Isabel apuntándome con el dedo índice y negué levemente con la cabeza—. Julieta no mientas, te conozco.

—Me cae bien, ¿es que no puedo tener amigos? —respondí sonriendo y comencé a andar.

—No —dijo tajantemente Isabel.

—Aquí me huele que hay gato encerrado —canturreó Marisa mientras caminábamos hacia el aula.

—No, para nada —traté de justificarme—, sólo somos amigos, nos caemos bien, eso es todo —ellas me miraron de manera extraña, pero cuando entramos al salón de clase me alejé de ellas evitando seguir siendo cuestionada. Aquel día, así como el resto de la semana, Salvador y yo nos buscamos y platicamos a cada rato que podíamos. Marisa e Isabel, dejaron de presionarme sobre Salvador, al parecer se estaban haciendo a la idea de que en realidad éramos simplemente amigos.

El viernes por la noche fui al club con mis amigos y la única razón para ir, fue que había quedado en verme allí con Salvador. Me encontraba en la mesa con todos cuando lo vi entrar con un grupo de hombres, ellos se sentaron en una mesa cerca de la barra, Salvador se veía especialmente guapo, había algo diferente en él. Por un rato lo miré esperando que él también lo hiciera, pero nada. Un rato baile con Héctor, otro rato platiqué con mis amigas en la mesa. Comenzaba a pensar que había sido un error ir al baile, cuando levanté la cara y mi mirada se topó con la de Salvador. A lo lejos me sonrió discretamente y luego siguió conversando con sus amigos, pero sin dejar de observarme, él parecía muy entretenido con ellos y yo comencé a impacientarme. Entonces me levanté de la mesa y caminé hacia el baño con la intención de que Salvador aprovechara el momento para acercarse o de lo contrario buscaría la forma de volver a casa. Al salir del tocador, él me esperaba cerca de la puerta y me jaló por el brazo para saludarme con un beso en la mejilla.

—¡Pensé que ya no te acercarías! —me quejé y él sonrió hacia un lado de la forma que más me gustaba.

—Te miraba, me gusta mirarte —respondió sin preocupación y luego se quedó en silencio, recorriendo mi rostro con los ojos. Levantó la mano y metió los dedos entre mi pelo mientras apoyaba la mano en mi mejilla y yo le sonreí—. Qué bonita eres.

—Salvador, yo... —empecé a hablar, pero me acarició los labios con el pulgar e inspiró. El estaba distinto y su boca olía a alcohol, la mezcla de todo me atrajo más. En aquel momento deseé que fueran sus labios y no su dedo el que acariciaba mi boca. Entonces me puse nerviosa y quise escaparme de aquello—. ¿Quieres venir a la mesa? —pregunté. Sin apartar los ojos de mis labios, él sonrió levemente y negó con la cabeza.

—¿Estás tomado?

—Un poco —dijo sin dejar de mirar mi boca.

—Ya que tú no quieres venir con mis amigos, ¿vas a presentarme a los tuyos? —le pedí. El entornó los ojos y dibujó una línea con los labios.

—Estaba pensando si mejor nos escapábamos de aquí —dijo mientras jugaba con un mechón de mi pelo. Pensaba si irme con él, cuando levantó mi rostro por la barbilla y me sonrió—, quiero estar solo contigo —susurró.

—¿Tú y yo solos? No lo sé —dije apartando su mano de mi rostro.

—Aquí hay mucho ruido y demasiada gente, casi no se puede conversar —respondió inclinando la cabeza hacia mi oído. Coloqué la mano sobre su pecho queriendo apartarlo y comencé a jugar con el botón de su camisa mientras sopesaba la idea de irme sola con él o quedarme, y en cómo escapar de mis amigas. Salvador tomó mi mano contra su pecho atrayendo mi atención a él—. Vamos Julieta —insistió. En ese momento, su mirada se congeló sobre un punto detrás de mí, lentamente soltó mi mano y bajó la suya para colocarla dentro de la bolsa de su pantalón. Giré la cabeza para mirar detrás de mí, pero él me tomó por el brazo obligándome a mirarlo—. Este es un buen momento para ir con tus amigas y despedirte de ellas —me dijo al oído sin dejar de mirar hacia aquel punto. Sintiendo cierta tensión, acepté y me dirigí hacia mi mesa. Les dije a mis amigas que me dolía la cabeza y que Salvador se había ofrecido a llevarme a casa. Primero insistieron en que me quedara, pero me negué rotundamente y al fin aceptaron que me vaya. Ya estaba cerca de donde se encontraba Salvador, cuando escuché que Isabel me llamaba. Al parecer su conciencia no la dejaba tranquila.

—¡Julieta!, si te sientes muy mal te acompaño —entonces la miré dando la espalda a Salvador que ya se encontraba cerca.

—No te apures, es sólo un dolor de cabeza —la disculpé—. Lo único que necesito es acostarme, no tiene caso que termine tu noche de baile todavía —Isabel sonrió aliviada y enseguida cambió el gesto.

—Creo que Salvador te espera —me dijo mirando en dirección a él y me moví hacia él. En cuanto estuve más cerca, me di cuenta que algo no estaba bien. Salvador parecía estar discutiendo con otro hombre. Continué caminando hacia él, cuando me pareció que un tercer hombre se interponía entre los dos.

—¡Salvador! —lo llamé y los tres se fijaron en mí. Nerviosa, retrocedí tres pasos y busqué a Isabel con la mirada, pero ésta había desaparecido. Entonces los miré de nuevo, uno de ellos les dijo algo que no pude leer de sus labios y Salvador me tendió la mano sonriendo para que me acercara.

—Julieta ven —me llamó—, ellos son Guillermo —dijo señalando al primero, con el que pensé había discutido— y Gabriel —el que llegó de último, éste me sonrió amablemente y luego me saludó con un beso en la mejilla. Guillermo me saludó a lo lejos levantando su vaso y se fue—. ¿Nos vamos? —me preguntó Salvador al oído colocando la mano sobre mi hombro.

—La próxima vez, espero que te tomes un trago conmigo —me dijo Gabriel y Salvador le dio una palmada en el hombro como despidiéndose y me tendió la mano dándome paso delante de él. Caminamos hacia la puerta dejando atrás aquella escena, pero las dudas sobre lo sucedido no me dejaron.

—¿Manejo yo? —él me miró de reojo y sonrió.

—Estoy bien.

—¿Por qué discutían? —le pregunté cuando subimos al coche.

—No discutíamos —respondió instantáneamente, sonriendo y frunciendo las cejas, como divertido.

—Yo los vi discutiendo —insistí. Salvador se encogió de hombros y movió la cabeza en negación sin dejar de sonreír y sin dar una explicación.

—Somos hombres y nos hablamos fuerte, eso es todo —concluyó—. ¿Qué les dijiste a tus amigas? —cambió el tema. Pero todavía estaba convencida que habían discutido y no me gustó que me lo negara, entonces apreté los labios y me mantuve callada, él me tomó de la mano obligándome a que me fijara en él. Su pelo, estaba distinto, tenía menos volumen. Supuse que se lo había engomado.

—¿Me vas a contar por qué? —insistí, pero en vez de responder, levantó mi mano y la besó mientras me miraba de reojo—. ¡Salvador! —le reproché enojada y me solté de su mano.

—¿Qué te parece si nos bajamos aquí? —preguntó señalando una cafetería. Me encogí de hombros y evité su mirada sin responder, pero no pareció importarle y buscó un lugar dónde estacionar—. Espera que te habrá la puerta —dijo antes de salir del automóvil. Buscamos una mesa apartada y nos sentamos uno frente al otro. Salvador sacó sus cigarros y comenzó a fumar, mientras tanto, yo disfrutaba observándolo. Como cosa rara, se había puesto una camisa de vestir impecable, era negra de manga larga, y estaba fajado, se veía más elegante y más guapo que nunca. Entonces me fijé en su cabello, estaba mucho más corto. Él me miró a través de las pestañas y sonrió hacia un lado—. ¿Qué estás pensando? —preguntó con ojos divertidos.

—Que te ves muy elegante el día de hoy. Bueno, me gusta cómo te ves siempre, pero hoy estás diferente. ¡Te cortaste el pelo! —El exhaló riendo y cerrando los ojos.

—¿Y cómo prefieres verme? —preguntó acercando su mano libre a la mía y lentamente sacó el humo entre los labios y desvió la mirada. Con él me sentía tan bien, que a veces deseaba que no hubiéramos hecho ningún pacto para que se atreviera a besarme. Su boca, sus labios, era algo que me moría por probar.

—De cualquier manera. También te ves bien así —respondí instantáneamente y guardé silencio unos segundos—. Salvador, a veces pienso en nuestro pacto.

—¿Te arrepientes? —preguntó sorprendido. El mesero llegó y Salvador pidió dos tazas de café y un sándwich para compartir. Cuando el mesero nos abandonó, él continuó hablando—, ¿Qué has pensado de nuestro pacto? ¿Ya no lo quieres? —nerviosa tomé sus llaves y comencé a jugar con ellas.

—Arrepentirme no, sólo que a veces, ¿no te parece tonto? —pregunté, entonces me quitó sus llaves poniéndolas a un lado y tomó mis manos.

—A veces siento como si llevara mucho tiempo reprimiéndome contigo, pero no es así —hizo una pausa buscando algo en mi mirada y continuó—, y sé que todo lo que siento por ti no va a cambiar, solo puede crecer. También sé que lo que no tenemos ahora lo vamos a tener más adelante, pero en cambio, la oportunidad de demostrarte que te quiero sin pedirte nada solo la tendré ahora. Si rompieran nuestro pacto y todo saliera mal entre nosotros, yo pasaría a formar parte de tu lista de decepciones amorosas y sinceramente quiero ser otra parte de tu vida.

—Gracias —respondí convencida que estaba en el camino correcto—. Salvador, ¿alguna vez te ha decepcionado una mujer? —él exhaló levantando las cejas y dirigió la mirada hacia un lado, después de quedarse quieto por unos instantes, volvió a fumar.

—Mi madre —Salvador apagó su cigarro y miró al frente.

—¿Tu madre? —pregunté frunciendo el ceño confundida.

—Todavía era un niño cuando ella nos dejó, se fue con otro hombre y sin despedirse de ninguno de sus hijos —me soltó con voz fría.

—Lo siento —me disculpé. El se encogió de hombros quitándole importancia.

—No la culpo por haber dejado a mi padre, quizá él se lo había buscado. Pero para mis hermanos y para mí fue muy difícil, ella era mi mundo hasta que desapareció. Por varios años no supimos nada de ella —recordó con tristeza.

—¿Pero volvió? —quise saber, él hizo un leve movimiento de cabeza que interpreté como un sí—. ¿Tardo mucho tiempo en regresar? —pregunté. Salvador bajó la mirada y levantó las cejas pensando, luego suspiró.

—Algo —respondió sin mirarme y continuó en silencio. Sacó otro cigarrillo y lo encendió—. Entonces, ¿mantendremos el pacto? —preguntó y comprendí que no quería seguir hablando del tema.

—Definitivamente —acepté y él me miró y sonrió.

—Ahora háblame de ti —me pidió—. ¿Cómo se llevan tus padres? ¿Cómo te llevas con ellos?

—Ellos se llevan bien. En mi casa es mi madre la que tiene la última palabra, aunque pudiera parecer al revés. Con mis hermanas me llevo bien, así como con mis padres, pero pienso diferente a toda mi familia y siempre he sido la oveja negra de mi casa —al escucharme, Salvador sonrió complacido.

—¿A qué te refieres?

—Mis hermanas mayores, ya están casadas y tienen hijos, y mi hermana menor, está por casarse y cumplir así con su rol en la vida —le expliqué—. En cambio, yo ni siquiera tengo novio y ya tengo veinticinco. Todos están preocupados por mí y no pueden entender que no necesito casarme para ser feliz. Lo peor es que cuando miro la vida de mi madre y hermanas, veo que ellas tampoco son felices, pero creen que tienen derecho a opinar sobre mí porque ellas sí están cumpliendo con el modelo impuesto por la sociedad —Salvador levantó las cejas y exhaló.

—Pero, ¿por qué piensas que tu madre no es feliz?

—Porque siendo tan inteligente su vida se resumió a casarse y enclaustrarse en una casa para cuidar a cuatro niñas y atender a un hombre. Sé que ella hubiera querido estudiar medicina como yo, pero en su época las mujeres no estudiaban —me encogí de hombros— así que no lo hizo.

—La mía se casó, pero se negó a continuar atendiendo a su familia y ¿crees que eso la hizo feliz? —me cuestionó entre cerrando los ojos y exhaló humo por la boca—. Creo que es muy difícil ser completamente feliz, pero para serlo, hay que aprovechar los buenos momentos y disfrutarlos.

—Quizá tengas razón —analicé—, a mí lo que en realidad me molesta es que no acepten que soy diferente —expliqué y Salvador rio por lo bajo y me miró a través de las pestañas.

—Y ¿qué me dices de tus hermanas? ¿ellas tampoco te comprenden? —preguntó y negué con la cabeza.

—Mi hermana Elisa, la mayor, se casó con su novio de años, él es un poco prepotente y no se... —dudé en cómo decirlo— creo que golpea a sus hijos —y sé que alguna vez también la golpeó a ella, pero eso evité decirlo. Salvador apretó los labios—. Rebeca siempre fue la más bonita y tuvo muchos pretendientes, su esposo es de mucho dinero y le gustan las apariencias y

todo eso —comenté poniendo los ojos en blanco—, también le gusta estar de fiesta y muchas veces llega borracho a su casa. Pero bueno, también tiene una vida muy cómoda y lujosa. Y luego está Verónica, la bebé de la familia. Quería estudiar para ser maestra, pero poco después de que su novio le propusiera matrimonio dejó la carrera, dijo que no tenía sentido perder el tiempo estudiando si ya se iba a casar —expliqué encogiéndome de hombros.

—Veo que tú tampoco las entiendes —apuntó Salvador y lo miré en silencio, él tenía razón—, me refiero a que probablemente ellas viven un tipo de felicidad que tú no quieres.

—No las entiendo tampoco —acepté—. Pero respeto que hagan de su vida lo que quieran, y si algo no me parece me lo guardo —él asintió con la cabeza. Llegó el mesero con los cafés y la comida y continuamos hablando de nuestras vidas, contando algunas cosas y omitiendo otras. El tiempo voló, hasta que él miró su reloj y enseguida yo también el mío.

—Creo que es hora de que me lleves a casa —le dije sin ganas de irme, pero él estuvo de acuerdo y nos fuimos de allí.

—¿Nos veremos mañana? —preguntó en el coche de camino a casa.

—Como por lo general desapareces el fin de semana, quedé en salir con mis amigas, pero puedes venir con nosotras si quieres —él arrugó la nariz.

—No creo —dijo mirando hacia el frente y luego me miró de reojo y continuó hablando—, el domingo quedé en salir con mi hermano, pero puedo tratar de terminar antes para llamarte por la tarde. Te invitaría a que vengas, pero...

—No te apures y disfruta a tu hermano —le dije contenta de no sentirme comprometida para invitarlo a que venga a comer a la casa—. Prometo no hacer planes para el próximo sábado —aseguré. Pero Salvador torció los labios al escucharme y exhaló, luego colocó la mano sobre mi muslo.

—El fin de semana que viene me voy a Acapulco con Mauricio y Gabriel. Hace meses que lo planeamos.

—¡Salvador! —me quejé, él estacionó frente a mi casa y se bajó para acompañarme hasta la puerta. Al mirarlo bajo la luz, me pareció que sus ojos estaban tristes y yo también estaba triste—, podría cancelar a mis amigas y...

—No, ve con ellas —me interrumpió—. No quiero que te alejes de ellas por mí —y después de decir esto se acercó más a mí tomándome por los brazos y me dijo al oído— te voy a extrañar —lentamente nos acercamos hasta que nuestros labios casi topaban, un segundo más y se rozaron, Salvador movió los suyos, entre los míos y suspiré deseando hundirme en su boca. En ese momento me soltó y se mantuvo quieto dándome la libertad de continuar o alejarme. Salvador era el hombre de mi vida, lo amaba y no tenía duda alguna de esto. Pero él también deseaba mantener nuestro pacto, así que reprimí mis ganas de besarlo y le dije adiós retrocediendo unos pasos.

IRRESISTIBLE

Después de haberme tratado con indiferencia por dos semanas, un domingo al medio día recibí un mensaje de Roberto en el celular, “Necesito verte” decía, al leerlo me puse muy nerviosa, me hablaba otra vez y quería verme, por varios días había soñado con él y no pensaba desperdiciar ésta oportunidad. Pero Bernardo estaba conmigo y para ver a Roberto tendría que mentirle.

—¿Qué sucede Regi? —preguntó Bernardo al verme nerviosa, por un momento medité en lo que debía decirle, no podía mantener la mentira por mucho tiempo más, pero si ni siquiera sabía para qué me buscaba Roberto, sería muy precipitado hablarle a Bernardo de mis verdaderos sentimientos. ¿Y si fuera para contarme que le había dado la beca? ¿Y si quisiera despedirse?

—Tengo un examen mañana y mis compañeros quieren que nos juntemos a estudiar —le mentí y automáticamente miré hacia Manuel que se encontraba con nosotros. Podía mentirle a Bernardo, pero a mi hermano era cosa difícil. El apretó los labios analizándome con la mirada y le sonreí algo nerviosa por temor a delatarme ante sus ojos.

—Si necesitas irte, no te preocupes por mí —respondió Bernardo, al escucharlo bajé la cabeza. ¿Qué estaba haciendo?, ¿por qué deseaba continuar con éste juego? Mi razón me decía que no era correcto, pero era mi corazón quien mandaba en aquel momento. Sería la última vez que me comportaría de aquella manera, después de averiguar la razón por la que me buscaba Roberto, tomaría la decisión de continuar o terminar con Bernardo—. No te pongas triste, te prometo que vuelvo la próxima semana —él puso la mano bajo mi barba levantándome el rostro y me besó—. Si necesitas irte ahora, te entiendo. No te preocupes por mí —insistió, al escucharlo, los ojos se me humedecieron, entonces lo abracé con fuerza. Pocas veces lloraba, pero ésta situación me dolía y me hacía sentir culpable. Deseaba quererlo de la misma forma que a Roberto, pero no lo amaba y sabía que si nos casábamos probablemente yo no sería feliz. Debía pensar muy bien las cosas, hablar con Roberto y decidir lo que haría con Bernardo para lastimarlo lo menos posible. Después de quedar con Bernardo entré a mi recámara y le escribí a Roberto: “en el café de siempre a las tres y media” . Eliminé la conversación. Me cambié y arreglé.

—¿A qué hora necesitas irte? —me preguntó Manuel cuando me vio salir de mi habitación.

—A las tres —respondí y él miró su reloj.

—¿Vamos a comer con Bernardo antes de que se vaya?, todavía tienes tiempo.

—Sí claro —contesté sonriendo y caminamos los tres hacia la puerta.

—Tus libros —me recordó mi hermano mirándome con cierto reproche. Hice una mueca con la boca y di media vuelta hacia mi recámara en busca de cualquier libro. Fuimos a comer a aquel restaurante de crepas en la condesa, durante la comida ellos se pasaron recordando las historias de su infancia y adolescencia, estaban muy entretenidos y la comida tomó más tiempo de lo planeado. Por más que trataba de mostrarme interesada, sólo podía pensar que Roberto me esperaba y que debía de sentirse tan ansioso como yo. Cuando mis nervios me vencieron, tomé mi celular y le mandé un mensaje disculpándome por el retraso. Ellos se dieron cuenta de mi intranquilidad y pidieron la cuenta. Cuando terminamos, Manuel se ofreció para llevarme al café donde supuestamente me vería con mis amigas. Para evitar que dudase de mí, acepté su propuesta haciendo changuitos por que no decidiera bajarse.

Cuando por fin llegamos, ya eran las cuatro y media. Manuel entró al estacionamiento y me pareció que buscaba un lugar para estacionarse. Probablemente pensaba en acompañarme hasta la

mesa. Pero antes de que hiciera el intento por bajarse me apresuré a sacar mi teléfono celular de la bolsa y fingí leer un mensaje.

—Manuel no tiene caso que te bajas, tengo prisa, ellas ya comenzaron sin mí. Es mejor si me dejas en la entrada —él aceleró y me bajé de un brinco.

—¡Regina! —me gritó antes de que cerrara la puerta y pegué un brinco asustada—. Estás dejando tus libros —dijo guiñándome el ojo. Regresé por ellos y él me tomó por el brazo—, y pórtate bien.

—Te aviso cuando esté por volver —le dije para despedirme y entré en el café mirando entre las mesas, buscándolo. Pero no veía a Roberto por ningún lado y temí que se hubiera ido y entonces haber desaprovechado la oportunidad. Sin perder la esperanza, tomé mi celular y le marqué.

—¿Ya llegaste? —preguntó en cuanto contesté, no parecía molesto.

—Sí. ¿Dónde estás? —pregunté mirando a mi alrededor.

—Aquí, en una mesa con otras personas —y lo vi levantándose la mano, Roberto lucía algo diferente. Cortamos la llamada y caminé hacia él. Como cosa rara, llevaba el cabello un poco despeinado y vestía una playera barata, sus pants grises y holgados y unos tenis, aún con esa ropa, seguía siendo irresistible. Roberto se despidió de la gente sentada en aquella mesa y me llamó con el dedo para que me sentara con él en otra desocupada. Me paré frente a él y él me tendió sus brazos. Sin pensarlo estiré los míos y me acomodé en su abrazo, Roberto puso sus manos sobre mi cintura y bajó la cabeza para besarme en la mejilla, luego me separó de su cuerpo colocando sus manos sobre mis hombros.

—Mejor si nos sentamos —susurró con un gesto pícaro y dirigió la mirada hacia la mesa donde se encontraba antes, jaló una silla para que me sienta y me guiñó el ojo. Sus ojos brillaban haciéndolo completamente irresistible.

—Dijiste que necesitabas verme —le recordé—, puedo saber ¿qué pasa? —Roberto sonrió hacia un lado y miró hacia la mesa.

—Es así de simple —dijo antes de volver a mirarme y tragó saliva—. Necesitaba verte Reg —contestó removiéndose en la silla. Pensé que podía, pero no. No puedo dejar de pensar en ti y no quiero renunciar —al decir esto me tomó de la mano.

—Te he extrañado —me sinceré con la mirada sobre su rostro y coloqué mi otra mano sobre las suyas. El me sonrió con tristeza—. ¿Qué vamos a hacer? —le pregunté.

—Regina, la solución está en tus manos. Dímelo tú, ¿qué hacemos?

—Quisiera hablar con Bernardo y decirle la verdad, pero soy cobarde —me quejé y él colocó su dedo sobre mis labios y entornó los ojos, haciendo una mueca con su boca.

—Ya estoy cansado de todo esto —respondió levantando los brazos— y también yo te he extrañado mucho, tanto que ya no pude soportar las ganas de verte. Y por favor, no digas nada que estropee este momento. Sólo por hoy miénteme y dime lo que quiero escuchar —dijo sin dejar de mirarme con sus dulces ojos. Apreté los dientes, sabía a qué se refería, porque yo quería lo mismo, prefería no pensar en la realidad y disfrutar de ese momento juntos—. Regina, ya no me quiero alejar de ti y si tú también me quieres, no pondré un límite de tiempo para que lo dejes, prometo que seré paciente y mientras tanto, podemos seguir siendo amigos.

—No te quiero como amigo, lo que siento por ti está más allá de la amistad. Me parece bien que seamos amigos mientras se arregla todo y apenas haya hablado con Bernardo, podremos empezar una relación. Te prometo hablar con él la próxima vez que venga —él se encogió de hombros y sonrió levemente.

—Ya me estoy acostumbrando a que no cumplas con tú palabra —dijo con desgano. Al

escucharlo bajé la mirada y él tomó un mechón de mi pelo para colocarlo detrás de mi oreja.

—Perdóname, no te mereces esto. Yo te prometo que ésta vez sí lo voy a hacer, hablaré con Bernardo cuanto antes.

—Regina —me interrumpió—, solo quiero que sepas que estar conmigo también puede resultarte peligroso a ti porque no voy a esconderme de nadie, ni de él ni de tu hermano. Ya prometiste que hablarás con él y espero que lo cumplas, de lo contrario, la próxima vez no me detendré frente a ninguno de los dos y que pase lo que tenga que pasar.

—No habrá próxima vez —prometí—. Durante estos días comprendí que no tiene sentido continuar así. Cuando estoy con Bernardo no puedo dejar de recordarte, pero cuando estoy contigo el mundo se puede caer a mi alrededor, porque lo único que importa es que estás tú —le dije acariciando el cabello alrededor de su oreja y él inclinó su mejilla hacia mi mano y la tomó para acercarla a su boca y besarme en la palma.

—Regina, no sé por qué me gustas tanto —dijo pensativo—. Aunque durante el día trató de ocupar mi mente haciendo algo para no pensar en ti, todas las noches me acuesto extrañándote y por las mañanas me despierto pensando en ti. Ya no quiero extrañarte —me dijo derritiéndome con sus palabras.

—Pues ya somos dos —susurré y luego bajé la mirada—. Me encantaría dormir contigo para que ya no me extrañes.

—Cuando quieras —respondió levantando las manos con una gran sonrisa—, aunque dudo que te deje dormir —susurró y, suponiendo a qué se refería, sonreí por lo bajo.

—¡Solo hablé de dormir! —le aclaré apenada. Aunque tuviera muchas ganas, jamás me atrevería a pedírselo y menos si todavía tenía novio. Al escucharme se encogió de hombros y dijo mirándome a través de las pestañas:

—Bueno comprende que soy un hombre y estoy solo y si pudiera pasar la noche con la mujer de mis sueños, créeme que lo último que podría hacer es dormir —me explicó mientras me miraba con ternura y me acariciaba el cabello—. Mejor no des ideas Regina.

—Es en serio —le dije apenada—, ¿te imaginas acostarnos y despertar juntos? —le dije mientras pasaba mis dedos sobre los vellos que cubren su antebrazo y él inspiró, luego me miró a los ojos y levantó la mano para acariciar mi hombro con el dedo gordo.

—Sí, también me gustaría hacer eso contigo —dijo condescendiente como para darme por mi lado—. Nada me gustaría más que despertarme a tu lado, mirarte mientras duermes y...

—Pensándolo bien, quizá eso no te guste tanto —lo interrumpí—. Podrías llevarte un susto conmigo.

—¿Por qué? —preguntó entornando los ojos y con una leve sonrisa de lado.

—Quizá para ti sea una tontería, pero tiene que ver con la razón por la que decidí ayudar al Dr. Trejo en la investigación —respondí.

—¿Y cuál es la razón? —preguntó con una mirada profunda como si estuviera tratando de encontrar la respuesta en mis ojos—. ¿Qué sucede cuando duermes?

—Hace algunos años comencé a tener pesadillas, posiblemente para ti eso no sea importante, pero para mí sí. Es que son tan reales, que a veces las confundo con mi vida y cuando me despierto me siento desorientada, muchas veces despierto llorando y me cuesta calmarme, porque, aunque el sentimiento es real, lo que pasa es sólo un sueño y por lo tanto no hay una solución para eso —comencé a explicarle—, me siento mejor después de un rato despierta, cuando acepto ese miedo o dolor en vez de luchar contra él. Es por eso que comencé a investigar sobre temas relacionados con los sueños y su significado, siempre buscando una explicación a lo que me pasaba.

—¿Y la has encontrado? —preguntó.

—No. En realidad, yo nunca he creído en lo que no puedo ver, pero algunos sueños han sido muy persistentes y a veces hasta puedo relacionar unos con otros, como si fuesen parte de una misma historia. Comencé a investigar el significado de los sueños y de ahí seguí investigando más. Pero nada de lo que pude investigar tiene relación con mis sueños, me parece que ese no es el camino, así que seguiré buscando hasta que encuentre un sentido o hasta que estos terminen.

—¿De que tratan? —preguntó muy interesado. Me mordí el labio inferior y negué con la cabeza recordando que desde que lo conocí, él se había convertido en el tema principal.

—No es que sueñe con monstruos y por lo general tratan de situaciones de la vida. Las escenas se repiten una y otra vez, las mismas caras, mismos lugares, pero lo que me angustia es lo que siento cuando estoy soñando y cómo me afectan cuando abro los ojos. Son horribles porque a veces las confundo con la realidad y me despierto llorando o deprimida y, hasta que me doy cuenta que solo era un sueño, es que me siento mejor. Aunque hay ocasiones que durante el día los recuerdo y esto ocupa mi mente y me causan mucha ansiedad. Quisiera poder lograr que desaparecieran —Roberto apretó los labios pensativo y se quedó callado por un momento—. ¿Y tú por qué razón te uniste al proyecto del Dr. Trejo? —pregunté tratando de cambiar el tema y dejar de hablar de mí.

—Más bien por amistad —respondió todavía pensativo. Entonces volvió su mirada a mi rostro y continuó—: El doctor y yo somos grandes amigos desde que nos conocimos y siempre lo he admirado, cuando me dijo que le sería muy útil la colaboración de un neurólogo, me ofrecí a ayudarlo con mucho gusto.

—Si el doctor no hubiera decidió realizar éste proyecto, quizá no nos conoceríamos —le dije mientras pensaba que, si no fuera por el proyecto, mi vida sería mucho más sencilla. Entonces lo miré y fui feliz de que me vida se hubiera complicado. Conversamos por largo rato sentados en la mesa de aquel restaurante hasta que Roberto pidió la cuenta.

—¿Me acompañarías al cine? —preguntó cuándo nos levantamos de la mesa—. Pero necesito pasar primero a mi departamento —jaló la playera con sus manos y luego hizo una mueca con los labios y se quejó—, no puedo estar paseando así vestido —se disculpó. Mientras caminábamos hacia su coche pasó el brazo sobre mis hombros y me atrajo hacia él.

—¿Qué tiene de malo tu ropa? —pregunté mientras le pasaba el brazo por detrás de la cintura. Quizá no era una ropa elegante, pero metido en aquel atuendo hacía que se me antojara abrazarlo más de lo normal. Comencé a tirar de su playera cerca de cintura y le besé en la mejilla.

—Es para hacer ejercicio —me dijo dándome una palmada en la mano para que lo soltara y me sonrió. Enseguida se colocó poniéndome entre él y su coche y comenzó a apoyar su cuerpo contra el mío, aplastándome. Lo aparté con mis manos y él torció los labios sonriendo, me besó la frente y se alejó para abrirme la puerta del automóvil—. Siempre es importante dar una buena imagen —explicó después de subirse a su coche.

—Bueno sí, pero es domingo, tu día de descanso, ¿no? O ¿qué es lo que te preocupa? —le pregunté y él me guiñó el ojo.

—No es que me preocupe, pero pienso que la imagen que proyectamos es muy importante, es nuestra tarjeta de presentación. De acuerdo a lo que muestras a los demás, la gente se hace una idea de ti y de eso depende la manera cómo te traten. Además, soy un doctor, tengo que mostrar una imagen seria e impecable para que mis pacientes me tengan confianza —coloqué mi mano sobre su pierna y me acerqué a su cuello para sentir su perfume. Roberto siempre olía muy bien y le gustaba verse impecable, pero así de fachoso también me gustaba mucho.

—A mí me gustaste vestido así, no creo que debas preocuparte tanto por lo que piensen los

demás de ti —le dije y él tomó mi mano y la besó mientras mantenía la mirada al frente.

—Me siento mejor cuando estoy bien vestido, ¿qué tiene de malo? —respondió mirándome de reojo mientras se encogía de hombros. Sonreí y me acomodé en el asiento para ponerme el cinturón.

—A todas estas, ¿por qué estás así vestido?, ¿saliste a hacer ejercicio? —dije ignorando su pregunta y él me miró.

—Hoy tuve la intención de hacer ejercicio, pero no pude —me guiñó el ojo y pasó los dedos entre mi pelo, bajó la mano y apretó suavemente mi cuello, lo que me enchinó la piel. —Necesitaba hacer algo para dejar de pensar en ti. Pero fue inútil, me rendí y te busqué.

—Y te debo las gracias por eso —respondí y le acaricié la mejilla. Roberto giró el rostro y tomó mi mano para besarla.

—Conozco muchas formas en que puedes agradecermelo —dijo con una mirada pícaro y reí negando con la cabeza—. Ya verás que sí.

—¿Qué ejercicio haces? —pregunté para cambiar el tema—. ¿Vas al gimnasio?

—No. Lo que más me gusta son los deportes al aire libre, como jugar fútbol o tenis —después de responder me miró y levantó las cejas como si pudiera apantallarme con su respuesta, ¿Habría algo que él hiciera y no me dieritiera?— ¿Te gustaría ir a ver uno de mis partidos de fútbol? Por lo general se ponen buenos.

—Sí, por supuesto. ¿Qué posición juegas?

—Soy portero, estoy seguro que te vas a asombrar con mis paradas —dijo con orgullo y enseguida me miró con gesto serio y extraño—, me refiero con el balón, en la portería —aclaró. Lo que me dejó sin palabras por un rato, tratando de comprender. En cuanto lo hice, exhalé por la nariz y sonreí. Roberto revolvió con la mano la parte alta de mi cabeza repitiendo—: olvídale, olvídale.

Entendí su doble sentido, pero preferí no volver al tema porque sentí un poco de pena. Roberto era muy simpático a pesar de que a veces rayaba en lo grosero. Comparado con Bernardo eran como agua y aceite, uno tan espontáneo y ocurrente que hasta lo vulgar era bien recibido, mientras que el otro era todo formalidad y decencia. A Bernardo nunca se le había escapado un insulto delante de mí y jamás había escuchado que dijera algo en doble sentido y lo peor, jamás me había dicho algo que me enchinara la piel o me hiciera sentir deseada.

Ante mi silencio, Roberto subió el volumen del estéreo y comenzó a tararear. Me tomó de la mano y así continuamos el resto del trayecto. Hasta que dobló en una calle y entró en un estacionamiento donde acomodó su automóvil.

¿Te bajas? —preguntó.

—Mejor no, así que no vayas a tardar —Roberto besó una cruz que hizo con los dedos en signo de juramento y se inclinó para besarme en la mejilla.

—Pero también podrías bajar y ser agradecida, ¿no? —susurró en mi oído y de nuevo me besó, pero esa vez en la oreja.

—Te agradezco mejor en el cine —respondí.

—¡Vas! —dijo retrocediendo y apuntándome con el dedo—. Solo me cambio y vuelvo.

Quince minutos después regresó, muy guapo y bien vestido. Fuimos al cine y durante toda la función me tomó de la mano y de vez en cuando la besaba, hasta que me inclinó apoyando mi cabeza en su hombro y él dejó de besarme en la mano para besarme en la frente o la cabeza. A veces cerraba los ojos e inspiraba para sentir el olor de su perfume y las mariposas revoloteaban dentro de mi estómago. Al terminar me llevó a mi departamento y al despedirnos me besó en los labios dentro del coche, por esos segundos solo él existió.

—Creí oírte decir q me agradecerías en el cine —dijo cuándo me aparté para bajar del coche.

—Roberto, yo... dije que te agradecería en el cine, pero no pude —me disculpé—, no supe cómo. Es que me superas en eso. Lo siento de verdad —al escucharme sonrió con ojos llenos de ternura.

—Yo sé, pero no te preocupes por eso que, conmigo aprenderás rápido —respondió guiñándome el ojo y sonreí por lo bajo al escucharlo. Me giré sobre el asiento y alargué la mano para abrir la portezuela del automóvil—. Regina —dijo tomándome del brazo para evitar que saliera de su auto—, cuando en las noches te despiertes asustada y necesites hablar con alguien, llámame sin importar la hora.

—Gracias, pero creo que te cansarías de mis llamadas en la primera semana —respondí con gesto de dolor y él me soltó para que bajáramos.

—¿Tan frecuentes son? —preguntó después de haber rodeado el coche para llegar hasta mí—. Quizá deberías de ir a ver al doctor Sierra, él ha tratado a otros pacientes con problemas parecidos. Lo conozco bien, el doctor Sierra es un hombre muy amable y seguro haría cualquier cosa por ayudarte. Habla con él —dijo animándome a hacerlo. Quizá Roberto tenía razón, debía de hablar con el doctor y pedirle ayuda, nunca antes había ido con un doctor para hablarle de mis pesadillas, más bien nunca lo había hablado con nadie y siempre había pensado que podía encontrar la solución por mí misma—. Claro que mientras sigas teniendo pesadillas, en verdad puedes llamarme y si lo necesitas te puedo venir a ver, conozco muchas formas de hacerte sentir bien y prometo que haría que te olvides de todo— me dijo al oído mientras pasaba la mano detrás de mi cintura y me apretaba contra él. Subí el rostro mirándolo a través de las pestañas y Roberto movió la cabeza con una sonrisa pícaro, estaba loca por él y sin pensarlo, lo besé.

—No me queda ninguna duda. Por lo general eso me pasa cuando estoy contigo —le dije después de besarlo y se inclinó hacia mí para continuar besándome.

—Entonces, ¿Te parece si comenzamos con tu terapia? —preguntó mientras me besaba el cuello y el lóbulo de mi oreja. Roberto lograba que mi pulso llegara a mil, el roce de sus dedos, su aliento, su olor, todo en él elevaba mi sensibilidad y me embriagaba haciéndome olvidar el mundo a mí alrededor.

—Roberto... —susurré mientras me perdía en él e intentaba alejarlo—. Es tarde ya —lo apresuré apartándolo de mí. Entonces él se despidió dando por un hecho que pronto volveríamos a vernos.

MAS QUE UN AMIGO

Diciembre, 1972

Habían pasado un par de semanas en las que mi relación con Salvador se mantenía estable, nos veíamos en la escuela y aprovechábamos los fines de semana para estar solos, aunque de vez en cuando cada uno salía por su parte tratando de mantener la convivencia con nuestros respectivos amigos. Durante ese tiempo no volvimos a besarnos y mantuvimos ésa relación entre amigos y enamorados.

—Gracias Salvador —me despedí de él dándole un beso cerca de los labios y giré para salir de su coche.

—Julieta —me llamó cuando me había inclinado para abrir la portezuela de su automóvil. Aquella noche habíamos salido a cenar y como cosa rara habíamos tomado dos botellas de vino, los dos estábamos algo más que relajados. Lo miré por encima del hombro—. Bésame —dijo con ojos dulces y su voz fue como una caricia.

—¿Cómo? —pregunté asaltada por la inesperada propuesta. Su mano se deslizó sobre mi cuello y sus dedos jugaron ente mi pelo acariciando la base de mi cabeza.

—“Para mi corazón basta tu pecho, para tu libertad bastan mis alas” —me dijo al oído y me estremecí y mi corazón se aceleró aún más, al sentir su aliento junto a mi oreja—. “Desde mi boca llegará hasta el cielo, lo que estaba dormido sobre tu alma” —lo miré y deseándolo más que nunca, me giré sobre el asiento para rozar mis labios a los suyos y me quedé atrapada en su boca. Por unos minutos nos besamos sin pensarlo, habíamos bebido demasiado vino, nos habíamos contenido ya muchas veces, así que fue fácil caer.

—¿Qué es lo que dices? —pregunté con mi boca pegada a la suya. El estaba agitado y sus manos temblaban, mis ganas de él aumentaron y quise acercarme más. Pero en vez de eso, bajé el rostro y nuestras bocas se despegaron, se apartó y resopló mirándome con cierto dolor.

—“Eternamente en fuga cómo la ola” —susurró mirándome de reojo y sonrió—. Neruda. Pensé que te sabías sus poemas.

—¿Neruda?, ese nunca lo había leído.

—Te amo —me dijo con una mirada significativa. La palabra me tomó por sorpresa sin saber cómo responderle. Me acerqué dándole un solo beso en los labios y enseguida giré para abrir la puerta y salir. Debía alejarme si quería seguir manteniendo la distancia entre nosotros. El ya no hizo nada por detenerme. Bajó del automóvil para mirarme entrar a casa y se fue. Deseábamos el contacto físico, pero éramos fuertes para mantener los límites. Nuestro pacto se estaba volviendo un estorbo entre los dos y comencé a pensar que quizá era momento de iniciar otra etapa con él.

Se acercaba la navidad y por primera vez después de muchos años sentí cierta ilusión por esa época, hasta pensar en llevarlo a la cena de Nochebuena con mi familia me gustaba. Faltaba una semana para las vacaciones de diciembre cuando decidí hablar con él sobre mis planes de navidad.

—Salvador, quiero pedirte algo —le dije mientras caminábamos hacia el estacionamiento de la facultad. El me miró con curiosidad.

—Dime —respondió tomando mi mano y la levantó para rozar mis nudillos con sus labios.

—¿Tienes planes para Navidad?, me encantaría que me acompañes a la cena de Nochebuena

con mi familia —Salvador se paró en seco y levantó las cejas. En sus ojos se borró toda expresión y por su mirada podría jurar que deseaba negarse. Quizá estaba presionando demasiado al querer llevarlo con mi familia, eso implicaba una formalidad que todavía no habíamos asumido.

—No puedo —respondió de manera determinante. Aquella era la primera vez que Salvador me negaba algo. Tomó un mechón de mi pelo para colocarlo detrás de mi oreja y continuó—: no te lo había dicho antes, pero no voy a pasar la navidad aquí. Ya tenía planeado un viaje con mis amigos antes de conocerte, vamos a esquiar a la nieve.

—¿No te veré en navidad? —pregunté enojada.

—Ya tenemos todo pagado —trató de explicar—, el hotel, los boletos de avión. Conseguí el traje de esquí y guantes especiales. He soñado por años con éste viaje.

—Pero ¿por qué no me lo habías dicho antes? —me quejé. Salvador me miró pensativo, con los ojos cargados de preocupación. Estaba triste y molesta, un poco decepcionada quizá, y no tenía ganas reprocharle nada—. ¿Por cuánto tiempo te vas?

—Diez días —respondió con la voz ronca.

—¿Tanto tiempo? —pregunté. El exhaló bajando los hombros y agachando la cabeza, más desgarrado que nunca. Por unos minutos me mantuve callada recordando las ilusiones que me había hecho con él para navidad y me sentí frustrada. Lo miré y supe que en aquel momento el enojo había triunfado sobre la tristeza, él se iría y yo me quedaría sola y enamorada. Mis vacaciones de invierno pintaban muy mal, pues todos mis planes eran para estar juntos, si además le sumaba que ahora mis dos amigas tenían novio, era un hecho que la pasaría muy aburrida. Lo peor era que él también había hecho sus planes, en los cuales yo no estaba incluida y ni siquiera tenía idea.

—¿Estás molestas? —preguntó preocupado.

—No esperaba que te fueras. Nunca dijiste nada —respondí sin mirarlo y comencé a caminar más rápido hacia mi coche.

—Perdona que no te lo hubiera dicho antes, pero es que he estado tan bien contigo que el tiempo se me pasó volando, y... no había querido estropear nuestros momentos.

—A mí me pasó lo mismo —respondí—, me sentía tan bien contigo que pensé en incluirte en las cosas importantes. Se me olvidó que sólo éramos amigos —Salvador apretó la quijada demostrando cierto enojo—. Si ya no te veo, prometo brindar por ti en nochebuena. Y lo haré sola.

—Julieta, espera —me pidió rozándome el brazo, pero no detuve mi paso—. ¡Julieta! —gritó de nuevo. Su voz sonaba más ronca de lo normal, eso significaba que por lo menos, mi reacción le importaba. Giré hacia él y le hice un gesto con la mano para que dejara de seguirme y él apretó los labios mirándome contrariado, pero se detuvo. No había nada más que hablar al respecto, él se iría y yo me sentía traicionada. Nada de lo que dijera me haría sentir mejor. La garganta me dolía y tenía ganas de llorar. Entré en el automóvil y dejé que me salieran unas cuantas lágrimas, entonces me di cuenta de lo profundo que había caído, nunca había estado tan enamorada. Y aunque moría por estar con él, no tenía ganas de verlo. Durante los siguientes días preferí evitarlo y lo peor fue que él tampoco insistió en buscarme.

El viernes por la noche, regresé de la escuela triste y cansada de la lejanía. Mis padres habían salido y me encontraba sola en casa, así que decidí darme un largo baño de agua caliente que me ayudara a despejar la mente y de nuevo lloré con el agua cayendo sobre mi rostro. Estaba por salir de la regadera cuando escuché el timbre, alguien llamaba a la puerta. Me envolví en una toalla y miré por la ventana de mi habitación que daba a la calle, el coche de Salvador estaba estacionado frente a la casa. Rápidamente me sequé y me puse lo primero que encontré, me pasé el cepillo por el cabello y el timbre sonó de nuevo. Grité un voy desde arriba mientras me sujetaba el cabello

con un prendedor y bajé corriendo las escaleras por temor a que se cansara y se fuera. Respiré profundamente antes de abrir la puerta, Salvador se encontraba parado esperando, en cuanto me vio sonrió y su rostro se iluminó.

—¿Puedo pasar? —preguntó, entonces me hice a un lado para permitirle entrar y cerré la puerta tras él. Le señalé con la mano la sala de la casa y caminamos hacia ella. Salvador clavó la mirada dentro de mis ojos y parecía algo nervioso, luego miró hacia abajo como tratando de ordenar sus ideas y sin mirarme preguntó—: ¿Se te pasó el enojo?

—No —respondí—. Sé que no tengo ningún derecho a molestarme por esto, aun así, me sigue molestando y mucho.

—Perdón. No sé qué decirte —habló encogiéndose de hombros. Alargó su mano para tomar la mía—. ¿Qué has estado haciendo éstos días? —preguntó cauteloso.

—Pensando —respondí y lo miré encogiéndome de hombros— “enredando sombras en la profunda soledad” —Salvador sonrió ampliamente entornando los ojos.

—“Pensando, soltando pájaros, desvaneciendo imágenes, enterrando lámparas” —respondió y los dos reímos—. “Se te viene de bruces la noche, lejos de la ciudad” —Me jaló hacia él para abrazarme y darme un beso en la frente.

—¿Te los sabes completo? —al parecer Salvador era el admirador número uno de Pablo Neruda.

—¿Sólo te aprendes frases? —preguntó retándome. Caminamos hacia el sofá y nos sentamos.

—Digamos que no hago nada a medias —respondió guiñándome el ojo—. Por cierto, Julieta, quizá no sea éste el momento para hablar de nosotros —dijo con voz dulce—, sé que no es inteligente hacer confesiones antes de partir. Pero estaré fuera muchos días y eso te dará tiempo para pensar mejor las cosas y tomar una decisión sobre lo que realmente quieres y esperas de nosotros —él guardó silencio. Una sombra en su mirada me hizo sentir miedo y temí que se hubiera cansado de mí.

—Quieres alejarte de mí —le dije como un pensamiento en voz alta.

—¡No!, ¿cómo puedes pensar eso? —preguntó con incredulidad.

—Podría pasar —susurré. El tomó el prendedor con el que sujetaba mi cabello y me lo quitó, éste cayó mojado sobre mis hombros y espalda. Salvador me sonrió tiernamente mientras movía la cabeza.

—Eso no pasará —los ojos de Salvador brillaban más húmedos que nunca. Dudé si tenía ganas de llorar.

—Durante estos días no te has acercado y al parecer no te importó que me molestara —expliqué. El pasó la mano sobre mi pelo mojado y luego acercó su rostro al mío derritiéndome en su mirada.

—Eres tú la que me ha esquivado, yo moría de ganas de estar contigo, pero no te voy a obligar si tú no quieres estar conmigo —dijo con ojos tristes—. No me gusta sentirme rechazado. Si los otros lo hacen me alejo y no pasa nada, pero contigo es distinto, no lo soporto y alejarme no es la solución.

—Yo también quería estar contigo, pero todavía estoy molesta de que no me hayas contado que te ibas. Mientras yo comenzaba a pensar en nosotros como una pareja, tú tenías planes que me excluían de tu vida —le respondí desahogándome—. Salvador, necesito saber qué es lo que sucede realmente entre nosotros, ¿cuáles son tus intenciones conmigo? —él me miró fijamente mordiéndose el labio inferior y se mantuvo callado por un momento mientras estudiaba mi rostro.

—De acuerdo —dijo levantando las palmas de sus manos como diciéndome que parara, ante mi expresión de queja—, debí de habértelo dicho antes y te pido perdón por eso. Merecías

saberlo.

—¿Y respecto a tus intenciones? —insistí.

—Julieta, me gustas y me encanta estar contigo. Pero no te precipites.

—No me estás respondiendo —repliqué. Salvador torció la boca como exasperado y desvió la mirada por unos segundos.

—Si nuestra amistad ya no nos está funcionando, quizá es momento de pasar a otra cosa —pasó los dedos sobre mis labios y continuó—, en éste momento quisiera besarte —por unos segundos se mantuvo en silencio con la mirada perdida en mis labios antes de volver a hablarme—. Quisiera pedirte que fueras mi novia y jurarte que siempre estaré contigo. Esas son mis intenciones Julieta.

—Pienso que quizá ha llegado el momento de pasar a algo más serio —dije separando sus dedos de mis labios. Salvador asintió con la cabeza y colocó la mano sobre mi pierna. Aquel roce me estremeció. Subí los brazos alrededor de su cuello mientras estudiaba cada rasgo de su cara, sus cejas espesas, sus ojos grises y profundos, sus labios... y me perdí dentro de su boca.

—Eres muy especial Julieta, representas todo lo que siempre quise y que nunca pensé que podría tener. Quisiera llegar a ser para ti, lo mismo que tú significas para mí —después de decir esto, él se inclinó hacia mí y lentamente nos acercamos hasta que nuestros labios se rozaron y nos besamos. Salvador fue quien dejó de besarme y se alejó lentamente para hablarme—: Pero no puedo besarte y empezar una relación contigo sin que hayamos hablado antes.

—Pero me gusta que me beses —me quejé y después suspiré. Salvador colocó su boca sobre la mía y me beso apasionadamente. Dejamos salir de nuestro interior un sentimiento que ninguno de los dos nos habíamos permitido. Sus dedos húmedos y temblorosos rozaron mi espalda bajo la blusa y comencé a hiperventilar, subí las manos por su cuello y metí los dedos entre su pelo mientras jugaba con él, aquella textura se sentía muy bien en mis manos. El sabor de su boca era delicioso y sentir su cuerpo pegado al mío me hizo volar. Avanzábamos en dirección a aquello que por algún tiempo habíamos evitado, fallaba a mi promesa y rompíamos el pacto.

Arrepentida de haberme dejado llevar por mis impulsos, desenredé mis dedos de su cabello y moví la cabeza separándome de su boca. El sacó sus manos debajo de mi espalda y tomó las mías por las muñecas aprisionándolas sobre su pecho, luego apretó los ojos y apoyó su frente sobre la mía, los dos estábamos agitados y mareados.

—Perdóname Julieta, esto no es lo que yo te prometí —me recordó, pero yo lo deseaba y cuando él me hacía recordar los límites que nos habíamos impuesto lo deseaba más. Retrocedí alejándome de él para evitar la tentación de besarlo de nuevo y él continuó hablando—: Mañana me voy, durante el tiempo que no esté, quiero que pienses bien las cosas y si todavía deseas una relación sentimental conmigo, lo hablaremos.

—No tengo que pensar nada, estoy segura de lo que siento.

—Lo estarás después de escucharme —habló ronco y suspiró—. Julieta, antes de irme quiero hablarte un poco más de mí. Sobre mi pasado —levanté los dedos para colocarlos sobre sus labios.

—No es importante. Sé que te quiero y eso es lo que importa.

—Eso puede cambiar después de escucharme —respondió retirando mi mano de sus labios.

—No estropees este momento —supliqué. Si él me hablaba de su pasado, yo tendría que hablarle también del mío y no quería llenar de recuerdos dolorosos nuestros últimos minutos anteriores a la separación.

—Es que no estoy siendo justo contigo...

—Si intentas hablar del pasado te callaré con un beso —amenacé. Salvador torció los labios

en una sonrisa y tragó saliva. Era notorio su desacuerdo conmigo, pero estaba dispuesta a hacer lo que sea por salvar el momento.

—Julieta por favor, venía decidido a hablar —me incliné y lo besé en los labios. Salvador me devolvió el beso y sonrió—. Escúchame —pidió, pero me acerqué para lamer sus labios y lo besé de nuevo.

—No —dije mientras me inclinaba sobre su cuello y lo besé bajo la oreja.

—Julieta —susurró.

—Te voy a extrañar —me quejé triste y continué besándolo. Él me rodeó con los brazos y me dio gusto por un rato. Salvador pasó la mano sobre mi pelo todavía húmedo y me sonrió con ternura. Aquella noche nos despedimos sin hablar de aquello que él quería. Salvador se fue dejando un vacío en mi vida.

Los días pasaron y las que pensé que serían las vacaciones más tristes resultaron no tan aburridas. Extrañaba a Salvador, pero mis amigas me llamaban para salir con el grupo. Héctor también salía con nosotros y se había comportado mucho mejor que las últimas veces. Al parecer había entendido que sólo era un amigo y se esmeraba en hacerme el tiempo entretenido. Un día antes del regreso de Salvador, Héctor me invitó a tomar un helado. Ya nos habíamos levantado para irnos cuando vi a Mauricio sentado con una muchacha, lo cual me dio mucho gusto. Entonces me disculpé con Héctor y caminé hacia él para saludarlo.

—¿Qué novedades hay de Salvador?, ¿mañana regresa? —pregunté.

—Sí, yo seré quien vaya a recogerlo al Aeropuerto —respondió con una sonrisa de oreja a oreja que me pareció fingida. Algo lo incomodaba, algo no andaba bien.

—Dile que me llame apenas llegue, ¿sí? —le pedí.

—Claro, de todas maneras, te dejo el teléfono de mi casa, tengo que corroborar la hora de llegada —respondió sacando una pluma de su chaqueta y tomó una servilleta en la que escribió—, llámame. Y éste es el de donde vive Salvador, por si prefieres llamarle directamente a él por la noche.

—Gracias —dije después de guardar el papel dentro de mi bolso y me alejé un poco preocupada ante la actitud extraña de Mauricio.

—Servida señorita —anunció Héctor cuando estacionó frente a mi casa—. ¿Nos veremos mañana?

—¿Mañana? No creo poder, llega Salvador y después de estar fuera diez días supongo que querrá que nos veamos —al escucharme, Héctor apretó los labios molesto y me miró con el ceño fruncido.

—Ya veo, ¿querrán ponerse al día no? Será noche de mejores amigos —dijo en un tono burlón y a decir verdad me pareció algo sarcástico.

—Bueno, él es más que eso —le dije para que no quedara duda alguna de mis sentimientos y no fuera a darme problemas más adelante.

—¿En serio? —preguntó sorprendido y acepté moviendo la cabeza. Entonces se le escapó una sonrisa burlona—. ¿Más que amigo?, ¿fue por él por quien me rechazaste? —rió mientras me preguntaba.

—Me he enamorado de él —respondí enojada.

—Tú no puedes estar enamorada de un tipo como ese —dijo sumamente molesto y contrariado.

—¿Y tú qué sabes de esto? —pregunté con desaprobación—. No conoces mis sentimientos ni a Salvador.

—Es cierto, no conozco tus sentimientos. Pero a él sí lo conozco y parece que más que tú. Si piensas en Salvador para tener algo serio, pierdes el tiempo —dijo con seguridad. Por unos minutos guardé silencio pensando en sus palabras.

—Yo también lo conozco y sé cómo es. Si vamos a tener una relación eso no es asunto tuyo —al escucharme, Héctor apretó los labios mostrando claramente su enojo. Luego me miró y respiró profundamente.

—¿Lo conoces bien? —preguntó incrédulo y yo asentí—. Entonces no entiendo qué puede estar buscando una mujer como tú en alguien como él.

—¿Por qué dices esto?, ¿por qué crees que sabes tú más que yo? —le pregunté exasperada. Héctor bajó la mirada y levantó las cejas mostrando sorpresa. Hubiera querido mantener mi posición de confianza hacia Salvador, pero caí en el juego del morbo y quise saber en qué basaba sus teorías sobre él. Ciertamente había algo de misterio en él, esa parte de su vida que quizá aquel último día quiso confesarme. Lo que Héctor dijera de él, yo no permitiría que repercutiera dentro de mí, sólo era simple curiosidad.

—No puedo creer que no sepas nada —respondió incrédulo y continuó hablando. Por una hora me quedé dentro de su coche escuchándolo. Las razones que él me dio habían cambiado mi perspectiva de todo, me negaba a ver las cosas desde su punto de vista, pero lo que decía Héctor le daba sentido a muchas de las cosas que Salvador me había dicho y a su forma de vida. Aquella noche lloré en mi cama hasta quedarme dormida.

COBARDÍA

Las siguientes dos semanas transcurrieron rápido y de manera semejante: Roberto y yo por lo menos hablábamos dos veces al día además de los muchos mensajes de texto y cuando estábamos solos nos comportábamos como novios. El Dr. Trejo y el Dr. Sierra se daban cuenta que entre nosotros había algo y aunque trataban de pasarlo por alto, cada vez que nos dirigíamos miradas significativas o nos tocábamos, ellos nos miraban con cierta desaprobación, pero a nosotros no nos importaba porque en poco tiempo se aclararía la situación, anunciaríamos que éramos novios y ellos estarían felices de vernos juntos. Roberto comenzó a llevarme a sus partidos de fútbol y ahí fue donde conocí a algunos de sus amigos y a su hermano Joaquín.

Joaquín era más abierto que su hermano y platicando con él supe que Roberto era mayor por un año y que los dos se llevaban muy bien. También tenían dos medias hermanas que su padre había tenido en su segundo matrimonio. Los padres de Roberto se habían divorciado cuando él tenía cuatro años y su madre había muerto hacía unos ocho años. Sin embargo, parecía que los cuatro hermanos llevaban una buena relación porque los dos me hablaban mucho de sus hermanas.

Entre semana todo era maravilloso. Pero al llegar los viernes mis pesadillas aumentaban y me sentía muy preocupada pensando en cómo le diría la verdad sobre mis sentimientos a Bernardo. Entonces le mentía diciendo que tenía que estudiar y no podría dedicarle mucho tiempo o que tenía que ir a Cuautla a ver a mis padres para convencerlo de que se quedase en Querétaro. Los fines de semana qué evitaba que Bernardo viniera al D.F., aprovechaba para salir con Roberto. Y al no venir Bernardo, tenía el pretexto perfecto para no haber roto con él todavía y Roberto no podía molestarse. Así que la parte desagradable del asunto, todavía no la había enfrentado.

Lo que había entre Roberto y yo cada vez era más evidente; Manuel se daba cuenta que algo raro sucedía, no estaba de acuerdo con mi amistad con él y por lo general se mostraba irritado conmigo. Mi doble relación me estaba desgastando, pero no tenía duda alguna, Roberto era el amor de mi vida. Nunca antes me había comportado de ésta manera, ni siquiera me hubiera sentido capaz de hacerlo. Siempre había sido una persona fiel y sincera, pero me encontraba en medio de dos hombres a los que quería de forma distinta.

Supuse que mis remordimientos hacían eco dentro de mí, porque mis sueños cada vez eran más inquietantes y frecuentes. Ya estaba decidida a hablar con el Dr. Sierra y pedirle ayuda, pero cada vez que tomaba el teléfono para sacar una cita, me avergonzaba pensando que él descubriría que era una persona infiel. Una noche soñé con Roberto, *era de día y los dos reíamos acostados de espaldas bajo de una enorme lona de plástico, giré el rostro y lo miré, él estaba algo despeinado y tenía el cabello un poco más claro.*

—¿Te gustó? —preguntó mirándome con ojos alegres y brillantes.

—¡Sí!!!... ¡Gracias! —grité emocionada y lo abracé. Él se acostó sobre mí apoyando su peso sobre sus brazos y me besó, enredé mis dedos entre su pelo y le pregunté—: ¿Cómo lo logras?

—¿Qué? —preguntó sonriendo y lo besé antes de responder.

—¡Que te quiera tanto! —él me besó y alguien llegó junto a nosotros diciendo algo. Hubo un estruendo y me destapé la cara y la luz del sol me cegó. Entonces cerré los ojos apretándolos con fuerza y cuando los abrí no había luz, era de noche y la lona había desaparecido. Asustada me levanté y giré buscando a Roberto a mi alrededor. Lo encontré lleno de sangre, estaba tirado en el suelo al igual que otros hombres y todos estaban heridos. La

gente gritaba pidiendo ayuda. Me hiqué junto a él y le pasé la mano sobre los ojos, él se veía un poco distinto, muchos años más viejo y tenía barba y bigote. Por un rato me quedé inmóvil y en silencio mirándolo y dudando que fuera él, pero sus ojos y su mirada eran los mismos que recordaba. Cuando salí del sopor en el que me encontraba, me di cuenta que tenía un trapo húmedo con el que limpiaba sus heridas. El lugar era oscuro y pequeño, lleno de gente y entre toda esa gente, estaba él, herido, con el rostro pálido y los ojos desorbitados. Su pierna sangraba demasiado, le desgarré el pantalón y le puse un torniquete, pero no fue suficiente. Nada podía detener la hemorragia, la sangre continuaba saliendo a borbotones. Lo miré al rostro desesperada, él estaba muriendo.

—Regresé como prometí —me dijo apretando mi mano con una mirada dulce. Pero yo lloraba desconsolada porque Roberto estaba muriendo. El me soltó y pasó su mano sobre mis mejillas tratando de limpiarme las lágrimas—. Ya no puedes hacer nada por mí. Ve con los otros, ayúdalos... —me pidió. Miré alrededor de la habitación, había mucha gente herida pidiendo ayuda, pero yo no quería separarme de él. Roberto cerró los ojos y en ese momento comencé a llorar con desesperación hasta la inconsciencia. Todo cambió cuando abrí los ojos, la habitación estaba iluminada y limpia, no había ningún herido en el suelo. Un hombre mayor me llamó, él estaba sentado en un sofá muy elegante. Con cautela seguí caminando y me senté a su lado, me tomó la mano. Frente a nosotros se encontraba Roberto sentado, llevaba el cabello oscuro y largo recogido en una cola bajo la nuca y parecía muy joven.

—Querida, Vicente tiene algo que decirnos —dijo el hombre mientras Roberto evitaba mirarme a la cara, hasta que después de un rato levantó la mirada y dijo:

—Voy a casarme en un mes —me levanté y salí corriendo de aquella habitación. Estaba llorando y subí unas escaleras, luego entré en una habitación donde me encerré a llorar sobre la cama. Alguien entró detrás de mí azotando la puerta y giré para mirar, era el otro hombre, el mayor.

—¡Te prohíbo que te comportes así frente a él! —me gritó aquel hombre levantándome por los hombros y me pegó en la cara. Entonces lo miré al rostro, para mi horror, aquel hombre mayor era Bernardo—. ¡Mírate! Estás llorando por otro hombre que no soy yo. ¿Acaso pensaste que Vicente se quedaría esperando a que yo muera para casarse contigo? —al escucharlo un suspiro salió de mi garganta y continué llorando. El me tomó por los brazos y dijo—: ¡No me casé contigo para ayudar a tu familia! Así que empieza a agradecerme lo que he hecho por ellos si no quieres que regresen a la miseria —y después de decir esto, se desabrochó los pantalones y apoyó las manos sobre mis hombros hasta lograr que quedara hincada frente a él, abrí la boca y sentí horcadas en la garganta. Aquella sensación se hizo tan fuerte, hasta el punto de hacerme vomitar.

—Tienes que pujar —dijo una mujer a mi lado. Entonces me di cuenta que estaba dando a luz y me vinieron unos dolores horribles, me retorció de dolor—. ¡Puja!, ¡puja!, ¡puja!... Hasta que abrí los ojos y desperté llorando. Era viernes y Bernardo llegaría horas más tarde, ya no podía seguir evadiéndolo, pero me aterraba enfrentarlo. Estaba segura de que Roberto era a quien amaba y con quien deseaba pasar el resto de mi vida, pero una cosa es darse cuenta de la realidad y otra muy distinta es enfrentarse a ella. En ese momento decidí hablarle a Bernardo e inventarle algo para otra vez evitar que viniera el fin de semana.

—Bernardo, me tengo que ir a Cuautla el fin de semana, creo que lo mejor sería que vinieras hasta la siguiente semana.

—¡Otra vez!, pero si ya tengo todo programado para la tarde —se quejó.

—¡Perdóname!, con tantas tareas las semanas se me pasan volando y cuando me doy cuenta ya

es otra vez fin de semana —me disculpé, después de mostrarse en desacuerdo, me comprendió y de nuevo logré que no viniera el fin de semana. Roberto y yo podríamos estar juntos todo el tiempo ya que Manuel estaba en Cuautla. Así que estaría contento y no se molestaría porque todavía no hablaba con Bernardo.

El sábado por la mañana tomé el teléfono y marqué al consultorio del Dr. Sierra, necesitaba hacer algo con mis sueños. Después de hablar un momento con él y explicarle lo que me sucedía con los sueños, el doctor me ofreció que fuera a verlo ese mismo día a las doce. Después de colgar, me bañé y tomé un taxi hacia el consultorio del doctor Sierra con suficiente anticipación. Cuando llegué al consultorio todavía no era la hora de mi cita y había otros dos pacientes en espera, así que me acomodé a esperar. El tiempo me sirvió para repasar mis sueños y recordar cada detalle que considerara importante. Después de hora y media esperando, por fin pude pasar.

—Buenos días doctor —saludé alegremente cuando entré. El estaba frente a la puerta, me esperaba sonriendo y apoyado en su escritorio.

—Pasa Regina, siéntate —dijo mientras movía una silla frente al escritorio para que me sienta en ella y dio la vuelta para acomodarse en su silla—. Dime Regina, ¿En qué te puedo ayudar?

—Yo... —titubeé pensando por dónde empezar— bueno, es que durante los últimos años he tenido sueños extraños y pesadillas. Estos cada vez son más frecuentes y lo peor es que ahora vivo angustiada por culpa de ellos —el doctor me observaba interesado mientras me escuchaba, entonces continué hablando y contándole todo lo que me había estado pasando, le hablé de las cosas que soñaba, de mis pesadillas y de las historias que parecían formarse a partir de ellas. El doctor me miraba atentamente y a veces hacía preguntas o escribía algo sobre un papel. Cuando terminé de contarle todo el doctor se me quedó mirando fijamente a los ojos, pero no parecía que me observara, era como si estuviera tratando de adivinar a través de mis ojos—. ¿Doctor? —pregunté con la intención de sacarlo de su silencio— ¿Existe alguna pastilla que los haga desaparecer?, es que ya no quiero soñar —al escucharme, se rio y negó con la cabeza.

—Hace algunos años —hizo una pausa levantando las cejas y continuó—, realmente muchos, tuve una paciente con un padecimiento similar. En aquella época existía una píldora que nos ayudaba a suprimir los sueños, o por lo menos el recuerdo de éstos. No es que esa fuera su función, realmente era un relajante. Y aunque al principio la ayudaron, después de un tiempo dejaron de hacer efecto y los sueños se volvieron mucho más frecuentes, además de que le vinieron dolores de cabeza muy fuertes —se levantó y caminó dentro de la habitación, luego me miró y continuó hablando—. Lo que realmente la ayudó, fue la hipnosis —por un rato se quedó abstraído dentro de sus pensamientos, como si estuviera recordando—. Comencé un tratamiento con ella, con la hipnosis la ayudé a recordar sus sueños y luego los escribí tratando de armar historias con ellos, escribirlas fue un ejercicio muy bueno. Su mejoría no fue rápida, pero el principio comenzó a sentirse más tranquila, hasta que... —él se calló apretando los labios, regresó a su escritorio y comenzó a escribir en un papel.

—¿Hasta qué doctor? —pregunté esperando que continuara.

—Ella mejoró mientras hicimos aquel ejercicio —dijo mientras continuaba escribiendo. En cuanto terminó me miró y dijo—. Quizá tú también podrías mejorar si hacemos unos ejercicios con hipnosis.

—Si usted cree que me va a ayudar, estoy dispuesta a probar lo que sea. Pero quisiera pedirle algo antes de comenzar —él me sonrió asintiendo con la cabeza—. Por favor, sea muy discreto. Últimamente Roberto aparece en muchos de mis sueños y me daría mucha pena que se enterara de eso.

—Entiendo. Ni él ni el doctor Trejo tienen por qué saber de tus sueños ni de lo que hablemos

durante la hipnosis, es más, ni siquiera tienen que saber que estás viniendo conmigo. Todo lo que se habla en ésta habitación lo guardo en secreto, es el por protocolo.

—Bueno, a Roberto le comenté que he estado teniendo pesadillas y fue él quien me recomendó que viniera a verte. Creo que en algún momento le tendré que decir que ya estoy viniendo, aunque no le diga lo de la hipnosis.

—Tú no te preocupes por ellos, y, es más, dudo que Roberto me pregunte algo, él es doctor y sabe que la confidencialidad es imperativa. De hecho, preferiría que por el momento evitaras tocar el tema con el Dr. Trejo, quizá él se interese más por... —por un momento se quedó callado y sentí que había cosas que el doctor estaba omitiendo. Bueno, tomando en cuenta su profesión, debía ser que el doctor se callara cosas casi todo el tiempo—, porqué en cierta forma se relaciona con la investigación que estamos realizando para el libro —concluyó.

Como ya no tenía pacientes por atender después de mí, el doctor me ofreció comenzar con el tratamiento aquella misma tarde. Sin mucha preparación comenzamos con la primera hipnosis, me acosté en un sofá que había dentro del consultorio del doctor y él se sentó en una silla a mi lado. Me pidió que cerrara los ojos y comenzó a hablarme, de pronto me sentí muy relajada y descansada, como si mi cuerpo no tuviera ningún peso, como si volara o flotara, y su voz se escuchaba cada vez más débil, tan débil que parecía una vocecita dentro de mi cabeza, *sentí que estaba cayendo, entonces abrí los ojos asustada. Realmente caía por el aire, arriba, a los lados y debajo de mí sólo podía verse el azul del cielo. Grité muy asustada, estaba aterrada cayendo cuando alguien me abrazó pasándome el brazo por la cintura, con su cuerpo pegado al mío por detrás.*

—Disfrútalo —me dijo al oído. Aunque no lo veía, reconocí la voz de Roberto y me sentí feliz y en paz, entonces comencé a reír. Momentos después, él estaba acostado a mi lado riendo conmigo, nos besamos debajo de una lona... y cuando abrí los ojos, todo se volvió oscuro, era de noche y llorábamos abrazados. Roberto tenía grandes patillas y el cabello largo recogido en una cola de caballo bajo la nuca, él me secó las lágrimas con sus dedos y dijo—: *Vámonos de aquí, no merecemos esto, por favor no te cases con él.*

—No puedo, lo tengo que hacer, mi familia lo necesita —le dije mientras lo miraba con tristeza—. Tú eras quien debía haber pedido mi mano —le reproché llorando.

—El no entiende que tú y yo nos amamos. Cree que para tu familia es una buena oportunidad, no entiende los sentimientos —mientras lo escuchaba miraba su rostro, sus ojos, su mirada, el dulce sonido de su voz... Roberto parecía un poco distinto, sin embargo, en el fondo de mi corazón, estaba segura de que era él. Lo abracé fuertemente y él me besó. Comenzamos a desnudarnos, me sentí excitada y luego sentí mucho miedo. Un frenesí me hizo sentir que entraba en un abismo.

—Tranquila, tranquila —escuché una voz—. Sal de allí, mira tu cuerpo, ¿cómo estás vestida?

—Desnuda, estamos desnudos... Miré al hombre parado a mi lado, no era Roberto. Tenía el pecho desnudo, estaba sudando. Yo también estaba desnuda. El me abrazó y besó en el cuello, traté de zafarme y empujarlo, pero él me agarró con mayor fuerza. Un dolor insoportable sobre mi hombro, mi corazón latía con fuerza, estaba aterrada, aquel frenesí regresó para cortarme la respiración.

—Abre los ojos —dijo la voz de un hombre y busqué su rostro—, Regina despierta. Ahora abre los ojos —escuché de nuevo aquella voz que no correspondía a Roberto. Entonces recordé al doctor Sierra y sentí vergüenza de estar desnuda, me tapé con las manos—. Y cuando los abras —la voz del doctor se escuchaba más clara—, quiero que respires profundo —abrí los ojos y noté mis manos cubriendo mi cuerpo, estaba vestida, así que me sentí aliviada, entonces miré al doctor

sin temor.

—¿Doctor?, ¿qué sucedió? —pregunté. El trató de sonreír, pero más que una franca sonrisa, parecía una sonrisa nerviosa.

—Tus sueños son una bola de hilos sueltos y enredados, a cada pregunta que te he hecho tienes más de una respuesta. Quizá podríamos utilizar la hipnosis para suprimir los sueños, pero no estoy seguro de que eso sea lo que necesites.

—¿A qué se refiere? —pregunté sin entender.

—Quizá si logramos sacar toda esa información de tu cabeza y acomodarla encontremos un sentido a todo esto, no estoy seguro que escondiéndola más pueda desaparecer. Pero si la exponemos y la analizamos, podríamos encontrar un camino y probablemente hagamos que tus pesadillas vayan desvaneciéndose.

—Doctor, estoy en sus manos, haga lo que considere necesario —le pedí. Después de conversarlo por un rato más, el doctor me prometió que me ayudaría a sacar todos los líos revueltos en mi cabeza y a acomodarlos para poder entenderlos y saber de dónde venían. Al despedirnos quedamos en vernos el lunes siguiente, quizá era algo precipitado, pero yo le había pedido que tratara de avanzar lo más rápido posible y él había accedido. Para el fin de semana siguiente ya había asistido a otras dos sesiones con el doctor. El viernes llamó Bernardo diciendo que tenía visitas de trabajo en la ciudad y le sería imposible venir, otra vez tendría un fin de semana solo para nosotros. El sábado al medio día regrese con el Dr. Sierra.

—¿Cómo te has sentido últimamente?, ¿Has descansado mejor? —preguntó en cuanto entré en su consultorio.

—Sigo con las pesadillas, pero cada vez me siento más tranquila, creo que sacarlas de mi cabeza y poder compartirlas con usted me ha ayudado mucho —le respondí, después de escucharme apretó los labios y se quitó las gafas.

—Hoy no quiero tardar mucho en la hipnosis, más bien quisiera que tuviéramos una plática consciente, ¿te parece? —asentí con la cabeza y me recosté para comenzar, en cuanto empezó a hablarme cerré los ojos y dejé de escuchar su voz. *Era de día y estaba sentada en un jardín, una niña pequeña corría alrededor de mí con una cinta entre sus manos y las dos reíamos. Roberto pasó a mi lado, él corría persiguiéndola. Luego la cargó llevándola conmigo y se sentaron junto a mí. El me besó en la mejilla y me sonrió, la luz de sus ojos iluminó su rostro haciéndolo lucir aún más guapo. Mientras miraba a Roberto pude darme cuenta que se veía un poco diferente, llevaba el cabello largo recogido bajo la nuca y las patillas largas. Se veía extraño con aquel traje muy elegante de color vino y también parecía más joven.*

—¿A quién tendría que agradecerle el haber hecho de ti un hombre tan noble? —le pregunté y él me miró con aquellos ojos dulces y luego pasó los dedos entre mi pelo. Roberto me tomó el rostro por la barbilla y me besó en los labios—. *Un día me voy a casar contigo —prometió. Entonces miré hacia la niña y luego moví la cabeza en dirección a una manta que se encontraba sobre el jardín, en ella había dos niños acostados que tenían el cuerpo deforme y en su rostro una expresión ausente—. Y voy a cuidar de ti y de tus hermanos—. Al mirarlos fijamente, sus rostros fueron deformándose y arrugándose hasta convertirse en los rostros de dos ancianos. Caminé hacia aquellos niños dejando atrás mi cuerpo sentado junto a Roberto y mi corazón dio un brinco al mirarlos de cerca porque pude reconocerlos, uno tenía el rostro del doctor Sierra y el otro, aunque me era menos familiar también pude reconocerlo, tenía el rostro del anciano que me había hablado de mis sueños en Tepoztlán. Entonces soñé con él y la vez que hablamos y justo cuando él desapareció entre la gente, desperté.*

—Regina, ¿cómo te sientes? —preguntó el doctor.

—Bien, creo —respondí un poco desorientada mientras trataba de incorporarme. Entonces recordé lo que había soñado y quise contarle acerca de los rostros de los dos niños—. Doctor, esos niños en mi sueño, los pude reconocer —él levantó las cejas como sorprendido— uno era usted y el otro tenía el rostro de un hombre mayor que conocí en Tepoztlán, hace como año y medio. En realidad, él se me acercó para hablarme de mis sueños —le confesé.

—¿A sí? ¿Te dijo su nombre? —preguntó mientras se dirigía hacia una gaveta llena de libros y expedientes.

—No, nunca le pregunté su nombre. Pero me dio una tarjeta de presentación en la que debe estar escrito. Creo que la guardé dentro de mi bolsa, cuando regrese a Cuautla voy a buscarla —le dije mientras él continuaba revisando en los armarios. Entonces tomó un expediente y lo abrió.

—Regina...—dijo llamándome a que me sentara en una silla frente a su escritorio y se puso las gafas. Por unos minutos leyó en silencio algunas partes del expediente ignorando mi presencia. Luego me miró entornando los ojos y dijo—: Esto es algo extraño y sin sentido. Pero esos sueños de los que hablas ya los había escuchado antes, son las mismas escenas que durante años atormentaron a otra paciente.

—¿Mis sueños atormentaron a otra persona?! —exclamé incrédula.

—Ella soñaba lo mismo que tú. En un principio, cuando vino a verme, pensé que podía tratarse de libros o historias que la hubieran obsesionado, pero no fue así. Aquellas historias sólo existían dentro de ella, en sus sueños —me explicó. Por un momento el doctor se mantuvo callado, mientras pasaba las hojas del expediente y leía de vez en cuando, luego continuó hablando—: Como ya te había comentado, mi paciente hizo unos apuntes sobre sus sueños, ¿podría ser que los hubieras leído en algún lado? —me preguntó entornando los ojos.

—No —respondí instantáneamente, pero luego hice un esfuerzo por recordar si entre todo lo que había investigado sobre los sueños, alguna vez había leído sobre aquellas historias con las que soñaba.

—Sería la única razón que se me ocurre a que tengas los sueños de ella.

—Definitivamente no doctor, además mis pesadillas comenzaron antes de que investigara sobre los sueños.

—¡Cierto!, pero es que como las dos utilizan los mismos nombres, los mismos personajes, los mismos escenarios, las mismas épocas y hasta los mismos sentimientos, me pareció demasiada coincidencia —dijo disculpándose y continuó hablando—: Entre tus sueños y los suyos sólo hay una variante... —en ese momento llamó el conmutador y el doctor levantó la bocina del teléfono.

—Si Lupita —respondió y después de escucharla hablar me miró extrañado— ¿Roberto?, dile que nos espere unos minutos. Ya estamos por terminar —entonces colgó la bocina y me miró— ¿Roberto sabe que viniste?

—Ya le había dicho que él fue quien me recomendó que viniera con usted —me excusé—. Vino a buscarme porque quedamos en salir a comer y se ofreció a recogerme para ahorrarme el taxi —el doctor Sierra sonrió complacido.

—En ese caso no lo hagas esperar más —dijo mientras comenzaba a guardar los papeles—. Ve con Roberto y el lunes continuamos hablando.

—Pero doctor, estaba hablándome de mis sueños y los de su paciente —le recordé—, ¿en qué se diferencian? ¿Tiene alguna teoría sobre la razón por la que soñamos lo mismo? —él me miró sonriendo dulcemente y continuó recogiendo sus papeles.

—Todavía no, pero alguna explicación debe existir y te prometo que la encontraremos. Por lo pronto voy a aprovechar el fin de semana para buscar unos documentos que quisiera mostrarte. ¿Te parece si nos vemos el lunes? —preguntó amablemente. La verdad es que no deseaba irme hasta

que él me hablara de aquella variante, pero comprendí que todo esto nos llevaría mucho más tiempo y Roberto ya me esperaba. Entonces le sonreí y asentí con la cabeza mientras me levantaba. El doctor caminó hacia la puerta y la abrió. Al salir encontré a Roberto sentado en un sofá esperándome, tenía la espalda inclinada hacia adelante con los codos apoyados sobre sus rodillas. Al mirarme, se levantó y caminó hacia mí con una mirada seductora, luego se inclinó para saludarme con un beso en la mejilla y al tenerlo cerca pude sentir su olor. El, como siempre estaba impecable, olía delicioso y se veía muy bien con jeans y un jersey negro sobre su camisa azul cielo. Tenía el pelo tan bien peinado que hasta podría decirse que estaba fuera de época, sus mejillas estaban ligeramente rosadas y los labios húmedos. Pero como siempre, lo mejor de Roberto eran sus ojos azul profundo enmarcados por sus cejas oscuras. Mientras lo miraba me mordí el labio inferior y él me respondió con una sonrisa, luego pasó el brazo detrás de mi cintura acercándose a él.

—Me gustas mucho —susurró en mi oído haciéndome sentir la mujer más afortunada del mundo. Caminamos hacia el elevador del edificio tomados de la mano. Después de entrar en él, Roberto me abrazó por detrás apretándome a su cuerpo y me mordió el cuello de un modo juguetón, aquello me erizó la piel obligándome a encoger los hombros—. Mírame —ordenó girándome por la cintura y preguntó—: ¿Me quieres?

—Sí, mucho —le dije, y después de responderle pasé los brazos sobre sus hombros y le besé la mejilla, pero él movió la cabeza dejando sus labios sobre los míos y me besó.

—¿Cómo te está yendo con el doctor? —preguntó camino al coche mientras me pasaba el brazo sobre los hombros y después me besó en la coronilla.

—Bien, pero todavía estamos comenzando, yo creo que debo de venir por un tiempo más antes de que pueda darme un diagnóstico —le dije. Cuando llegamos al coche me abrió la puerta y la cerró por mí. Luego subió del lado del conductor y encendió el motor. Antes de avanzar puso una canción en su estéreo y me miró de reojo.

—Regina, quiero que oigas esta canción. Siempre que la escucho me acuerdo de ti —anunció levantando una ceja y la música comenzó.

—Colgando en tus manos —dije al reconocerla. Roberto me acarició la mejilla con el dorso de sus dedos y sin dejar de mirarme comenzó a cantar junto con la canción y sólo dejó de hacerlo para besarme en los labios. Mientras lo escuchaba me hundí en su mirada tierna y cálida... y me sentí injusta. Lo amaba y lo lastimaba con mi cobardía. Mis ojos se humedecieron y lloré de culpa por haber permitido que esa situación hubiera llegado hasta aquel punto. Sin desearlo hería a quien más amaba, pero para ser justa con Roberto tendría que lastimar a Bernardo—. No te merezco Roberto —susurré mientras me limpiaba las lágrimas, él se fijó en mis manos y tomó mi dedo con el anillo de compromiso—, ya muy pronto hablaré con él...— al escucharme desvió la mirada apretando la mandíbula.

—¿Cuánto tiempo más necesitas para hacer lo que tienes que hacer? ¿Podrías por lo menos quitarte ese anillo cuándo estás conmigo? —habló interrumpiéndome. Entonces miré mis dedos y los apreté con rabia. Roberto tenía razón en molestarse y yo en sentir vergüenza de mi comportamiento, ya no estaba a la altura de ninguno de ellos, la que mentía, la que engañaba, la que jugaba, era yo. Saqué el anillo de mi dedo y lo guardé dentro de mi bolsa, luego coloqué la mano sobre su pierna y le besé la mejilla. No tenía las palabras necesarias para disculparme, así que me quedé callada. Roberto puso de nuevo la canción y el coche comenzó a avanzar. Mientras él conducía hacia la calle, cantaba.

Apenas habíamos salido del estacionamiento cuando escuché el chillido de unas llantas sobre el asfalto. Por el lado de Roberto sobre la calle, un camión de pasajeros parecía haber perdido el

control y venía en dirección a nosotros. Roberto pisó el acelerador a fondo para evitar que nos golpeará, pero fue demasiado tarde. El camión alcanzó a golpear el automóvil haciendo que Roberto perdiera el control y el coche continuó avanzando en dirección a la pared de un edificio de concreto. Lo último que recuerdo es la voz de Roberto llamándome.

—¿Me escuchas?, ¿estás bien? —un hombre preguntó. En un principio no supe quién era el que hablaba, pero después de escucharlo llamándome por mi nombre lo pude reconocer. Si, era su voz, Roberto me hablaba. Tenía que abrir los ojos y decirle que estaba bien, que lo escuchaba, aunque todo el cuerpo me dolía. Antes de poder responderle, la voz de Roberto dejó de escucharse. Entonces comencé a sentirme desesperada, no sólo me era imposible contestarle, sino que tenía que saber que él estaba bien. Dentro de mi desesperación por saber de él logré abrir los ojos. Roberto estaba en un baño de sangre, quise despertarlo, pero mi cuerpo no respondía... todo se puso tan oscuro que sentí mucho miedo. Entonces comprendí que algo no estaba bien.

SALVADOR

Enero, 1973

Aquella vez desperté algo atontada. Miré mi reloj, era casi el medio día. Noté que todavía vestía la ropa de la noche anterior. Me senté en la cama y suspiré. Un dolor en el pecho me recordó aquella plática con Héctor, cerré los ojos y me dejé caer sobre el colchón. Siempre había decepcionado a mis padres, ellos se avergonzaban de mí y quizá hasta lástima me tenían. Mi rebeldía y obstinación habían terminado por echar a perder mi vida. Giré hacia un costado y me puse en posición fetal, aquello que me atormentaba no se callaba, gritaba dentro de mi cabeza y me llenaba de angustia. En cuanto me sentí mejor, saqué el papel que me había dado Mauricio y bajé a la cocina para llamar. Marqué y colgué tres veces antes de decidirme.

—¿Mauricio? —saludé cuando escuché su voz—, ¿a qué hora debe volver Salvador?

—A las seis y media. Por cierto, ayer por la noche hablé con él y le di tu recado. Me dijo que, si no puede comunicarse contigo hoy, lo hará mañana.

—¿Eso dijo? —pregunté algo incrédula.

—Más o menos algo así comentó —su respuesta seca me resultó extraña. Algo pasaba con Mauricio, normalmente era más amable.

—Te agradezco le hayas dado mi recado. De verdad, me urge hablar con tu hermano. Dile por favor que necesito hablar con él lo más pronto posible, de preferencia hoy —insistí.

—Seguro —contestó y enseguida cortó la llamada. Los minutos se habían detenido y la espera me estaba matando. Antes de echar a andar mi cabeza, decidí darme un baño caliente, encendí la radio, ordené mi ropero, levanté las hojas secas del frente de la casa y limpié los adornos de cristal cortado. A duras penas sobreviví aquella tarde. Las horas pasaron lento, dieron las seis, las siete, las ocho... tic, tac, tic, tac, el reloj de la sala se había vuelto un martirio que golpeaba en mi cabeza. Cuando el teléfono sonó ya eran las ocho y media, levanté la bocina y respiré antes de contestar.

—¿Bueno? —pregunté con la voz ronca.

—¿Julieta? —dijo al otro lado del teléfono, al escuchar su voz mi corazón se detuvo— Mauricio me dio tu recado, ¿pasa algo?

—Necesito verte —respondí.

—Yo también, pero ahora estoy en casa de mi hermana y el viaje estuvo muy cansado. ¿Te parece si paso a tu casa mañana en la mañana?, te invito a desayunar.

—Por favor ven a verme hoy, es urgente que hablemos.

—Julieta, ahora no es un buen momento. Yo...

—¡No me digas eso! Salvador por favor, he esperado mucho para volver a verte —mi voz se quebró. Escuché su bufido al otro lado. Temí pasar otra noche como la anterior.

—Paso a verte al rato —dijo con voz seca.

—No tardes, por favor —supliqué.

—Dame una hora o un poco más —contestó y enseguida colgó. Casi dos horas después se presentó en mi casa. Apenas y tocó el timbre y enseguida miré por la ventana caminando hacia la entrada de mi casa. Tomé mi abrigo y abrí, lo encontré parado frente a la puerta, llevaba un suéter azul marino de lana y las manos dentro de los bolsillos de su pantalón. Se inclinó y me saludó con

un beso en la mejilla, pero su saludo resultó un tanto frío. Su mirada era sombría y tenía los labios apretados con los que formaba una línea, seguramente lo había molestado con mi insistencia. Al verlo, recordé las palabras de Héctor y cerré los ojos queriendo borrarlas de mi cabeza.

—¿Qué pasa? —preguntó con voz fría. Sacó un cigarrillo y lo encendió.

—No aquí —respondí sin mirarlo y cerré la puerta de mi casa. Mientras me ponía el abrigo, caminé hacia delante para dirigirme a su automóvil y para mi sorpresa, un jeep de color blanco era el que estaba estacionado frente a mi casa—. ¿Y tu coche? —pregunté.

—Este es mi coche —dijo señalando el jeep, dio una calada a su cigarro, me abrió la puerta y sin esperar a cerrarla, dio la vuelta y subió en su asiento—: ¿A dónde te llevo?

—Necesito que vayamos a un lugar tranquilo donde podamos hablar —respondí. Salvador se frotó los ojos con la parte baja de las palmas de las manos y después arrancó y puso en marcha el jeep. El aire que entraba por la ventana era fuerte y frío, me estaba helando. Además, la pintura sobre mis labios se había embarrado con las puntas de mi pelo. Salvador me miró de reojo cuando me abracé a la cintura. Estacionó, apagó su cigarro en el cenicero de su automóvil y se estiró hacia mi lado para cerrar la lona de la ventanilla de mi lado— ¿A dónde nos dirigimos? —quise saber.

—A mi departamento —respondió mientras luchaba contra el cierre, al terminar regresó a su posición y colocó las manos al volante. Su expresión parecía más relajada. Continuó hacia delante, el aire que entraba por su ventana removía el cabello que ya le había crecido.

—¿Mauricio está ahí?

—No. Vivo solo —Contestó mientras mantenía la mirada en el camino. Recordé que su hermano me había dado dos números de teléfono.

—¿Por qué no viven juntos? ¿El te visita seguido?

—El vive en casa de mi padre y no espero que vaya ahora.

—¿Existe alguna razón por la que estés molesto conmigo? —pregunté con temor. Salvador me miró de reojo y levantó los hombros. Este no era el encuentro que yo esperaba y me sentí muy decepcionada. Sin querer comencé a llorar.

—Perdóname —dijo dándome un apretón en la pierna—. Hoy es un mal día, sí quería verte, pero... —Salvador me miró de reojo y movió la cabeza en negación— no es el momento ideal —al escucharlo me sequé las lágrimas e hice un esfuerzo para dejar de llorar. El resto del camino me mantuve callada pensando en cómo le hablaría de mi plática con Héctor, después de unos minutos, bajó la velocidad y entró al estacionamiento de un moderno edificio de apartamentos y estacionó. Salvador salió del automóvil y se apuró para llegar a mi lado y abrirme la puerta del jeep, él me ayudó a bajar y me tomó de la mano mientras caminamos hasta el elevador del edificio. Una vez que entramos, me jaló hacia él poniéndome de frente y pasó las manos por mi espalda baja. Me besó en la punta de la nariz y preguntó—: ¿Todavía me quieres? —lo miré a los ojos y asentí con la cabeza, me besó en la frente y se mantuvo así de cerca hasta que el elevador paró en el piso 3, salimos y caminamos hasta la puerta 3D, sacó sus llaves y abrió. Me hizo pasar haciendo un gesto con la mano y una mueca con la boca. Esa fue la primera vez que entré a su departamento, éste lucía tan moderno como el edificio y su decoración era sobria y sencilla, pero me agradó.

—Me gusta tu estilo —le dije al entrar, él me sonrió y sus ojos brillaron tan dulces como los recordaba. Sin dejar de mirarlo suspiré, ¡cómo me hacía falta estar con él!, lo amaba y estar a su lado me daba seguridad y me hacía sentir completa. Pero no podía olvidar mi plática con Héctor, Salvador y yo teníamos mucho de qué hablar.

—¿Te ofrezco algo de tomar? —preguntó y negué con la cabeza, sin emitir sonido, absorta

observando su mundo. Las paredes eran blancas y rugosas por el tirol, La pieza que daba a la entrada era pequeña y en ella se encontraba una mesa de acero y cristal ahumado con cuatro sillas también de acero, deduje que nunca la utilizaba para comer porque estaba casi llena de libros y cajas. A un lado había una barra que dividía esta habitación con la cocina. Cruzamos el pequeño antecomedor y nos encontramos con una salita compuesta por un amplio sofá negro de vinilo en forma de ele y que ocupaba dos paredes de la sala, en el ángulo de la esquina del fondo había una mesa de cristal con una lámpara de pantalla roja que enseguida encendió, me miró y palmeó el asiento del sofá—. Ven aquí. Dame cinco minutos —me acarició la mejilla y se alejó. Abrió una puerta negra que se encontraba en el extremo del fondo de la sala y entró donde supuse que sería su habitación. Me senté y continué mirando alrededor, frente al sofá había una mesa ovalada de cristal ahumado y acero, muy chaparra, sobre la que había unas revistas y un cenicero enorme, pegado a la pared, un mueble también de acero y cristal ahumado donde había una tele y un tocadiscos con bocinas a los lados. En la parte de abajo del mueble había libros y algunos discos. Y a cada lado del mueble dos plantas naturales que le daban un toque cálido al lugar. No había ningún cuadro colgado en las paredes, sólo un reloj redondo cerca de la entrada de la cocina. El piso era gris y parecía de mármol. Minutos después salió vistiendo unos pantalones de franela y una playera blanca con cuello en v y entró en la cocina. Cuando se sentó a mi lado llevaba dos cervezas de botella que asentó sobre la mesa del centro—. Si no quieres no tienes que tomarla.

—Gracias —le dije sonriendo. El metió dos pastillas a su boca y tomó varios tragos de cerveza. Luego apoyó los codos sobre sus rodillas y me miró de reojo—. ¿Para qué es el medicamento?

—Dolor de cabeza —respondió y exhaló—. ¿Qué pasa?, ¿por qué te has portado así en el teléfono?

—No sé por dónde comenzar... —titubeé. Salvador se apoyó en el respaldo tapándose los ojos con sus manos, respiró, las pasó sobre su cabeza y bostezó.

—Puedes tomarte tu tiempo, tengo toda la noche para esperar y escucharte —dijo molesto.

—Salvador, ¿estás molesto conmigo o simplemente regresaste de mal humor? Estás cambiado o es... —me callé pensando que quizá era yo la que había cambiado mi manera de verlo después de mi plática con Héctor—. No, definitivamente regresaste distinto, y no me parece la forma como me estás tratando después de tantos días separados y después de haber contado las horas para volver a verte —a éste punto se me había quebrado la voz y había comenzado a lagrimar, situación que me había puesto de mal humor—. Y sí, hay un tema que necesito hablar contigo, pero pensándolo mejor ya no me apetece hacerlo hoy —le dije mientras absorbía la nariz y me levantaba del sofá—, es más, ya no quiero estar aquí.

—¿Estás buscando una razón para enojarnos? Porque si lo que quieres es encontrar un pretexto para decirme adiós, solo dilo y no hagas tanto circo —respondió levantándose detrás de mí.

—Creo que eres tú quien desde el principio no quería verme —respondí sin mirarlo y caminé hacia la puerta—. ¿Me llevas?

—No, espera —me pidió adelantándose a la puerta.

—No Salvador, se me fueron las ganas de estar contigo —le dije con la mano sobre la manija y moví la cabeza para mirarlo de reojo. —Me voy en taxi.

—No te vayas —pidió, pero su voz sonó autoritaria y me negué a retroceder—. Perdóname, no es que me molestes y si te extrañé. Pero ya te había dicho que no era un buen momento para hablar e insististe —él me tomó por los hombros colocándose frente a mí, sus ojos centellaban estudiando mi rostro—. No me siento nada bien, pero habla conmigo Julieta, por favor.

—Por eso, ya me arrepentí de haber venido. Mejor es que me vaya —insistí, pero el negó con

la cabeza.

—Te lo suplico, quédate —me pidió suavizando la mirada y continuó hablando—: es cierto, si estoy molesto —dijo después de una pausa—. Sucedieron ciertas cosas en el viaje y además tenía muchas ganas de regresar y volver a verte, no podía dejar de pensar en ti. Pero ayer Mauricio me dijo que te había visto cenando con Héctor y que ya los había visto juntos en otra ocasión. Mientras yo me la pasé mal pensando en ti, tú estuviste con otro —al escucharlo, solté la manija y levanté la mirada. El me hizo una seña con la cabeza indicándome que volviéramos al sofá y así lo hicimos. Me senté y Salvador se sentó a mi lado mientras miraba hacia el piso, tenía la mandíbula tensa y las cejas fruncidas, claramente estaba incómodo.

—¿Estás molesto, porque estás celoso? —pregunté. Él me miró frunciendo el ceño todavía más y no pude evitar sonreír— ¡Estás celoso!

—¿Te parece gracioso? —preguntó consternado. Yo continué riendo sin poder evitar que una lágrima se escapara y me cubrí la boca con la mano para esconder mi llanto. Sabía que quedaba fuera de lugar, pero después de las últimas horas de mi vida, sus celos era lo mejor que me podía pasar. El suavizó el gesto y alargó el brazo para tomar su cerveza que se bebió hasta el fondo—. Venía decidido a hablar contigo y decirte que te amaba. Quería pedirte que fueras mi novia. Pero al saber que habías estado con otro y ante tu urgencia de hablar conmigo, pensé que me ibas a decir que habías cambiado de parecer y que ya no me querías —continuó, suspiré.

—Mis sentimientos no han cambiado, te sigo queriendo —me sinceré con él. Salvador movió la cabeza y tragó saliva. Parecía enfadado.

—Ese tipo con el que estabas. Cuando te alejaste de mí, era con él con quien pasabas el rato. ¿Te gusta también? —preguntó mirándome sigiloso.

—¡No! Héctor es sólo un amigo, menos que eso, y nunca me ha gustado. En mi corazón sólo hay lugar para ti Salvador. Te amo —él sonrió y me jaló del brazo hacia él. Me acomodé en su pecho por un momento y luego me levantó el rostro por la barbilla y se inclinó para besarme en los labios. Pasó un brazo por detrás de mi cintura y nos levantó inclinándose hacia adelante y caímos en el sofá. Salvador estaba recostado sobre de mí y me besó de nuevo. Su beso era suave y desesperado a la vez. Como si mi boca fuera una burbuja frágil que teme romper al rozar, pero aquel cuidado no ocultaba sus ganas de probar el sabor de mis labios y no era capaz de mantener su lengua dentro de su boca. Nuestra respiración se volvió agitada. Separamos las bocas para respirar. Sus besos abandonaron mis labios y bajaron por mi quijada hasta mi cuello. En aquel momento de locura, froté mis manos sobre su espalda sin pensar en lo que hacía y poco a poco fui levantándole la playera. Su ropa olía mucho a él, y su cuello era suave en comparación con la línea de su mandíbula que raspaba por la barba que comenzaba a salirle. Bajé los labios hasta su clavícula y busqué un pedazo que no estuviera cubierto por tela para besarlo. Salvador se sacó la playera jalando el cuello sobre su cabeza y luego, comenzó a levantarme la blusa, fue en ese momento cuando reaccioné y tomé la orilla de mi blusa para bajarla.

—No, por favor —le pedí y él se detuvo para levantarse con un gesto de dolor. Me senté a su lado y me miró indeciso. Luego se acercó y apoyó sus labios sobre mi frente.

—Perdóname —murmuró. Después se levantó del sofá y recogió su camisa del suelo para ponérsela y tomó su cajetilla de cigarros. Se sentó a mi lado y me lanzó una mirada de reojo mientras encendía un cigarrillo—. Entonces, ¿vas a contarme lo que te preocupaba?

—No sé si quiero hablar de esto —susurré y me tapé la cara con las manos, entonces comencé a llorar. Salvador me dio un beso en el hombro. Aquel gesto me llenó de ternura y me sentí mal por dudar de él. Se levantó de mi lado y cuando regresó colocó un par de servilletas en mi mano y otro tanto dejó sobre la mesa. Cuando me sentí mejor, tomé la servilleta y me limpié la nariz.

Comencé a jugar con mi dedo en un pequeño charco de agua sobre la mesa que había dejado mi botella de cerveza, mientras tomaba el valor para hablar—. Preferiría no hacerlo, no quiero arruinar éste momento —le dije y él me miró impaciente, tenía una mirada extraña que no pude descifrar.

—¿En serio Julieta? —preguntó incrédulo.

—Es que... tampoco quiero lastimarte.

—No te preocupes por eso, soy fuerte, puedo soportar —sonrió levemente cerrándome un ojo.

—Salvador, ¿Qué es exactamente lo que sientes por mí?

—Te amo, como nunca he amado a nadie. Quisiera que estuvieras a mi lado el resto de mi vida. Eres como mi puerto seguro, no sé si me entiendas.

—Creo que sé a qué te refieres —le dije sonriendo. Lo comprendía porque yo me sentía con él de la misma manera. No importaba lo que sucediera a mí alrededor mientras él estuviera conmigo, mientras contara con el beneficio de su mirada, nada podría afectarme. Salvador bajó el rostro para fumar y lentamente sacó humo de sus labios—. Salvador... —lo llamé, él levantó las cejas y me miró con una expresión muy seductora. Olvidándome de lo que quería decir, me quedé callada mirándolo mientras me sonreía torciendo los labios hacia un lado, volviéndose más atractivo que antes—. Salvador —repetí su nombre y él se acercó a mí mientras se mordía un labio inferior.

—¿Sí? —preguntó.

—El día que nos despedimos me dijiste que no estabas siendo justo conmigo, ¿a qué te referías? —él volvió a fumar y clavó la mirada en mis ojos. Aquella mirada me hizo dudar sobre mi intención de seguir escrutando sobre ese tema. Salvador desvió la mirada hacia un lado y suspiró con cierto pesar—. ¿Por qué pensabas que eras injusto? —pregunté. Salvador pasó las manos sobre su rostro y cabeza y luego me miró sin hablar. Su expresión era seria y preocupada, sentí que con la mirada me pedía que acabara con aquella conversación.

—Cuando hicimos el pacto, tú me hablaste de tus sentimientos y de las razones por las que lo querías, pero nunca hablamos de las mías —respondió.

—Nunca te las pregunté. Nunca pensé que debías tener razones importantes —él sonrió desviando la mirada y exhaló.

—Te hablaré de todo lo que necesites saber —respondió rozando mi mejilla.

—Quiero saber qué tipo de relaciones has tenido. ¿Podrías hablarme de tu última pareja? —Salvador cerró los ojos lentamente y apretó los labios llevándose las manos a la cabeza.

—¿Qué es lo que quieres saber? —preguntó.

—Su nombre —al escucharme bajó la cabeza y metió los dedos entre su pelo. Luego me miró disgustado, le dio una calada al cigarro y se levantó. Caminó hacia su recámara con las manos dentro de los bolsillos de su pantalón, abrió la puerta y dio un paso adentro. Se detuvo en un instante y retrocedió, giró y me miró.

—El nombre no es importante. ¿Qué otra cosa quieres saber?

—¿Has tenido relaciones sexuales antes? —pregunté ignorando su respuesta. El se apoyó en la pared cruzado de brazos y piernas e hizo una mueca chasqueando los labios y entornó los ojos ladeando la cabeza.

—Tengo veintiocho años Julieta —respondió, comprendí que era obvio que sí—. Pero ésta es la primera vez que me enamoro de alguien.

—¿Cuándo fue la última vez que tu...? —titubeé, él ladeo la boca y exhaló intentando sonreír. Luego pasó la mano sobre su rostro algo exasperado.

—No lo sé Julieta, no he llevado un registro.

—¿Pasó mientras estuviste de viaje? —pregunté. El movió los ojos clavándolos en mi rostro.

Su mirada era incrédula y dura.

—¡No! ¡En el viaje sólo podía pensar en ti! —respondió. Exhalé y sonreí burlándome de mí. Era cobarde y llevaba un buen rato andándome con rodeos. No quería enfrentar la verdad, no quería descubrir que lo que decía Héctor era cierto—. ¿Qué estás haciendo Julieta?, ¿a dónde piensas llegar con todo esto?

—Salvador ¿cuántas veces has hecho el amor con una mujer? —al escucharme bajó la mirada levantando las cejas, luego se encogió de hombros y tragó con dificultad. Después de un rato me miró a los ojos y supe que lo que me había dicho Héctor era cierto. Pero me dolía hacerlo sufrir tanto como me dolía saber la verdad. Ya no quería saberlo y tampoco quería sentirme engañada. Salvador abrió la boca y cerré los ojos no queriendo escucharlo.

—Nunca —respondió y abrió los ojos para mirarlo sorprendida por la franqueza—. Todavía no —susurró y dejó caer los brazos en sus costados, dobló las rodillas y se sentó en el suelo—. ¿Ya lo sabes Julieta? —preguntó con los ojos enrojecidos y húmedos y asentí, entonces bajó la cara tapándose la con las manos—. Estaba confundido, no era yo —susurró.

—¿Ahora me dirás su nombre? —pregunté enojada.

—Ya no, Julieta, hace tiempo que...

—¿Es Guillermo? —pregunte interrumpiéndolo y él me miró y exhaló bajando los hombros, cansado—. El hombre con quien discutías en el club, el hombre con quien te fuiste a la nieve — Salvador se pasó los dedos entre su pelo y dejó de mirarme. Entonces me sentí desesperada y molesta—, ¡Te fuiste de viaje con él mientras yo te esperaba! —El pecho de Salvador se movía al compás de su respiración y mis ojos se llenaron de lágrimas.

—No fue así Julieta, hace mucho que no hay nada. Lo que pasó fue un error. Y en el viaje no hubo momento que no te recordara o hablara de ti —me explicó mirándome de nuevo. Salvador tenía el rostro desenchajado y los ojos vidriosos.

—¿Este viaje era tu prueba de fuego? —reclamé llorando—. ¿Te fuiste para intentarlo de nuevo antes de involucrarte más conmigo?

—¡Por Dios! ¡No Julieta! —gritó.

—Pero dijiste que me amabas y te fuiste con él, ¡te fuiste con ellos! —le eché en cara. El parecía triste y avergonzado. Deseaba abrazarlo, pero también estaba enojada.

—¡Te amo Julieta! —respondió mirándome a la cara—, y por eso, todo lo que te he dicho es cierto. Y también es cierto que te deseo, cada vez me es más difícil controlarme cuando estoy cerca de ti.

—¿Y ahora que estuviste con él? ¿Fue fácil controlarte? —pregunté irónica y continué llorando. El me miró con ira y apretó los puños. Cerró los ojos y cayeron dos lágrimas de ellos mientras apretaba los labios, molesto.

—No tuve que controlar nada —respondió sin mirarme—. Julieta, de ti es de quien estoy enamorado. Mis amigos son sólo eso, amigos.

—Y ahora que lo sé, ¿qué queda de nosotros? —pregunté limpiándome las lágrimas con una servilleta. El se encogió de hombros y me miró con ojos tristes.

—Todo si tú quieres —respondió con dolor—. Julieta no te alejes, por favor. Por ti he podido ver al mundo de otra manera, tengo otros planes y todos giran a tú alrededor.

—Antes que nada, soy tu amiga y no voy a dejarte —al escucharme sonrió.

—En éste momento te necesito más que nunca —dijo con una mirada tierna levantando la mano hacia mí y en ese instante me puse de pie y caminé hasta él. Me senté en el suelo su lado y él pasó el brazo sobre mis hombros mientras me miraba fijamente apretando los labios, las cicatrices en su ceja y ojo parecían más profundas y me dolían. Cerré los ojos y Salvador apoyó el rostro en mi

cabeza e inspiró—. Pero también te quiero como mujer, no sólo cómo amiga.

—No sé qué hacer —me lamenté —, me siento muy confundida.

—Pero yo no, estoy seguro de lo que siento por ti y estoy dispuesto a hacer lo que sea por estar contigo. ¿Qué necesitas para que te demuestre que te amo?

—Tiempo quizá —le respondí y luego resoplé—. Y creer que puedes ser feliz conmigo.

—Para ser feliz sólo necesito estar contigo, saber que me amas y que estás contenta de estar conmigo. Pero, ¿puedo yo hacerte feliz? —pregunto mirándome a los ojos.

— En ese caso, parece que tenemos las mismas necesidades —le dije con una sonrisa. El me abrazó muy fuerte dándome un beso en la cabeza.

—Julieta, creo que he estado equivocado toda mi vida —dijo con la mirada perdida en sus recuerdos, por su expresión y su voz pausada, comprendí que estaba por hablarme de algo importante—. A veces la vida te lleva a actuar de cierta manera o simplemente haces lo que conoces. A veces no tenemos muchas opciones para elegir nuestro camino.

—¿Qué te obligo a ser así? —pregunté, él hizo un gesto con la boca y me miró de reojo.

—No es que me haya obligado, pero era todo lo que admiraba, con lo único que contaba, sólo él me había apoyado y quise ser cómo él.

—¿De quién hablas?

—De mi tío Gabriel, él era como mi hermano mayor. Toda mi vida lo admiré y de niño hacía cosas para agradarle. Cuando mi mamá nos dejó yo tenía 12 años. Su abandono me dolió muchísimo, siempre estuve más cerca de ella que de mi padre y cuando se fue no pude soportar que me hubiera dejado y todo el tiempo le echaba la culpa a mi padre. El no la trataba bien y yo sentía que eso la había empujado fuera de la casa, que eso la había llevado a enamorarse de otro hombre y no le perdonaba que ella se hubiera ido —él miró hacia el frente y se quedó callado abstraído en sus pensamientos, dio un resoplido y continuó—. Durante el primer año después del abandono, mi padre y yo peleamos casi todos los días, no soportaba ni verlo. Un día que colmé su paciencia me sacó de la casa a golpes —él me miró por un segundo y luego hacia el suelo, levantó las cejas, suspiró y continuó—: otro día te contaré de eso —dijo mientras se frotaba los ojos con las palmas de las manos y tragó saliva—. Gabriel fue quien me encontró en la calle. Vivía solo y me ofreció que viviera con él. Luego supe que fue mi padre quien le había pedido asilo para mí — al escucharlo levanté las cejas sorprendida y él resopló—. Lo hizo pensando en mantenerme en un lugar seguro mientras se tranquilizaban las cosas entre nosotros. Por meses no volvimos a vernos, sentía que lo odiaba tanto como a mi madre. Cuando se acercó de nuevo me pidió que volviera a casa, pero me negué, todavía estaba muy resentido.

—¿Y te quedaste con Gabriel?

—No —me miró—. Para mi padre no había peor ofensa que llevarle la contraria. Yo apenas tenía trece años y él nunca hubiera cedido a mi voluntad. Así que de la misma manera que me sacó de mi casa, me volvió a meter —desvió la mirada—, a golpes —concluyó y se encogió de hombros—. Y los pleitos regresaron todos los días. Creo que yo le serví para desquitar toda la rabia que guardaba contra mi madre —Salvador se quedó callado mirando al vacío con los ojos llenos de recuerdos tristes y apretó los labios. Le pasé el dedo por la cicatriz de su labio inferior y él me dedicó una leve sonrisa antes de mover el rostro para besarme el dedo.

—Supongo que también ha de haber sido muy difícil para tu padre. Además de que su esposa lo dejó, tenía que lidiar con tres adolescentes en conflicto —Salvador resopló sonriendo y miró hacia es suelo.

—Definitivamente, le tocó aprender su lección a la mala —entonces apoyó la cabeza en la pared y mientras me acariciaba el cabello continuó hablando—. Mi padre siempre había sido

inflexible, cuando me negué a regresar herí lo que le quedaba de orgullo. Yo representaba un desafío para él y cuando regresé a su casa, estaba decidido a meterme en cintura. Las cosas se pusieron realmente feas entre nosotros y recuerdo que la última vez que peleamos, fue mi hermana quien llamó a mi tío. Gabriel tuvo que intervenir físicamente para defenderme y amenazó a mi padre con ponerle una demanda si me volvía a poner un dedo encima.

—Te ha tocado algo difícil —susurré y coloqué mi mano sobre su muslo. Salvador sonrió levemente.

—No sé cómo logró que mi padre aceptara que lo mejor para todos era que yo me quedara con él —se encogió de hombros y me miró— me refiero a Gabriel; y entonces regresé a su departamento.

—¿Estas son por culpa de tu padre? —pregunté tocando las cicatrices en su ceja y ojo. Salvador posó la vista en mi rostro sin contestarme y pasó los dedos gordos sobre mis cejas y movió los labios formando una línea sin despegarlos—. ¿Y qué pasó cuando volviste con Gabriel? —quise saber, él exhaló y continuó hablando.

— Al principio me mantenía alejado de Gabriel y de sus amigos, ellos eran hombres y yo todavía un niño. Con el tiempo empezaron a incluirme y me sentí a gusto con ellos. Me hacían sentir importante y cuando llevaban cervezas o alcohol me invitaban. Era tan joven que quedaba ebrio rápidamente y entonces, ellos se divertían con el niño borracho —exhalé y bajé el rostro, detuve la mirada en la tela sobre su estómago, ésta se movía al compás de su respiración.

—¿Tomabas mucho?

—Si —respondió levantando mi rostro por la barbilla—. Gabriel me llevó a alcohólicos anónimos cuando tenía quince años.

—No puedo creerlo, ¿por qué ofreció cuidarte si no fue capaz de hacerlo? —pregunté enojada y él me sonrió negando con la cabeza.

—Si mi cuidaba, por eso me llevó. El quería que supiera en lo que me iba a convertir si seguía bebiendo de esa manera.

—Menos mal —resoplé— ¿Y luego qué? ¿Dejaste de tomar? —Salvador se rio y movió la cabeza en negación.

—Todos íbamos a las pláticas en los períodos de remordimiento y luego volvíamos a lo mismo. Al menos hacíamos el intento —Salvador suspiró y me miró seriamente—. Lo peor para mí, todavía no había llegado —apreté los labios y lo miré con tristeza—. Un año después de vivir con Gabriel me di cuenta de la realidad, pero cuando abrí los ojos ya era muy tarde. Ellos me habían adoptado como parte de su grupo y me habían dado el apoyo que yo había necesitado, eran mi familia. No pensaba darles la espalda ni criticarlos como muchas otras personas lo habían hecho, a fin de cuentas, nunca me había importado mucho la opinión de la gente. Además, no había otro lugar en donde me sintiera querido ni bien recibido, ahí con ellos era donde yo pertenecía.

—¿Tú te diste cuenta de que ellos...? —no me atreví a terminar la pregunta.

—Si —me respondió—. Pero era muy joven y conocía muy poco de la vida, nunca pensé en las complicaciones que podía traerme el aceptar a gente diferente. Mis compañeros de escuela se alejaron de mí, dejaron de llamarme, me criticaban, decían que yo era igual que mis amigos y me burlaban. Alguna vez quise explicarles que ser su amigo no significaba que fuera como ellos, pero nunca les interesó entenderlo.

—Eso debió de haber hecho las cosas más difíciles —le dije mientras entrelazaba mi brazo con el suyo y apoyaba mi cabeza en su hombro—. Pero si en un principio tú no te considerabas como ellos, ¿qué fue lo que pasó?, ¿por qué no te buscaste una novia? —él movió la cabeza y la apoyó sobre la mía.

—Eso no es fácil, cuando la gente ya te ha colocado una etiqueta, es imposible quitártela. Las mujeres me veían como lo que no era y cuando me acercaba a ellas, a veces me aceptaban cómo amigo, pero mantenían su distancia. Todos tenían una idea equivocada de mí y me cansé de luchar contra ella —apoyó la cabeza en la pared y miró hacia el techo, una lágrima rodó por su mejilla y enseguida pasó el dedo gordo para limpiársela. Dio un respiro profundo y continuó hablando—. Sí que fue una etapa difícil, estaba muy solo y si no fuera por mis amigos la hubiera pasado muy mal. Ellos me incitaron a que no dejara los estudios y cuando lo necesitaba me daban dinero, me recogían todos los días después de la escuela y si salían en la noche me llevaban con ellos. Me ayudaban con las tareas difíciles, en fin, eran buenas personas y se habían portado conmigo mejor que mis padres, que mis compañeros y que todos aquellos que los juzgaban y que me juzgaban a mí también por estar con ellos. A los dieciséis años yo era un joven resentido con la gente, que había limitado su mundo a un grupo de amigos. Ellos y yo vivimos muchas cosas juntos y con ellos fue que aprendí lo que era el apoyo de una familia. Durante esa época habíamos dejado las pláticas AA y bebíamos mucho. A veces perdía el sentido y al día siguiente no podía recordar todo lo que había pasado. Una cosa me fue llevando a la otra y sin darme cuenta —Salvador se encogió de hombros—, finalmente me había convertido en lo que la gente deseaba que fuera. Sólo me había adaptado al molde que el mundo me había impuesto.

—¿Qué hicieron tus padres?

—En aquel momento sólo se encontraba él —respondió—. Después de que Gabriel me rescatara no le quedó más que aceptar que viviera con él. Cuando se dio cuenta de cómo era Gabriel y del mundo en el que me estaba involucrando, regresó a buscarme y dos veces logró llevarme a la fuerza, pero de alguna manera siempre conseguía regresar. Fue hasta que decidí demostrarle que yo era como mi tío que me dejó en paz.

—¿Lo tomó bien? —pregunté con sorpresa. El sonrió y exhaló.

—¡Por supuesto que no Julieta! Al principio su impulso fue golpearme, pero creo que lo decepcioné tanto que se le fueron las fuerzas. Simplemente se fue —confesó mirando hacia el vacío—. Decidió enterrarme vivo y se olvidó de mí. Por tres años dejamos de vernos, ni siquiera con mis hermanos podía hablar y no me daba ni un peso —Salvador me miró levantando las cejas—, desde entonces Gabriel se ha convertido en mi proveedor. El fue quien se empeñó en que estudiara y ha corrido con mis gastos.

—Y tu madre, ¿supo de ti?

—Cuando mi madre regresó ya era demasiado tarde para ella. Cada uno de sus hijos había tomado su camino y ninguno le perdonó el abandono. Una buena mujer nunca abandona a sus hijos —escupió entre dientes. Al escuchar sus palabras di un respingo conteniendo el aliento y tragué saliva—. Sé que hasta hoy lo lamenta.

—¿Qué habrá vivido ella? ¿Qué puede llevar a una madre a abandonar a sus hijos? —hablé pensando en voz alta. Sabiendo que, aunque siempre habrá una razón, la cobardía es el factor número uno.

—¿Egoísmo? ¿Cobardía? ¿Lujuria? —respondió encogiéndose de hombros—. La razón que sea, creo que nunca será suficiente —lo miré con preocupación.

—¿Hizo algo para buscarme? —pregunté. El sonrió por lo bajo y asintió con la cabeza.

—Fue a buscarme a casa de Gabriel y se peleó con él. Trató de acercarse a mí como si nada hubiese pasado y nunca nos hubiera dejado. Me pidió que me fuera a vivir con ella e insistió con que me llevaría con alguien que pudiera ayudarme con mi problema. Ella culpaba a mi padre por no haber sabido manejar mi situación—. El torció la boca y me miró.

—¿Ella te aceptó así?

—No, nunca. Se alejó cuando asumió que lo mío era causa perdida —Salvador se mantuvo callado y pensativo por unos minutos.

—¿Entre tus amigos está incluido Guillermo?

—Sí —contestó y luego buscó mi mirada—. Pero... eso ya pasó.

—¿Y el viaje?

—Y dale con el viaje —exhaló—. Era un viaje de amigos y, antes que nada, él es mi amigo —dijo de manera tajante—. Te juro que no hay nada más que eso. Estaba confundido, Julieta. A la única que he amado de verdad es a ti.

—¿Cómo puedo creerte? —pregunté y él bajó la mirada y se acercó a mí, tomó mis manos y las besó.

—He sido sincero contigo, mi amor. Después de todo lo que te he contado, ¿puedes comprender lo confundido que estaba?, más que confundido, desesperadamente solo. Lo que hice antes, lo hice movido por el miedo, por la necesidad de hacerme parte de algo, no lo sé —dijo cansado—. No sé porque lo hice Julieta, no lo sé. Pero sí sé que te amo y que seguiré amándote, aunque tú decidieras dejarme. Está en ti si escoges creermme —respondió—. Y Julieta, ¿tú me has dicho la verdad respecto a tú amigo Héctor?

—Seguro que sí. El ni siquiera me gusta —respondí con gesto de horror.

—Si yo te creo y no vuelvo a preguntar sobre él, ¿crees que tú podrías hacer lo mismo conmigo? —me pidió.

—No es lo mismo.

—Sólo se trata de confiar en el otro, no de igualar circunstancias. Sé que es difícil lo que te pido y prometo que haré lo que pueda por merecerme esa confianza —dijo acariciando mis manos. La situación era complicada, pero estaba claro que tendríamos que mantener la fe en nosotros sí queríamos permanecer juntos.

—Entonces, ¿me extrañaste mucho? —pregunté queriendo cambiar el tema. Salvador me sonrió y sus ojos brillaron.

—A cada momento te recordaba, amor. A mis amigos les cuesta trabajo entender que te quiero, pero sólo deseaba regresar para estar contigo y eso los tuvo un poco mareados —dijo mientras jugaba con mi cabello.

—¿Así que estar conmigo? —pregunté con una sonrisa—. ¿Qué tanto deseas estar conmigo? —le pregunté a través de mis pestañas, él me sonrió seductoramente y me levanté para sentarme su regazo y ponerme cara a cara, Salvador abrió la boca con un gesto provocador y exhaló.

—Demasiado —respondió inclinándose hacia mí, buscando mi boca. Sus manos fueron subiendo por mis muslos, temblorosas e indecisas. Las tomé y las coloqué sobre mis caderas. El continuó subiendo hasta llegar a mi cintura y jaló de mi blusa. Inspirada por aquella excitación jalé su camisa mientras nos besábamos. Sus manos rozaron la piel de mi espalda y la de mi abdomen, dejé de sentir las cuando trataban de desabotonarme la blusa. Lo ayudé a quitármela mientras nos besábamos y sin pensarlo ya estaba semidesnuda sentada sobre su regazo. El dejó de besarme para poder mirarme, sus ojos estaban perdidos en mi cuerpo, pasó las manos sobre mi abdomen y las subió lentamente. Sus dedos bailaban sobre mis hombros y mi cuello. Me quitó el prendedor que recogía mi cabello en una cola de caballo y bajó sus manos por mi espalda mientras jugaba con mi pelo. Puse las manos sobre su camisa y la levanté, él se la quitó. Pasé mis dedos sobre los bellitos que cubrían su pecho y abdomen. Nos abrazamos y nos besamos, nuestros cuerpos ardían. Apoyé mi frente sobre la suya en un momento de consciencia y relajé mi respiración. Dudaba si la necesidad de demostrarnos atracción sobrepasaba el propio deseo. Era importante para los dos reafirmarnos. Después de un momento los dos estábamos agitados y

transpirábamos, él me tomó por las muñecas y me habló al oído—. Todavía no, no hoy —al escucharlo exhalé. Hice un esfuerzo sobrenatural y me zafé de su abrazo, me levanté y tomé mi blusa, me la puse sin prisa, dándole la espalda. Tomé la suya y se la lancé para que se la ponga, él la tomó, me sonrió desde el suelo.

—No me quiero ir, pero creo que ya es hora de volver a casa —dije mientras miraba mi reloj. Salvador se levantó y se acercó a mí, puso sus manos sobre mi cintura y me pegó a él.

—¿Qué va a pasar con nosotros? —susurró.

—Los dos estamos conscientes de nuestros sentimientos y creo que deseamos estar él uno con él otro. Pero esto resulta difícil para mí, después de lo que hablamos. ¿Qué te parece si mantenemos nuestro pacto, y continuamos siendo amigos? Cuando estemos seguros de nosotros, decidiremos que hacer.

—Okey —susurró, tomó sus llaves y abrió la puerta de su departamento— ¿Vamos? —dijo mientras detenía la puerta para que saliera—. No me dejes Julieta —dijo en cuanto cerró la puerta del elevador. Lo miré, tenía aquella mirada triste que me derretía. Se me apachurró el corazón. Definitivamente lo quería.

—¿Te voy a ver mañana? —pregunté con la intención de dejarle claro que nuestra relación se mantendría. El me sonrió apretando los labios.

—¿Me acompañas a almorzar?, tengo mucho antojo de unas enchiladas.

—¿De enchiladas? —pregunté riendo mientras caminábamos hacia el estacionamiento.

—Los últimos diez días he vivido a base de hamburguesas —respondió poniendo los ojos en blanco. De regreso a casa seguimos hablando. Él me contó sobre su viaje y su experiencia esquiando en la nieve. Al terminar su historia ya estábamos estacionados frente a mi casa—. Después de todo, veo que no la pasaste tan mal.

—No —dijo sonriendo, bajó las cejas y despegó los labios de manera seductora. Me acerqué a él sin dejar de mirar su boca en espera, él se acercó más hasta que colocó sus dulces labios sobre los míos. En ese momento me vino el recuerdo de nosotros momentos antes en su departamento y enseguida lo imaginé en la nieve, con sus amigos. Cerré los ojos evitando cualquier pensamiento que me hiciera no desear aquel beso, pero la tensión dentro de mí creció. El apretó sus labios sobre mi boca, pero me alejé y bajé la cara sin mirarlo por temor a ver una sombra de decepción en su rostro, no quería lastimarlo.

—Perdón, es mejor si me bajo ahora. Mañana hablamos —pasé mi dedo índice sobre su mano y lo miré a la cara. El me analizaba con la mirada. Quise sonreírle, pero me fue imposible.

A la mañana siguiente me desperté con náuseas. Tuve que correr al baño para devolver el estómago. Miré el reloj de pulsera que había dejado sobre el tocador. Eran las nueve de la mañana y hasta la una y media pasaría Salvador por mí. Recordé lo mucho que me gustaba y cuánto lo había extrañado. Pero conocerlo más había causado un efecto extraño en mí. Me hacía sentir muy inquieta. Aquella mañana, la verdad de Salvador que parecía fácil de olvidar estando a su lado, se había vuelto una nube negra sobre mí. Una tormenta que no dejaba de dar vueltas dentro de mi cabeza. Tenía dudas y miedo, no podía decidir nada al respecto. ¿Debía alejarme de Salvador? De hacerlo, ¿me comportaba cómo el resto de la gente? ¿Sería capaz de llevar una relación con él? ¿Y si al final, Salvador cambiaba de opinión y me dejaba sola y enamorada? Me metí en el baño y dejé que el agua caliente cayera sobre mí. Cuando me sentí más tranquila, salí de la regadera y me vestí. Miré el reloj, todavía eran las diez y media. Bajé a prepararme un café y me senté en la mesa de la cocina a beberlo mientras releía el periódico. Pero la verdad sobre Salvador retumbaba en mi cabeza quitándome la paz. Tomé mi abrigo y mi bolsa y salí de casa sin avisar. Manejaría lejos de casa, caminaría por la ciudad. Escapaba de mi encuentro con Salvador,

me liberaba de verlo a la cara y pedirle que se alejara, no tendría que renunciar a él en ese momento. Era pronto para tomar una decisión y todavía no quería pensarlo.

CAMINANDO ENTRE SUEÑOS

Hace unas semanas que dejé de reconocer mi vida, a veces ni siquiera puedo recordar mi nombre, por más que trato de concentrarme en la realidad, cuando creo que estoy despierta caigo en un abismo hundiéndome en otra historia. Paso de uno a otro sueño cambiando de situaciones, he tratado de reconstruir las historias que con escenas desordenadas comienzan a formarse en mi mente, pero como si mi razón caminara sobre un pantano de confusión, cuando creo que he pisado suelo firme, éste comienza a moverse hundiéndome en otro sueño distinto, en otra historia; o, mejor dicho, en otra pesadilla. Una y otra vez vuelvo a vivir lo mismo, y fallo de nuevo. Como si al volver a soñarlo tuviera la oportunidad de arreglarlo, pero no lo hago. Quizá no he aprendido lo suficiente y sigo fallando...

—Regina... —*escuché una voz, ¿acaso no es ese mi nombre?, alguien me habla, esa voz la he escuchado antes, ¿quién es?, ¿dónde está? Todo está oscuro— ...si es que me escuchas mueve los dedos, esto que sientes es mi mano — ¿Tú mano?, ¿dónde está tu mano?, no puedo verla. Háblame, ¿dónde estás?*

Aunque la voz comenzaba a desvanecerse, todavía podía escucharla murmurando, hasta que poco a poco se convirtió en un zumbido. Entonces desperté, me encontraba dentro de un automóvil y al parecer habíamos tenido un accidente. Mis piernas estaban atrapadas bajo el tablero del coche, no tenía sensación alguna. Miré hacia un lado y me encontré con un hombre mal herido. Cerré los ojos asustada y comencé a llorar. Cuando los abrí todo había quedado oscuro, de nuevo escuché la voz de un hombre que me llamaba y me levanté y caminé dentro de aquella oscuridad dando vueltas, extendí los brazos y traté de palpar el vacío. Parecía haber una luz, así que quise avanzar hacia ella, pero la superficie que pisaba era resbaladiza e inestable, no pude seguir adelante. Traté de mover los pies, pero me caí, en otro sueño distinto que me ahogaba, me embriagaba, se burlaba de mi haciéndome creer que ése sí era la realidad. Hice grandes esfuerzos por recordar qué fue lo último que viví antes de entrar en aquel bosque denso y obscuro, donde he caminado en círculos, donde parece que todo el tiempo es de noche, donde los sonidos se han vuelto un eco de la realidad. Hasta he dejado de tener miedo, lo único que ocupa mi mente es el deseo de armar el rompecabezas en el que se ha convertido mi vida y descubrir por qué me encuentro en ésta situación.

—*¡Joséphine!* —gritó un hombre tras de mí. La oscuridad comenzaba a desvanecerse y una luz me llamaba hacia abajo, corrí hacia ella dando zancadas por una enorme escalera de madera pulida, la casa donde me encontraba era fría y me ahogaba —*¡Joséphine!* —escuché de nuevo, ese era mi nombre y pude reconocer la voz del hombre que me llamaba.

—*¡Vicente!* —grité antes de llegar a la puerta de donde provenía la luz—. *¡Vicente!* —grité de nuevo desesperada mientras continuaba corriendo para salir de allí. Ya afuera, reconocí a Roberto parado junto a un carruaje antiguo, en él se encontraba una mujer. Caminé hacia Roberto, él tenía el pelo largo y amarrado bajo la nuca, yo le llamaba Vicente. El me miró y se acercó. Miró hacia mi vientre abultado. Recordé que estaba embarazada.

—*¡Este bebé es tuyo!* —grité con las manos en el abdomen.

—*¿Cómo?* —preguntó entornando los ojos.

—*Es mejor que te vayas. Cástate y no vuelvas nunca más* —dijo a mis espaldas un hombre mayor que me pareció que era Bernardo. Roberto me miraba con tristeza, tenía los ojos

húmedos y las manos sobre mi abdomen—. ¡Suéltala! —gritó Bernardo empujándolo.

—Me has quitado a mi mujer, ¿ahora también te quedarás con mi hijo?, ¿no eres tú mi padre?! —reclamó Roberto, o más bien Vicente.

—Es mejor que desaparezcas de nuestra vida, las cosas serían más fáciles, sobre todo para ella —dijo el viejo Bernardo y me tomó de los brazos con fuerza y me habló al oído—: debiste haber pensado en tu familia antes de hacer lo que hiciste.

En ese momento miré hacia el piso angustiada y todo se volvió borroso. Una niña pequeña estaba parada a mi lado sonriendo, era muy bonita, pero tenía el vestido sucio y roto. Levanté la mirada buscando a Roberto, él ya no estaba. Miré a mi alrededor, me encontraba en el interior de una casa humilde y pequeña, sobre una cama había dos niños acostados, me incliné hacia ellos con la seguridad de que no me gustaría lo que vería. Los dos tenían la mirada ausente y el cuerpo flaco y retorcido, mientras más me acercaba a ellos, sus cuerpos se deformaban aún más. La piel de su rostro se fue secando y arrugando hasta hacerlos parecer cadáveres.

—¡No! —grité desesperada y me tapé los ojos para no mirar.

Estaba asustada y cansada. Continué con el rostro escondido detrás de las manos, renuente a mirar hacia adelante. Exhausta de mis sueños y deseando descansar.

—¿Mami qué te pasa? —escuché que un niño preguntaba—. Desperté. Me destapé el rostro y miré a mi alrededor, estaba acostada en una cama—. ¿Tuviste otra pesadilla? —preguntó mientras se subía junto a mí. Por un momento no reconocí el lugar, paseé los ojos por la habitación hasta que me di cuenta que era mi recámara y aquel era mi hijo.

—Mami, ¿soñabas? —preguntó de nuevo.

—Sí, sólo fue un sueño —le dije y lo abracé.

—¿Esta ves si viste a mi papá? —preguntó sonriendo, moví la cabeza afirmando y lo abracé—. ¿Cuándo voy a soñar yo con mi papá? —preguntó— ¿Verdad que yo no tengo papá?

—Si tienes uno y aunque ya no vive con nosotros, desde el cielo nos cuida.

—Pero yo no lo conozco, nunca he estado con él —me explicó— ¿Cuándo lo voy a ver?, ¿yo también puedo soñar con él? —volvió a preguntar. Entonces miré hacia una foto sobre la mesa de noche junto a mi cama y la señalé con el dedo.

—Lo conoces, mira su foto, además tú eres igualito a él —respondí mientras miraba la foto de un hombre que en algo me recordaba a Roberto. Cerré los ojos tratando de recordar al hombre de la fotografía.

—¡No!, ¡mami! —escuché que gritaba un niño y abrí los ojos desesperada. Desperté. Mi habitación había cambiado significativamente. El techo estaba a doble altura y una pared tenía ventanales con pesadas cortinas de terciopelo rojo. Me encontraba sentada en una silla de madera tallada y pintada de dorado. Me miré en el espejo y casi no me reconocí—. ¡No dejes que me lleven mami! —gritó de nuevo el niño y me levanté desesperada del lugar para salir de la habitación y correr por un largo pasillo. El hombre mayor que se parecía a Bernardo, salió a mi encuentro impidiéndome el paso. Un hombre había cargado a un niño pequeño que reconocí como mi hijo y lo bajaba por las escaleras.

—¡No! ¡Por favor, no se lo lleven! —supliqué desesperada y traté de zafarme del viejo Bernardo, pero algo me impedía moverme, mis piernas pesaban demasiado, no podía levantar los brazos, mi voz dejó de sonar y todo se fue nublando hasta volverse confuso y oscuro. Tenía tanto dolor en el pecho que pensé que me moriría, el dolor dejó de sentirse al igual que todo a mi alrededor, la paz regresó cuando me hundí en un sueño profundo. Durante horas permanecí flotando dentro de aquella oscuridad. Todo parecía estar en calma en la nada, podía escuchar

mi respiración, el latir de mi corazón, el eco de unos pasos a mi alrededor, y luego la nada.

Unos golpes me despertaron, al abrir los ojos me di cuenta que estaba sola en un cuarto oscuro y me levanté asustada sin saber qué hacer. De nuevo escuché los golpes tras la puerta y después el grito de un hombre pidiéndome que le abra, mi corazón se agitó y me sentí desesperada, alguien me llamaba desde afuera golpeando la puerta con fuerza. Aseguré bien el cerrojo y miré por la habitación buscando una forma de escapar. El hombre comenzó a golpear la puerta con un objeto y parecía que la iba a romper. Corrí hacia el otro lado de la habitación mientras lo escuchaba gritar, el hombre dio un último golpe y la puerta se abrió. El hombre caminó hacia mí. Su rostro no me resultó desconocido, ya lo había visto antes en algún sueño, estaba segura porque nunca podría olvidar su sonrisa diabólica. El me golpeó en la cara y me desgarró el vestido con un cuchillo que llevaba en la mano, grité con todas mis fuerzas porque sabía que algo malo estaba por suceder y cerré los ojos deseando escapar de la realidad. Un desgarró en mi vientre y grité con más fuerza. Abrí los ojos, el hombre estaba desnudo y sudado... y me violaba. ¿Es esto un sueño o es de verdad?, ¡quiero despertar! ¡Que pare, que pare! Caí en un abismo oscuro como si me hubiera desmayado.

—No cualquier hombre estaría dispuesto a hacer lo que voy a hacer por ti —dijo un hombre con sutileza y abrió los ojos. Colocó un anillo en mi dedo—. ¿Quieres casarte conmigo? —preguntó mirándome a los ojos. Quería correr y alejarme de aquel hombre, pero continuaba ahí con él y un sentimiento de frustración recorría mi pecho. Quise negarme a casarme, porque ese hombre no era Roberto y no lo amaba, pero acepté su propuesta. Entonces me besó y quise salir corriendo y llorar. Desde un ventanal pude ver a un Roberto de cabello rubio parado en la calle, él llevaba una rosa, tenía la ropa rota y sucia y estaba mirándome fijamente, luego giró dándome la espalda y caminó alejándose de la casa. Pero no quería que se vaya, tenía que salir corriendo tras él y mi cuerpo no se movía. Comencé a girar dentro de mi cuerpo esforzándome inútilmente para moverlo, pero no logré dar ni un paso y me rendí hundiéndome otra vez en el pantano de mis sueños. La oscuridad fue envolviéndome lentamente hasta hacerme caer en un agujero negro, pero nunca encontré paz ni pude dejar de pensar en Roberto, sabía que debía de llegar hasta él. Hubo un vacío y silencio. Desperté, estaba parada en la calle donde Roberto el rubio había estado parado.

—¡Samuel! ¡Samuel! —grité y corrí buscándolo con la certeza de que era demasiado tarde. Había llovido porque la calle estaba llena de charcos, la orilla de mi largo vestido se había mojado haciéndolo más pesado. Las telas de las faldas se metían ente mis piernas, tropecé y caí al suelo, pasé las manos abrazándome el vientre y cerré los ojos. Estaba embarazada. Desesperada me saqué los incómodos zapatos, me levanté y continué corriendo en medias sobre la calle, levantando el pesado vestido.

—¡Maldita, mira lo que le has hecho! —me gritó una mujer. Abrí los ojos y vi a una tipa parada frente a mí—, tú no amas a nadie más que a ti misma. ¡Todo lo que hagas en éste mundo, aquí mismo lo tendrás que pagar! ¡Te maldigo a que sufras eternamente!, ¡te quedarás sola y nunca nadie te va a amar! —continuaba maldiciéndome aquella mujer con el rostro contraído por la rabia. Escuché un golpe seco y cerré los ojos con dolor, porque podía reconocer aquel sonido. Sentía náuseas y estaba mareada, me dolía el corazón y me faltaba el aire. Abrí los ojos y miré más allá, el cuerpo del hombre que amaba colgaba de una cuerda atada a su cabeza, no pude mirar su rostro porque estaba cubierto con una bolsa de tela, pero sabía que era Roberto y me puse a llorar. Corrí a él y lo abracé por las piernas, otro hombre me empujó obligándome a separarme de él. La mujer continuó insultándome; tenía los dientes sucios al igual que los harapos que usaba por ropa. Otros como ella también me gritaron y todos me apuntaban y

culpaban por la muerte del hombre colgado. Estaba avergonzada de que gente inferior me tratara de esa manera, pero no encontré palabras para defenderme y corrí alejándome de ellos. Me sentía tan triste, arrepentida y culpable que tuve deseos de morir. Estaba sola, frente a mi había una casa enorme y fría con las puertas abiertas, detrás de mí una multitud en harapos reprochándome la muerte del hombre. Llevé las manos hacia mi vientre y algo se movió ahí. El hombre que había muerto era el padre del bebé. Miré mis manos y un anillo con un enorme diamante, lo arranqué de mis dedos y lo arrojé. No tenía fuerzas para mantenerme erguida y desee que me llevara la muerte. La lluvia volvió. Corrí alejándome del pueblo, de la casa y de la gente, corrí hasta llegar a un acantilado y me paré en la orilla mirando hacia el precipicio. Miré hacia mi vientre.

—Perdóname Samuel —dije llorando y en voz alta. Me acaricié el vientre donde crecía mi hijo—. ¿Y qué pasará con éste bebé? No puedo seguir con esto Samuel —me quejé golpeándome el vientre—. He manchado el honor de mi familia y te he traicionado, ¡yo ya no merezco vivir! Te encontraré en donde estés para pedirte perdón, tantas veces como sea necesario hasta que me perdones y aunque nunca me perdones —respiré profundamente mirando al cielo gris y en ese instante, supe lo que estaba a punto de ocurrir y no pude hacer nada para evitarlo, me dejé caer desde lo alto. La sensación de vacío en el estómago fue tan grande que entré en estado de pánico y moví las piernas para frenar la caída, pero era inútil, mi cuerpo seguía cayendo. Parecía una caída eterna. De pronto, la oscuridad de aquel día gris se llenó de luz, el dolor dejó de sentirse y un grito eufórico salió de mi garganta, en ese momento sentí un par de manos sobre mi cintura. Seguía cayendo.

—Disfrútalo —me dijo al oído la voz de hombre y abrí los ojos, el cielo era azul y el acantilado había desaparecido. El me abrazó fuertemente por la espalda. ¿Podría ser ese el cielo y Samuel había ido por mí? El día estaba muy iluminado y el hombre que me abrazaba y yo caíamos juntos. Giré la cabeza y pude mirarlo de reojo, no era Samuel, ni Roberto, pero era otro igual que ellos. Dejé de gritar al sentirme segura y escuché que él reía junto a mi oído, estaba tan feliz que reí también yo. Los dos juntos caíamos suavemente, flotábamos en el cielo, nadie iba a morir.

—¡Te amo! —grité mientras caía y me abrazó con más fuerza hasta que tocamos el piso. Entonces una lona cubrió nuestros cuerpos y rostros, no veía nada, pero todavía escuchaba su risa ronca y profunda. De pronto, ésta fue distorsionándose y volviéndose aguda e infantil, la risa de ese Roberto se volvió la de un niño.

Moví la mano sobre mi rostro levantando el pañuelo con el que me había limpiado. Miré mis manos y no las reconocí, estaban arrugadas y temblaban. Bajé la mirada y me encontré sentada en una silla de ruedas, poco tardé en darme cuenta que era vieja. Miré a mí alrededor; estaba en un parque y al parecer era de tarde. Una mujer me paseaba cuando de nuevo escuché la risa del niño y le pedí que frenara. Miré por el lugar buscándolo y el eco de rizas infantiles sonó, entonces giré la cabeza para encontrarme con dos niños pequeños, ellos corrían cerca de mí y reían. El varón me miraba de forma extraña. Era tan hermoso, que parecía un angelito. Sus ojos grises y dulces, su mirada, su risa... algo en él me hacía pensar que ya lo conocía. Hice un esfuerzo por recordarlo, pero ya era vieja y mi mente no funcionaba tan rápido, entonces su madre lo llamó por su nombre y mi corazón comenzó a acelerarse, había escuchado el nombre, pero no podía recordarlo. Afilé el oído en espera de que volviera a llamarlo. El niño se fue dejando su risa infantil y todo comenzó a cambiar, me levanté de la silla y caminé hacia los árboles buscándolo, movida por el sonido de sus carcajadas, pero él había desaparecido. Me miré las piernas, ya no estaba en la silla, podía caminar. Ante mí se abrió una pradera a orillas

de un lago, la cual reconocí. Ya antes había soñado con ella. Corrí buscando a Roberto el de cabello largo y junto a mí una niña pequeña también corría y reía. Roberto me llamó y llegué hasta él, parecía más joven y llevaba un elegante traje de terciopelo. El estaba sentado sobre el césped sonriéndome, a un lado había una sábana blanca extendida sobre el pasto y sobre de ella dos niños enfermos, con el rostro deformado y sus brazos y piernas flacos y torcidos. Me acerqué a mirarlos con tristeza, pensando en lo injusta que era la vida. Los niños sonrieron con la mirada perdida y coloqué mis manos sobre las piernas de uno de ellos. Cuando levanté las manos me di cuenta que estaban manchadas de un líquido oscuro y viscoso, miré de nuevo a los niños, éstos habían desaparecido en la oscuridad de la noche. Frente a mi había un hombre herido estaba tirado en el suelo y la pierna le sangraba mucho. Era un soldado mal herido que se desangraba y había mucha gente a mi alrededor que gritaba y pedía ayuda. Me sentí desesperada tratando de ayudarlo, tomé un trapo y presioné sobre la herida, pero ya era demasiado tarde, había perdido mucha sangre, iba a morir. Rendida ante la inminente tragedia, cerré los ojos un instante y me quedé en silencio. Las otras voces dejaron de escucharse, ya nadie gritaba ni lloraba. Y me perdí en esa calma por unos instantes, estaba cansada, muy cansada. Me dormí.

—¿Regina? —un hombre me había llamado, pero yo dormía—. Por favor Regina regresa —pidió aquella voz, parecía la voz de Roberto. Quise abrir los ojos para buscarlo, quise gritar su nombre y llamarlo, quise mover las manos para ayudarme dentro de tanta oscuridad, pero mi cuerpo no respondía—. ¡Enfermera! Venga un momento, los signos subieron —dijo Roberto—, Regina vuelve, por favor ¡vuelve! —escuchaba a Roberto desesperado y me sentí desesperada también. Traté de moverme, de abrir los ojos, de gritar, pero nada logré hacer y comencé a llorar dentro de aquel vacío y oscuridad—. ¡Regina! Por favor, no te vayas...

—¿Roberto? —lo llamé dentro de aquel vacío— ¡Roberto! ¿Dónde estás? No puedo verte, agarra mi mano —le pedí— No te vayas Roberto, ¡no te vayas! —grité asustada. La oscuridad se atenuó y miré a mi alrededor, era de noche y me encontraba en un callejón, estaba triste porque Roberto no estaba. Caminaba sin saber a dónde dirigirme. ¿Qué era ese dolor que sentía?, era agudo y profundo, me dejaba un vacío y me cortaba el aire. Era el dolor del alma. ¿Qué sucedió con aquel soldado?, fue una pesadilla, Roberto no es soldado y tampoco ha muerto. Roberto me había estado llamando, pero su voz se había perdido, ya no lo escuchaba. Me sentía muy mal y lloraba, todo me daba vueltas, estaba desorientada y caminaba sin rumbo, me sentía muy sola. Hasta que llegué a un parque y reconocí el pueblo dónde me encontraba, ya había tenido otros sueños en él. Caminé por el parque guiada por el anuncio luminoso de un establecimiento, algo me decía que debía ir hacia allá. Al llegar pude leer lo que decía, se trataba de un restaurante. Crucé la calle para entrar en aquel lugar.

—¿Me escuchas?, ¿puedes contestarme? —una voz fuerte y clara me sacó de mis sueños, todo parecía ser claro y abrí los ojos, estaba en una habitación blanca y tenía una ventana al frente, la luz era tan fuerte que lastimaba mis ojos. Escuché el sonido de un aparato junto a mí y de nuevo la voz del hombre—: Regina mírame, contesta... —la voz del Dr. Trejo se volvió un eco en mi cabeza y cuando abrí los ojos me encontraba en otra cama de hospital, en un lugar viejo y oscuro. Levanté mis manos y al mirarlas vi que tenían manchas y arrugas, estaba vieja. Una jovencita se acercó pidiéndome que me calme, pero me sentía desesperada.

—Necesito volver, ayúdeme señorita, ¿cómo regreso a dónde estaba? —balbuceé, la enfermera me miraba confundida.

—No sé de qué habla —le dije a otra persona que entró en la habitación. Nadie me entendía, todos creían que estaba loca. Pero en realidad, había visto y sabía cosas que poca

gente comprendería, lo único que necesitaba era alguien que me escuchara y me creyera. Convencida de que no podría volver, cerré los ojos. Recordé al niño que corría por el parque y la necesidad de recordar su nombre me inundó.

—Señorita, ¿cuál era el nombre del niño? —le pedí a la enfermera—, ese que corría en el parque, necesito recordar cómo se llama —le expliqué, pero ella se inclinó sobre mí y me inyectó algo en el brazo que me hizo sentir mucho sueño, cerré los ojos y comencé a soñar... corría sobre un caballo, frente a mí podía ver el final del camino, un muro de piedra que el caballo fácilmente podría saltar. El miedo me invadió por completo, este no parecía un sueño, ni siquiera una pesadilla, era real. El caballo estaba desbocado y corría directo al muro, si lo saltaba me caería al suelo o estrellaría en el muro, ¡iba a morir! Grité con todas mis fuerzas pidiendo ayuda, moría de miedo y estaba a punto de saltar fuera del caballo cuando un hombre apareció corriendo a mi lado sobre otro caballo, éste tomó las riendas del mío y lo obligó a frenar. Perdí el sentido por unos segundos y cuando abrí los ojos, sólo podía ver el rostro de mi salvador, sus cejas espesas enmarcaban su profunda mirada y sus ojos tiernos parecían asustados.

—¿Te conozco, te he visto antes? —preguntó entornando los ojos. Negué con la cabeza, aunque podía ver que se trataba de Roberto, más joven y con el cabello más oscuro, largo y recogido en una cola bajo la nuca, cuando lucía así lo llamaba Vicente. Lo abracé y comencé a llorar—. ¿Te lastimaste?, ¿Estás bien?

—¿Estás bien? Regina, ¿puedes escucharme? —el eco de otra voz golpeaba en mi cabeza sacándome de mis sueños. Roberto se había ido y yo estaba de vuelta a la realidad. Bernardo me tomó de la mano mientras me despertaba, abrí los ojos y me di cuenta que me encontraba en una cama dentro de un cuarto de hospital, otra vez escuchaba las máquinas junto a mí, podía sentir el aroma de la loción de Bernardo, pero no quería estar con él, lo que quería era regresar a mi sueño con Roberto. Cerré los ojos y me hundí otra vez dentro del pantano, todo se volvió oscuro y caminé buscando una luz que me guiara hacia él, sabía que allí dentro lo iba a encontrar. Divisé un sendero que llevaba a un parque, en él había una anciana sentada en una silla de ruedas y junto a ella dos niños corrían. El niño caminó hacia la anciana y alargué la mano para tocar la cabeza del niño, entonces me di cuenta que mi piel estaba arrugada, pero no quería ser vieja y retrocedí alejándome de aquella escena. Tropecé y caí al suelo, luego levanté las manos y las miré temerosa de que siguieran siendo viejas, pero mi piel ya no estaba arrugada. Las giré y vi que mis palmas estaban manchadas de sangre, en el suelo se encontraba un hombre malherido, su mirada me resultó familiar. Todo se volvió más oscuro, otros gritaban pidiendo ayuda a nuestro alrededor. Regresé la mirada hacia el hombre herido a mi lado y quise ayudarlo, pero él cerró los ojos y tuve miedo de verlo morir. Me separé de su cuerpo y corrí alejándome de él, internándome en el bosque oscuro de mis sueños. Debía encontrar a Roberto, el de cabello largo, o el rubio y pedirles perdón. Entre los arbustos miré una pradera y me detuve, escuché la risa de una niña y caminé hacia ella. Roberto, el de pelo largo, levantaba de los brazos a una niña pequeña y giraba con ella, los dos reían. Me acerqué y ellos me miraron, Roberto me abrazó por la cintura y me besó en los labios.

—Te amo y quiero casarme contigo —me dijo mientras se hincaba sobre su rodilla derecha. Sacó un anillo del bolsillo de su pantalón y me lo puso en el dedo—. ¿Me aceptarías como tu esposo? —al escucharlo me sentí feliz, por fin estaba con Roberto y aceptándolo como mi esposo, me casaría con el hombre que realmente amaba. Miré mi mano y reconocí el anillo. Miré a Roberto, sus ojos brillaban de alegría y me perdí en ellos, aquella mirada limpia que lo caracterizaba. Me abracé a su cuerpo y cuando nos despegamos me di cuenta que él había

cambiado, vestía con ropa de trabajo rota y sucia, estaba más flaco y su cabello era rubio. Miré mi mano, el anillo no estaba en mi dedo. La abrí y de ella cayó una rosa, un muchacho de cabello rubio se inclinó a recogerla y me vio a la cara un tanto avergonzado.

—No puedo abandonar a mi gente, ellos son mi familia. Pero siempre te voy a amar —dijo y me sentí furiosa, le pegué una bofetada y me di la vuelta para alejarme de él. Me dirigía a una gran casa con ventanales, cuando un grupo de mujeres se acercó a mí y una de ellas lloraba.

—Por favor, no haga nada contra Samuel. Le romperá el corazón a mi hermano, ¡usted es todo lo que él ama! —me decía la que lloraba. Yo estaba tan molesta que la empujé y seguí caminando hacia la casa. Abrí la puerta y entré. El interior estaba oscuro, demasiado oscuro, no podía ver nada. Todo quedó en silencio. Vagué dentro de un enorme vacío hasta que desperté. Me levanté y caminé hasta la puerta, la abrí y miré a mi alrededor desorientada, tratando de adivinar dónde me encontraba. Estaba en un callejón en un pueblo que me pareció conocido, un hombre me tomó de la mano y caminamos juntos, él parecía ser Roberto, pero tenía bigote y barba. Subí la mirada y me encontré con sus ojos, en ellos reconocí su alma y no tuve dudas, él era Roberto.

—Antonio, por favor no te vayas, no me dejes —le suplicaba a aquel que parecía ser Roberto. El pasó los dedos por mi mejilla y subió a un tren mientras yo lloraba y continuaba pidiéndole que no se vaya. Entonces me miró con aquellos ojos dulces y me besó la mano antes de hablar.

—No sufras por mí, ahora nos tenemos que separar, pero sólo será por un tiempo, yo sabré encontrarte. Prometo que volveré —en ese momento sonó el silbato del tren y éste comenzó a moverse. Roberto al que llamaba Antonio me soltó la mano y subió al tren, mientras se alejaba corrí tras él tratando de alcanzarlo, pero mis piernas se volvieron torpes y tropecé con algo que me hizo caer. Desde el suelo lo miré alejarse en aquel tren hasta que desapareció, rendida cerré los ojos y bajé la cabeza. Escuché gritos y desperté, me levanté de la cama asustada y miré a través de la pequeña ventana, en la calle corría un gran grupo de hombres heridos, también podía escuchar disparos de armas de fuego. Junto a mí se encontraban otras mujeres, todas llevábamos hábito. Salimos de la habitación para dirigirnos a la entrada de la casa, un grupo de hombres golpeaba a las puertas del convento pidiendo ayuda. Entre aquel grupo, pude reconocer su mirada y me acerqué corriendo a él, tenía bigote y la barba crecida, lucía mayor, pero su mirada era la misma, estaba segura que se trataba de él aunque no sabía si él me reconocía. El estaba muy herido, en su pierna tenía una hemorragia muy grande, rompí la tela de su pantalón para aplicarle un torniquete, pero la sangre seguía saliendo a borbotones, no podría par la hemorragia. Antonio tenía la mirada perdida, estaba muy mal y no contábamos con los instrumentos necesarios para salvarlo. Otros que también estaban heridos me llamaban, pero no podía dejarlo solo. Exhausto y adolorido cerró los ojos, fue cuando pensé que moriría, lloré sacudiéndolo con fuerza para que despertara y entonces abrió los ojos. Pero su rostro era distinto y tenía el cabello rubio. Tenía el rostro desencajado y caminaba amarrado junto con otros jóvenes, ellos parecían prisioneros. Junto a él estaba parado su hermano, un muchacho todavía más joven que ya había visto antes, él me empujó y me escupió.

—¡Déjala! — le gritó Roberto el rubio y continuó susurrando— La amo, a pesar de todo, la amo.

—Yo también Samuel, te amo. ¡Por favor perdóname! —le supliqué, pero él ni siquiera me miró.

—¡Traidora!, muchacha consentida y caprichosa, ¡no te mereces el amor de mi hermano!, aléjate él, vete con tu gente. Nosotros no tenemos dinero, pero sabemos amar y somos leales a

los que amamos —me gritaba el hermano. Pero no podía separarme de Samuel, me sentía culpable y desesperada—. La vida hará justicia, ¡en éste mundo vas a pagar todo el daño que has hecho! —continuó gritándome. Me cubrí el rostro con las manos y comencé a llorar. Corrí alejándome de ellos. La lluvia comenzó a caer sobre mí. Escuché un golpe seco y desperté, sabía que ya era demasiado tarde, aun así, corrí de vuelta por el camino, caí y me levanté para continuar corriendo hasta llegar a ese Roberto. Su cuerpo colgaba inerte. En ese momento me quise morir.

Desperté asustada y confundida, hasta que me di cuenta que había sido sólo un mal sueño, me levanté y bajé las escaleras de la casa. Recorrí con la mirada aquel lugar y aunque no lo reconocí, sabía que era mi casa. Entré en la cocina donde se encontraba mi madre y la ayudé a alimentar a mis hermanos, los dos tenían el cuerpo retorcido y una mirada ausente. Miré por la ventana y vi a mi padre alimentando a los animales, él trabajaba mucho, pero cada vez éramos más pobres y mis hermanos empeoraban. En eso escuché que un carruaje se acercaba, paró cerca de la puerta de mi casa y un hombre se bajó y preguntó por mi padre. Bajó un hombre mayor muy parecido a Bernardo, y con él también bajó Vicente, al que presentó como su hijo. Entraron en mi casa y se sentaron a hablar con mis padres, los escuchaba atrapada por la mirada de Vicente, triste y extraña.

—Quiero pedirle la mano de su hija Joséphine —y pensé que me pedía para Vicente—, quiero casarme con ella, y a cambio de su mano, le ofrezco el dinero suficiente para que vivan el resto de su vida —aquello que escuchaba era una pesadilla, las manos me temblaban y el estómago me dolía, pero mis padres parecían felices con ese trato. Vicente se levantó de la mesa y salió de mi casa. Salí corriendo tras él y me puse a llorar.

—¡Vicente! —él se detuvo dándome la espalda—, ¿por qué no pediste tú mi mano?, ¿por qué permitiste que lo haga él? ¡No me quiero casar con tu padre! —le reclamé en voz baja.

—¡Le supliqué que no lo hiciera, le dije cuánto te amaba! —escuche aquella frase como un eco en mi cabeza y todo se oscureció. Cuando abrí los ojos ya era de noche y estaba acostada en mi cama, una luz que venía de afuera me hizo girar la cabeza y mirar hacia el balcón, Vicente estaba parado afuera y llevaba una vela en la mano, me levanté y abrí la puerta para dejarlo pasar, él me dijo que me amaba, me abrazó y nos besamos. Me hundi en aquel abrazo y en el olor de su piel.

Fui consciente que dormía y mi corazón comenzó a latir con fuerza, parecía como si fuera a salirse de mi pecho, abrí los ojos muy asustada, junto a mí yacía sin vida el cuerpo de un hombre, él era a quien yo amaba. No me atreví a llamarlo Roberto porque sabía que ese no era su nombre. Lo abracé y lloré con la seguridad de que él ya no me escuchaba, luego miré hacia un teléfono de disco pensando en llamar, pero estaba tan triste que escogí abrazarlo por un rato más, apoyé la cabeza en su pecho y cerré los ojos. Miré una foto, aquella foto que en otro sueño le había mostrado a un niño diciéndole que ese era su padre.

—Regina, ¿me escuchas? —dijo un hombre, abrí los ojos y traté de enfocar la mirada, él se encontraba parado a mi lado, la habitación donde me encontraba estaba muy iluminada y la luz me lastimaba los ojos—. ¡Regina! tienes que despertar, abre los ojos, ¡mírame! —gritó el hombre, pero me sentía muy cansada y los párpados me pesaban, todo se puso oscuro y aquella voz se fue perdiendo... Hasta que sólo podía escuchar el canto de los pájaros, abrí los ojos y aunque era de día, la luz ya no me molestaba. Caminaba entre jardines y rosales, a lo lejos podía ver una enorme casa y supe que allí vivía. Un hombre muy joven de cabello rubio estaba hincado sobre la tierra y trabaja en los rosales. Lo conocía muy bien porque de niños solíamos jugar, pero ya no le hablaba porque a mis padres no les parecía que él fuera tan especial para mí. Era mi

serviente y podía pedirle que se hinque a limpiarme los zapatos y él estaría honrado en hacerlo, desde que éramos niños, él hacía cualquier cosa por agradarme.

—Samuel —lo llamé y me miró por el rabillo del ojo, luego se acercó. Lo miré por encima del hombro y estudié su rostro, él tenía algo que me fascinaba y mi deseo más grande era que hubiera nacido dentro de una familia cómo la mía, pero sus zapatos estaban rotos al igual que su ropa y sus manos manchadas con tierra. Sus dedos largos y sus manos fuertes siempre me habían gustado, sus venas corrían marcadas en su antebrazo, el cual estaba cubierto de vellos dorados, su piel estaba ligeramente curtida por el sol y su camisa abierta dejaba ver parte de su pecho, algunos vellos habían comenzado a cubrirlo. Continué subiendo la mirada, su boca roja, sus ojos tiernos y profundos, sus cejas espesas, su cabello dorado, todo en él me hizo desearlo más, entonces me sentí furiosa de estar tan atraída por un ser inferior a mí y quise lastimarlo.

—Me quiero sentar en esa banca, límpiala con tu camisa —le ordené. El bajó las cejas mirándome extrañado, pero terminó por desabrochársela sin chistar. Antes de quitársela me miró. Entonces le hice una seña con los ojos indicándole la banca. El bajó la cabeza y me obedeció. Miré su espalda y sus brazos, sus músculos, su piel, el vello que cubría algunas partes, todo en él era perfecto. Me gustaba y a veces lo odiaba por eso. Lo peor era cuando lo miraba escondida en la oscuridad de mi habitación, mientras él reía y bailaba con su gente yo me encontraba sola, mientras él parecía feliz dentro de su pobreza yo lloraba extrañando su amistad. Me senté en la banca y Samuel se alejó un momento para tomar una rosa y después de quitarle las espinas, me la ofreció.

—Este rosal se llama Giselle, lo sembré para usted —tomé la rosa y la acerqué a mi nariz para olerla, cerré los ojos y disfruté del aroma. Me sentí mareada y comencé a desvanecerme, todo me daba vueltas.

—Regina, necesito que abras los ojos —la voz del Dr. Trejo me sacó de aquella escena, todo se volvió oscuro hasta que escuché el sonido de una máquina de hospital. Respiré profundamente y abrí los ojos levemente para protegerlos de la luz.

—La luz... —hablé ronco— molesta.

—¡Regina!, ¡estás despierta! —gritó el doctor muy emocionado y me tomó de la mano—. Mira, puedes abrir los ojos, ya apagué la luz —con mucho esfuerzo logré abrir los ojos. El Dr. Trejo y el Dr. Sierra estaban junto a mí. Después de verlos pasé los ojos alrededor de la habitación tratando de ubicarme, frente a mi cama había una ventana por la que podía verse la luz de la calle, era de noche y la habitación estaba iluminada por una lámpara de noche sobre una mesa en la esquina del cuarto, tenía suero en la mano y un aparato en el dedo que conectaba con una máquina que sonaba. Me sentía muy confundida y temerosa de lo que pudiese pasar a continuación.

—Estoy mareada... ¿Qué me pasó?, ¿qué hago acá? —pregunté—. ¿En verdad estoy despierta? O ¿es que estoy soñando otra vez?

—Llevas dos semanas aquí, estuviste inconsciente todo este tiempo. Tuviste un accidente con Roberto y te golpeaste muy fuertemente la cabeza, ¿recuerdas? —habló el doctor Sierra.

—Un accidente... —repetí haciendo un esfuerzo por recordar—. ¿Roberto? —pregunté pensando en el nombre del hombre que amaba. También se llamaba Samuel, ¿o era Vicente?, con él había tenido un accidente en caballo, pero me había salvado, no había ningún herido. Bueno sí, aquel con la herida en la pierna que había muerto y... — ¿Quién ha muerto? —pregunté exaltada.

—Regina, hace dos semanas tuviste un accidente. Estabas con Roberto en su coche y un camión se les vino encima —dijo el doctor Trejo. Las imágenes del momento vinieron a mi mente.

—Un gran árbol se nos vino encima —lo corregí—, había ramas y hojas por todos lados. ¡Y mis piernas! —grité mientras miraba hacia abajo y moví los dedos bajo las sábanas.

—Era un camión de pasaje —insistió Trejo—. Pero eso no es importante, es normal que te sientas confundida en éstos momentos.

—Si, si, sí. Ya recuerdo —le dije apretando los ojos y comencé a llorar. Estaba más que cansada, desgastada y confundida entre el sueño y la realidad—. Todo este tiempo he vivido hundida en un pantano de sueños y pesadillas —le expliqué con lágrimas en los ojos. Él tomó mi mano y la apretó con fuerza mientras yo me quejaba—. ¡Ya no quiero soñar!

—Regina, ¿cómo es eso de que has estado sumida entre sueños y pesadillas? —preguntó el doctor Trejo al tiempo que se rascaba la barba.

—Hace unos años comencé a tener pesadillas repetidas, por lo general tratan de situaciones que me causan angustia y a veces las confundo con la realidad. En todo éste tiempo no he dejado de soñar y todavía no sé si esto es un sueño o si de verdad estoy despierta. ¡Necesito que me ayuden! —supliqué.

—Claro Regina, nosotros te vamos a ayudar. Pero dime, ¿de qué tratan esos sueños de los que hablas? —insistió el doctor Trejo muy interesado—. ¿Por qué mencionaste un accidente con un árbol?

—¿Qué? —pregunté confundida—, en realidad no sé. ¿Estoy quedando loca?

—Ya no hables más, en éste momento lo mejor es que descanses —me dijo el Dr. Sierra mientras pasaba la mano por mi cabeza. El Dr. Trejo no prestó interés a lo que dijo el otro doctor.

—Esto ya lo he escuchado antes Regina y prometo ayudarte —dijo el doctor Trejo. Luego se sentó sobre la cama y me tomó la mano—. Conocí a otra persona que una parte de su vida padeció de algo semejante... —de pronto se abrió la puerta y una enfermera entró en la habitación.

—¡Por fin despertó la paciente! —exclamó con alegría.

—Si, pero quizá sería mejor que se le diera un calmante, está muy agitada y le haría bien descansar —dijo el Dr. Sierra señalando con su dedo el monitor que marcaba mi pulso. La enfermera se acercó a mirarlo y sacó de su bolsa un frasco y una jeringa.

—¡Dormir otra vez! —grité con horror—, no por favor, ¡ya no quiero soñar! —le pedí llorando al doctor.

—Te estás alterando y eso no es bueno para tu recuperación —dijo Sierra.

—Prometo no volver a alterarme, pero por favor no me duerman —supliqué. El monitor comenzó a pitar y lo miré deseando que se callara—. No quiero dormir, por favor. Soñar así tampoco puede ser bueno para mi recuperación.

—Cierra los ojos y trata de encontrar un sentido a tus sueños, fijate en los detalles. Te prometo que me mantendré junto a ti todo el tiempo que duermas —me dijo el Dr. Sierra al oído sin dejar de acariciar mi cabeza.

—¡No doctor, por favor! —supliqué de nuevo, pero la enfermera colocó la aguja en el catéter e introdujo el líquido...— Espere, un momento, ¡por favor! —supliqué mientras levantaba la otra mano, pero el doctor Sierra me la detuvo con fuerza. Entonces pregunté a contra reloj— ¿Cómo está Roberto?, ¿por qué no está aquí con ustedes? —ellos me miraron contrariados, algo frío entro por mi brazo y miré hacia la mano de la enfermera, la jeringa estaba vacía.

—Roberto también necesita tiempo para recuperarse... —las palabras del Dr. Sierra fueron desvaneciéndose y una calma invadió mi cuerpo. La mano del doctor Sierra sobre mi brazo perdió fuerza hasta que dejé de sentirla. Quería gritar que me despertaran, ya no quería soñar. *Estaba dentro de un coche que se movía a gran velocidad, frente a nosotros algo enorme caía, algo que hizo impacto con el automóvil. Grité asustada y por un momento perdí el conocimiento. Cuando*

abrí los ojos de nuevo me encontraba dentro del automóvil y mis piernas estaban atrapadas bajo el tablero del coche, no podía moverme. Miré hacia un lado y me encontré con un hombre mal herido. Entonces recordé el accidente con Roberto y comencé a llorar pidiendo a Dios porque él no muriera. De alguna manera me levanté y pude ver el rostro de mi compañero, fue muy extraño, no se trataba de Roberto, sino del doctor Trejo. Recordé que hacía unos momentos había hablado con él en el hospital y comprendí que sólo era otro mal sueño. Miré a los lados, todo estaba oscuro y callado, mi cuerpo no era pesado, podía volar, estaba volando, estaba cayendo y sentí miedo, cerré los ojos, pero un hombre me abrazó fuertemente por la cintura dándome seguridad, él me hablaba al oído y me sentí feliz, era Roberto quien me abrazaba, pero con otro aspecto.

Y así, continué brincando de sueño en sueño, de historia en historia y de Roberto en Roberto. El hombre que amaba moría de distintas maneras una y otra vez y yo también moría de vez en cuando. A veces siendo joven y otra siendo una anciana. En ese preciso momento me sentía cansada y vieja y comprendí que había llegado el momento de despedirme.

—Cálmese hermana Elena, le prometo averiguar el nombre del niño —susurró una enfermera. Le sonreí agradecida por su amabilidad, no era como las otras que me tiraban a loca. Aquella sensación de apoyo me hizo sentir tan bien que enseguida me vino un nombre a la cabeza.

—Es Salvador —respondí con la voz cansada—. Se llama Salvador. Tengo que encontrarlo, cuando me levante de ésta cama iré a buscarlo y nunca más me olvidaré del nombre. Salvador, Salvador...

En ese momento desperté, en mi mente todavía guardaba una pista, debía de buscar a un tal Salvador. Abrí los ojos y en esa ocasión pude ubicarme mejor en la realidad. Junto a mí, el Dr. Sierra permanecía sentado en una silla y parecía que dormía. Se veía cansado, él era un hombre ya viejo. Levanté la cabeza y la mano para tocarlo, entonces se despertó sobresaltado y se levantó.

—¿Doctor? —pregunté. El caminó hacia mí y me sonrió.

—Regina, qué bueno que despertaste. ¿Te sientes mejor?

—Necesito buscar a Salvador —le dije triunfante de poder recordar algo que en mis sueños nunca recordaba y siempre me atormentaba. El doctor miró hacia la puerta y sonrió entornando los ojos.

—¿Ahora?

—Lo más pronto posible —respondí.

—En este momento lo voy a buscar —respondió y salió de la habitación.

—¿A quién? —pregunté extrañada, pero no me escuchó. Entonces esperé impaciente a que regresara, seguramente no me había entendido bien.

TODOS TENEMOS UN SECRETO

Enero, 1973

—Hola —saludé a Salvador que se encontraba sentado en una banca en la facultad. El me daba la espalda. Al escuchar mi voz, movió la cabeza para mirarme por el rabillo del ojo.

—El sábado fui a buscarte para llevarte a almorzar. Me dijeron que no estabas —dijo sin reproche. Me senté a su lado, sin mirarlo.

—Perdóname —le pedí y acerqué mis dedos para rozar su mano. Exhalé y cerré los ojos mientras acomodaba mi cabeza en su hombro—. No tuve el valor de enfrentarte.

—¿Has cambiado de idea? —preguntó inclinando su rostro hacia mí. El olor de Salvador, fresco y dulce, me inundó.

—Perdóname —repetí con el corazón a mil por hora. Salvador movió la mano para apretar mis dedos.

—No quiero perderte —susurró.

—Quiero estar sola y pensar las cosas. Sin la presión de sentir que ya he tomado una decisión sobre nosotros. Necesito que te alejes.

—Julieta, me estás partiendo en dos —dijo por lo bajo. Exhalé de nuevo y tragué saliva.

—Salvador, yo... —guardé silencio y negué con la cabeza al no encontrar palabras para explicarme. Tenía dudas sobre nosotros, sobre nuestra posibilidad de hacernos felices. Por una parte, sacar todos mis prejuicios y llevarme los de la gente entre las patas, creer en él y confiar en esa decisión. Por otro lado, tenía miedo de adentrarme en un territorio desconocido, enfrentarme con monstruos que no conocía y fallar, de nuevo hacer mal las cosas. Entregarme al amor y salir herida.

—Te entiendo. Me alejaré si eso es lo que necesitas —él me besó la cabeza—. Cuando quieras, búscame —se levantó y caminó desgarbado. Con los hombros hacia adelante y la cabeza agachada. No miró hacia atrás. Verlo alejarse dolió.

Llegó el trece de enero, cumplí veintiséis años y no tuve ánimo de celebrar con nadie. Durante dos semanas lo evité. Pero la realidad es que estar lejos de él empeoraba las cosas, lo extrañaba y sufría mucho su ausencia. Me di cuenta que mi única solución era estar con él e intentarlo. Ya estaba decidida a llamarlo, cuando el sábado por la mañana mi madre me despertó alterada dando golpes en la puerta de mi habitación y diciendo que un muchacho había ido a verme.

—Es muy guapo y dice que se llama Salvador —dijo al otro lado de la puerta de mi habitación. De un brinco me levanté de la cama.

—Dile que me espere, ya bajo —respondí apresurada.

—¡Pero apúrate Julieta!, no lo hagas esperar mucho —dijo mi madre algo alterada. Me imagino su emoción, otro hombre pisaba mi casa preguntando por mí, todavía me quedaba una esperanza. Entré en la ducha y dejé que el agua todavía fría mojara mi cabeza y mi espalda. Salí del baño y me puse unos pantalones, una blusa de cuadros y una chaqueta de pana, me desenredé el cabello mojado y lo recogí con un prendedor. Luego me puse un poco de maquillaje sobre las mejillas y los labios. Cuando salí de mi habitación, mi madre me esperaba afuera y caminaba de un lado al otro del pasillo—. Has tardado mucho, no es bueno hacer esperar a los hombres, eso los espanta. Va a pensar que eres una holgazana —me criticaba. Entonces le eché una mirada matadora y enseguida cambió de tono—. No importa hija, lo bueno es que ya estás lista. Disfruta tu paseo y diviértete con él. Tiene muy buena cara, parece un buen muchacho. Luego me cuentas a qué se dedica —siseo mientras me miraba bajar por las escaleras.

Había pensado tanto en volver a verlo, que ahora la cordura comenzaba a desaparecer, y deseaba con todas mis fuerzas tenerlo cerca y poderle hablar. La puerta de entrada estaba abierta, salí y lo miré apoyado sobre su Jeep blanco mirando hacia mí. Vestía unos pantalones de mezclilla y un suéter negro que combinaba con sus lentes oscuros. El me sonrió y abrió la portezuela de automóvil para que suba. Luego subió de su lado y se puso en marcha.

—¿Al café? —preguntó al momento que elevaba una ceja, me derritió. Todo lo que había pensado antes acerca de mantenerlo sólo como amigo dejaba de tener sentido. Lo amaba, lo deseaba y quería que fuera mi novio. El dilema era si él me deseaba tanto como yo a él. Salvador tomó mi mano y la besó—. Te extrañé, es muy duro vivir sin ti —al escucharlo, mis ojos se llenaron de lágrimas y traté de sonreír—. ¿Por qué lloras? ¿Pasa algo malo? —preguntó con un brillo de tristeza en los ojos mientras pasaba sus dedos sobre mi mejilla.

—Yo también te he extrañado mucho. Me duele haberte pedido que te alejes. No te juzgo por tu pasado, pero tengo miedo —le expliqué y él colocó su mano sobre mi muslo y me dio un apretón. Luego pasé mi mano sobre su brazo y por el resto del camino permitimos que el silencio nos acompañara. Cuando nos sentamos a desayunar, esperamos que el mesero viniera para pedir la orden antes de comenzar a hablar.

—Julieta, perdóname si me precipité, hubiera querido darte más tiempo, pero necesitaba verte. Si tú todavía necesitas estar sola, te dejaré hasta que decidas lo contrario —se disculpó. Entonces sonreí y levanté mis manos para ponerlas sobre las suyas—. ¿Tomaste ya una decisión? —preguntó.

—No puedo estar lejos de ti, eso no sirve de nada. No sé qué pueda ser lo mejor para los dos, sólo sé que cuando no estoy contigo, sólo pienso en ti. Y cuando te veo, todas mis defensas bajan la guardia. Este sentimiento por ti me domina, es más fuerte que yo.

—Ya sé de qué hablas —dijo y miró hacia la nada por un par de minutos antes de continuar—. Pensé que quizá era injusto al pedirte que permanezcas conmigo, que quizá lo que te ofrezco es menos de lo que tú te mereces. A veces siento miedo de mí —me miró a la expectativa—, pero sólo pienso en ti, lo único quiero es tú compañía y cuando estoy contigo, quiero besarte, abrazarte, tocarte, saber lo que piensas, escucharte —tomó mi mano y la besó.

—¿A qué te refieres cuándo dices que tienes miedo de ti? —pregunté. El torció la boca y bajo la mirada evitando contestar—. Salvador, la verdad. Sólo quiero que me hables con la verdad.

—De prometerme algo y que luego no lo pueda cumplir, que no pueda hacerte feliz. Que no te responda cómo quisieras.

—Salvador, quiero que me hagas una promesa —él levantó las cejas esperando que continúe—. Que nunca dejaremos de ser amigos y si alguna vez sientes que estás volviendo a ser el mismo de antes, me lo dirás. Que lo que hay entre nosotros no acabe nuestra amistad.

—El hombre que fui ya no volverá. Pero te lo prometo, la verdad, ante todo —declaró. Después de haber comido, él se desparramó sobre su silla y sacó un cigarrillo.

—Nunca he fumado en mi vida —comenté.

—Es mejor —dijo y se me quedó mirando analíticamente—. ¿Por qué nunca lo has hecho?

—Mis padres creen que todo lo que causa vicio es pecaminoso —él levantó las cejas y sonrió.

—Y si nos hiciéramos novios, ¿qué pensarían si supieran de mí! —los dos reímos.

—Si fuéramos novios, ellos serían muy felices —respondí.

—¿Y tú? —preguntó mientras se inclinaba sobre la mesa, lo miré a través de las pestañas y sonreí.

—¡Más!, sería más feliz —respondí inclinándome más hacia él—. ¿Y tú? —pregunté.

—Me harías el hombre más afortunado del mundo —susurró inclinándose más para luego besar mis labios—. Quédate esta vez —dijo aún más débil. Entonces recordé la última vez que él había tratado de besarme y yo me había alejado para evitarlo. Cerré los ojos y nos besamos, esta vez no dude ni por un momento y disfruté de él. Continuamos aquel beso hasta que alguien desde la calle gritó su nombre y el claxon de un automóvil sonó. Los dos giramos la cabeza en busca de aquel grito. Su tío Gabriel y un hombre más estaban cruzando la calle en dirección a nosotros. Enseguida miré a Salvador esperando algún síntoma de incomodidad, pero no pareció afectarle. Gabriel sonreía y cuando llegó hasta nosotros le dio una palmada en el hombro a Salvador. Este se levantó de su asiento y les dio la mano a los dos. Yo también me levanté temblorosa y su primo me saludó con un beso en la mejilla.

—¡Julieta! —me dijo muy emotivo—, que gusto verte con él. Ya no lo soportaba en Aspen y ni qué decir de éstos últimos días. Sólo te pido que la próxima vez que vayas a desaparecer me avises antes —él se agachó para darme un codazo en el hombro y me cerró un ojo—, para que yo me escape contigo —Salvador le dio con el puño en el abdomen y luego lo abrazó por los hombros. Se veía feliz. Cuando dejó de reírse me presentó a su otro amigo, Julio César, quién me saludo con la mano.

—¿Van a desayunar? —les pregunté haciendo un gesto con la mano para que se sentaran con nosotros.

—Sólo venimos por un café —contestó Julio César, pero Gabriel me sonrió y se sentó a mi lado.

—Siéntate a platicar con Salvador y su novia —le dijo Gabriel y éste torció un poco la boca y se sentó también con nosotros. Me sentí feliz, y extraña, era la primera vez que escuchaba que hablaran de mí como su novia y ni siquiera lo éramos.

—Deberíamos de juntar otra mesa para los demás —sugirió Julio César después de haber cruzado unas palabras. En ese momento miré a Salvador, me ponía nerviosa la idea de que también viniera Guillermo. El se levantó de la mesa, me tomó del brazo para que me levantara y comenzó a despedirse. Con lo cual, Gabriel se mostró en desacuerdo.

—Pero me debes un café Julieta —me amenazó Gabriel.

—Claro. Otro día que no te hayas puesto de acuerdo con tus amigos —respondí y Gabriel se levantó para darme un beso de despedida.

—Otro día le llamo a Salvador para que nos veamos —dijo al despedirse y se inclinó hacia mi oído—, pero también deberías de conocer a los otros. Ellos mueren de ganas de conocerte.

—Ya déjala ir —se quejó Salvador apretando el hombro de su tío y Gabriel se rio mientras se

sentaba de nuevo.

Caminábamos hacia el jeep cuando un automóvil deportivo color azul oscuro estacionó delante de nosotros. Salvador me abrió la portezuela y mientras subía, vi que miraba de reojo hacia aquel coche. Cerró la puerta y caminó hacia sus amigos que ya se encontraban fuera del automóvil y caminaban en dirección a nosotros. Tres saludaron con un abrazo a Salvador y uno lo saludó con la mano, era Guillermo. Cuando Salvador subió en el coche se veía muy tranquilo. Él me miró sonriendo.

—¿Y ahora, a dónde vamos? —preguntó.

—Me gustaría ir a un lugar donde podamos estar solos.

—Si quieres podemos ir a mi departamento —sugirió. La idea me pareció estupenda.

Ya en su departamento, nos sentamos en el sofá donde habíamos estado antes. Todo parecía muy diferente a aquella vez, me sentía en paz y aceptaba la situación de Salvador. Creía en él y en su intención de ser un hombre distinto. Lo amaba, no me importaba su pasado y estaba dispuesta a hacer lo necesario porque siempre me amara. Es más, no borraría nada de él y agradecía todo lo que lo había hecho convertirse en el hombre que era. Salvador se inclinó hacia mí y me besó. Fue un beso tranquilo y breve, luego se alejó un poco y se quedó mirándome.

—Te tengo un regalo —dijo después de un ratito de silencio y se levantó del sofá—. Fue hacia la cocina, regresó con una caja grande y la colocó sobre mis piernas—. Ábrela —me pidió y se sentó a mi lado. La abrí lentamente. Dentro había un libro, lo saqué y leí: “Veinte poemas de amor y una canción desesperada”, Pablo Neruda. Sonreí y lo miré confundida. Me gustaba, pero en realidad sabía poco de la poesía de Neruda.

—¿Por qué? —le pregunté sorprendida.

—Porque me gustan sus poemas y quiero que te los aprendas —dijo con una sonrisa pícaro.

—Es mi mejor regalo de cumpleaños —anuncié complacida.

—¿De cumpleaños?, ¿cuándo es?

—Ya pasó —respondí encogiéndome de hombros—, fue el trece de enero —al escucharme apretó los labios y miró hacia el suelo.

—Y no estuve contigo —me miró con desgana. Negué con la cabeza y le sonreí.

—Pero ahora estás —Salvador se quedó callado unos instantes, abrió el libro y buscó un poema en especial.

—Puedo escribir los versos más tristes esta noche... —era el poema veinte de Neruda, el que más me gustaba. Después de escucharlo lo besé en la mejilla—. Apuesto que éste es tu favorito —anunció y yo simplemente reí.

—¿Tú tienes un autor favorito? —quise saber.

—Trata de adivinarlo —respondió divertido.

—No lo sé, podrías ser... ¿Federico García Lorca? —le dije a manera de broma ya que era comentado que el autor tenía una tendencia homosexual. Él bajó las cejas y apretó los labios conteniendo una sonrisa. Salvador exhaló y negó moviendo la cabeza.

—Dista mucho de serlo —respondió encogiéndose de hombros—. Mi obra favorita es una novela, aunque mi autor favorito, puede que sí sea poeta —sonrió levantando las cejas.

—García Lorca —insistí señalándolo con el índice. Salvador apretó los labios con el ceño fruncido mientras me miraba cuidando no mostrarse divertido. Su expresión me hizo reír.

—¿Qué te divierte Julieta? Además, déjame decirte que eres poco creativa.

—No. Ya de verdad —le pedí—, déjame pensar en otro —Salvador relajó la expresión y se cruzó de brazos en espera—. Hay otro autor que en particular me gusta mucho. Luis Cernuda, ¿lo conoces? —Salvador exhaló poniendo los ojos en blanco.

—¿En serio, Julieta? —preguntó divertido—. Pensé que serías más original en tus bromas — sugirió después de descruzar los brazos y apoyar la espalda en el respaldo del sofá.

—Es que de verdad me gusta Cernuda —respondí un poco apenada.

—No te mereces que te diga quien es mi favorito —dijo evitando mirarme y entonces se tiró sobre mí apresándome bajo su cuerpo y comenzó a hacerme cosquillas en los costados del abdomen—. ¿Te crees muy chistosa? ¡Pues te voy a hacer cosquillas hasta que lo adivines, de castigo! —gritó Salvador riendo.

—¡Para, por favor, para! —le suplicaba mientras reía. Y en mi risa también había lágrimas. Lágrimas de risa y de llanto. No me había burlado de él con malicia, pero me sentía culpable. Lloraba por la culpa y por aquella incertidumbre que debía de verla como un juego para reírme, quitándole así la importancia—. ¡Ya por favor! —supliqué. El dejó de hacerme cosquillas, pero me abrazó con fuerza para evitar que yo le hiciera lo mismo y miró mis ojos húmedos. Apretó los labios y con sus pulgares me limpió las lágrimas.

—¿Te he lastimado? —preguntó. Negué moviendo la cabeza. Él me besó en la frente—. Perdona, no fue mi intención.

—No, perdóname tú. Me pasé de graciosa.

—No me causó tanta gracia —me susurró al oído mientras me apretaba y me besó en la sien.

—A mí tampoco —confesé llorosa y le besé la mejilla—. ¿Me perdonas?

—Lo voy a pensar —respondió moviéndose para liberarme.

—Todavía es pronto —dije pensativa y me acomodé junto a él. Apoyé la cabeza sobre su hombro y metí los dedos entre los botones de su camisa para jugar con los vellitos de su pecho. Salvador tomó mi mano y me besó en los nudillos.

—Algún día, Julieta. Con el tiempo no tendrás que esforzarte por demostrarnos que es un pasado del que nos podemos reír —Salvador acarició la mejilla.

—Bueno ya dime, ¿cuál es tu obra favorita? —le pedí y lo besé en los labios, exactamente en la cicatriz del labio inferior, porque el hecho de besar sus heridas físicas me hacía sentir que le besaba las heridas del alma y así le daba consuelo.

—Te quedarás con la duda —contestó con una nota malévola y lo besé de nuevo.

—¿Y tú cumpleaños? —pregunté y me miró entrecerrando los ojos de manera analítica.

—El dieciocho de septiembre.

El resto del día y la tarde, nos quedamos en su departamento sin hacer nada trascendental. Simplemente disfrutando de nuestra compañía. Leímos mi libro nuevo y hablamos de obras, poemas y autores por largo tiempo. Para la cena preparamos una pasta y comimos en la sala mientras escuchábamos la radio. Cuando terminamos la cena él llevó los platos a la cocina y los lavó mientras yo lo miraba sentada a un lado del fregadero.

—¿Puedo pedirte algo? —pregunté cuando terminó de lavarlos.

—Dime.

—No me llesves a mi casa —él me miró con incredulidad —quiero dormir contigo.

—No —dijo de manera rotunda mirando hacia otro lado. El parecía consternado con mi propuesta.

—Sólo dormir, lo prometo. ¡Es que te extrañé mucho!, y la he pasado tan bien el día de hoy que no me quiero separar de ti —él negó con la cabeza, pero insistí—. ¡Por favor!

—No. Tus padres se van a preocupar.

—Les llamo y les digo que me quedo con una amiga. Además, ya no estoy en edad de pedir permiso.

—No —negó de nuevo mientras me miraba con el ceño fruncido—, ¿quieres sumar puntos en

mi contra? A tus padres no les gustaría si se enteraran, creo que ya suficiente tengo con mi pasado.

—Te prometo que no te voy a permitir que me beses en toda la noche. Es una promesa, lo juro —pedí besando la cruz con mis dedos.

—¿Crees que te voy a estar pidiendo permiso para besarte?

—¡Por favor! —supliqué y Salvador resopló algo exasperado, mas no molesto.

—Bueno, pero yo duermo en el sofá y tú en mi cuarto.

—¡Salvador! —le grité frustrada.

—Sólo así te puedes quedar, es mi condición —me dijo esquivando mi mirada. Sabía que no lo haría cambiar de idea, así que acepté el acuerdo. Llamé a mi casa diciendo que me quedaba a dormir en casa de Isabel por qué teníamos un examen que estudiar y como ya había hecho esto antes, mi madre aceptó sin dudar. Salvador entró en su habitación mientras yo hacía la llamada y después de colgar me senté en el sofá a esperarlo.

—¡Julieta ven! —me llamó desde su habitación. Enseguida me levanté, estaba algo nerviosa cuando entré en ella. Salvador me esperaba con un disco de acetato en la mano— ¿Quieres escuchar la música que me gusta?

—Me encantaría —respondí y me senté en la orilla de la cama.

—Este es mi closet y aquí hay algunos pijamas. Puedes tomar lo que quieras para dormir cómoda, mientras yo voy por algo a la cocina —ofreció y salió de la habitación. Me levanté y busqué entre su ropa unos pants para ponerme en vez de los pantalones de mezclilla. Pero todo estaba demasiado grande, así que decidí tomar unos boxers y la camisa de pijama más larga que había. Cuando regresó Salvador, tocó a la puerta sin intentar mover la manija. Le abrí y entró con una cerveza en cada mano. Colocó el disco y nos acomodamos sobre su cama. Cuando las cervezas se terminaron fue por dos más y luego otra ronda más. En un descuido me tiré sobre él e intenté hacerle cosquillas.

—¿Ah sí? —me dijo abrazándome y me tumbó sobre la cama, luego se sentó sobre mis piernas para inmovilizarme. Tomé una almohada y la lancé hacia él dándole en la cara y cuando intentó tomar una de mis manos le di de nuevo con la almohada. Hicimos guerra de almohadas en la cama y nos reímos mucho. Cuando por fin nos pudimos calmar nos echamos boca arriba sobre la cama por unos minutos mientras reíamos. Salvador salió de la habitación y regresó con dos vasos de ron con cola.

—¿Hace cuánto que vives aquí? —pregunté en cuanto se sentó junto a mí. El frunció la boca y miró hacia arriba.

—Hace... ocho años.

—¿Siempre has vivido solo? —continué con mi interrogatorio. El levantó las cejas, se levantó y caminó hacia la cómoda frente a su cama, sacó un cigarro y lo encendió. Enseguida abrió una ventana y fumó ahí parado.

—Después de vivir con Gabriel, me pasé a éste departamento, prácticamente he vivido solo aquí —respondió.

—¿Prácticamente?, es decir que no siempre —pregunté.

—Julieta, ¿hay algo que quieras saber? —él se encogió de hombros y frunció las cejas—. Puedes preguntarme directamente lo que quieras. Habrá cosas que te cuente sin importarme y algunas me será más difícil decirte. A veces te van a gustar mis respuestas, y otras, puedo apostar que no —dijo con la voz ronca y seca y mirándome directamente. Sabíamos de qué estábamos hablando, y aunque sentía mucha curiosidad por su vida, era obvio que si investigaba iba a encontrar cosas que me podían incomodar. A veces es mejor no saber.

—No. Bueno, sí. Siento mucha curiosidad ¿Te molesta hablar de tu vida íntima? —pregunté.

—Más que molestarte, hay cosas de las que me incomoda hablar, y más si es contigo —me explicó y le sonreí un poco apenada tratando de disculparme—. Pero también entiendo tu curiosidad —respiró profundo y se sentó junto a mí—. Trataré de ser sincero en lo que quieras saber, aunque hay cosas de mi vida que me gustaría cambiar.

—A mí me gustas así cómo eres, si cambiaras algo, quizá serías diferente al Salvador del que me enamoré —él me miró con ternura y acarició mi mejilla con el dorso de su mano.

—Aunque diferente, no te querría menos —dijo y luego terminó su bebida.

—¿Puedes decirme qué hubieras querido cambiar? —le pregunté y él me miró pensativo.

—La relación entre mis padres, esa sería la primera cosa. Siempre fue estresante, cuando era niño ellos peleaban todo el día —miró hacia el frente y siguió hablando—. Mi relación con ellos, la segunda.

—¿Todavía no te llevas bien con ellos? —Salvador hizo un movimiento de cejas al escucharme. Apagó su cigarro y se sentó a mi lado.

—Con mi padre es difícil, él todavía no... —unos segundos se mantuvo en silencio y luego me miró— nunca me ha aceptado. Es un hombre muy duro y en el momento que más lo necesité, no podíamos ni hablar, sólo peleábamos y hasta se negó a verme por muchos años. Económicamente me dio la espalda. Julieta, me las vi negras y si no hubiese llegado Gabriel con su apoyo en todos los sentidos, quizá ahora viviría en la calle —Salvador tragó saliva y exhaló—. Pero este último año, mi padre y yo hemos hablado por teléfono un par de veces y mis hermanos me dicen que él quiere arreglar las cosas conmigo.

—¿Tú también quieres? —pregunté y Salvador levantó los hombros con resignación y bajó la mirada.

—Si se pudiera. Pero no sé —dudó—. Mi padre ha tenido que aprender a la mala al igual que yo. Además, creo que yo también le falle cuando él más me necesitó —respondió como disculpando sus ganas de arreglar las cosas con él.

—¿Y la relación con tu madre? —él rio con cierto sarcasmo al escucharme.

—Con mi madre todo es diferente —Salvador inspiró y su mirada se perdió en el vacío. Entonces sonrió y otra vez me miró—, ella tiene otra vida, otro esposo y otros hijos. No sé si fue la culpa la que hizo que se alejara tanto o de plano nos dejó de querer, pero se volvió un extraño para nosotros. No es lo natural que una madre abandone a sus hijos como ella lo hizo —luego sonrió y bajó la mirada. Las palabras de Salvador me hirieron en lo más profundo de mi ser. Tocaron una herida tapada que nunca había cerrado, que nunca había sido curada. Aquella mancha en mi pasado de la que nadie sabía y nadie hablaba. Por un momento me perdí de la plática, me sentí mareada. ¿Me seguiría queriendo después de saber que alguna vez también yo fallé como madre?

—¿Algún día perdonarás a tu madre? —pregunté angustiada.

—¿Perdonarla? —preguntó con una mueca de asco—. Fue ella la única persona a la que no me dolió haber lastimado.

—No puedo creer que tú te sientas a gusto lastimando a alguien, Salvador —le dije después de tragar saliva. El hizo una mueca con la boca y arrugó la nariz, luego tomó mi vaso y se terminó lo que quedaba de mi bebida.

—Sólo a ella —dijo sin remordimiento y me miró a través de las pestañas—. En cambio, tu... no puedo creer que una mujer pueda darme tanta felicidad —dijo mientras pasaba el dedo sobre mis labios y miraba mi boca.

—En el fondo quizá todas somos iguales —respondí moviendo el rostro para alejar mis labios de su dedo.

—No lo creo Julieta. Ella dista mucho de ser la persona que tú eres —aquella afirmación me enojó demasiado. Porque me hizo sentir culpable. No por guardarle aquella verdad que me carcomía, sino porque sabía que entre su madre y yo había una brecha corta. Había sido tan cobarde como su madre y ya sabía lo que Salvador pensaría de mí después de saberlo.

—Todos cometemos errores. A veces la situación rebasa nuestras capacidades y dejamos que sean otros los que decidan por nosotros —susurré y guardé silencio. Me dolía la garganta y había comenzado a lagrimar. Salvador bajó el rostro y me miró llorar.

—¿De qué hablas, Jul?

—Hemos hablado de ti y de tu vida. Ahora me toca a mí hablar y a ti decidir por nosotros después de escucharme —Salvador inspiró profundamente para luego dejar caer los hombros.

—Para mí no es importante tu pasado. Lo único que necesito saber es que también me amas y nunca dejaré de quererte —dijo acariciándome la mejilla. Negué con la cabeza y lo tomé de la muñeca para retirar su mano.

—Tenía diecisiete años —dije con la mirada perdida—, me había enamorado del hombre perfecto. Era la primera vez que tenía la aprobación de mi madre y perderlo a él significaba volver a caer ante los ojos de mi familia. Mario me presiono, él quería que hiciéramos el amor.

—¡Estúpido! —susurró.

—Fue culpa mía. No debí haber cedido.

—Ya paso Julieta. A mí no me importa que hayas estado con otro —Salvador jaló de mi brazo para abrazarme, pero me zafé de él.

—Espera —pedí colocando la mano sobre su pecho—. Un día vino y me dijo que ya no me quería —continué con mi relato—, terminamos. Mi madre estaba desesperada, insistía en que analizara en qué había fallado, ella quería que regresáramos. Pasaron dos meses. Me sentía muy mal. Estaba débil, había perdido varios kilos y las últimas semanas me había dado por vomitar. Mi madre decidió llevarme al doctor. Después de revisarme me envió unos análisis y pidió que regresara a verlo con los resultados —reí con pesar recordando aquellos días—. Entre los análisis que debía practicarle, había una prueba de embarazo —después de decir esto miré a Salvador a la cara. El se había puesto tenso y me miraba asustado. Cerré los ojos y lloré avergonzada—. Mi madre se sintió ofendida cuando supo de qué era esa prueba, pero yo sabía que era la correcta. Los dos últimos meses me había saltado la regla. La duda me había mortificado semanas antes de tener la prueba en mis manos.

—Julieta, mi amor... —Salvador repitió mi nombre desanimado. Tenía la cara pálida y los labios blancos. No dijo más, se levantó y encendió otro cigarrillo. Esperó a que calmara mi llanto para continuar.

—Antes de enseñarle a mi madre el resultado positivo de la prueba de embarazo, fui a buscar a Mario. Era su hijo también. Sabía que si llegaba con él a casa y les decía a mis padres que nos casaríamos, el error del embarazo perdería un poco de importancia —Salvador asintió con la cabeza, apagó el cigarrillo y se sentó en la cama—. Pero Mario no aceptó al bebé —bajé la mirada y continué—, dijo que había pasado ya tres meses de la última vez que habíamos tenido relaciones y que el niño podía ser de cualquier otro. El ya tenía otra novia, me dijo que la quería y que no la dejaría. Pensé en no insistir. El matrimonio estaba fuera de lugar.

—¿Qué hiciste entonces?

—Fui con mis padres y les enseñé la prueba —lo miré y tragué.

—¿Cómo lo tomaron?

—Mi madre me abofeteó primero. Me golpeó en la cara una y otra vez —aunque lloraba, reí al recordarlo—, mientras mi padre le gritaba: ¡Está embarazada!, ¡ya no le pegues porque está

embarazada! —Salvador rio conmigo—. Me golpeó hasta partirme el labio —al escucharme dejó de reír y se acercó más para abrazarme.

—Pobre mi amor —me besó la cabeza—, hubiera querido que el niño fuera mío. Me hubiera casado, te hubiera cuidado y jamás hubiera permitido que alguien te ponga un dedo encima.

—Todavía falta lo peor —dije apartándome de su abrazo. Salvador apretó los labios y me miró en espera—. Cuando mi madre me preguntó de quien era el niño, le dije que no estaba segura, que no sabía.

—¡Fu! —exhaló—, te la pusiste peor. ¿Por qué escondiste la verdad?

—De haberles dicho que era de Mario, habrían armado una revolución hasta conseguir que se casara conmigo y un marido por obligación era lo que menos quería. Mi madre decidió lo que se haría. Como yo me sentía tan avergonzada, ni siquiera cuestioné sus decisiones. La culpa era demasiado grande. Ellos me llevaron a un convento en Tepoztlán. Era un pueblito apartado donde no conocía a nadie. Allí continuaría con mi embarazo y después de dar a luz regresaría al Distrito con mi familia. A los familiares y amigos cercanos, les dijeron que estaba tan deprimida por mi rompimiento con Mario, que me habían tenido que llevar a un lugar especializado donde me ayudarían a superar la depresión. Ni siquiera mis hermanas supieron la verdad nunca... Aún no lo saben —Salvador me miró atónito con los ojos abiertos y el pecho inflado.

—¿Y qué pasó con el bebé? —preguntó.

—Lo entregué en adopción —respondí con voz seca y el rostro encogido.

—¿Lo qué?! —dijo horrorizado.

—Fue idea de mi madre —respondí desesperada—. Ella dijo que estaba muy joven para crecer a un niño sola. Que sólo podía regresar a vivir a la casa si hacía todo lo que ella quería, pero que si insistía en conservar al niño, debía de buscar trabajo y un lugar donde pudiera vivir con él. Decía que si se sabía que tenía un hijo natural y sin padre, nunca nadie me querría para casarse. Que arruinaría mi vida y de paso también la reputación de mis hermanas. Que ella misma no podría con la vergüenza que le causaría —entonces rompí en llanto. Llena de rabia e impotencia—. Fui una estúpida Salvador. Una cobarde que no supo pelear por su propio hijo —mientras hablaba lloraba desconsolada, moviendo los hombros y balanceando mi cuerpo. Salvador me abrazó acunándome en sus brazos y se meció conmigo—. No me dejaron verlo cuando nació. Enseguida se lo llevaron para limpiarlo.

—¿Era un varón?

—No lo sé. Sólo pude escuchar su llanto. Es lo único que conocí de mi hijo —él exhaló.

—¿Recuerdas qué día nació?

—Dos de julio.

—¿Nunca lo has buscado? —preguntó. Negué con la cabeza—. Te prometo que te ayudaré Julieta. Juntos vamos a averiguar a dónde fue a parar ese niño. Lo conocerás. Antes de haber muerto, prometo que encontraré a tu hijo —trataba de consolarme Salvador. Buscar a mi niño era una posibilidad que nunca me había planteado. Aun así, había firmado papeles y renunciado a él. Probablemente nunca lo podría recuperar. Pero la idea de conocerlo, aunque él a mí no y de saber que estaba bien y que era un niño amado, me tranquilizaba un poco.

—Salvador, ¿todavía me quieres?

—¿Por qué no habría de quererte?

—Porqué también he sido una mala madre —él analizó mi rostro por un momento.

—Te arrebataron la posibilidad de ser una buena. Eras muy joven, estabas llena de culpa y miedo. No puedo juzgarte por ello. No puedo juzgarte por nada. Yo menos que nadie puedo juzgar a la gente.

—Pero al menos tú no fuiste cobarde y defendiste a tu gente, aunque con eso te llevaras entre las patas.

—Te amo Julieta. Y después de lo que me has contado no te amo menos. Lo peor que puedo sentir sobre esto es la rabia de no haber estado a tu lado.

—Tu madre también debió de haber vivido un infierno antes de haberlos dejado —Salvador cambió aquella expresión compasiva por una de enojo y se mordió el labio inferior—. ¿Todavía la juzgas a ella?

—Ella es mi madre y me abandonó. No puedo dispensarla, Julieta.

—Estás siendo injusto.

—Si algún día encontramos a tu hijo y tienes el valor de mirarlo a la cara y contarle la historia que a mí me has contado, ahí tendrás a tu juez —Salvador me abrazó con más fuerza—. Si él o ella te perdona y te acepta me habrá dado una lección sobre el perdón a una madre. Si te rechaza lo comprenderé. Entonces estaré a tu lado para reconfortarte y animarte a no perder las esperanzas de que algún día te perdonará.

—Así como yo guardo la esperanza de que algún día te reconcilies con tu madre —susurré.

—Dejemos ya el tema de mi madre. Normalmente me pone de mal humor —se quejó. En algún momento nos quedamos dormidos en su cama, mientras me abrazaba y llenaba de promesas que aliviaran mi dolor.

EL DESPERTAR

—Ya viene —entró diciendo el doctor Sierra en mi habitación—, estaba por irse, pero lo pude alcanzar.

—¿Cómo?, ¿de qué habla doctor? —pregunté sin comprender.

—Fui a buscar a Salvador, entendí que querías hablar con él —respondió confundido.

—¿A Salvador? —susurré confundida. No recordaba conocer a alguien que se llamara así, sino que era sólo el recuerdo de un sueño que me atormentaba. Por un momento dudé si estaba soñando de nuevo. Miré alrededor de la habitación, la ventana, la lámpara en la mesa de noche, el suero y el monitor, ésta era la realidad. ¿Por qué comprendía el Dr. Sierra que debía de buscar a Salvador? Ni siquiera yo sabía quién era ese tal Salvador. En eso escuché unos golpes al otro lado de la puerta y ésta se abrió.

—Pasa Salvador, Regina quiere verte —por unos segundos miré al doctor algo dudosa. Entonces la puerta se abrió por completo y apareció el doctor Trejo. Entonces miré detrás de él en espera de que entrara Salvador, pero Trejo cerró la puerta tras de él. Miré hacia el doctor Sierra desorientada. El me guiñó el ojo y me llevé las manos al rostro tratando de ubicar mis ideas, mis sueños y mi realidad.

—¿Qué puedo hacer por ti? —me preguntó el doctor Trejo.

—Me siento confundida —le dije llorando. El doctor Sierra caminó hacia mí y se inclinó para hablarme.

—Es normal después de tanto tiempo inconsciente. Pero no te desesperes, aquí estamos para ayudarte. ¿Para qué necesitabas hablar con el doctor Trejo? —preguntó—. El también quiere ayudarte.

—Yo dije que buscaba a Salvador —corregí mirando hacia el doctor Trejo—, lo que sucede es que en mis sueños busco a alguien que se llama Salvador y no conozco a nadie con ese nombre.

—Regina, te presento al doctor Juan Salvador Trejo —anunció el doctor Sierra.

—Yo no sabía que tu nombre fuera Salvador —dije apenada.

—Todos me llaman por mi apellido —reconoció el doctor Trejo. Recordé que para asuntos de la facultad, siempre había leído Juan S. Trejo. y nunca tuve la curiosidad de saber su segundo nombre.

—Quizá ya lo habías escuchado, pero no le habías puesto atención —intervino el doctor Sierra— Entonces, ¿necesitas que llamemos a alguien más?

—No, sólo fue un sueño —insistí—. De esos que se repiten una y otra vez. Estaba desesperada y decía que debía de buscar a Salvador, pero las veces anteriores olvidaba el nombre y ésta vez no sucedió cuando desperté —expliqué al doctor Sierra mirándolo a los ojos—. Aunque no conozco a nadie con ese nombre.

—¿Qué sucede? ¿Sueñas? —pregunto el doctor Salvador Trejo. El doctor Sierra y yo nos miramos sin contestar y luego negamos con la cabeza—. ¿Te sientes mejor? —preguntó.

—Ahora sí. A veces un poco confundida, pero creo que estoy mejorando —luego me dirigí al doctor Sierra—, ¿hasta cuándo voy a estar aquí? ¿Cómo está Roberto?

—El tuvo varios golpes, su cuerpo quedó atrapado dentro del coche, hubo que usar una sierra para poder sacarlo de ahí.

—¿Pero está bien? —lo tomé por el brazo y supliqué —Por favor, ¡Díganme si está bien! ¿Por

qué no lo he visto en todo éste tiempo?

—Roberto está bien, pero tuvo una fractura muy aparatosa y está en reposo, todavía no puede caminar —Contestó el Dr. Trejo.

—¿Pueden llevarme con él?, necesito verlo —les pedí y de pronto comencé a sentirme muy angustiada. Como ráfagas borrosas, pasaban por mi cabeza los recuerdos en los que yo veía en mis sueños a Roberto sufriendo de diferentes maneras y un frío me heló la sangre—. ¿Dónde está mi celular?, lo voy a llamar —les dije tratando de sentarme. El Dr. Sierra camino hacia una mesita y tomó mi teléfono celular.

—No tienes de qué preocuparte, él está bien, está en su casa —me dijo después de entregarme el teléfono. Entonces marqué su número de celular, pero no contestó.

—Regina, Bernardo ha venido casi todos los días, él está muy preocupado por ti, ¿sabes de quién hablo? —dijo el doctor Sierra y respiré con pesar.

—Mi novio —confesé y bajé la mirada.

—El se tuvo que ir, pero me encargo que te comunique con él apenas despiertes. ¿Quisieras hablar con él también? —aquella pregunta me sofocó. No quería hablar con Bernardo, en todo ese tiempo no había pensado en él, necesitaba terminar con nuestra relación, pero hablar con él en ese momento era la idea menos atractiva.

—Gracias por avisar, más tarde le voy a llamar —contesté. Durante un tiempo dejamos de platicar, una enfermera entró y ellos salieron para que me pudiera examinar, me quitó la sonda y otros aparatos que llevaba conectados al cuerpo, luego me sugirió que sería mejor que comenzara a pararme y tratara de caminar. Amablemente se ofreció a ayudarme y con un poco de esfuerzo me levanté y moví las piernas, pero éstas no pudieron sostener mi peso. Mi cuerpo se sentía engarrotado y a duras penas pude acomodarme en el sofá junto a la cama. Cuando la enfermera salió de mi habitación tomé mi celular y comencé a leer los mensajes en mis redes, ya no quería estar acostada y menos quería dormir. Media hora después de haberme quedado sola llegaron mis padres, ellos me abrazaron y besaron. Tenían lágrimas en los ojos y estaban felices de verme despierta.

—¡Hija, hemos estado tan preocupados por ti! Todos los días venía y te hablaba, pero nada te hacía despertar. Menos mal que ya todo está volviendo a la normalidad —me dijo mi madre. Ella me abrazó de nuevo y continuó hablando—, El doctor dice que, si sigues así, vas a poder salir en dos días, ya no puedo esperar para llevarte a casa, te hemos extrañado mucho —le sonreí y evité poner objeciones al respecto, en aquellos momentos lo que más me importaba era saber cómo estaba Roberto y en cuanto pudiera salir de allí lo primero que haría sería ir a verlo, y si él me necesitaba no me iría del D.F.

El resto del día estuve acompañada de mis padres, ellos me contaron las novedades y lo sucedido en las dos semanas que estuve ausente. Como era de esperarse me hablaron de Bernardo y de cómo había sufrido al verme en aquel estado.

—Hija, eres muy afortunada de tener un hombre como él a tu lado. El está muy enamorado de ti, espero que ya pronto se casen —yo no quise contradecirlos en nada, Bernardo siempre había sido maravilloso conmigo y con toda mi familia. El era un buen hombre y la mujer que se casara con él sería muy afortunada, pero, definitivamente esa no sería yo. Ya entrada la tarde, me convencí de hablarle.

—¿Bernardo?

—¿Regina?, ¿Eres tú mi amor? —preguntó entusiasmado. Oír su voz no fue tan malo como pensaba.

—Si, yo —respondí con timidez.

—¡Pero qué buena noticia! No puedo creer que ya estés despierta, no sabes lo que han sido éstas semanas Regi. Te amo. Te extraño. Este tiempo me ha servido para darme cuenta lo importante que eres en mi vida. Nena no sé lo que haría sin ti —escucharlo me dejó sin palabras y en ese instante me quise morir—. ¿Regi?

—Si —titubeé—, si, aquí estoy. Sólo que no me siento bien. Tengo mucho sueño y la cabeza me está matando —mentí—, no puedo hablar mucho. Sólo te quería avisar que había despertado.

—Si. Es mejor que descanses mi amor —dijo ya calmado—, ¿me hablarás cuando te sientas mejor?

—Seguro, te llamaré entonces. Te quiero —respondí sintiendo mucha culpa y por un momento, hasta dude si terminar con él sería lo correcto.

Ya era de noche cuando me despedí de mis padres que me prometieron regresar al día siguiente. Apenas salieron de la habitación tomé mi teléfono celular y le llamé a Roberto, había ansiado ese momento a solas para poder hablar con él, durante todo el día.

—¿Bueno? —fue una mujer la que contestó el teléfono. Apreté los labios un poco molesta—. ¿Diga?

—Disculpe, busco a Roberto. ¿Es éste su celular?

—Si, éste es su celular. Voy a ver si todavía está despierto. ¿Quién le llama? —preguntó.

—Regina, habla Regina —respondí. Hubo un momento de silencio y enseguida contestó él.

—¡Regina!, hola Regina ¿cómo estás? —preguntó notoriamente contento.

—¿Cómo estás tú?, me dijeron que estabas en reposo, que te habías lastimado en el accidente... Y yo, sin poder salir de aquí —me lamenté y mi voz se quebró, hablar con él me había hecho recordar cuanto lo amaba y lo necesario que se había vuelto en mi vida—. Te extraño... quiero verte.

—Yo también te he extrañado mucho. Pero no te pongas así, te prometo que voy a hacer lo posible por ir a verte mañana —trató de consolarme—. ¿Cuéntame cómo despertaste? ¿Desde qué hora?

—Fue muy extraño cuando desperté. Te lo contaré cuando nos veamos. Hace horas, pero esperé hasta estar sola para llamarte. ¡Hay tanto que quiero contarte! —suspiré y comencé a llorar, al escucharlo había recordado todas aquellas historias que tanto me habían atormentado durante todo ese tiempo. Me sentía sola, lo sentía lejano a mí, hubiera querido regresar el tiempo hasta antes del día del accidente. Una angustia en mi pecho me ahogaba, no sabía por qué pasaba eso, pero no me sentía tan feliz como antes.

—Ya Reg, no llores. Mañana podremos vernos y me contarás.

—Tengo miedo, me haces mucha falta. Todo ese tiempo dormida... —le dije llorando. Entonces Roberto pareció comprender mi temor.

—¿Has estado soñando? —preguntó.

—Todo el tiempo —respondí.

—¿Por eso estás angustiada?, ¿qué has soñado?, puedes contármelo por aquí.

—Han sido muchas cosas y ahora que es de noche, tengo miedo de volver a soñar.

—Regina, no quiero que te sientas mal, dime, ¿qué quieres que haga? Voy a verte en éste momento.

—No Roberto, ya es tarde. Además, necesitas recuperarte, es sólo que me siento angustiada. Tantos sueños y todo este tiempo desconectada del mundo. Pero no te preocupes por mí, yo estaré bien —traté de persuadirlo para que se quedase en casa. Me acosté en la cama y puse algo de música, mi repentino despertar me había agotado, pero temía quedarme dormida y soñar y volver a quedar atrapada en la negrura de mis sueños. No supe en que momento me quedé dormida, había

comenzado a soñar cuando alguien tocó a la puerta de mi habitación y me despertó. En un principio no reconocí el sonido que me había despertado, pero después de un momento, alguien volvió a tocar a la puerta y en seguida, ésta se abrió. Cuando vi la sombra de un hombre, traté de incorporarme en la cama, aunque todavía estaba algo atontada.

—Regina —susurró—, perdón por venir a esta hora, pero no pude esperar hasta mañana —su inconfundible voz, fue aquella vez, el sonido más hermoso que hubiera escuchado en días. De un brinco y me levanté de la cama para abrazarlo, pero me tambaleé y él caminó hacia mí trabajosamente con las muletas para ayudarme y evitar que cayera. Entonces nos abrazamos y me besó en los labios. Luego me ayudó a acomodarme en la cama y se sentó a mi lado, subiendo la pierna enyesada sobre mi cama. Vestía unos pants rotos para poder meter la pierna con el yeso, un suéter y llevaba cuello ortopédico. También tenía dos dedos de la mano izquierda vendados, unos puntos sobre la ceja y dos moretones en la cara, uno junto a la boca y otro en el pómulo, justo debajo del ojo. En cuanto se acomodó en la cama, acomodé mi cabeza sobre su pecho e inspiré su olor, lo abracé y comencé a llorar. No entendía lo que me pasaba, pero me sentía muy melancólica y un dolor en el pecho me oprimía el corazón. Roberto no preguntó la razón de mi llanto, sólo me abrazó fuertemente. A veces me besaba la frente y otras me acariciaba el brazo o la espalda mientras yo lloraba, y así me quedé dormida.

Enseguida volvieron mis sueños y aunque no todos fueron pesadillas, una sensación general de angustia me atormentaba. Poco antes de despertar, tuve un sueño nuevo y muy significativo, *caminaba por las calles de un pequeño pueblito, rápidamente pude reconocerlas porque ya había estado antes allí, en otros sueños y también durante mi vida, se trataba de Tepoztlán. Llegué hasta las puertas del mismo local donde aquel anciano me había dicho meses atrás que podría encontrarlo y llamé a la puerta. Un hombre me abrió y en cuanto me vio me abrazó como si me conociera de siempre.*

—Es bueno saber de ti, a veces dejas que pase mucho tiempo... —el hombre que hablaba, era aquel anciano que me habló en el puesto de aretes y cuarzos, pero mucho más joven. En ese momento, yo abrí una pequeña maleta y de ella, saqué una bolsa de plástico que contenía cientos de hojas sueltas, escritas a mano— *¿Qué es eso?* —preguntó el hombre mientras sacaba de la bolsa unas hojas y las observaba.

—Son mis sueños, he escrito todo lo que recuerdo. *Quiero que me ayudes a ponerlos en orden —le expliqué. El me sonrió y tomó la bolsa de hojas. Entramos en su casa y sacamos todos los papeles. Poco a poco, la cara de aquel hombre se fue deformando y me levanté para tratar de ayudarlo, tomé sus brazos, pero éstos también ya se habían deformado. El hombre había encogido hasta convertirse en un niño enfermo, con la mirada ausente y los brazos y piernas retorcidos. Salté ante el impacto de verlo deformarse y encoger en mis manos y sin querer lo solté, antes de que su cuerpo cayera desperté.*

Todavía era de noche. Levanté la cabeza y miré a Roberto que dormía junto a mí. Su presencia me dio paz y lo amé más al recordar el esfuerzo que había hecho en llegar para acompañarme. Me sentía muy afortunada de estar con él y mientras lo observaba mi mente voló hacia otros tiempos, recordando todos aquellos sueños de épocas pasadas. Luego pensé en mi último sueño, la idea de escribir mis sueños y tratar de unirlos con otros no era mala; claramente podía ver que muchos de ellos eran parte de una misma historia. Quizá eso era lo que debía de hacer, escribir todo y ordenarlo, crear una secuencia y ver hasta donde llegaba.

Luego recordé las palabras de aquel viejo, él me había advertido que recibiría una propuesta; si hacía un intento por creer en sus palabras podía encontrar que muchas cosas encajaban. En un principio, atribuí que aquella propuesta se refería a que Bernardo me había pedido matrimonio,

pero en ese momento pude ver las cosas más claras, la propuesta a la que él se refería debía de ser la que me había hecho el Dr. Trejo, en la que me pedía que los ayudara con su proyecto del libro, fue así como conocí a Roberto. De no haber aceptado aquella propuesta, él no sería nada en mi vida y yo no estaría metida en un hospital pensando en un hombre que no era Bernardo. Como el viejo dijo, al aceptar la propuesta, mi vida había cambiado de manera inesperada. Aquel anciano también mencionaba mis sueños y me decía que debí de ser fuerte y mantener mi espíritu a flote, y eso es lo que hacía en aquellos momentos, flotaba dentro de un océano de recuerdos y sueños que ni siquiera eran míos. Y luego, está éste último sueño, en el que le entregaba unos apuntes de mis sueños a aquel anciano. ¿Qué podría saber él de mí? ¿Cómo adivinar que mis pesadillas me atormentaban? En el punto en el que me encontraba me sentía desesperada, quizá si regresaba con aquel hombre podría encontrar alguna ayuda. El me había dicho que regrese si lo necesitaba y hasta me había dado su tarjeta, nada perdía con intentarlo, en cuanto me recuperara debía ir a buscarlo a Tepoztlán.

RESISTIENDO

Enero, 1973

Abrí los ojos desorientada. Toda la noche había soñado con hijos que me eran arrebatados, niños que me decían mamá y me tendían los brazos, y el llanto, aquel llanto extraño como el aullido de un gato, aquella única cosa que había conocido de mi hijo. No estaba en mi habitación sino en la de Salvador. Era de día, pero él seguía dormido a mi lado. La noche anterior habíamos bebido y platicado hasta el amanecer. Salí de la cama para ir al baño, me lavé la cara e hice buches con el enjuague bucal de Salvador. La recámara estaba hecha un desastre, levanté algunas cosas del piso, llevé los vasos a la cocina e hice algo de limpieza ahí. En el reloj pude ver que ya eran las dos de la tarde. Busqué algo en la cocina que pudiera comer, me conformé con una manzana. Cuando regresé a la recámara, él continuaba dormido. Me envolví en una sábana y me acosté a su lado, de nuevo me dormí. Supongo que en algún momento Salvador trató de despertarme porque recuerdo que me llamaba, pero me era imposible abrir los ojos, así que dejó de insistir. Soñé algo relacionado con la escuela, caminaba por los pasillos y la gente me miraba, llevaba puesta la playera gris de Salvador, estaba toda llena de huecos y se veían mis piernas desnudas, solo llevaba ropa interior. Entonces apareció Salvador, tenía la cara manchada de sangre y me dijo: “Ya es hora Julieta, me voy”, entonces me puse a llorar desesperada, suponiendo que se despedía para siempre. Me desperté llena de angustia llorando, el cuarto donde me encontraba estaba oscuro y había una lámpara encendida sobre la mesa de noche, junto a ella estaba una nota de Salvador, la tomé y leí.

Amor, traté de despertarte, pero estabas tan dormida que desistí. Me tuve que ir, hoy comienzo mis guardias en el hospital, nos vemos mañana en la escuela. Te amo. Salvador

Me levanté y miré mi reloj, eran las cinco de la tarde. Salí de la cama de un brinco, se me había hecho demasiado tarde. Me puse mi ropa, tomé mi bolsa y salí del edificio en busca de un taxi. En el camino pensaba en la excusa que les daría a mis padres por haber regresado a esas horas y en esas fachas. Cuando llegué a casa todos se encontraban sentados en la sala y mi madre estaba un poco alarmada por mi ausencia durante la comida familiar del domingo.

—¡Alabado sea Dios!, hasta que apareces Julieta, ya me estaba preocupando —dijo mientras se levantaba del sofá y caminaba hacia mí—. Una señorita como tú no debe desaparecer de su casa de esa manera, poco faltó para que tu padre fuera a buscarte a la policía.

—Pero mamá, si ayer te avisé que teníamos que preparar un examen y estudiaríamos toda la noche. En la mañana después de despertar repasamos un poco más, luego fuimos a almorzar y a misa. No tienes por qué preocuparte —le dije tranquilizándola y cambié el tema por algo que le gustaría escuchar—. Salvador es muy amable, él fue quien me llevó a casa de Isabel —Ella cambió su expresión al escucharme.

—¿El fue quién te llevó a dormir a otra casa? —preguntó mi madre de manera reprobatoria— No quiero que vaya a pensar que en ésta casa somos de una educación floja.

—No mamá.

—¿Quién es ese Salvador? —preguntó mi padre.

—Julieta tiene un nuevo pretendiente —comunicó a toda mi familia inflando el pecho— y es un hombre muy guapo —concluyó guiñándome el ojo. Todos me preguntaron por él, su nombre, sus

estudios, su edad. Normalmente no me gusta hablar de esto con mi familia, pero en aquel momento, de alguna forma tenía que compensar mi falta.

—¿Cómo dijiste que se llama? —preguntó mi hermana la mayor cuando me despedí de todos alegando que debía repasar antes de acostarme a dormir.

—Salvador Luna —respondí y enseguida me fui.

El lunes desperté más descansada, en la mañana fui al hospital infantil, para una cita para ingresar como practicante y en la tarde a la facultad. A la salida, camino al estacionamiento, me encontré a Salvador. El me miraba y al sonreír sus ojos se iluminaron. Como si me hubiera llamado por mi nombre caminé hacia él.

—Hola guapa —saludó con un beso en la mejilla y su gesto relajado se mostró algo preocupado—. ¿A qué hora despertaste ayer? ¿Te fuiste muy tarde a tu casa?

—Algo —respondí bajando la mirada y me mordí el labio inferior.

—¿Tuviste problemas con tus padres?

—Casi —respondí un poco apenada y lo miré—. Pero cuando les hablé de ti se los olvidó la hora.

—¿Les hablaste de mí? —preguntó sorprendido.

—No me quedó remedio —dije encogiéndome de hombros—, necesitaba hablar de algo que los hiciera olvidar la hora —Salvador apretó los labios y se quedó callado con la mirada perdida por un momento—. Y tú, ¿cómo has estado?

—Estoy muerto —respondió volviendo los ojos hacia mí y enseguida bostezó—, de la guardia pasé a darme un baño y vine a la escuela. No tuve tiempo de dormir nada.

—¿Hoy también te toca hacer guardia? —pregunté en queja, pues quería pasar un rato con él después de la escuela. El movió la cabeza en negación y exhaló.

—¡No gracias a Dios! —respondió—. Te juro que ya no puedo esperar más para llegar a mi cama y dormir.

—¿Dormir? —susurré y exhalé, y me guardé las ganas de decirle lo mucho que ansiaba estar de nuevo a solas con él. Si tan cansado estaba, sería mejor respetar su espacio y dejarlo descansar. Levanté los hombros y bajé la cara—. No importa, mejor descansa y mañana hablamos —él me sonrió sin despegar los labios aceptando la idea. Otro día le hablaría de mi entrevista en el hospital infantil. Me dolió que no deseara estar conmigo tanto como yo y sentí una leve punzada en el pecho decepcionada. Luchaba por contener mis sentimientos y ganas de estar con él, dentro de mí. ¿Cuánto tiempo podría mantener esta lucha interna? En el fondo temía que él me dejara de querer y se fuera. Pasaron tres días más y él continuaba comportándose de la misma manera, tenía guardias y le faltaban horas para dormir, estaba muy cansado. El fin de semana se excusó alegando que se había sentido muy mal, tenía guardias y mucho sueño, así que tampoco nos vimos. Fue hasta el lunes que fue a buscarme al salón de clases.

—Julieta, ¿tienes alguna clase que te puedas saltar? —preguntó en cuanto me acerqué a él. Lo miré confundida.

—¿Por qué? —pregunté un poco enojada.

—He estado muy ocupado, hace mucho que no hablamos. Estaba pensando que fuéramos a tomar un café, o a cualquier otra parte, a donde tú quieras —dijo con la sonrisa torcida y mirándome a través de las pestañas, volvía el Salvador que más me gustaba, el que me hacía sentir importante. En ese caso, ¿a quién le importan las clases?, sonreí y respiré profundo. Recogí mis cosas y me fui de pinta con Salvador.

—Has estado raro últimamente —le recriminé— siento que me has evitado.

—Cansado, sólo he estado cansado Amor —respondió sin mirarme, con los ojos fijos sobre la

calle. Pero me sentía incómoda, mi cabeza no había dejado de dar vueltas ofreciéndome ideas sobre el amor de Salvador y lo que pasaba por su mente. Después de haberme escuchado, quizá estaba decepcionado de mí. Podría ser que después de serle sincera, hubiera pensado que no valíamos lo suficiente las mujeres. Quizá comenzaba a valorar más a sus amigos.

—¿Sabes qué? —le dije y él me miró de reojo—. Quiero ir a tu departamento.

—¿Sí? —preguntó con una sonrisa—. No, no lo sé, ¿por qué allí? —preguntó con ingenuidad. Por un momento me mantuve en silencio, realmente temía la indiferencia que había mostrado los días anteriores, después de haber dormido juntos. Si me amaba no escaparía de la privacidad que ofrecía su departamento. Pero si evitaba estar a solas conmigo, quizá había dejado de interesarse en mí.

—¿Por qué no? —lo reté.

—Sólo creo que esta vez mejor no vamos a mi departamento —apretó los músculos de su mandíbula y frunció el ceño pensativo.

—Dijiste que a donde yo quiera y ahí quiero ir —insistí—. Pero antes vamos por mis cosas a mi casa, ¿sí? Quiero quedarme a dormir ahí otra vez —le dije mientras le acariciaba el cuello con los dedos. El apretó los labios y movió la cabeza en negación.

—No, hoy no hay trato —contestó rotundo—. El sábado pasado me quedé contigo en mi cama. Además, ¿qué vas a decirle a tus padres ésta vez?, no quiero causarte problemas.

—¿Es eso? O es que no quieres que estemos solos —él me miró de reojo frunciendo el ceño y apretó los labios.

—Pues, las dos cosas —respondió sin titubear y alargó la mano para acariciarme la mejilla—. Estando solos en mi departamento nos exponemos a muchas cosas Julieta. No sé, no creo... —titubeó.

—¿Te da miedo que no puedas responder? —él bajó las cejas y resopló.

—Te refieres a —frenó y me miró de reojo—... ¿Cómo hombre? —asentí apretando los labios. Salvador pisó el acelerador y dio vuelta en una esquina, luego frenó de golpe haciéndose a un lado sobre la calle y detuvo el automóvil. Mis dudas sobre su amor me herían y quise herirlo a él también.

—Julieta, no voy a caer en tu juego. Y si puedo responderte o no, eso lo sabrás en el momento adecuado.

—Es que parece que has estado huyendo de mí, y ahora, no sé, quizá que tienes miedo de que estemos solos —susurré.

—Simplemente no quiero que estemos solos porque me da miedo que no queramos parar y no temo tener que demostrarte nada —respondió muy enojado.

—Si se trata de eso, creo que te he demostrado que controlo bien la situación. Pero tu actitud me hace sentir rechazada —me sinceré— ¿Y si ya no me quieres?

—Te saqué de clases porque quería estar contigo, no te estoy rechazando. Simplemente evito ponerme en situaciones donde sea mayor la tentación que el control. No quiero causarte problemas porque te quiero, ya bastantes has tenido en tu vida.

—Es que tengo miedo de no ser lo que deseas —susurré y en ese instante, él tomó mi mano y la colocó encima de su pantalón dejándome sin palabras.

—¿Puedes sentirlo, Ju? ¿Ahora me crees si te digo que no dudo en poder responderte?, ¿me crees si te digo lo mucho que te deseo?, pero que dudo en querer frenar en el momento necesario —Salvador me soltó la muñeca levantando las dos manos, invitándome a apartar mi mano. En vez de levantarla, cerré los dedos a su alrededor para sentirlo mejor y él me respondió. Nos miramos a los ojos y buscamos nuestras bocas para besarnos. Mi mano continuaba en el mismo lugar y

Salvador colocó la suya sobre la mía apretándola hacia él aún más. Nos agitamos y separamos nuestras bocas para respirar. Salvador me miró de reojo y me acarició el pómulo con los dedos. Me fijé en las cicatrices de su rostro, como ya era mi costumbre hacerlo cada vez que lo sentía lastimado.

—Perdóname —me disculpé y él se encogió de hombros indulgente. Liberó mi mano y la levanté para acariciarle el labio inferior—. Tenía miedo de que me hubieras dejado de amar después de saber mi pasado —comencé a lagrimar.

— No llores Julieta, por favor. No llores —me dijo dulcemente y de nuevo me besó. Coloqué mis dedos en la orilla de su pantalón y comencé a moverlos haciendo un camino entre éste y su cuerpo, lentamente mis dedos fueron escurriéndose. Salvador miraba mis manos mientras suspiraba y luego me miró con un gesto de dolor—. No voy a pedirte que te detengas, sólo quiero que pienses muy bien si esto es lo que quieres —exhaló—. No es que yo no quiera, pero no es lo que te prometí —apreté los dientes y me aparté, él continuó manejando.

—¿A dónde vamos?

—Acompáñame al supermercado. No hay nada en mi alacena —respondió y colocó su mano sobre mi pierna. Después de comprar lo que él dijo que le hacía falta, subimos a su automóvil y manejó hacia el edificio donde vivía.

—Salvador, a veces, pienso que no te intereso tanto como tú a mí y siento miedo —comencé a disculparme en cuanto entramos a su departamento.

—¿Estás como loca, Jul? —me dijo sonriendo y entornando los ojos. Entramos en la cocina y asentamos las bolsas del super sobre la meseta. Salvador comenzó a sacar las cosas y a colocarlas dentro de la alacena y la nevera.

—Creo —continué con la disculpa mientras le ayudaba vaciando las bolsas—, me invento cosas sobre ti y me comporto como una loca —él me sonrió torciendo los labios hacia un lado y me perdí en aquella sonrisa, en sus labios y me acerqué a él y lo besé—. Perdóname.

—No es eso Jul. ¿No ves que aquí me es difícil contenerme? —susurró en mi oído—. Por una parte, quiero tirarme sobre ti y hacer el amor contigo. Pero por otro lado no quiero fallarte. Hasta que no estés completamente segura de mi amor no voy a hacerlo contigo.

—Temí que no tuvieras ganas de estar conmigo —le confesé. El colocó sus dedos bajo mi barbilla para levantarme el rostro y me miró con aquellos tiernos ojos de mirada profunda.

—Todo el tiempo quiero estar contigo —me besó en los labios—. Todo el día pienso en ti.

—¿Y piensas cosas buenas? Aun sabiendo que abandoné a mi hijo —él me rodeó las muñecas con sus manos.

—Con respecto a eso, te veo llorando y solo quiero consolarte.

—¿Me has perdonado por eso? —él me soltó encogiéndose de hombros.

—Eres tú la que no te lo has perdonado. La que insiste con estropearlo todo por culpa. La maldita culpa que no te permite ser feliz. Cuando por fin sientes que algo bueno ha llegado a tu vida vuelve ese recuerdo que te dice que no tienes derecho —Salvador me golpeó la frente con el dedo índice—, que no te mereces ser feliz.

—Cierto —susurré. El me rodeó con los brazos.

—Te quiero —dijo besándome la coronilla.

—Entonces ¿por qué te alejas?, desapareces y no sé nada de ti, qué es lo que haces ni con quien estás.

—Julieta, me es muy difícil verte sólo como una amiga. Te amo, eres mi tentación, eres mi todo —al escucharlo pasé mis dedos entre su pelo y él inclinó la cabeza para besarme en el cuello—. ¿Cómo puedo amarte y comportarme como un amigo?, cuando estás junto a mí, quiero besarte,

abrazarte, tocarte. No sé cuánto tiempo voy a aguantar conteniéndome, porque en éste preciso momento, lo único que existe es tu boca, son tus ojos, tu piel —dijo mientras pasaba sus dedos sobre mis labios.

—Entonces, no te comportes —supliqué. El me besó la frente y se alejó de mí. Se sentó sobre la meseta y extendió sus brazos llamándome. Caminé hacia él.

—Julieta... —susurró mientras me tomaba de las manos acercarme a él—. ¿Qué es lo que piensas cuando no sabes de mí?, ¿a qué le temes? —bajó las cejas y me penetró con la mirada, como si pudiera ver la respuesta a través de mis ojos—. La verdad, puedes decirla.

—Si, pienso en él, en tus amigos —confesé—. Pensé que quizá yo te había decepcionado y comenzabas a valorarlos de nuevo.

—Y los valoro, ya te he dicho cuánto —respondió y asentí moviendo la cabeza—. El problema aquí es que todavía no estás segura de mí.

—Entonces no te resistas tanto ni desaparezcas.

—Te amo, te amo, te amo —repitió mientras me besaba las manos—. Y si hacerte el amor te va a demostrar mis sentimientos... —al oír estas palabras hice la cabeza para atrás dando un respingo, comprendiendo a dónde había llegado yo misma. Después de haberme prometido nunca más acostarme con un hombre como prueba de mi amor, ahora ya no sólo quería romper mi promesa, sino que además era yo la que estaba exigiéndolo como prueba de su amor.

—No. Tienes razón, hicimos un pacto y lo mantendremos hasta el final —me acerqué a él y puse mis labios sobre los suyos, nos besamos.

Amaba a Salvador con todas mis fuerzas, el simple hecho de estar junto a él, me hacía feliz. Toda mi vida, antes de él, era un error. Sentía que no encajaba dentro de la sociedad, ni siquiera en mi familia. Traté de enamorarme de las personas equivocadas por darles gusto a otros. Ahora podía ver mejor, era como si mi corazón hubiera reconocido a Salvador y hubiera decidido amarlo, el amor es algo que se da y no se puede forzar. Aquella noche no dormí con Salvador.

La semana transcurrió, el sábado por la mañana recibí una llamada, en ella me decían que a partir del lunes comenzaría como practicante en el hospital infantil, ahora también tendría ocupadas las mañanas, cuatro horas al día, y 6 días a la semana. Cuando les dije a mis amigas, me hicieron prometerles que iríamos a celebrar al club en la noche y acepté.

Aquel sábado Salvador tenía guardia así que no lo vería ahí. Cuando llegamos, vi que en nuestra mesa se encontraba Héctor y eso me puso nerviosa. No lo había vuelto a ver desde que me había contado lo que sabía sobre Salvador y ese era un tema que no quería volver a hablar con él ni con nadie, y menos que se tocara frente a mis amigas. Busqué una silla desocupada lejos de Héctor y me senté. Cinco minutos después, él se levantó, tomó su silla y la colocó junto a mí. Lo ignoré y miré hacia la pista de baile, Isabel que estaba a mi lado, corrió su silla para hacerle lugar a Héctor.

—Espero no molestar si me siento a tu lado —me dijo al oído. Al escucharlo apreté los labios tratando de sonreír y lo miré de reojo—. ¿Cómo has estado?, ¿has visto de nuevo a tú... amigo? —preguntó en tono de burla.

—Así es —contesté sin intención de mantener aquella conversación.

—Por lo que veo, ahora me das la razón.

—¿Por qué?, ¿de qué? —pregunté irritada.

—Pues estás sola, supongo que te alejaste de él después de lo que hablamos.

—Salvador está haciendo guardia hoy en la noche y por eso no pudo venir —Héctor levantó las cejas y sonrió por lo bajo, acción que me hizo sentir más irritada con él.

—Supongo que tú le creíste —susurró. Respiré profundamente e intenté levantarme, pero él me

lo impidió jalándome por el brazo—. No es mi intención molestarte —dijo algo arrepentido—, pero quiero que sepas que todavía me gustas mucho y me importa lo que pase con tu vida, no quiero que te lastimen.

—Puedes estar tranquilo, nadie me ha lastimado, ni lo va a hacer.

—¿Por qué insistes en perder el tiempo con él? —preguntó notoriamente irritado—. Lo que tú necesitas es un hombre que se quiera casar y que aspire a una familia. Ya tampoco eres tan jovencita, se te va a pasar el tiempo si sigues con la esperanza puesta en él.

—Ese no es tu problema —le aclaré.

—¿Cómo puedes estar tan ciega? —dijo haciendo un gesto como asqueado—. Al final de cuentas te va a dejar, porque la gente como él no cambia. Entonces te arrepentirás de haber desperdiciando tu tiempo luchando por conseguir lo imposible en vez de ocuparte en lo que sí puede ser.

—No sabes lo que dices, el me ama —Héctor rio.

—El sólo está probando algo nuevo, pero a la hora de poner las cartas sobre la mesa, no va a elegirte a ti por sobre lo otro.

—El ya me eligió —respondí poniendo los ojos en blanco. Apretó los labios y movió la cabeza en negativa.

—Quizá lo que quiere es guardar las apariencias y al estar tú enamorada de él, está aprovechando su oportunidad. Olvídalo Julieta, no te encapriches, esta batalla la tienes perdida —al escucharlo bajé la mirada y exhalé exhausta, entonces me miró con dureza y prepotencia—. Nunca podré pensar en él como mi rival.

—No te voy a convencer de nada y si tienes la razón, lo averiguaré yo sola —le dije decidida a no volver a tocar el tema. Entonces giré la cabeza hacia los demás e intenté interesarme en su plática. Minutos después, Héctor igual hablaba con otros, todo el enojo y la ira contra mí y Salvador parecían haber sido olvidados. Héctor se comportaba como un amigo más. Al final de la noche, hasta bailé con él. Mauricio también estaba en la pista bailando, seguramente le contaría al día siguiente a Salvador que nos había visto juntos.

El domingo en la mañana, Salvador me llamó para invitarme a desayunar y acepté con la condición de que después me ayudara a estudiar para un examen que debía presentar el lunes. Para mi sorpresa, Salvador sugirió que llevara mis cosas y si el estudio se alargaba me podría quedar a dormir con él. A mi madre le avisé que aquel domingo habría noche de estudio en casa de Isabel para que no se preocupara.

Lo esperaba a las once, pero unos minutos antes sonó el timbre. Tomé mi mochila y bajé por las escaleras mientras me pasaba el cepillo por el cabello. Al abrir la puerta me encontré a Héctor parado frente a mí. El llevaba en la mano un pequeño ramo de rosas rojas y me lo entregó.

—Hola —dijo sonriendo—. Perdón por presentarme a esta hora, pero ayer al final, la pasamos muy bien y no he podido dejar de pensar en ti —me sentí mal, yo había aceptado estar con él porque era un amigo del grupo, nunca hubiera querido que lo malinterprete. Fui una tonta sabía cuáles eran sus intenciones desde el principio.

—Héctor, yo... —titubeé— perdóname si te hice pensar lo contrario, pero sólo tengo ojos para un hombre y ya sabes quién es.

—No te tienes que disculpar, la verdad es que ayer no hiciste nada para ilusionarme, es sólo que yo quisiera —él guardó silencio un instante y continuó—, que me dejaras intentarlo otra vez.

—Ya lo hablamos antes, no hay más que decir al respecto. Además, Salvador debe estar por llegar —le dije mientras tomaba las flores y trataba de encaminarlo hacia su coche. Cuando en eso llegó Salvador. El se bajó de su jeep y caminó hacia nosotros, los dos se miraron fijamente

acercándose cada vez más.

—¿Nos vamos, Jul? —me preguntó Salvador sin despegar la mirada del rostro de Héctor.

—Sí —contesté nerviosa. Debía entrar a mi casa para despedirme y tomar la mochila que había dejado junto a la puerta, pero temía alejarme de ellos y dejarlos solos.

—¿Vamos? —insistió Salvador y me miró de reojo. Traté de sonreír y comencé a caminar hacia mi casa. Me despedí de mi madre, que estaba en la cocina, y le entregué las flores para que las ponga en agua. Sin perder más tiempo corrí hacia la puerta y tomé mi mochila. Cuando caminaba hacia ellos, pude ver que discutían y se me revolvió el estómago.

—¡No te la vas a acabar! —escuché que Héctor amenazaba a Salvador apuntándolo con el dedo índice. Entonces lo miré muy enojada.

—Cuándo quieras —respondió—, te voy a estar esperando. Salvador tomó mis mochilas de mis manos.

—Héctor, ya vete. ¿Nos vamos? —Apuré a Salvador. Él me abrió la puerta para que me subiera, guardó mis mochilas y luego subió él. Mientras nos alejábamos Héctor se quedó parado junto a la puerta de su coche mirándonos.

—Me contaron que ayer estuviste con él —dijo mirando hacia el camino, el tono de su voz era seco y claramente mostraba desagrado.

—¿Mau? —susurré. Salvador inclinó levemente la cabeza hacia mí—. Héctor es amigo de mis amigos, y fue con nosotros —Respondí. Salvador apretó los labios y bajó las cejas.

—Pues tal parece que no lo ve de la misma manera que tú —respondió mirándome de reojo.

—Lo sé —bajé la mirada—. ¿Qué fue lo que te dijo?

—Nada importante —respondió encogiéndose de hombros—. Pero si tú pasas toda la noche con él, dudo que se desanime rápido. Si realmente lo quieres alejar tienes que ser más cortante con él.

—Pero yo sólo le digo que a ti es a quien yo quiero, que creo en ti —Salvador se rio y levantó las cejas algo sorprendido.

—¿Y cómo lo tomó? —preguntó algo divertido.

—El dice que tú no eres capaz de amarme y que tarde o temprano me dejarás —Salvador se quedó callado, con los músculos de la quijada tensos—. El fue quien me habló de ti —vacilé.

—¿Qué puede saber él de mí?

—No mucho. Lo mismo que los que te han juzgado —respondí sin mirarlo y tomé su mano. Cuando llegamos al café, nos sentamos en la mesa de siempre, Salvador continuaba en silencio y parecía algo contrariado.

—Julieta, no sé cómo decirte esto —él levantó la mano y me acarició la mejilla con el dorso de sus dedos—. Pero hay algo que te quiero pedir —me mantuve en silencio esperando que continuara—, no quiero que pases tiempo con Héctor. El no me gusta como persona.

—¿Te da celos? —al escucharme sonrió sin despegar los labios.

—También —respondió mirándome con cierta picardía—, podría ser. Sólo sé que no me gusta que estés con él —Acepté con un movimiento de cabeza y dimos por terminada aquella plática. Durante el desayuno me contó de sus guardias en el hospital y sus malas noches. Cuando terminamos fuimos hacia su departamento y durante el trayecto me tomó de la mano como si fuéramos novios.

—A ver, ¿qué es lo que tienes que estudiar para mañana? —preguntó mientras se sentaba en el sofá de la sala. Con algo de flojera abrí mi mochila y saqué un libro. Me senté sobre sus piernas y abrí el libro buscando el capítulo que había de estudiar. El comenzó a hablarme del tema tratado en la primera página, pero no le puse atención.

—Salvador —dije interrumpiéndolo mientras jugaba con el vello de su pecho que asomaba sobre su camisa y él me miró—. ¿Qué es lo que soy para ti?

—La mujer de mi vida —respondió sin titubear. Luego tomó mi rostro entre sus manos y besó mis labios—. ¿Quieres ser mi novia? —la pregunta me tomó por sorpresa y sonreí emocionada.

—Sí —respondí automáticamente y lo abracé. El me besó la boca y luego bajo rozando sus labios sobre mi cuello y la piel se me puso como gallina. Salvador me abrazó de nuevo y así nos quedamos por largo rato.

—¿Te parece si estudiamos? —preguntó sin soltarme y al no obtener respuesta de mi parte, tomó el libro y me apartó—. ¿Estudiamos? —insistió. Lo miré en desacuerdo, pero me bajé de sus piernas y lo escuché. Después de terminar con el estudio salimos a dar un paseo por el centro de la ciudad.

—Julieta dime, ¿Cuál es la época del año que más te gusta? —preguntó después de habernos sentado en una banca en el parque.

—De niña, era la navidad. Ahora me gusta más el verano.

—¿Porqué?

—Cuando era niña, la navidad me daba mucha ilusión, más que mi cumpleaños. Creía que los Reyes Magos nos traían regalos y esperaba con ansiedad la navidad para recibir juguetes. Pero de grande perdí la ilusión, además de que la paso sola —lo miré con reproche y el apretó los labios con picardía—. Ahora pienso que es la época más hipócrita del año, todos se regalan, se besan y abrazan y cuando termina la navidad vuelven otra vez a lo mismo de antes —al escucharme sonrió por lo bajo.

—Pero si no existiera la navidad, entonces no habría una época para reconciliarse —me dijo mientras me acomodaba un mechón de cabello detrás de la oreja.

—En ese caso tienes razón —acepté encogiendo los hombros—. ¿Cuál es tú época favorita del año? —pregunté.

—Navidad —respondió sonriente—. Pienso que es el mejor momento para hacerle saber a tu gente que los quieres —entonces sonrió con esos ojos dulces dentro de los cuales podría derretirme y apoyé mi cabeza en su hombro—. ¿Cuál ha sido el momento más triste de tu vida? —preguntó después de un momento de silencio.

—Está bloqueado, prefiero no recordarlo —él me sonrió dulcemente y asintió—. Después de eso, creo que no ha habido otro que se le acerque. ¿Y el tuyo? —al escucharme hizo una mueca con la boca y su mirada se perdió en la nada.

—Son muchos, pero ahora estoy contigo. Espero que en muchos años no tenga otro momento triste —tomó mi mano y la besó.

—No contestaste mi pregunta —insistí.

—¡Hay amor! Supongo que ya te los imaginas. Cuando nos abandonó mi madre, cuando mi padre me sacó de la casa y cuando mis papás me dijeron abiertamente que estaban desilusionados de mí y de mi vida.

—¿No están orgullosos de tener un hijo doctor?

—Prácticamente renunciaron a mí. Dudo que hablen de éste hijo con orgullo.

—¿Cuándo piensas reconciliarte con tu papá? —Pregunté. Salvador me miró desde arriba y encogió los hombros.

—Yo ya lo he perdonado, no le guardo ningún rencor —respondió con una sonrisa tierna. Entonces pasé mis dedos entre su pelo—. Mauricio me dijo que mi padre quiere que vaya a comer a su casa. Pero no lo haré hasta que él me llame y me lo pida —lo miré con cierta desaprobación. Entonces Salvador sonrió y me revolvió el cabello— También quiere que vayas tú.

—Entonces, si espera a que él te llame —vacilé—. ¿Saben en tu casa algo sobre mí?

—Sí. Mauricio les dijo que estoy enamorado —al hablar me miró de reojo—. Y que tú también me quieres.

—¿Cómo lo tomó tu papá? —se encogió de hombros y frunció el ceño.

—Mauricio dice que está contento y que te quiere conocer.

—Entonces, ¿cuándo lo voy a conocer? —pregunté.

—Pronto, prometo que apenas me hable quedaremos de acuerdo en la fecha —respondió muy sonriente—. Julieta, ¿cuál es el momento más feliz de tu vida?

—Creo que ese momento tampoco ha llegado. Quizá sea el día que hagamos el amor por primera vez —confesé. Salvador me abrazó fuerte y me besó en la coronilla—. ¿Y el tuyo? —pregunté.

—Cuando te vi la primera vez —dijo y me besó los labios.

—No, ese no puede ser, tienes que tener otros.

—Bueno, si tengo otros. Pero ese es el que más valoro.

—¿Por qué? —pregunté tomándolo por las muñecas.

—Pues, que contigo llegó una forma distinta de ver la vida —él me dedicó una mirada profunda mientras acomodaba mi cabello—. Creo que me devolviste a la vida.

—A veces, las cosas más importantes las hacemos sin fijarnos —le dije mirando hacia la nada. Salvador me sacó de mis pensamientos dándome dos palmadas en el muslo.

—¿Qué es lo que más deseas en la vida?, algo que no quieras dejar de hacer antes de morir —preguntó mientras me apretaba la pierna.

—Prometiste ayudarme con eso —lo miré—, es lo más importante —él asintió—. Pero si hablamos de cosas más superficiales, me encantaría viajar en globo de helio y tirarme de un paracaídas —respondí—. ¿Y tú?

—Hay muchas cosas que me falta por hacer, tengo una lista muy larga —respondió poniendo énfasis en la palabra muy.

—Puedes comenzar por lo importante.

—Pues primero, es darte el momento más feliz de tu vida —reímos—. En cuanto a saltar en paracaídas, ya he saltado varias veces y me encanta. Definitivamente me encantaría repetirlo, sobre todo contigo. Un día te llevare y lo haremos juntos —después de decir esto me guiñó el ojo.

—¿Lo prometes? —pregunté emocionada.

—Sí. Lo prometo —respondió mirándome a través de sus pestañas.

—Ya me has hecho varias promesas —lo amenacé con el dedo.

—Encontrar a tu hijo también es una de las cosas más importantes. Pero lo que más quisiera en la vida, lo más importante... —Salvador y yo continuamos hablando sobre nosotros y nuestras vidas. Construimos sueños y prometimos creer en ellos siempre. Después de una cena casual en un puesto de quesadillas, regresamos a dormir a su departamento. Aquella vez, de nuevo insistió en dormir en la sala, y yo me acosté en su cama. Aunque no con él fue muy agradable dormir con su olor.

ROBERTO

—¿Has tenido otro mal sueño, Reg? —preguntó Roberto al verme despierta en el sofá junto a la cama de hospital. Todavía era noche—. Ven conmigo —dijo extendiendo su mano desde la que era mi cama. Me levanté y me acomodé junto a él. Después de varios días inconsciente y semanas viviendo ahí, mi suplicio había concluido. Poder pasar la noche con Roberto de manera “legal” reinaba en mi aburrida estancia en el hospital.

—A veces sueño contigo —le confesé mirando hacia el techo. Roberto giró hacia mí y me besó en la frente.

—Entonces debe de ser un buen sueño —dijo acariciándome la cabeza—. Regina, ¿quieres saber algo? —preguntó.

—Sí, dime.

—Casi siempre, yo también sueño contigo —al escucharlo me emocioné pensando que quizá podríamos hablar de nuestros sueños y complementarlos. Entonces me moví tratando de levantarme, pero él me frenó—. Y lo hago despierto. Tengo que soñar contigo, porque todavía no te sé mía, a pesar de que así lo siento.

—Lo soy —respondí de corazón, pero sabiendo que él tenía razón.

—Todavía —respondió casi en susurro y recitó en voz baja—, “palpo, gusto, escucho y veo, tu rostro, tu paso largo, tus manos, y, sin embargo, todavía no lo creo.”

—¿De qué hablas? —pregunté sonriendo extrañada—, si sólo tengo cabeza para ti.

—“Sin embargo, todavía dudo de ésta buena suerte —respondió con aire poético—, porque el cielo de tenerte, me parece fantasía.”

—¡Qué lindo!, no sabía que eras poeta.

—Sólo son fragmentos de un poema —respondió sonriendo con sencillez.

—¿Lo escribiste para mí? —pregunté emocionada y Roberto se rio.

—Todavía —respondió—, así se llama el poema y es de Mario Benedetti. Yo no escribo —Roberto me atrajo hacia él para besarme la frente—. ¿Lista para volverte a dormir? —preguntó.

—Todavía —respondí recordando el poema. Roberto se inclinó hacia mí para besarme los labios.

—“Y si beso la osadía y el misterio de tus labios —dijo entre beso y beso—, no habrá dudas ni resabios, te querré más todavía” —después de haber dicho eso se alejó de mí—. Así termina el poema.

—Nunca me hubiera imaginado que te gustaba la poesía —comenté un poco extrañada. Jamás en la vida me había sentido atraída a escuchar o leer poemas, nunca me habían gustado hasta aquella vez que escuché algo de su boca.

—Me encanta. Otro día te hablo de otros —dijo con los labios sobre mi sien—. Duérmete ya.

Cuando desperté ya había amanecido y Roberto no estaba. Después del desayuno llegaron Manuel y mis padres. Al medio día recibí un mensaje de Roberto en el que me pedía que le avisara en la noche, cuando me hubiera quedado sola. Los doctores también hicieron su visita acostumbrada y me obligaron a levantarme y caminar distancias cortas, todavía me costaba mucho trabajo, mis piernas estaban débiles y engarrotadas. Por la tarde hablé con Bernardo de nuevo, él estaba en Querétaro, pero estaba haciendo todo lo necesario por terminar sus pendientes de la semana para regresar a verme lo antes posible. Apenas se fueron mis padres le envié el mensaje a Roberto, diciéndole que ya estaba sola. No tardó más de una hora en llegar. Traía dos libros con

él.

—Hubiera querido traerte flores —dijo después de saludarme—, pero no quise ponerte en la situación de tener que explicar, así que te traje éstos —y me los entregó.

—Gracias —le dije mientras lo jalaba del cuello de su camisa obligándolo a inclinarse para poder besarlo. Roberto se acomodó junto a mí como la noche anterior y juntos revisamos los libros—. ¿Son de poesía?

—No, son novelas —respondió mientras los giraba para analizarlos—. Este es muy bueno, y éste acaba de salir y no lo he leído, así que luego me lo vas a prestar. ¿Te gusta leer? —preguntó cómo asustado, girando su rostro hacia mí.

—Normalmente no tengo tiempo. Pero sí, cuando puedo leo. Me gustan las novelas románticas ¿A ti qué te gusta leer?

—¿A mí? Bueno, soy un poco especial —respondió haciendo una mueca y sonrió—, no me atrae tanto el romance. Trato de leer un libro al mes —asentó los libros sobre la mesa de noche. Al escucharlo, abrí los ojos sorprendida y exhalé—. Ahora que estaré fuera de juego —dijo señalando su pierna—, supongo leeré un poco más.

Después de unas horas de plática, él se quedó dormido y yo tomé un libro y comencé a leer.

—¿Qué haces? —preguntó, abrí los ojos y miré a mi alrededor extrañada. Era de día y Roberto y yo flotábamos en el aire.

—Trato de no pensar —le respondí.

—¿En qué? —preguntó levantando mi barbilla con los dedos.

—En el resto de mi vida sin ti —le respondí. Nos miramos, levanté la mano y acaricié su barba.

—No quiero irme —me dijo mientras me abrazaba por la cintura con un brazo y pasaba los dedos de su otra mano sobre mis labios. Entonces me di cuenta que Roberto lucía distinto. Tenía la piel más pálida, los ojos grises y unas ojeras enormes. Parecía como si se estuviera desvaneciendo y me sentí muy angustiada.

—¡No quiero que te vayas! —grité—, quisiera que pudiéramos permanecer así por siempre —pero cada vez tenía una imagen menos nítida de él. Roberto parecía un espectro—. Te voy a extrañar mucho, ya sé que es estar sin ti, y no lo quiero vivir otra vez —le dije y en ese momento me besó en la frente, pero más que un beso, era como una brisa fresca.

—No te voy a dejar —susurró y el viento le hizo eco. Roberto había desaparecido, estaba sola y lloraba desconsolada. Me desperté llorando y busqué a Roberto con la mirada, él dormía en mi cama junto a mí. Acomodé mi cabeza sobre su hombro y de nuevo me dormí. Los sueños continuaron atormentándome, antes de despertarme, estaba dentro de un coche, era de tarde y el camino estaba mojado. Miré hacia la carretera, había un letrero que decía Tepoztlán. En eso desperté. En mis pensamientos reinaba el recuerdo de aquel letrero y por primera vez me permití confiar en mis instintos y decidí ir por ayuda a aquel pueblo, buscaría al anciano y le contaría todo. Roberto no estaba en condiciones de llevarme, así que me levanté y caminé con trabajo hasta la mesa de noche. Tomé un pedazo de papel y escribí una nota en la que me disculpaba.

Roberto, perdóname por dejarte y no pienses que estoy loca, tuve que salir. Confía en mí. Regina.

Me quité el catéter de la mano y revisé dentro del closet alguna ropa con la que pudiera salir del hospital sin que pareciera una loca. Apenas estuve lejos del alcance de Roberto y las enfermeras, tomé mi teléfono celular y le marqué al Dr. Sierra, todavía no eran ni las seis de la mañana, seguramente lo despertaría, pero él era el único en quien podía confiar.

—¿Regina, pasó algo? —preguntó sorprendido por mi llamada.

—Doctor, necesito que alguien me ayude. Quiero, necesito ir a Tepoztlán, no está muy lejos de aquí...—traté de explicarle.

—¿Regina? ¿Qué te pasa, estás bien? —me interrumpió alarmado—. Regina, ¿dónde estás?, ¿hay alguien contigo?

—Todavía en el hospital, es que he soñado mucho. Ahora tengo un dato y para corroborarlo tengo que ir ahí, voy a tomar un taxi para que me lleve a...

—¿Estás sola? —preguntó interrumpiéndome de nuevo.

—Ahora sí. Bueno, Roberto me acompañó durante la noche y yo le hubiera pedido su ayuda para que me llevara, pero no creo que él pueda manejar hasta ahí y por eso es que preferí... —le explicaba cuando dejé de escucharlo—. ¿Doctor?, ¿doctor Sierra, estás ahí? —pregunté sin respuesta. El ya había colgado el teléfono. Apreté los dientes y seguí caminando por el pasillo alejándome de los cuartos. De pronto me vino un mareo y me apoyé en la pared, busqué una silla y me senté.

—¡Regina! —me llamó Roberto que caminaba con muletas y paso torpe hacia mí—. ¡Espera! —gritó. Me levanté y bajé la cabeza apenada, mi intento de huir había sido todo un fracaso. El continuó caminando hacia mí—. ¡Vamos a tu cuarto! —ordenó de manera tajantemente y con la mirada endurecida.

—Pero Roberto —me quejé—, debo salir de aquí. Hay algo que necesito averiguar.

—¿Estás loca? ¿Qué sucede contigo? —preguntó con expresión de desaprobación y me tomó del brazo obligándome a caminar de regreso a mi habitación. En cuanto entramos, respiré profundamente y miré hacia el suelo—. Tú sabes que no estás en condiciones de hacer esto, todavía estas con medicamentos fuertes, que tal si vuelves a caer en un estado semejante al que acabas de salir. ¿Por qué estás actuando de ésta forma? —me reprimió.

—Porque hay algo dentro de mi cabeza que me atormenta y necesito respuestas —respondí llorando.

—¡Así no, Reg! —gritó molesto. Me abracé el dorso y continué llorando. Roberto se acercó a mí y me abrazó mientras me acariciaba el cabello—. No es la forma Regina. Tanto medicamento no te deja pensar claramente, sé que estás asustada y que te sientes confundida. Pero ser impulsiva no te traerá respuestas —me habló dulcemente—. Acuéstate, descansa, o si quieres, podemos hablar, puedes contarme lo que sea. Cuando te hayan dado de alta en el hospital, prometo llevarte a donde necesites.

—No creo que estés en condiciones de llevarme a ningún lado —le dije mirando su pierna.

—Yo no tengo que manejar, podemos contratar a alguien o lo puedes hacer tú, pero yo te acompaño. Ahora, ¿vas a contarme qué es lo que pensabas buscar en Tepoztlán? —le sonreí y me acosté en la cama, no podía decirle que era lo que quería encontrar ahí porque realmente ni yo lo sabía, quizá en verdad estaba quedando loca.

—Creo que me siento cansada, ¿Te importa si hablamos más tarde? —le pedí.

—No —dijo inclinándose para besarme en los labios y luego me dijo al oído—: Descansa.

—Te amo, no quisiera separarme nunca de ti —le dije y cerré los ojos. Por primera vez, en mucho tiempo, descansé sin ser acosada por la sombra de algún sueño y cuando abrí los ojos de nuevo, Roberto ya no se encontraba en la cama a mi lado, miré a mí alrededor, pero él se había ido, no estaba dentro de la habitación. Mis padres eran quienes me acompañaban y un maravilloso olor a rosas podía sentirse.

—Qué bueno que despertaste —se acercó mi madre diciendo—, hace como una hora trajeron el ramo —dijo señalando el arreglo de rosas rojas sobre la mesa de noche—, no te quise despertar porque te veías muy cansada. ¿Dormiste mal anoche?

—Sí, bueno no tanto —contesté recordando a Roberto. Ella fue hacia el ramo, tomó una tarjeta que había en él y me la entregó.

—Toma, léela —abrí el sobre y saqué una pequeña nota impresa por computadora:

“Para ti, el amor de mi vida, a quien cada día valoro más. Ahora sé que mi vida sin ti no tendría sentido. ¡Gracias por existir!, ¡gracias por hacerme feliz!

Por siempre tuyo, Bernardo”

Tomé la carta y la apreté contra mi pecho.

Aquel mismo día, me dieron de alta en el hospital. Mis padres insistieron en que fuera con ellos a Cuautla, pero las vacaciones de invierno estaban por comenzar y yo prefería quedarme y ponerme al corriente con mis estudios. Para que aceptaran, tuve que prometerles pasar con ellos todas las vacaciones de navidad. Durante los primeros días después de que saliera del hospital, se hospedaron en el departamento con nosotros para acompañarme. Bernardo y mis padres, absorbían todo mi tiempo quitándome la oportunidad de ser sincera y confesar mis sentimientos. Durante esos días, la única comunicación que hubo entre Roberto y yo, fue uno que otro mensaje. Dentro de mi cabeza palpitaba una frase de aquel poema, “Sin embargo todavía, dudo de ésta buena suerte, porque el cielo de tenerte, me parece fantasía”.

La siguiente semana pasó más a prisa que las anteriores. Mis padres regresaron a casa y Bernardo a Querétaro. Traté de ponerme al día con todo lo de la escuela y mi mente estaba tan ocupada, que casi no tuve sueños. Otra vez llegó el fin de semana y Bernardo no podía venir a verme por tantos pendientes que había pospuesto al estar conmigo la semana anterior. A cambio, me pidió que pasara el fin de semana con él en Querétaro. Pero me escabullí diciéndole que les había prometido a mis padres ir a Cuautla ese fin de semana. Mi hermano Manuel se iría de viaje a Las Vegas el jueves y no regresaría hasta el lunes, así que el fin de semana, el departamento sería sólo para mí y para Roberto. Hice una lista de películas y le dije que viniera a verlas conmigo el sábado, desde el mediodía. Roberto llegó con comida china y después de almorzar, iniciamos la función de cine en mi habitación. Otra vez, mi vida regresaba a la conflictiva realidad de antes y todo comenzaba a aclararse en mi interior. Yo no era la culpable, ni Bernardo ni Roberto. Nadie había planeado aquella situación, pero era así. Todavía estaba a tiempo para reestructurar mi vida y actuar del modo correcto.

En aquel momento, Roberto ya no usaba el collarín ortopédico, aunque todavía llevaba un yeso en la pierna izquierda, éste lo tendría por lo menos un mes más. Recostarnos en mi cama para ver la primera película fue algo que hicimos con demasiada naturalidad después de haber dormido dos noches juntos en el hospital. Cuando comenzamos la segunda película él me abrazaba mientras me acariciaba la espalda y yo disfrutaba sintiendo su olor. Roberto se inclinó hacia mí y me besó en los labios. No sé cómo sucedió, pero cuando me di cuenta, me encontraba montada sobre él. Su aliento, nuestras lenguas tocándose, las yemas de sus dedos húmedos bailando por mi cintura y ese olor tan agradable que emanaba de su piel. Los dos estábamos agitados y sudábamos balanceando nuestros cuerpos al mismo ritmo. En ese momento, me detuve apretando los ojos, dudando si deseaba frenarlo o continuar.

—Te deseo Regina, más que a nada —me dijo con los ojos cerrados, luego tomó mis manos y las besó—. Te quiero y te quiero sólo mía —dijo reflejando cierto dolor.

—Lo soy —respondí.

—Tú sabes que no es verdad —se quejó alejándose de él para mirarme de frente—. ¿Cuándo hablarás con Bernardo?

—La próxima semana —respondí.

—¿Y por qué no ahora mismo? —dijo mientras me entregaba su teléfono celular—. Marca su número y dile lo que sientes.

—No puedo hacerlo así, tiene que ser de frente.

—A veces pienso que nunca te atreverás a hacerlo —dijo aventando el teléfono sobre la cama—. ¿Me amas? —preguntó molesto.

—Te amo Roberto, no hay otra cosa que deseé más que estar siempre contigo —respondí abrazándolo.

—Entonces, ¿por qué no te has atrevido a hablar con Bernardo?

—Tengo miedo de lastimarlo y lastimar a mi familia —al escucharme, Roberto exhaló y se levantó de la cama.

—¿A dónde vas? —pregunté levantándome y jalándolo del brazo.

—Vamos por un café. Necesito salir de éste cuarto, a menos que quieras conocer otra parte de mí —respondió abrazándome por la cintura y luego se inclinó para besarme el cuello.

—No es que no quiera conocerla —le dije mientras jugaba con la hebilla de su cinturón e inclinaba la cabeza para alejar de mi cuello sus labios—, pero no así, no todavía.

—¿Estás segura? —sonrió pícaramente levantando las cejas y me apretó contra su cuerpo, asentí con la cabeza empujándolo hacia atrás. Roberto se inclinó para besarme los labios y me soltó—. Pues sácame de aquí. Por favor —insistió. Sonreí reprimiendo las ganas de tocarlo.

Salimos de mi departamento y fuimos a comprar café a un starbucks. La vuelta nos sirvió para enfriar nuestros cuerpos un poco. Al principio, Roberto cantó con su música ignorando mi presencia. Luego me tomó la mano y la besó.

—Te amo —dijo mirándome de reojo. Sus ojos azules brillaban haciéndolo ver más guapo aún. Entonces me mordí el labio pensando en lo que había rechazado de él minutos antes—. No te salves Regina —dijo con los ojos húmedos —no te salves.

—¿Salvarme de qué?

—“No te quedes inmóvil al borde del camino, no congeles el júbilo, no quieras con desgana. No te salves ahora ni nunca, no te salves —comenzó a recitar un poema—. No te llenes de calma, no reserves del mundo sólo un rincón tranquilo, no dejes caer los párpados pesados como juicios, no te quedes sin labios, no te duermas sin sueño —Roberto me miró de nuevo de manera significativa y continuó—, no te pienses sin sangre, no te juzgues sin tiempo” —concluyó cuando llegamos a la bocina del drive thru para ordenar los cafés.

—Me encantan los poemas que dices —comenté—. Ese tampoco lo conocía. En realidad, no se mucho de poesía, pensé que no me gustaba —Roberto sonrió moviendo la cabeza.

—No te salves de Mario Benedetti. Puedes buscarlo en YouTube, ese te lo dedico hoy.

—Mario Benedetti —repetí el nombre para no olvidarlo y continuamos el trayecto de regreso a mi departamento.

—Aquí me despido Regina —dijo Roberto al parar el coche en la puerta del edificio.

—No te vayas —le pedí al borde del llanto.

—No me pidas que me baje —pidió él—. De verdad es un esfuerzo muy grande, estarme reprimiendo —exhaló—, recordarme a cada instante que no eres mía cuando siento que me estoy acostumbrando a ti.

—Te lo pido por favor —supliqué.

—También me molesta —continuó—, esta situación no me tiene feliz.

—¿Entonces te vas?

—Eso es lo que quiero —respondió con voz seca y me baje del coche sin mirarlo. Cuando entré al departamento puse la película que habíamos comenzado a ver antes de irnos y comencé a verla sin ánimo. Entonces escuché que llamaron a la puerta. Me levanté y miré por la escotilla, Roberto había regresado.

—¿Olvidaste algo? —pregunté queriendo mostrar indiferencia. Roberto bajó el rostro y me

miró a través de las pestañas.

—Si. Olvidé que no puedo vivir sin ti —al escucharlo, tiré los brazos sobre su cuello y lo besé. Caminamos hacia mi habitación, nos tiramos en la cama y nos besamos. Las manos de Roberto estaban inquietas y sus dedos bailaban desesperados sobre la piel de mi cintura, de arriba abajo. Contra todo lo que lo deseaba, hice un esfuerzo por frenarlo y coloqué mis manos en sus muñecas tirando de ellas.

—Para Roberto, para por favor —le pedí jadeando sobre sus labios.

—¡Regina!, ¡me vuelves loco! —se quejó apretando mis labios contra su frente y apretando la piel de mi espalda.

—¿Quieres seguir viendo la película? —pregunté con voz ronca. Roberto me miró a través de las pestañas apretando los dientes y me soltó para tenderse sobre mi cama, lejos de mí. De pronto escuchamos el sonido de la puerta de entrada del departamento. Alguien había llegado. Además de mí, sólo tenían llave Manuel y Bernardo, y mi hermano no estaba en México. Tomé el control del televisor y lo apagué mientras me levantaba de un salto y le hacía señas a Roberto para que se levantase también.

—No es Manuel, debe ser Bernardo, ¡escóndete! —le dije en voz baja y él me miró furioso.

—¡Regina! —me llamó Bernardo desde la entrada. Por un segundo pensé en armarme de valor y confesarle la verdad, pero recapacité. Si se daba cuenta que Roberto estaba en mi cuarto, pensaría que me había acostado con él. Bernardo no podía tener esa mala impresión de mí.

—De ninguna manera, creo que ya es momento de que él se entere —dijo Roberto y caminó trabajoso hacia la puerta de mi habitación—. Si no se lo dices tú, se lo digo yo —me amenazó y mi corazón se agitó, el pánico se apoderó de mí. No terminaría con Bernardo de esa manera, así que corrí y lo tomé por el brazo.

—¡No! Si te ve en mi recámara pensará que tú y yo... —vacilé—, no puedo dejar que piense eso, lo lastimaría. Deja que luego le explique.

—Que piense lo que quiera —dijo en voz baja y ojos fríos.

—No te atrevas Roberto —lo amenacé—, o te juro que me alejo de ti.

—¿Regina?, ¿estás en tu recámara? —preguntó Bernardo parado al otro lado de la puerta de mi habitación—. ¿Puedo pasar?

—Dile lo que quieras. Será lo que tú decidas —dijo Roberto mientras zafaba su brazo de mis manos y automáticamente abrió la puerta de la habitación. Tomé dos libros y los tiré sobre mi cama.

—Ella está aquí en su cuarto —escuché que dijo Roberto a Bernardo con la voz seca. Mi corazón latía con tanta fuerza que mis manos temblaban.

—¿Qué? —preguntó Bernardo antes de entrar—. Regina, ¡qué haces! —exclamó mientras paseaba la mirada por mi habitación.

—Poniéndome al día —le dije con voz temblorosa, Bernardo miró hacia Roberto sin entender que hacía él en mi cuarto. Roberto me miraba incrédulo—. Trabajamos en el proyecto —expliqué y miré a Roberto a los ojos, parecía como si se le fueran a salir de las órbitas. Al escucharme bajó la mirada y comenzó a caminar hacia el pasillo, él se marchaba. Bernardo lo miró alejarse y luego me miró a mí con una expresión de incredulidad. Debía quedarme con él y explicarle, pero no deseaba que Roberto se vaya, lo amaba y lo había lastimado. Me merecía que me odiara, yo me odiaba por ser tan cobarde.

—Roberto... —susurré su nombre caminando hacia él.

—Será lo que has dicho —dijo sin mirarme y continuó caminando hacia la puerta de entrada. Sin poder hacer nada para impedirlo, él se fue.

—¿Qué fue eso? —preguntó Bernardo furioso y señalando hacia la puerta. Sin responder me encogí de hombros— Regina, ¡no estoy entendiendo!

—No sé de qué hablas —respondí con los ojos húmedos. Llena de impotencia, cansada de mí y de él, exasperada, frustrada, molesta de tener a Bernardo metido en mi departamento. Entonces le di la espalda.

—Regina, ¿por qué me has mentado? —preguntó en tono más suave.

—¿Cómo?, ¿por qué dices eso?

—¿Por qué?, dijiste que estarías en Cuautla —me recordó. Al oírlo me sentí relajada y respiré.

—¡Ah! —exclamé y me detuve pensando en una mentira para salirme de ese problema—. Es que con lo del accidente nos atrasamos en el proyecto del doctor Trejo y necesitaba ponerme al día para poder tomarme las vacaciones de invierno en Cuautla. Decidí que era lo que debía hacer y ya no salí de la ciudad —él levantó las cejas y exhaló.

—¿Y qué hacía él en tu cuarto?

—Te lo dije. Es un colega, me ayudaba... —comencé a hablar.

—Manuel me dijo que tienes un amigo que a veces te trae y que no le gusta para nada la forma como te mira, ¿es él? —preguntó retador.

—No sé a qué te refieres —respondí y apreté los dientes mientras despotricaba contra Manuel con el pensamiento.

—¿No es él el tipo con quien tuviste el accidente? —al escucharlo me sentí acorralada, era tan obvio que no había forma de salir de ésta.

—Si, es él —respondí resignada a mostrar la verdad. Toda mi familia se me echaría encima, después de Bernardo, nadie aceptaría a Roberto. El siempre sería la causa de mi rompimiento y el culpable. Decir la verdad lleva una consecuencia que no estaba dispuesta a sufrir—. Vino para ponerme al día, ya te dije. Y lo pasé a mi cama para que estuviera más cómodo por su pierna. ¿Qué más quieres que ti diga?

—¡Quiero saber si me estás engañando! —me gritó moviendo las manos.

—¿Engañándote? ¿Con qué? —pregunté fingiendo inocencia. No podía aceptar que me había descubierto, nunca fui de las que hacían las cosas a escondidas ni de las que se me metía en enredos. Aunque últimamente me desconocía.

—¡Que si te estás viendo con ese hombre a mis espaldas! —gritó de nuevo y me tomó por los brazos con fuerza—. ¿Inventaste que te irías a Cuautla para poder quedarte sola en la ciudad y verte con él libremente? —me moví para soltarme de sus manos y él me soltó bajando el rostro arrepentido.

—¡No! —le grité—, ¡y no voy a permitir que me trates así! —entonces me quité el anillo de la mano y lo asenté sobre la mesa. Éste podía ser el pretexto perfecto, me hacía a la ofendida y terminaba la relación. Cuando él intentara regresar conmigo no lo aceptaría, fin de la historia.

—Discúlpame Regina, no sé qué me pasó —dijo mientras sus ojos bailaban entre los míos—. Soy un estúpido, perdóname, no mereces que te trate así. Sé que eres incapaz de portarte de esa manera, tú no eres esa clase de mujer, no sé en qué estaba pensando —tomó el anillo y lo colocó en mi dedo—. Por favor no te lo quites, es tuyo. Pase lo que pase entre nosotros, siempre va a ser tuyo. ¿Me perdonas? —se disculpó. Entonces comprendí que no había forma de terminar con él sin lastimar su corazón. Minutos antes también había lastimado a Roberto, recordé la expresión de su rostro, sus palabras, su decepción y su enojo, a él lo había perdido. ¿Qué caso tenía aceptar la realidad frente a Bernardo si ya no tendría el amor de Roberto? Desesperada comencé a llorar—. No te pongas así, te prometo que nunca más te trataré de esa manera.

—No tienes qué disculparte —le dije sin mirarlo.

—Por supuesto que sí —me tomó por la cintura con una mano y con la otra pasó los dedos entre mi pelo—. Tú eres lo que más quiero, te ofendí y estoy arrepentido.

Después de escuchar sus disculpas me sentí peor. Toda la vida tratando de ser una buena hija, una buena hermana, una buena mujer, evitando piedras para no tropezar, cuidando de no hacer nada que pudiera parecer malo y sin dar de qué hablar a los demás. ¿Y tanto esfuerzo para qué? Para tropezar con la única piedra que hubiera querido conservar.

—¿Cómo es que viniste? —le pregunté cuando me calmé.

—Hace unos días hablé con Manuel, él me persuadió sobre... —Bernardo guardó silencio—. Bueno, me dijo que te estaba descuidando demasiado y que no era bueno dejarte todos los fines de semana. La verdad que me puso algo nervioso. Así que pensé que sería mejor venir a verte y dejar mis pendientes para el lunes. Les llamé a tus padres para decirles que llegaría de sorpresa a Cuautla y ellos me dijeron que te habías quedado en el D.F. el fin de semana —él apretó los labios y me miró pensativo sin hablar por unos minutos—. Regina, te amo tanto, quería darte una sorpresa.

—Yo también —contesté resignada a no romper con aquella relación.

Durante la noche me costó mucho trabajo dormir, giré sobre mi cama una y otra vez, pensando en cómo había lastimado a Roberto, quizá lo mejor sería desistir de esa relación y aceptar que el resto de mi vida estaría con Bernardo. A menos que la vida decidiera librarme de Bernardo sin que yo hiciera nada. Siempre me consideré una persona noble pero cobarde, en aquel momento me di cuenta que la cobardía es una sombra negra capaz de oscurecer al espíritu más noble, y me avergoncé de mí. Después de haberme quedado dormida, soñé. Tuve unas de esas pesadillas a las que comenzaba a habituarme. Casi había amanecido cuando desperté, entonces me levanté y fui a la cocina para prepararme un café bien cargado, ya no quería dormir. Encendí mi computadora y busqué en YouTube a Mario Benedetti y el poema que en la tarde, Roberto había dicho que me dedicaba, “No te salves”. El segundo pedazo decía: “pero si pese a todo no puedes evitarlo, y congelas el júbilo y quieres con desgana, y te salvas ahora y te llenas de calma, y reservas del mundo sólo un rincón tranquilo, y dejas caer los párpados pesados como juicios, y te secas sin labios y te duermes sin sueño, y te piensas sin sangre y te juzgas sin tiempo, y te quedas inmóvil al borde del camino y te salvas, entonces, no te quedas conmigo”.

Después de escuchar el poema unas veinte veces me quedé dormida llorando. Cuando desperté y supuse que era una hora decente, le envié un mensaje a Roberto, “¿Estás despierto?”, “No” fue lo único que respondió. “¡¡¡Perdóname!!!” le pedí en otro mensaje, pero no respondió. “He escuchado el poema de Benedetti, y ¿sabes?, no quiero salvarme”, pero tampoco a ese mensaje respondió. Fue hasta el quinto perdón que recibí su respuesta: “No. Para mí ya te has salvado”. Aquella mañana tuve que levantarme y sonreír para Bernardo mientras mi corazón se retorció de dolor. En lo más oscuro de mi corazón deseaba ser salvada por el mundo, que Bernardo se enamorara de otra, que la tierra se lo tragara... No es que le deseara la muerte, pero a veces, suele parecer la única solución a un problema. Soñé despierta con lo que sea con tal de alcanzar mi felicidad sin tener que ser yo la que hiciera los cambios. Cuán monstruoso puede resultar un corazón cobarde.

LAS SOMBRAS DEL AMOR

Marzo, 1973

Aquella tarde regresé más temprano de la facultad, cuando entré a casa, toda mi familia se encontraba reunida en la sala. Todos se callaron al verme entrar y mi madre y hermanas me llamaron para que fuera a hablar con ellas a la cocina. Ellas se veían algo preocupadas y yo no tenía idea de qué podía ser lo que sucedía.

—Julieta, hay algo que quisiéramos que sepas —mi madre comenzó hablando algo nerviosa—, nosotras estamos preocupadas —me quedé callada esperando que continuara—. Es ese tu nuevo novio, Salvador.

—Sí, ¿qué pasa con él? —lo primero que me vino a la cabeza es que él hubiera tenido un accidente o algo así.

—Bueno, tus cuñados lo conocen. Ellos creen que él es —por un momento dudó en lo que diría— raro —al escucharla me sentí irritada. Debía de suponer que algo así pasaría, pero estaba tan contenta con Salvador que había olvidado los peros de su vida.

—No sé de qué hablas —respondí sin ánimo de continuar hablando del tema y me di la vuelta para salir de ahí.

—David lo conoce desde la secundaria, él sabe que a Salvador no le gustan las mujeres —dijo Elisa mientras ponía sus manos sobre mis hombros cómo dándome el pésame por la noticia que acababa de recibir. Como si su esposo pudiese conocerlo mejor que yo, en ése momento me entró mucha rabia contra David. Hombres como él habían sido una pieza importante para que Salvador tomara ese rumbo en su vida.

—No voy a discutir esto con ustedes. Yo sé quién es él y estoy enamorada —les dije mordéndome la lengua para no decir más y me zafé de sus manos.

—¡Pero qué desperdicio de tiempo! —se quejó mi madre muy enojada—. ¿A dónde crees que vas a llegar con un hombre cómo él? —preguntó más desesperada que molesta.

—Lo amo mamá —traté de explicarle—. Es el mejor hombre que he conocido en mi vida. Lo que dice la gente son sólo habladurías, nadie lo conoce de verdad, ninguno lo conoce como yo.

—¡Te das cuenta de lo que estás diciendo! —gritó Rebeca—. Siempre es lo mismo contigo. ¿Cómo puedes pensar que todo el mundo está equivocado excepto tú? Ahora entiendo de lo que tanto se ha quejado mamá. El error lo cometiste desde que alejaste a Mario de ti. Si hubieras hecho las cosas bien en ese momento...

—¡Y tú de que hablas! ¡No sabes lo que dices! —le grité enojada.

—¡Ya basta Julieta! —intervino mi madre, seguramente temerosa de que mencionara algo sobre mi embarazo y lo que habíamos hecho con el bebé.

—¿Piensas que todos nos creemos el cuento de tu vida perfecta? —continué recriminándole a mi hermana e ignorando a mi madre— Sin embargo, ¡yo no estoy yendo a darte concejos sobre como soportar a tu marido! —al escucharme me miró con horror, dio un grito ofendida y enseguida salió corriendo de la cocina.

—Julieta, ¡cómo te atreves a hablarle así! —me regañó mi madre disgustada—. Todo lo que te estamos diciendo lo hacemos por tu bien, tus hermanas sólo se preocupan por tu bienestar, y mira cómo les pagas —ante el alboroto mi padre entró a la cocina haciendo un intento por calmar las

aguas.

—Ha sido una noticia muy inesperada y dolorosa para Julieta —dijo mi padre a las otras. Al parecer él también ya estaba enterado de la situación—. Les pido por favor que se calmen y la dejen pensar en lo que le acaban de contar.

—Ella ya estaba al tanto —comentó Verónica.

—Y al parecer, la tenía sin cuidado —dijo Elisa cruzando los brazos sobre su pecho.

—¿Qué vamos a hacer con ésta muchacha? —lamentó mi madre entre llanto. Todos siguieron criticándome y opinando acerca de mi relación con Salvador. Y no sólo eso, también sobre mi rebeldía por ser diferente a mis hermanas y al resto de las mujeres de mi edad.

—Si tanto les preocupa mi bienestar, entonces que se olviden del tema y lo acepten como es, por que lo amo y no pienso dejarlo —les pedí. Quise ser fuerte, pero al final la voz se me quebró y comencé a llorar.

—Julieta, ¿cómo puedes pedirnos eso?, ¿no ves que es obvio que estás caminando en dirección al fracaso otra vez? —lloriqueó mi madre.

—¡No me importa lo que piensen o crean que saben de él!, somos novios y nos amamos. Y si no lo aceptan a él, no me aceptan a mí.

—Esa clase de hombres ofende a Dios y en nuestra familia nunca serán bien recibidos —dijo mi madre dándome la espalda—. Van contra la naturaleza, y lo peor es que hay gente como tú que...

—¿¿Qué qué?! —le grité—. No somos nadie para juzgar la vida de los demás.

—En ésta casa nos hemos esforzado por ser gente de bien y tengo derecho a expresar mi opinión sobre esos libertinos que viven en pecado.

—No sabes qué los llevó a ser como son —respondí con tristeza—. Podrían ser personas más nobles que tú y que yo —mi madre me miró de reojo y negó con la cabeza.

—Ese hombre te tiene atontada —entonces giró dándome la cara y mirándome con más dureza que nunca continuó hablando—, no quiero que él siga a tu lado y que contamine ésta casa. Tienes que alejarte de él.

—Vamos a calmarnos —dijo mi padre acercándose a mi madre.

—¿Y lo que me has contaminado tú? —le eché en cara a ella—. Me obligaste a entregarlo y renunciar —mi madre me dio una bofetada obligando a callarme. Junto a ella estaban mis hermanas que no sabían nada.

—No te atrevas a faltarle a tu madre —amenazó mi padre. Entonces me cubrí la mejilla que me ardía con una mano y dejé que me salieran las lágrimas. Quería gritar más, decir la verdad sobre mí, sobre Mario y sobre mi Madre. Pero se me habían ido las fuerzas para enfrentarlos. Tomé mi bolsa y las llaves de mi sedán y salí de la casa sin despedirme. Subí a mi automóvil y me fui sin mirar atrás. Sólo quería estar con Salvador. Así que fui a su departamento con la esperanza de encontrarlo, pero no estaba. Busqué un teléfono público y llamé a casa de Mauricio. Le pregunté dónde podía encontrarlo. El me dio el teléfono del departamento de Gabriel y me dijo que estaba con él. En seguida marqué el número y Gabriel fue quien contestó.

—¿Gabriel? —pregunté sabiendo que era él— ¿se encuentra contigo Salvador?

—¿Julieta? —preguntó al otro lado de la línea.

—Necesito hablar con Salvador —comencé a explicar mi llamada de forma apresurada—, fui a buscarlo, pero no estaba. Mauricio me dio tu número. Dijo que te llamara.

—Ahora te lo paso —respondió ipso facto.

—Qué rápido ya me extrañas —dijo Salvador al tomar la bocina.

—Es que yo... necesito verte —respondí y mi voz se quebró.

—¿Qué te pasa? —preguntó preocupado.

—Me peleé con mis padres y me salí de la casa. ¿Podemos vernos? Fui a buscarte a tu departamento, pero no estabas.

—Ven a casa de Gabriel y me platicas lo que pasó. Su departamento está muy cerca del mío — después de escribir la dirección en la palma de mi mano, subí a mi coche y me dirigí allí. Este edificio era algo más lujoso y parecía que los departamentos eran más grandes. Cuando toqué el timbre estaba muy nerviosa, enseguida Salvador abrió la puerta y al ver mis ojos llorosos hizo una mueca y me abrazó.

—¿Qué fue lo que pasó? —preguntó mientras me hacía pasar dentro del departamento. Gabriel se levantó y me saludó a lo lejos, luego se disculpó y entró en su habitación. Nos sentamos en la sala y comencé a contarle lo sucedido.

—Es mi culpa, yo no te convengo —se culpó Salvador.

—¿Cómo puedes decir eso?, sabemos que no vamos a ser comprendidos por mucha gente y criticados por la mayoría. Yo te amo, y no me importa lo que tenga que pasar para estar contigo — le dije ofendida. El me abrazó muy fuerte y lloró—. Salvador... ¿Puedo dormir contigo? Sólo hasta que encuentre un lugar donde quedarme o hasta que se solucionen las cosas con mis padres.

—Puedes quedarte el tiempo que quieras, Ju, no tienes que buscar otro lugar a donde ir. Mi casa es tu casa. Pero me gustaría que arregles las cosas con tu familia —dijo dándome un beso en la cabeza y susurró—: y tú que pensaste que ellos serían felices si te hacías mi novia.

—Ellos morían por que tuviera novio. Pero nunca pensé que les vendrían con el chisme de tu vida. En fin, en mi casa siempre soy yo la que hace las cosas mal.

—¿Esta mal ser uno mismo? —preguntó.

—No. Pero lo que para mí es perfecto para ellos es un desastre —Salvador me abrazó y continuamos hablando por un rato más. Luego salió Gabriel a saludarme y después de hablar unos minutos, nos invitó a cenar en su departamento. Preparó una pasta mientras Salvador y yo poníamos la mesa y servíamos vasos con hielo y agua. Antes de sentarse, Gabriel sacó tres copas y abrió una botella de vino de la cual Salvador se rehusó a tomar ya que estaba por marcharse a su guardia al hospital. Antes de irse, Salvador me entregó las llaves de su departamento y se despidió dándome un beso en los labios. Gabriel me llevó a un cerrajero cercano. Sacaríamos un duplicado de la llave del departamento de Salvador para que yo me llevara. La original se la quedaría Gabriel. Más tarde, Salvador la recogería para poder entrar en su departamento. Después de haber sacado el duplicado, Gabriel me prestó una maleta y me llevó hasta la casa de mis padres. Ya eran las once de la noche y supuse que mis padres dormían. Recogí ropa y artículos personales y me llevé mis libros en la mochila. Escuché un golpe en el pasillo y temí que alguno estuviera despierto. Corrí con todo mi cargamento por el pasillo y bajé las escaleras sin mirar atrás. Pude identificar la sobra de alguien sentado en el sofá. Me detuve frente a la puerta y mientras dejaba mis llaves de la casa sobre la mesa del recibidor, escuché el sonido de los hielos al chocar con el vaso de cristal. Debía de ser mi padre. No habló. Yo tampoco. Continué hacia adelante, abrí la puerta y salí de la casa. Gabriel corrió para cargarme las maletas y las subió en el coche.

—¿Qué es realmente lo que sientes por Salvador? —preguntó Gabriel cuando estábamos de regreso.

—¿La verdad? —le dije sonriendo y el hizo un movimiento afirmativo con la cabeza—. Estoy perdidamente enamorada —al decir esto recordé los reproches de mi familia y mis ojos se llenaron de lágrimas. Luego apreté los labios y traté de sonreír—. ¿Qué crees que siente él por mí? —al escucharme, Gabriel levantó las cejas y abrió los ojos.

—Me asusta, de verdad. Ha cambiado mucho y creo que nunca había sido tan feliz. El es un buen hombre. De corazón te digo que me gustaría que esto entre ustedes termine bien.

—La verdad, pensé que te caería mal.

—¿Por qué? —preguntó sorprendido.

—Al estar conmigo, Salvador deja de formar parte de tu bando y... —él frunció el entrecejo y se rio.

—No. Para nada —Gabriel me dio unas palmadas en la mano—. Yo quiero que él sea feliz, no importa cómo.

Llegué sola al departamento de Salvador. Dejé mis cosas en la sala y me acosté en su cama, me dormí. El no volvería hasta las ocho de la mañana y yo tenía que estar en el hospital antes de las siete. Así que los dos podíamos dormir cómodamente en su cama. La siguiente semana pasó demasiado rápido, entre la universidad, mis prácticas de la mañana y las guardias de Salvador por la noche, nos veíamos poco, pero disfrutábamos de nuestro poco tiempo juntos. A partir de aquel momento, ya no iba a la escuela con mis amigas y la mayoría de las veces lo hacía con Salvador. Para las dormidas, me acostaba en su cama los días que él hacía guardia y cuando no le tocaba guardia, le dejaba a él la cama, para que pudiera descansar mejor.

Una semana después de haber dejado la casa de mis padres, les llamé por teléfono para decirles que estaba viviendo con una amiga y les di el número de teléfono del departamento de Salvador para que me llamaran cuando ellos quisieran. Como lo esperaba, me pidieron que regresara a casa o por lo menos que fuera a visitarlos, pero me negué. Mis amigas sentían mucha simpatía por Salvador a pesar de saber sobre su turbulento pasado, y aunque me decían abiertamente que no entendían cómo me había enamorado de él, lo aceptaban como mi pareja. La parte económica era un asunto que me preocupaba. El dinero que recibía por mis prácticas era muy poco, si acaso me servía para mantener mis estudios, pero no alcanzaba para pagar la comida. Cuando hablé del tema con Salvador, él se mostró relajado. No es que recibiera una buena paga por las guardias en el hospital, pero gracias a Gabriel no le hacía falta dinero. El medio hermano de su madre había heredado mucho de su padre, tenía no sólo dinero en el banco, sino negocios y muchas propiedades, incluyendo el departamento donde vivíamos. Gabriel no pensaba casarse ni tendría hijos, su familia más querida, por no decir que la única, era Salvador y haría lo que estuviera en sus manos para ayudarlo. No teníamos que pagar ni un peso por el departamento e incluso, Gabriel le había otorgado un subsidio por el tiempo que le tomara estudiar medicina y ese dinero que recibía era más de lo que Salvador necesitaba para vivir. Salvador me decía que todo lo que él tenía también era mío y que tomara sin temor el dinero que necesitara de él. Aunque no vivíamos de manera opulenta, no nos hacía falta nada y lo mejor de todo es que nos teníamos a nosotros.

Salvador y yo estábamos enamorados, pero antes que nada éramos los mejores amigos. Como él llevaba muchos años viviendo sólo y cuidando de sí mismo, todo me le hizo más fácil a mí. El era quien se encargaba de las compras para la despensa, entre los dos preparábamos los alimentos y recogíamos la habitación y también era él quién en un principio, se encargaba de llevar la ropa a la lavandería. No existen palabras para describir el mundo que juntos construimos, en el cual sólo podíamos estar nosotros dos. La lucha constante por mantener nuestros instintos bajo control nos hacía más deseables y más fuertes. Quizá no sea fácil de entender la razón por la que habíamos decidido mantener así la relación. Para los que conocían el pasado de Salvador, nuestra relación era un error. Pero para nosotros todo era perfecto. Nos amábamos y no estábamos dispuestos a ajustarnos a un modelo impuesto por la sociedad ni romperíamos nuestro pacto.

Pasaron los meses y Salvador y yo éramos felices juntos. Día con día nos conocíamos mejor y

cada vez era más difícil controlar nuestros impulsos cuando estábamos solos. Los dos nos tratábamos con mucho respeto y no nos ocultábamos nada. El me había contado las partes más oscuras de su vida, sus más grandes temores, sus deseos y sus sueños. Yo por mi parte, me había abierto también a él. Era la única persona con la que había hablado de mi parto. Pero fuera de nuestro mundo, no todo era miel sobre hojuelas, mis padres y hermanas se mantenían en desacuerdo con nuestra relación y no siempre éramos bien vistos por los demás.

Un día, Salvador recibió una llamada de su padre para invitarnos a una comida en su casa. Esta sería la segunda vez que Salvador regresaba a verlo después de la reconciliación y aunque me sentía algo ansiosa, me emocionaba pensar que la relación con su familia estaba mejorando.

El miércoles me levanté temprano para mis prácticas en el hospital, Salvador se había ido desde la noche anterior a hacer su guardia y todavía no había regresado cuando me fui. Aquel día comeríamos con su familia, como habíamos quedado, él me esperaría hasta que regresara del hospital para llegar juntos a la comida. Regresé apurada para que no se nos hiciera muy tarde y cuando entré en la habitación vi que Salvador dormía. Entonces me di un baño y comencé a arreglarme tratando de no hacer ruido para no despertarlo. Para ésta ocasión, escogí un vestido fresco, rojo de puntitos blancos, ceñido en la parte de arriba que caía suelto en la parte de abajo. Ya lista me acosté a su lado con mucho cuidado y lo observé mientras dormía antes de decidirme a despertarlo.

—Salvador —lo llamé suavemente al oído y pasé mis dedos sobre sus cejas y bajé por su nariz hasta llegar a sus labios—. Salvador, tienes que levantarte, ¿a qué hora quedaste con tu papá? —él apretó los ojos e hizo un leve gemido.

—A la una —respondió, luego puso las manos a los costados de su cabeza y se quejó—. ¡No me quiero parar!

—No podemos dejarlo mal. Además, yo también tengo muchas ganas de ir. Te prometo que tardaremos poco y de regreso te dejo dormir toda la tarde —Salvador volvió a apretar los ojos y puso los brazos sobre su cabeza—. Ya levántate flojo.

—Mi cabeza me está matando —se quejó— ¿Puedes traerme mis pastillas? Están en la cocina —me pidió todavía con los ojos cerrados. Le di un beso en la barbilla y fui por ellas y un vaso de agua.

—Amor, creo que no estás durmiendo lo suficiente y cada vez te quejas más por dolor de cabeza —le dije al darle el agua y las pastillas. Salvador me miró de reojo.

—Es migraña. ¿Me llamaste amor? —preguntó sonriendo y moví la cabeza afirmando—. Gracias —me dijo contento y con un gran esfuerzo se levantó para darse baño. Cuando salió, ya llevaba los pantalones puestos, pero no tenía camisa, entonces me lo comí con los ojos. Aunque vivíamos juntos, tratábamos de provocarnos lo menos y nunca lo veía sin camisa. El hizo al que no se daba cuenta de mí y se puso la primera camisa que vio, su favorita.

—Salvador esa camisa está rota, mejor ponte otra —le pedí. El extendió el brazo para entregarme su camisa.

—Dame la que tú escojas —dijo sentándose en la orilla de la cama. Escogí una camisa de rayas café y lo ayudé a ponérsela. Ya vestido, se levantó y me tomó de la mano haciéndome girar, luego me miró con ojos seductores y torció la boca en una sonrisa—. De plano, contigo así vestida no voy a ningún lado.

—¿Por qué? —pregunté temiendo que algo de mi vestido no le gustara.

—Porque sólo quiero pensar en qué momento te lo puedo arrancar —respondió poniendo sus manos en mi cintura. Entonces sonreí aliviada. Salvador me acercó a su cuerpo mientras me miraba a través de las pestañas y lentamente fue acercando su rostro al mío, hasta que me besó—.

Te ves más hermosa que nunca —me susurró. Sin dejar de mirar sus ojos, pasé mis dedos sobre los vellos de su pecho y él tomó un tirante mi vestido y lo dejó caer. Luego inclinó el rostro sobre mi hombro y lo besó. Trazó un camino con los labios que iba de mi hombro al lóbulo de mi oreja y todo mi cuerpo se estremeció. Entonces nos abrazamos para tranquilizarnos.

—Te amo —le dije después de besarle en los labios.

—Yo más —respondió mientras me miraba con aquellos ojos grises y profundos.

—Creo que debemos irnos —le dije sin ganas—, tu papá debe de estar esperando —Salvador asintió con la cabeza y alejó sus manos de mi cintura. En un instante terminamos de arreglarnos y salimos en dirección a la casa de su padre.

—¿Van a estar tus hermanos? —pregunté—. Estoy nerviosa, ¿Cómo crees que se porten conmigo?, ¿cómo debo comportarme?, ¿cómo tu novia? —Salvador sonrió ante tanta pregunta y movió la cabeza en negación.

—Sólo imagínate —respondió levantando las cejas. Luego torneó los ojos y sonrió—. Eres mi salvadora, gracias a ti he corregido mi camino. ¿Cómo crees que te reciba mi familia? —dijo dándome palmadas en el muslo y me miró de reojo.

—En cambio... —comencé a hablar, pensando en lo que mi familia pensaba de él y entonces bajé la mirada y callé para no lastimarlo. Salvador exhaló y lo miré, él tenía los labios fruncidos y sus ojos brillaban más de lo normal—. Ellos no te conocen todavía...

—Yo conozco a la gente —me interrumpió en tono ronco y tajante—, y te conozco a ti —continuó con tono más dulce mientras me miraba e inclinaba el rostro hacia mí—. Que tú me quieras es lo único que me importa, así que no te lastimes en vano —Salvador levantó la mano y me acarició la mejilla suavemente.

—¿Cómo es tu relación con tu hermana? —pregunté después de unos minutos de silencio.

—Por muchos años, Susana dejó de hablarme, no la culpo. Pero la distancia entre nosotros no disminuyó después de que me buscara para pedirme perdón. No se trata de rencor ni nada de eso, sólo fue que los dos conocimos una parte del otro que no nos gustó.

—¿Y con su esposo y sus hijos? —Salvador sonrió antes de responderme.

—Fernando es un buen tipo y siempre me ha demostrado aprecio a pesar de mi relación con Susana. Sus hijos casi no me conocen, pero los quiero. Durante el trayecto continuó hablándome de su familia.

La casa se encontraba en una novedosa zona residencial, con jardín al frente y protegida con una reja de hierro color negro, adornada con hojas y flores, también de hierro. Estacionamos al frente y nos bajamos. Salvador tocó el timbre junto a la entrada y mientras esperábamos miraba de reojo hacia el interior. La amplia cochera se encontraba ocupada por tres carros, a uno de ellos lo reconocí como el de Mauricio. Cuando entramos a la casa, todos se encontraban ahí esperándonos. Mauricio fue quien nos abrió la puerta y me recibió con un fuerte abrazo. Salvador se mantuvo callado detrás de mí hasta que su hermano me liberó, entonces me presentó con su padre, hermana y los otros. Ellos fueron muy amables y me hicieron sentir bienvenida en su casa. Los hijos de Susana eran una niña de siete años y un varoncito de cuatro. La niña fue quien acaparó la atención de todos, mientras que el niño a veces se escondía detrás de su madre. El padre de Salvador no dejó de mirarme en todo el tiempo que duró la comida, hasta el punto de hacerme sentir incómoda. Parecía que no daba crédito que existiera una mujer que hubiera aceptado a su hijo después de su pasado.

—Mauricio nos contó que vives con Salvador —dijo su padre mientras Susana servía más café—. ¿Piensan casarse pronto? —preguntó de manera casual, como sí me cuestionara mi edad. La pregunta me tomó por sorpresa y miré a Salvador esperando que él me salvara de responder.

—Todavía no hemos hablado de eso —contestó él fríamente.

—¡Ah, pues deberían!, ya se están haciendo grandes —dijo su padre sonriente y enseguida colocó su mano sobre mi hombro. Bajé la mirada y me abstuve de responder, simplemente le sonreí.

—Cuando lo decidamos te haremos saber —respondió Salvador levantándose de la mesa y luego me miró y me guiñó el ojo—. ¿Nos vamos?

—Salvador —protestó su padre levantándose de la mesa también. Entonces se inclinó hacia mí —, no te levantes todavía —Salvador salió del comedor y su padre tras él. Sin distinguir palabras los escuché discutir.

—No le hagas caso a mi padre —me dijo Susana—. Es que él está muy entusiasmado contigo, pero yo entiendo tu posición y la comparto.

—¿A qué te refieres? —pregunté suponiendo de qué hablaba.

—No me casaría con él —dijo mirándome a los ojos y luego apretó los labios. Bufé y me levanté de la mesa—. No sabes cuánto te agradezco que estés con él y les deseo lo mejor. Pero yo no podría.

—¡Vamos Julieta! —llamó Salvador desde lejos.

—Salvador es un ser humano increíble —le dije a Susana.

—Lo sé —respondió avergonzada—. No era mi intención... —titubeó— me hubiera gustado que se queden un rato más, casi nunca vemos a Salvador. Promete que volverás —me pidió. Respondí afirmando con la cabeza y me despedí de todos. Salvador ya me esperaba en la puerta de la casa.

—Perdona a mi padre —dijo antes de cerrar la puerta del coche.

—Salvador —lo llamé en cuanto arrancó el motor. El me miró en espera—. ¿Tu padre nunca volvió a casarse? —pregunté.

—No —respondió pensativo—, y tampoco le conocí una novia.

—Que raro —pensé en voz alta. Salvador levantó las cejas y se encogió de hombros restándole importancia.

—¿Alguna vez ha pasado por tu cabeza la idea de casarte? —preguntó—, ¿conmigo?

—Sí, algunas veces —contesté y entonces él sonrió torciendo la boca hacia un lado—, ¿y tú? —pregunté. Su expresión cambió y no respondió. Parecía abstraído con sus pensamientos. Entonces arrugó la frente y se llevó una mano a la cabeza.

—¿Todavía te duele?

—No. Sólo fue una punzada. Pero ya pasó.

—Quizá deberías de tomarte unos días de descanso —sugerí. Salvador levantó las cejas y respiró.

—Quizá —susurró. Luego movió la cabeza hacia un lado y sonrió levemente. Cuando nos bajamos del coche sacó su cajetilla de cigarros, tomó uno y lo puso entre sus labios. Al verlo levanté la mano y le saqué el cigarro de la boca. El me miró sorprendido.

—No creo que te haga bien fumar con esa migraña —lo reprimí. El me miró enojado—. A veces me pregunto —continué—, si eres un doctor y sabes los daños que ocasiona, ¿por qué fumas?

—Empecé a los catorce y nunca he pensado en dejarlo. Además, creo que prefiero vivir poco, pero haciendo lo que me gusta, que tener una larga vida llena de privaciones —aquel pensamiento me molestó.

—¡Pero ahora ya no estás solo!, yo necesito que tengas una larga vida conmigo y por eso tienes que cuidarte —me quejé y continué caminando hacia el departamento.

—¡Julieta! —me llamó mientras caminaba detrás de mí. Lo esperé junto a la puerta con los brazos cruzados al frente. Salvador se inclinó para besarme los labios y sonrió.

—No sé qué sería de mí si tú no existieras —le dije abrazándolo después de entrar—, creo que ya no podría vivir sin ti —Salvador tomó mis brazos y los colocó sobre su pecho después de cerrar la puerta tras él—. Te quiero —susurré. Él me miró con sus tiernos ojos y con su mirada parecía que me agradecía el comentario.

—“¿Mi tierra? Mi tierra eres tú. ¿Mi gente? Mi gente eres tú —recitó mirándome fijamente con sus ojos grises y profundos—. El destierro y la muerte, para mí están adonde no estés tú. ¿Y mi vida? —continuó— Dime, mi vida, ¿qué es, si no eres tú?” —cuando terminó con el poema, tomó mis manos y las besó.

—Dijiste que Cernuda no era tu favorito —le recriminé. Salvador se rio negando con la cabeza.

—No es que lo sea, pero me sirve para que entiendas lo que siento por ti —al escucharlo me abalancé sobre él pasando los brazos alrededor de su cuello y lo besé. Salvador rodeó mi cintura con sus brazos mientras me acariciaba la espalda y subió las manos para meter los dedos entre mi cabello diciéndome al oído—: Te amo Julieta y ya no aguanto más. ¿Cuánto tiempo vamos a continuar así?

—Yo tampoco quiero continuar con el pacto —le dije sin dejar de besarlo.

—¿Estás segura de mi amor por ti? —preguntó separando nuestros labios.

—Totalmente —respondí sin dudar y me acerqué para volver a besarlo, pero él dio un paso hacia atrás y sus ojos se posaron en los míos.

—Julieta, ¿te casarías conmigo? —preguntó mientras sostenía mi rostro en sus manos.

—¿Es una condición para hacer el amor? —pregunté. Él me besó los labios con ternura por sólo unos instantes.

—No —dijo con voz seca y continuó con su mirada gris perdida dentro de mis ojos—. Julieta, es una proposición. ¿Te casarías conmigo?

—¡Sí! —respondí besándole el rostro. Entonces me cargó y caminó hacia la habitación. Con mucho cuidado me puso en la cama y se inclinó hacia mí. Sus ojos brillaban guardando el deseo que durante tanto tiempo habíamos resistido. Poco a poco fue quitándome la ropa con delicadeza y me hizo sentir como si debajo de ella se encontrara lo que más anhelaba. Mis dedos temblorosos y torpes abrieron su camisa botón por botón. Salvador comenzó a besarme el cuello mientras las yemas de sus dedos vacilaban tratando de acariciar la piel de mi dorso desnudo y lo hacía con el roce más suave y dulce que jamás hubiera sentido.

Mi cuerpo respondía a cada roce, a cada caricia. Coloqué mis manos en el borde de su pantalón y comencé a desabrocharlo mientras con mis pies tiraban de él hacia abajo y comencé a meter los dedos bajo su ropa interior. Ante aquella intromisión, el dorso de Salvador se estremeció y él gimió. Respondía a sus estímulos y frenar cada impulso resultaba demasiado difícil. En algún momento me detuve y lo miré, tenía el rostro encendido y su respiración era tan agitada como la mía, él también me miró—, por favor, no me detengas —suplicó tiernamente y su mirada gris lo hizo irresistible. Lo que estaba por suceder ya nada lo detendría, habíamos llegado al final de ese camino y no pretendíamos dar marcha atrás, nuestra fuerza de voluntad estaba doblegada y se rendía en ésta lucha. Ahora todos nuestros sentidos estaban a flor de piel y mi corazón latía más fuerte. La experiencia más ansiada de nuestras vidas estaba por comenzar, cerré los ojos y me dejé llevar.

Aquella vez fue mágica, no sólo por lo que sentimos, sino por cómo lo sentimos. Entre

Salvador y yo había algo más que confianza, era como un reconocimiento de nuestros cuerpos. Nada fue fingido y el deseo se mantuvo presente en cada segundo. Todo fue respetuoso y espontáneo. Era como si supiéramos lo que nos gustaba y lo único deseábamos era darnos gusto. Al terminar nos bañamos juntos y luego nos quedamos abrazados bajo las sábanas escuchando música y conversando.

—¿Querías saber cuál era el momento más feliz de mi vida? —le pregunté apoyando mi cabeza sobre su hombro, él sonrió mientras me devoraba con la mirada. Luego levantó las cejas en señal de pregunta y me perdí en sus ojos—. Lo acabo de conocer, tú me lo diste —Salvador me abrazó y me besó en la frente.

—Es un honor formar parte de éste recuerdo —dijo sin soltarme y nos besamos—. No existen palabras para expresar lo que me hiciste sentir, Julieta eres maravillosa —dijo con los ojos llenos de lágrimas—, era cómo si pudieras leer mi mente y todo lo que hacías, lo hacías en el momento que lo deseaba. A veces me hiciste sentir sensaciones distintas con lo que no esperaba. En fin, no hubo nada que hubiera querido que fuera de otra manera —Salvador se movió sobre su costado apoyándose sobre su brazo—. Julieta, lo que hoy me has entregado ha sido mil veces más de lo que esperaba, hoy he terminado de comprender que mi vida es junto a ti y mientras viva quiero vivir siempre a tu lado —dijo mientras recorría mi piel desnuda con las yemas de los dedos y la mirada—. Te amo.

—“¿Y mi vida? Dime, mi vida, ¿qué es, si no eres tú?” —recordé el poema en voz alta y los dos reímos—. Quizá debamos adoptar a Cernuda como el favorito —sugerí y Salvador me abrazó con más fuerza.

—Un día de estos te presentaré mi poema favorito —me dijo al oído y los dos nos quedamos en silencio por un momento. Entonces recordé mis relaciones anteriores y el sexo que había conocido en ellas, no era nada junto a la intimidad y reconocimiento que había logrado con Salvador, con sólo una sola vez.

—Salvador, lo que hicimos hoy no tiene nada que ver con las veces anteriores, en las otras ocasiones...

—No quiero detalles —me calló colocando un dedo sobre mis labios.

—Perdona, es que quería que sepas que esta fue como si fuera la primera vez y que nunca me había entregado así —Salvador me calló de nuevo besándome en los labios.

—Para mí también lo ha sido —dijo en voz baja. Entonces sonreí sabiendo que aquello en cierta forma era cierto.

—Pero Salvador, tu no... —vacilé por un momento tratando de encontrar palabras. Por supuesto que sabía que era una tontería pensar que el nunca antes había tenido relaciones sexuales. Pero a veces nos gusta jugar a ser ciegos y no ver. El bajó el rostro desviando la mirada para luego mirarme a los ojos.

—Eres la primera con quien hago el amor —dijo poniendo mucho mayor énfasis a las tres últimas palabras.

—Nunca me dejaste adivinar tu libro favorito —dije con intención de cambiar de tema.

—¿Lo vas a intentar? —preguntó sorprendido mientras levantaba las cejas y se alejaba de mí para mirarme a la cara. Le sonreí con una mirada retadora antes de responderle y moví la cabeza en afirmación. En ese momento su alarma sonó.

—¡No por favor! ¡No quiero que te vayas!, ¡no hoy! —otra vez me besó en la frente y se movió hacia el buró para apagar la alarma.

—Me tengo que ir, amor.

—Pero llegaste hoy al medio día de la guardia, ¿cómo de nuevo te vas? —me quejé mirando

mi reloj de pulsera.

—El médico residente no está en la ciudad y pidió que uno de nosotros cubriera su turno de hoy. Nos rifamos y el afortunado fui yo —me explicó y por su expresión, sabía que estaba sufriendo tanto como yo el tener que irse. Salvador salió de la cama y estaba desnudo. Nunca antes había caminado frente a mí sin ropa, verlo así me hizo recordar los momentos antes y me sentí extraña al pensar que ya era su mujer. Mientras lo miraba vestirse repasé en mi mente sus posibles libros preferidos, tendría que ser uno triste o que evocara a la soledad. Ya estaba saliendo de la habitación cuando me vino a la mente un título que había visto entre sus libros, en el mueble de tele frente a la sala.

—¡El conde de Montecristo! —grité antes de que cerrara la puerta del departamento, pero no respondió, al parecer no me escuchó. Después de escuchar el sonido de la puerta, cerré los ojos y recordé cada instante de nuestro amor. La electricidad regresó a mí y estremeció cada parte de mi cuerpo. Me sentí la mujer más dichosa del mundo. Era feliz y lo único que opacaba mi felicidad era mi familia y su rechazo hacia el hombre que amaba. Salvador y yo éramos felices y nos complementábamos en todos los sentidos, no sólo estábamos enamorados, además éramos los mejores amigos. ¿No se supone que los padres quieren la felicidad de los hijos?, entonces, por qué no aceptar la manera como hemos decidido serlo. Me dolía que mis padres no le dieran la oportunidad a un ser humano tan maravilloso como Salvador, sobretodo, después de haber sido bien recibida por su familia.

A fin de dejar el tema a un lado me di un baño de agua caliente y cuando terminé me vestí. Salvador no regresaría hasta la mañana siguiente y yo me sentía con demasiada energía como para quedarme ahí sola. Así que decidí ir a hablar como mis padres. Tomé mis llaves y me dirigí a mi automóvil. Llegué a casa en automático, me bajé y toqué el timbre. En cuanto me vio mi madre le gritó a mi padre para que baje a saludarme.

—¿Cómo estás? —preguntó él.

—Mejor que nunca. Soy muy feliz —respondí sonriendo, entonces él me abrazó y ella apretó los labios mirando hacia un lado.

—Hoy fui a conocer a la familia de Salvador —les dije mientras me separaba del abrazo de mi padre—. Ellos me trataron muy bien.

—¿Sigues con ese hombre? —preguntó mi madre de manera reprobatoria.

—Vivo con él —le respondí mirándola fijamente a los ojos. Entonces ella evitó mi mirada y movió el rostro hacia abajo—. Nos amamos, él es...

—El te esté llevando a un camino de pecado, nada bueno puede venir de un hombre así —me interrumpió mi madre.

—¡Ni siquiera lo conoces! —le grité con rabia mientras sentía cómo mis ojos se llenaban de lágrimas.

—No. Ni quiero.

—¿Por qué se niegan a darle la oportunidad? —pregunté moviendo mis ojos de uno al otro. Mi padre bajó la cara esquivándose— Papá, ¿tú tampoco?

—No podemos apoyar algo que de antemano sabemos será un fracaso —respondió mi madre con frialdad.

—Soy tan feliz como mis hermanas, probablemente más —ella apretó los labios y me echó una mirada de desaprobación.

—¿Cómo puedes compararte? Ellas han tenido una actitud correcta, pero tú... Tú vas a terminar mal Julieta. ¿No fue suficiente con lo que viviste hace ocho años? —me recriminó—. No solo por cómo es él, sino que además ya vives con un hombre sin estar casada —ella sollozó—.

Ya no puedo obligarte a enderezar tu vida, pero estate segura que Dios no va a premiar tu comportamiento.

—Ya sé que no ha sido de la mejor manera —respondí bajando la mirada.

—Toda muchacha sueña con una boda, entrar al altar de la mano de su padre y vestida de blanco. Toda madre sueña con ese momento. ¿Y la fiesta?, ¿y los regalos de boda?, te has perdido una parte tan linda del matrimonio —se quejó.

—Pero en verdad nos amamos y no cambiaría lo que tengo por un vestido blanco. Pero si tuviera un poco de apoyo de ustedes, las cosas podrían ser distintas.

—No hay manera —dijo sin dudar—, y no voy a cambiar mi punto de vista, esa relación no me parece —dijo inquebrantable. Al darme cuenta que no podría cambiar su forma de pensar exhalé y bajé la mirada apretando los dientes para no llorar. Quería gritarle muchas cosas, pero sabía que si trataba de hablar lloraría. Entonces caminé hacia la puerta derrotada y sin despedirme.

—¡Julieta! —mi padre gritó a mis espaldas cuando ya estaba afuera de la casa. Dejé de caminar y esperé a que él se acercara—. No te vayas así —me pidió y enseguida me abrazó, entonces lloré.

—¿Tú piensas distinto? —pregunté entre llanto.

—Algún día, me gustaría conocerlo —me dijo al oído. Nunca habría esperado esa respuesta de él. Siempre pensé que mi madre se desvivía por él por temor a su enojo, en aquel momento me di cuenta que aquella era una máscara que ella misma había creado, porque en realidad quien tenía la última palabra en esa casa era ella y no él. Aquella vez, le agradecí que tuviese el valor de hablar según su criterio, aunque fuera a espaldas de ella.

Cuando llegué al departamento me sentí muy sola y triste, entonces le hablé por teléfono a Marisa para platicar, pero al tratar de hablar, comencé a llorar. Ella me dijo que iría a verme al departamento de Salvador. Cuando llegué, estaba con su novio y me convenció para que los acompañase a tomar algo. Pensé que salir podría hacerme bien y fui con ellos. Muchos de nuestros amigos estaban en aquella cantina. Todos parecían felices de verme y aunque a mí también me dio gusto verlos, no tenía ganas de socializar. Después de un rato me disculpé con Marisa y le dije que no me sentía bien y tomaría un taxi. Me levanté de la mesa y caminé hacia la calle sin despedirme de los demás. Cuando me paré en la banqueta en espera de un taxi, sentí una mano grande y fría que me tomaba por el codo y giré en dirección a la persona a mi lado. Era Héctor.

—Yo también tengo que irme. ¿Te parece si te llevo? —preguntó.

—Pensaba llamar un taxi. No quiero desviarte —le dije para evitarlo.

—Con gusto te llevo. A ésta hora no es seguro que vayas sola en taxi —insistió señalando su carro. Dudé si caminar con él o decirle adiós y tomar el taxi, pero Héctor me miró e hizo un movimiento con el brazo para que me acercara y caminé a él. Héctor me abrió la puerta de su coche y después de haberse subido arrancó el motor—. ¿A tu casa? —preguntó.

—No, ya no vivo ahí —respondí—, ahora vivo con Salvador —Héctor levantó las cejas asombrado y mientras le explicaba el camino hacia el departamento de Salvador, me miró disgustado.

—¿Por qué has hecho esto? —preguntó al llegar al estacionamiento de los departamentos—. Julieta, perdona que me inmiscuya, pero pensé que eras una mujer inteligente.

—Tienes razón, fue una tontería haber venido contigo —respondí.

—No, me refiero a estar viviendo con ese marica —al escucharlo mi boca se abrió incrédula—. Y yo no sé por qué seguí guardando la esperanza de que algún día tú y yo lográramos algo. No es justo Julieta. No es justo que yo siga pensando en ti mientras tú te estas portando como una ramera, tú no eres una dama y no mereces respeto.

—¡Cállate! —le grité al tiempo que le daba una bofetada. Entonces abrí la portezuela del coche, pero Héctor me tomó del brazo obligándome a quedarme y luego a acercarme a él—. Suéltame —le pedí sin mirarlo, pero siguió jalándome del brazo y con la otra mano me tomó de la quijada haciendo que gire el rostro hacia él.

—Y te voy a tratar como lo que eres —dijo mientras me apretaba de la quijada y el brazo tan fuerte que estaba lastimándome. Las lágrimas me salían del dolor.

—Déjame bajar —le pedí empujándolo con las manos. Pero Héctor me tomó las dos manos con una sola suya y se inclinó para besarme el cuello mientras metía su mano libre bajo mi vestido. Sus dedos fríos peleaban contra mis piernas pellizcándome y obligándome a separarlas.

—¡Eres un asco! —dije sollozando y llena de impotencia mientras lo sentía succionar la piel de mi cuello—. Y tú te dices hombre.

—Un hombre de verdad, eso es lo que te voy a enseñar —dijo mientras me tocaba con sus asquerosos dedos y me chupaba el cuello y los labios. El olor de su saliva y de su aliento comenzaron a marearme. Logré zafar una de mis manos y comencé a golpearlo en la cabeza. Héctor me soltó la otra mano para darme con el puño cerrado cerca del pómulo y luego dos veces en el vientre, sacándome el aire. En ese momento, un golpe seco impactó en el vidrio de portezuela y éste se rompió. El me soltó y los dos nos sobresaltamos. Era Salvador que llevaba una llave perica en la mano. Enseguida me escurrí del coche y en el momento que Héctor estaba bajando, Salvador lo agarró del cuello y le dio tres veces con el puño en la cara. Su boca comenzó a sangrar. Apenas se recuperaba, cuando se acercó el guardia del edificio diciendo que había llamado a la policía, Héctor subió a su coche.

—¡Esto no se va a quedar así! —gritó mientras se limpiaba la sangre de la boca y nos apuntaba con un dedo índice. Por un momento sentí más miedo por Salvador que por mí. El me tomó por el codo obligándome a caminar. No sé si por el dolor de los golpes o por el grado de nerviosismo, pero caminaba con trabajo. Salvador resopló pasándome el brazo por la cintura para ayudarme. En cuanto entramos al departamento, él se paró frente a mí recorriendo mi cara y cuerpo con los ojos.

—¿Te ha lastimado? —preguntó. Me encogí de hombros sin responder y Salvador me tomó por la barba para mover mi rostro. Entonces pasó el dedo gordo sobre mi pómulo y me quejé. Bajó el dedo sobre mi cuello y me miró de nuevo a los ojos—. ¿Dónde más? —preguntó ansioso. Entonces levanté las manos para mostrarle mis muñecas enrojecidas y luego busqué en el brazo, donde me había apretado, alguna marca. Salvador me movió el brazo señalando un moretón en el lugar donde me había apretado con más fuerza—. ¡Qué más te hizo! —gritó insistente. Entonces me levanté el vestido buscando en los puntos de la entrepierna que todavía me dolían y encontré unas leves marcas de color rojo. Cuando lo miré, él desvió los ojos de mis piernas hacia el suelo y exhaló.

—No más —susurré y de nuevo me miró a los ojos.

—¿Qué hacías con él en su coche? —preguntó molesto y con mirada penetrante—. ¿Por qué él estaba aquí? —sin poder emitir palabra, comencé a llorar. Salvador me abrazó con fuerza y esperó a que me calmara para poder hablar. Le conté lo que había sucedido desde que había ido a casa de mis padres hasta que llegó y me salvó de Héctor. Salvador continuaba molesto y ni siquiera era capaz de mirarme.

—No sé qué hubiera pasado si no llegabas en ese momento —pensé en voz alta y en seguida recordé que él debía de estar de guardia—. Se supone que regresarías hasta la mañana —le dije extrañada. Entonces me miró de reojo algo contrariado y enseguida entró en la cocina y tomó las pastillas para el dolor de cabeza, luego caminó hacia su cuarto y caminé tras él.

—De ahora en adelante deberás de tener más cuidado, quizá la próxima vez no esté para ayudarte y él está muy molesto —dijo mientras se quitaba los zapatos sentado en la cama.

—No pienso hablar de nuevo con Héctor —respondí.

—Creo que ya te lo había pedido —apretó los dientes y lanzó un zapato contra la pared. Me encogí de hombros asustada. Salvador se volteó y me miró preocupado, luego me extendió la mano para que me sentara a su lado y en seguida se quitó el cinturón.

—¿Por qué regresaste? —pregunté.

—El cansancio. Tenía mucho dolor de cabeza —contestó con desgano y se levantó. De nuevo parecía molesto. Entró en el baño azotando la puerta al cerrar. Me levanté y caminé hasta el baño, coloqué mi mano sobre la perilla de la puerta y me apoyé en ella sin girarla.

—Salvador, ¿te sientes muy mal? —Pregunté, pero no respondió. Enseguida escuché el sonido de la regadera y abrí la puerta—. Fui una tonta, nunca debí haber subido a su coche. Pero te juro que jamás di pie a nada, no sé por qué se portó así —me disculpaba a través de la cortina del baño—. Lo peor es que tú venías a descansar y te he salido con tremendo disgusto —continué hablando. Entonces él abrió la cortina del baño mostrándome de nuevo su cuerpo desnudo y tomó una toalla para secarse. Bajé los ojos evitando mirarlo, aunque en ese momento no deseaba nada de sexo, no era inmune a su desnudez—. Perdóname, he arruinado todo.

—No se trata de eso —me dijo dándome un beso en la cabeza y salió del baño. Entonces miré mi reflejo en el espejo y me fijé en mi pómulo y cuello, tenía la marca de un chupete color rojo escarlata. Me desnudé y entre en la regadera, me pasé el jabón entre las piernas una y otra vez, tratando de borrar las huellas de Héctor. Mientras me secaba miré mi reflejo en el espejo. También tenía un moretón en un costado. Me cubrí el cuerpo y rogué que Salvador no lo encontrara. Cuando salí del baño, me encontré la habitación completamente a oscuras.

—Salvador —lo llamé.

—Ven a dormir, es tarde ya —respondió en la oscuridad.

—No puedo si estás molesto —dije metiéndome bajo las sábanas.

—No lo estoy —respondió con voz seca. Lo busqué palpando las sábanas y me di cuenta que tenía las manos a los lados de la cabeza.

—¿Te duele mucho mi amor? —pregunté preocupada—, no me gusta verte así.

—No quiero hablar de esto ahora —dijo cortante mientras ponía su mano sobre mi cabeza y comenzó a acariciarme el cabello—. Me gusta cuando me llamas amor —susurró de manera casi imperceptible.

—Mi amor, Salvador —susurré.

—Ha sido una mala noche amor, olvídala por un momento —masculló entre palabras— y duerme —por la forma en la que me habló, comprendí que no estaba molesto sino cansado, así que me acomodé junto a él y me dormí.

TEPOZTLÁN

Roberto se había alejado de mí y con justa razón. Yo estaba muy triste y sin ganas de comenzar la semana. El lunes a primera hora le llamé al doctor Sierra y él prometió atenderme ese mismo día por la tarde.

—Pasa Regina, siéntate. ¿Cómo te has sentido? —preguntó en cuanto entré a su consultorio, de pronto un peso enorme cayó sobre mis hombros y comencé a llorar.

—Mal doctor, cada vez estoy más obsesionada con mis sueños, creo que éstos influyen en mi vida y en mis decisiones.

—Háblame de los más recurrentes —dijo mirándome a los ojos. Entonces le hable de los que más me atormentaban y él trataba de interpretarlos aplicándolos a situaciones de mi vida, pero la realidad es que no encajaban y los dos sabíamos que ese no era el camino.

—Doctor, antes de seguir con esto, quiero que me contestes algo —le pedí—, la última vez que vine contigo, antes del accidente, me dijiste que ya habías tratado un caso parecido al mío, que todo era igual, salvo una diferencia, ¿cuál era? —él apartó su mirada de la mía y sonrió para sus adentros antes de comenzar a hablar.

—Si, te dije que algo variaba —por unos instantes guardó silencio sin dejar de mirarme—, esto es algo muy difícil de creer y de decir, pero es verdad. Hace unos años conocí a una mujer atormentada por los mismos sueños que tú, la única diferencia es que parte de las pesadillas de las que me hablas, pues —titubeó y comenzó a tocarse la frente y la sien—, ella las estaba viviendo. ¿Entiendes?

—¿Cómo? —pregunté confundida.

—Qué, así como comparten sueños, otra parte de los sueños que tú has tenido son pedazos de su vida, Regina, sueñas con la vida de esa mujer —el doctor dejó de mirarme para fijarse en mi expediente—. Háblame de aquel sueño que tuviste donde le llevabas unos papeles a un hombre. ¿A dónde se los llevaste? —preguntó.

—Ah sí, a Tepoztlán.

—¿Sabes el nombre de la persona que veías en el sueño?

—No lo sé —respondí—. Pero creo que he soñado otras veces con él.

—Ella también tenía un amigo en Tepoztlán —comentó el doctor.

—Doctor, casualmente, hace unos meses fui a Tepoztlán y un anciano se me acercó y me habló de mis sueños, ¿podría ser la misma persona?

—Alejandro murió hace uno o dos años —dijo negando con la cabeza.

—¿Alejandro? No lo recuerdo bien, pero podría ser ese su nombre. El me dio su tarjeta, creo que la conservo en Cuautla —respondí.

—No sé Regina. Creo que estamos entrando a un campo en el que no puedo creer.

—Entonces doctor, ¿A qué conclusión podemos llegar con todo esto? —él dio un respiro profundo y apretó los labios...

—No quiero apresurarme a dar un diagnóstico. Realmente todo es muy extraño. Mira, hagamos algo. Tú busca a ese hombre de Tepoztlán y mientras tanto yo buscaré más información sobre mi antigua paciente.

—El sábado por la mañana me voy a Cuautla, Tepoztlán nos queda muy cerca, así que éste mismo fin de semana voy a buscarlo —respondí.

Los días siguieron pasando y yo no volví a saber nada de Roberto hasta la junta del miércoles. Cuando llegué, él ya estaba sentado en la mesa y ni siquiera me miró. Comenzamos y enseguida me senté con ellos. Cuando tenía oportunidad lo miraba de reojo, pero él evitaba mirarme. Entonces pensé en mandarle un mensaje de texto por el celular, “¿Podemos hablar después de la junta?” pregunté. Él miró su teléfono y lo asentó sobre la mesa sin responder. “¿Contesta, por favor!” le pedí con otro mensaje. Pero él lo miró y luego me miró a los ojos. Nunca me había sentido tan amenazada ante aquella mirada azul.

—Señores, me tendré que disculpar con ustedes, pero tengo que irme. Gabriela vino y quedamos en salir a cenar.

—¿Gabriela regresó? —le preguntó el Dr. Trejo levantando las cejas y tratando de ser discreto —. Al parecer tú accidente le ha movido el tapete.

—No lo sé —respondió Roberto levantándose de la mesa—, el miedo nos hace sobre reaccionar, no puedo olvidar lo que nos separó —concluyó mientras levantaba sus cosas de la mesa y por un segundo nuestras miradas toparon, luego se marchó sin despedirse de mí. El Dr. Sierra me miraba a la expectativa mientras yo controlaba las ganas de llorar. Apenas terminó la junta tomé un taxi y me fui a mi departamento, entonces hablé por el teléfono celular.

—¿Roberto?, ¿Podemos hablar? —pregunté en cuanto contestó.

—Hoy me es imposible, estoy con una persona.

—¿Quién es Gabriela?

—No sé si tenga sentido —dijo evitando responder.

—Te amo. ¡Por favor, vamos a hablar! No quiero perderte.

—Entonces en otra ocasión será —respondió fríamente.

—Por favor, sólo una oportunidad más. ¡Te lo suplico!

—Lo voy a pensar y en unos días me comunico, adiós —y me colgó. La semana pasó y yo todos los días trataba de convencerme que si ponía un poco de esfuerzo sería feliz con Bernardo. Con el tiempo me acostumbraría a vivir con el recuerdo de Roberto, hasta que me dejara de doler y pudiera olvidarlo. No sé por qué, pero cuando el corazón escoge a quién amar, no existen palabras que lo hagan entender. Cuando dos corazones se miran y se reconocen, se vuelven sordos ante el mandato de nuestra razón.

El sábado por la mañana llegó Bernardo a buscarme para llevarme a pasar la navidad con mis padres en Cuautla. Trataba de sonreír, pero la herida todavía sangraba, después de conocer al hombre de mi vida, había tenido que renunciar a él para hacer felices a otros. Tan rápido como había llegado se había marchado. Parecía que era momento de retomar las riendas de mi vida y continuar con la cabeza erguida, guardando su recuerdo en lo más hondo de mi corazón. Sería como si nunca lo hubiera conocido, no me podía permitir sufrir por la pérdida de alguien que yo misma había hecho a un lado, si yo había tomado la decisión de permanecer junto a Bernardo, ahora asumiría las consecuencias de lo elegido, aunque mi vida se volviera aburrida y apagada.

Ese mismo día que llegamos a Cuernavaca busqué la tarjeta del hombre que me había hablado de mis sueños y le pedí a Bernardo que me llevara por la tarde a Tepoztlán y él accedió a hacerlo. En el camino estuvimos conversando de su trabajo y su vida en Querétaro. Me daba cuenta que últimamente mi vida giraba alrededor de mis sueños y pesadillas, además, estaba tan ilusionada con Roberto, que me había alejado demasiado de Bernardo. Casi desconocía su vida y aunque tenía la intención de regresar a mi vida con él, no había nada que me causara interés. Quizá renunciar a Roberto sería algo imposible.

—¿Por qué la prisa por venir a Tepoztlán? —preguntó Bernardo cuando estábamos en camino, sacándome de mis pensamientos.

—Nada tan importante, sólo que la última vez que vine vi muchas cosas que me gustaron y no compré nada y cuando me fui, me arrepentí y me quedé con las ganas de regresar —lo miré y sonreí, él también me dedicó una sonrisa tierna y pasó sus dedos por mi mejilla.

—Me encanta cuando sonríes —me dijo y me sentí culpable porque yo soñaba con escuchar esas palabras de la boca de Roberto—. Siempre quiero verte sonreír —dijo y me besó la mano.

Cuando llegamos a Tepoztlán, lo primero que hice fue caminar hacia el puestecito donde había visto al anciano, pero el hombre no estaba por allí. Entonces miré hacia el local donde me había dicho que lo podía encontrar. Este estaba abierto y caminé hacia él. Era un restaurante y una mujer se encontraba parada junto a la caja, me acerqué ella.

—Disculpe, busco a un hombre, se llama Alejandro Alba —dije mirando la tarjeta. Ella frunció el ceño y me miró con incredulidad.

—¿El señor Alejandro? —preguntó.

—Sí, es un hombre de cabello blanco y alto —en ese momento vi una foto de él en el mostrador—. ¡Es él!

—Sí, el señor Alejandro —dijo la mujer con ojos tristes—. Pero creo que no va a ser posible que hable usted con él porque ya no vive.

—¿Cómo?, se veía muy bien en el verano, ¿fue algo repentino? —pregunté y la mujer hizo un bufido levantando las cejas como extrañada.

—El murió hace año y medio, ¿cómo podría verse bien el verano pasado?

—Le juro que hablé con ese hombre y fue éste verano —le dije señalando la foto y ella me miró incrédula—. O no lo sé, quizá estoy confundida —me retracté queriendo no parecer una loca. Di la vuelta y caminé hacia la calle. Por un momento me sentí perdida, no sé por qué había puesto mis esperanzas en un desconocido. Por más que buscaba y trataba de encontrar una explicación a todo, parecía que nunca llegaría a nada y peor aún, cada vez se enredaban más las cosas. Probablemente, tenía que aprender a vivir así.

—¡Señorita! ¡Espere! —gritó la dependienta del local y giré la cabeza mirando hacia atrás, junto a ella se encontraba parada otra señora más elegante—. Venga señorita, la señora quiere hablar con usted.

—Espera un momento nada más —le dije a Bernardo que se había acercado a mí y corrí hacia allí.

—Me dicen que busca a mi padre, ¿viene acaso por unos aretes de amatista? —preguntó. Al escucharla abrí los ojos y la miré incrédula, él me había recomendado usar esos aretes, pero cuando lo hizo, se supone que ya llevaba más de un año muerto. Asentí con la cabeza y caminé hacia aquella señora. Me tendió la mano—. Mi nombre es Sara.

—Regina —saludé apretando su mano.

—Pasa por aquí, él me los dejó junto con un paquete, un poco antes de morir. Pero siéntate, siéntate aquí —ella señaló una silla y continuó caminando—. ¡En un momento se los traigo! —gritó desde el pasillo y se fue. Me senté en la silla de hierro y miré a mí alrededor, el pasillo llevaba a una salita y un jardín interior. Junto a la silla había otra silla igual y una mesita que le hacía juego. En la pared de enfrente había varias fotos colgadas en las que aparecía el señor Alejandro y otras personas y las miré mientras esperaba. Dos de las fotos me trajeron recuerdos de mis sueños. Diez minutos después, la señora regresó con un paquete y una cajita—. Están un poco empolvados. Es que hace tiempo que lo guardé. Pensé que ya no vendría por ellos.

—No, bueno yo —titubeé. Por un momento pensé en contarle la historia de cómo había conocido a su padre—. Es un poco complicado.

—Lo bueno es que ya recuperaste lo que es tuyo —dijo después de entregarme el paquete—.

Cualquier cosa que necesites, puedes venir a buscarme, ¿está bien? —le sonreí moviendo la cabeza y tomé las cosas.

—Eres muy amable.

—¿Qué compraste? —preguntó Bernardo intrigado. El paquete estaba cerrado, así que ni yo sabía de qué se trataba, pero preferí contestar cualquier cosa para no generar alguna duda—. Es un libro difícil de conseguir. Un encargo que me hizo el Dr. Sierra y esto —dije mostrándole la cajita—, son unos aretes —y la abrí para sacar el par de aretes que había visto unos meses antes.

Antes de irnos, Bernardo decidió que cenáramos en el pueblo, la espera por estar sola y abrir el paquete parecía eterna. Cuando llegamos a casa le dije que me sentía muy cansada y que necesitaba dormir, Bernardo se fue sin poner objeción y en cuanto cerré la puerta de la casa, corrí escaleras arriba y me tiré sobre la cama de mi habitación. Con mucho cuidado abrí aquel paquete, dentro había un cuaderno de apuntes con el nombre de una mujer, lo saqué y lo coloqué sobre la cama, lentamente levanté la cubierta y leí.

LOS AMANTES

Agosto, 1973

Eran las vacaciones de verano, Salvador había terminado su especialidad en Medicina Crítica y en septiembre pensaba empezar otra nueva en Cirugía Reconstructiva. Pero por aquellos días no teníamos que estar yendo a la facultad. Salvador y yo planeamos un itinerario con actividades para cada día de la semana. El problema con Héctor había pasado a la historia y el dolor de cabeza de Salvador había disminuido. Era un domingo, los dos descansábamos ese día, en la mañana me dijo que me vistiera con pantalones de mezclilla, porque haríamos algo especial, subimos a su coche y paramos en el edificio del departamento de Gabriel, Salvador bajó del auto y regresó con él, quien también subió al coche.

—¿A dónde vamos? —quise saber. Salvador me sonrió de una manera significativa y me besó en los labios.

—Es una sorpresa —contestó y continuamos en el coche hasta salir de la ciudad. En el camino traté de adivinar con ellos, hasta que de repente, el coche se estacionó. Estábamos en un pequeño aeropuerto.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunté algo nerviosa.

—Yo creo que ahora si puedes adivinarlo —me dijo Salvador y caminamos hacia la puerta.

—¡No! —grité y lo miré sorprendida, él sonrió—. ¡No me digas que vamos a saltar en paracaídas! —dije nerviosa y emocionada a la vez. Rodeé su cuello con mis brazos y él se inclinó hacia mí.

—¿Qué te parece mi sorpresa, amor?

—Padrísima, pero me muero de miedo —confesé, él me besó la boca.

—No te preocupes, yo te voy a ayudar —prometió. Dentro se nos unió Nicolás, otro amigo de ellos. Por lo que entendí él trabajaba ahí. Un señor salió con unos trajes especiales y nos los entregó para que los usáramos sobre nuestra ropa. Luego caminamos hacia una avioneta mientras me explicaban el funcionamiento del paracaídas, pero estaba tan nerviosa que poco escuché de la explicación. A cada rato Salvador me apretaba la mano para darme valor. Luego subimos a la avioneta y ésta se elevó.

—Creo que no lo voy a hacer —les dije en voz alta cuando el pánico comenzó a apoderarse de mí y todos me miraron extrañados.

—Tranquila, todo va a estar bien —me dijo Nico apretándome la pierna.

—Es que no recuerdo ninguna de las instrucciones —les dije.

—Esta vez vas a tirarte conmigo —anunció Salvador.

—¿Se puede? —pregunté muy emocionada y los tres rieron. El me besó los labios y afirmó con la cabeza.

—De hecho, nunca nadie se ha tirado solo la primera vez —me hizo saber Gabriel. Entonces los tres se levantaron para colocarse el arnés y Salvador se colocó uno especial. Luego tomó otro arnés y me llamó para ayudarme a ponérmelo y me amarró al de él. Los cuatro nos colocamos unos lentes especiales que se amarraban a la cabeza y yo me sujeté muy bien el cabello. Cuando llegó la hora de tirarnos me moría de miedo, pero Salvador me abrazó fuerte por la cintura y dio un brinco hacia el vacío sin titubear. Al principio grité como una loca y hasta cerré los ojos.

—Disfrútalo —me dijo al oído Salvador hablando en voz fuerte para que pudiese escucharlo a pesar de mi grito—. ¡Julieta! —grito suavemente y entonces abrí los ojos, e hice un esfuerzo por relajarme. Salvador, que todavía me abrazaba por la cintura, me soltó para colocar sus manos sobre las mías y me abrió los brazos, nuestras piernas se entrelazaron abiertas y nos dejamos caer.

—¡Te amo! —grité mientras caía y él me soltó los brazos para rodear mi cuerpo con los suyos y me abrazó con fuerza. Cuando llegó el momento abrió el paracaídas y sentí como si una fuerza nos jalara hacia arriba, comenzamos a caer más lento hasta que tocamos el piso, entonces caímos sobre el suelo. Quedamos debajo del paracaídas y él me ayudo a zafarme del arnés y luego se lo quitó también él. Me quedé recostada a su lado, los dos reíamos y nos miramos bajo la lona. Esta había sido la aventura más grande de mi vida y le agradecía que lo hubiera hecho.

—¿Te gustó? —preguntó con sus ojos alegres y brillantes.

—¡Sí! ¡Gracias! —respondí gritando y él giró sobre mí apoyando su peso sobre sus brazos y me besó mientras yo metía los dedos entre su pelo sintiéndome más enamorada que nunca—
¿Cómo lo logras?

—¿Qué? —preguntó sonriendo y con el ceño fruncido. Lo besé.

—Que te quiera tanto —él me besó el cuello y la boca. Sus amigos llegaron y se quejaron de que siguiéramos acostados bajo el paracaídas, entonces lo levantaron de sobre nosotros y quedamos destapados, abrazados, pegados, tirados en el suelo y enamorados.

—¡No por favor! —gritó Nico cuando volvimos a besarnos—. Esas cosas sólo en privado por piedad —suplicó bromeando y en respuesta rodee con mis piernas al cuerpo de Salvador. Los dos nos abuchearon hasta que no nos quedó de otra y nos levantamos. Después fuimos a comer con ellos y para la noche Gabriel nos invitó a una reunión con el resto de sus amigos. Yo no estaba muy segura de querer ir con ellos, pero la habíamos pasado tan bien que pensé en aceptar la invitación. Además, sus amigos, eran como su familia y en cierta forma, sentí que querían que entrara a formar parte de ella.

—No lo sé —respondió Salvador—, luego te llamo para confirmar —le dijo a Gabriel y nos despedimos. Salvador se mostró más renuente que yo a la invitación, pero supuse que lo hacía por mí y que en el fondo él deseaba estar con sus amigos. Cuando llegamos al departamento, Salvador me cargó para llevarme a la cama y comenzó a besarme el cuello—. Eres una valiente —me dijo al oído—, me gusta que seas valiente. Y voy a darte un premio por eso.

—Sabes que no lo soy —le dije recordando el hijo que me había permitido arrancar— fui cobarde en lo más importante.

—No empieces Julieta —dijo amenazante—. Cometiste un error y por ese error te has pasado toda la vida menospreciándote. ¿Hay algo que puedas hacer para remediar algo que está en el pasado?

—Nada —respondí a punto de llanto.

—Entonces no llores. Déjalo ahí donde debe quedarse, en el pasado —Salvador sonrió levemente—. Y date la oportunidad de ser feliz.

—Te amo Salvador —respondí y comencé a jalar de su camisa. El me besó los labios y recorrió la línea de mi mandíbula con la nariz. Deslicé los dedos bajo su ropa, sobre los bellitos que cubrían su abdomen y tracé una línea sobre su pantalón. Salvador me besó los labios de una forma tan intensa que me hizo sentir lo mucho que me deseaba. Sus manos peleaban con mi ropa mientras las mías con la hebilla de su cinturón. Húmedos y jadeantes, hicimos el amor una vez más. Cuando terminamos nos quedamos dormidos.

Salvador me despertó con un beso en los labios, al abrir los ojos me di cuenta que ya era de noche. Entonces me incorporé sobresaltada.

—¡La cena! —grité buscando el reloj en la penumbra del cuarto.

—No tenemos que ir —me dijo y se acercó para besar mi hombro desnudo, entonces giré el rostro y nos besamos. Me recosté a su lado y mientras nos besábamos me acariciaba el cabello. Frente a la luz de la lámpara de noche, su mirada encendida hacía que sus ojos brillaran con un tono azulado. Salvador dejó mi cabello para bajar los dedos sobre mi piel y lentamente bajó hasta sentir la humedad de mi cuerpo. La cena y el resto del mundo pasaron al olvido durante el tiempo que duró nuestro amor. Al terminar nos bañamos y nos acostamos un rato.

—Salvador —le dije—, mi amante, mi amor —al escucharme se inclinó para besarme la frente, la nariz y los labios. Luego tomó mis manos y también las besó.

—“Tus manos son mi caricia, mis acordes cotidianos —recitó mirando mis manos— te quiero porque tus manos, trabajan por la justicia —entonces levantó la mirada y le sonreí—. Si te quiero es porque sos mi amor, mi cómplice y todo, y en la calle codo a codo, somos mucho más que dos” —agradecida de escuchar algo tan lindo lo besé en la mejilla.

—Qué hermoso es lo que dices —le dije y Salvador pasó la mano sobre mi rostro y me acarició los párpados.

—“Tus ojos son mi conjuro contra la mala jornada —continuó recitando con la mirada dulce sobre mi rostro—, te quiero por tu mirada que mira y siembra futuro —luego bajó la mano y rozó mis labios—. Tu boca que es tuya y mía, tu boca no se equivoca, te quiero porque tu boca sabe gritar rebeldía” —al terminar me besó—. Y ya no recuerdo bien el resto —susurró.

—Nunca antes lo había escuchado.

—Lo leí poco después de conocerte, cuando te conocí pensé que sería para ti. Lo voy a buscar para leértelo completo.

—¿Quién lo escribió?

—Benedetti, no es muy conocido —respondió y sonrió levantando la mano para revolverme el cabello—, después de Cernuda, puede ser él mi favorito.

—¡Qué! —le grité tirándome sobre su pecho— ¡Lo sabía!, ya te había dicho a Cernuda.

—Así es, me adivinaste —respondió sonriendo y se levantó de la cama.

—¿Todavía es buena hora para ir a la cena? —pregunté y Salvador miró su reloj.

—Olvidala, no muero por ir.

—Quiero ir —respondí levantándome de la cama. Salvador me sonrió y me besó en la punta de la nariz.

Camino al departamento de Gabriel me pareció que un coche nos seguía, pero pensé que era una tontería y no le di importancia. Salvador estacionó en la calle lateral del edificio donde vivía Gabriel. Para entrar no tuvimos que tocar a la puerta, Salvador tenía llaves del edificio. El departamento estaba iluminado con lámparas de color rojo, sobre la barra de la cocina había botellas de alcohol, vasos y una hielera. Sobre la mesa del comedor platones con bocadillos y servilletas de papel. En la sala se encontraba una pareja heterosexual sentada en el sofá, se besaban y preferí no mirarlos cuando atravesamos la sala para salir al balcón donde se encontraban todos los demás. Gabriel nos recibió con un abrazo y él fue quien me presentó con cada uno de los invitados. Además de mí, había otras cuatro o cinco mujeres. Una cantidad mayor a la que esperaba. Estuvimos en la reunión como por dos horas y todos sus amigos estaban ahí incluyendo a Guillermo, ellos me trataron muy bien. Incluso Guillermo no me ignoró como lo había hecho antes. Salvador estaba muy contento, él me abrazaba y me daba uno que otro beso de vez en cuando.

Se quejaron cuando nos despedimos, pero me tocaba ir al hospital a la mañana siguiente y no quería desvelarme. Le ofrecí a Salvador irme sola y que él se quedara, pero rechazó mi oferta.

Estábamos parados frente al jeep de Salvador, él extendió la mano para abrirme la puerta cuando me apoyé en ella para besarlo. Salvador me correspondió y luego me abrazó por la cintura para moverme y abrir la portezuela, subí y antes de cerrarla me besó los labios.

—Gracias por hacerme tan feliz —dijo al mismo tiempo que escuchamos un chillido de llantas contra el asfalto. Los dos volteamos en dirección al sonido, cuando vimos que un coche venía hacia nosotros. Salvador bajó las cejas extrañado y cerró la puerta del jeep, luego comenzó a caminar hacia su lado del coche sin dejar de mirar hacia atrás. Antes de que Salvador hubiera cruzado al frente del jeep, aquel coche llegó hasta nosotros y paró cortándonos el paso, era el mismo que me pareció que nos seguía unas horas atrás. Tres hombres bajaron de él y uno de ellos era Héctor. Este tenía una barra de metal en la mano con la que le dio un golpe al jeep.

—¡Bájate ahora! —ordenó mirándome y caminando hacia mí. Le puse seguro a la puerta y supliqué en mi mente por qué Salvador también se subiera. Héctor golpeó la puerta y de nuevo gritó—: ¡Que te bajes te digo!

—¡Déjala en paz! —gritó Salvador y comenzó a caminar hacia Héctor y hacia mí. Este continuó gritándome hasta que Salvador lo tomó por el brazo. Temiendo que pelearan me decidí a abrir la puerta y salir, apenas la estaba abriendo cuando Salvador la pateó para volver a cerrarla y me miró a los ojos apuntándome con el dedo— ¡No te atrevas! —ordenó.

—¡Tú qué! —le gritó Héctor empujándolo del pecho—. Eres un pinche maricón... —y comenzó a gritar cosas ofensivas de Salvador. Me sentí molesta e impotente por no poder ayudarlo. Salvador le contestó otras cosas y los ánimos comenzaron a calentarse. Decidí que lo mejor sería salir del coche y hacer que Héctor se vaya o correr hacia los departamentos y pedir ayuda a Gabriel y los otros, pero al empujar la puerta hacia afuera, Salvador la cerró de nuevo de un golpe con el puño y me miró furioso.

—¡Salvador! —me quejé.

—¡Déjala salir! —gritó Héctor mientras golpeaba la manija de la puerta con el tubo de metal—. ¿Tienes miedo que venga conmigo y le enseñe lo que es un hombre de verdad? —Héctor continuó insultando a Salvador. Este empujó a Héctor, quien respondió levantando la barra e intentó darle con ella en el rostro, Salvador se movió para esquivar el golpe, el cual impactó en la puerta del jeep. Comencé a llorar y desesperada traté de abrir la puerta, pero estaba atascada por los golpes. Brinqué al otro asiento y con las manos torpes y temblorosas logré abrir la puerta.

—¡Entra en el coche! —gritó Salvador girando hacia mí. En aquel momento Héctor levantó la barra, la cual impactó en la espalda de Salvador. Este hizo un gesto de dolor y se arqueó hacia atrás. Héctor pasó la barra delante del cuello de Salvador y comenzó a ahorcarlo. Salvador peleó tratando de zafarse. Corrí hacia ellos y me colgué del cabello de Héctor hasta que logré que soltara a Salvador. Entonces fui hacia él—, vete Julieta —me pidió casi sin voz y alejándome de él con las manos. El pecho de Salvador se movía muy agitado. Héctor dio un paso hacia nosotros y me moví extendiendo los brazos para separarlos.

—Déjanos en paz —le pedí—, Héctor por favor, vete ya —insistí. Pero Héctor dejó caer la barra para jalar mi mano y aprisionarme en sus brazos.

—Pero tú te vas conmigo —me dijo al oído y comenzó a retroceder.

—¡Suéltala! —gritó Salvador abalanzándose sobre él. Héctor me aventó hacia el suelo y continuaron peleando. Cuando miré hacia ellos, uno de los que había llegado con Héctor tomó la barra y le dio a Salvador en las piernas, éste cayó de rodillas con las palmas sobre el suelo y Héctor aprovecho para patearle en el rostro mientras el otro tipo levantaba la barra para pegarle de nuevo con ella.

—Vamos a ayudar a limpiar al mundo de gente como tú —dijo el otro hombre que lo golpeaba.

—¡No! —grité mientras corría hacia ellos y me tiré sobre Salvador cubriéndolo con mi cuerpo. Entonces sentí un golpe seco sobre la espalda, cerca de mi hombro. Y me quejé de dolor. El tercer hombre me abrazó por la cintura separándome de Salvador y los otros dos continuaron golpeándolo.

—Hemos pensado en algo mejor para ti —susurró el tipo en mi oído apretándome por la cintura.

—¡Suéltame! —supliqué mientras peleaba contra el hombre que me abrazaba. Los dos caímos al suelo y me arrastré a gatas tratando de llegar a Salvador. Este había logrado ponerse de pie y parecía dispuesto a enfrentarse con los dos cuando me miró. Estaba lleno de sangre, su rostro, sus manos, su camisa.

—No te quedes Julieta —de nuevo me pidió Salvador. Héctor tenía en su mano la barra de metal y los otros se acercaron y sujetaron a Salvador a cada lado. Él peleó por zafarse y caminé hacia ellos para ayudarlo. Entonces Salvador me miró de nuevo moviendo la cabeza en negación y con los ojos llenos de pánico—. Corre, por favor.

—¡No puedo! —contesté llorando desesperada. Héctor levantó la barra y la azotó contra el abdomen de Salvador, éste se dobló y la barra de nuevo lo golpeo, pero ésta vez fue en la cabeza. El levantó su rostro ensangrentado y me miró suplicante.

—¡Lo van a matar! —grité desesperada. Consciente de que no había manera de ayudarlo corrí hacia la esquina de los departamentos y comencé a gritar por ayuda—. ¡Gabriel!, ¡Nicolás!, ¡Guillermo! —grité cada uno de los nombres que recordaba. Desde la calle podía verlos parados en el balcón del cuarto piso, pero no estaba segura de que ellos me escucharan. Continué corriendo hacia ellos y gritando hasta que uno movió los brazos en señal de que me miraba y otros también voltearon hacia mí—. ¡Tienen que venir!, ¡están golpeando a Salvador! —grité y sin importarme si habían entendido corrí de regreso a la esquina de la calle temiendo que se hubieran llevado a Salvador o algo peor. Los otros dos todavía sostenían a Salvador por los brazos mientras Héctor lo golpeaba. Corrí hacia ellos y miré cómo la cabeza de Salvador colgaba sin fuerza. Héctor levantó la barra para volver a golpearlo, di un brinco y un alarido salió de mi garganta cuando me abalancé sobre él y le pateé en la pierna empujándolo hacia delante. Héctor se volteó dándome en la cara con el puño cerrado y rodeó mi cuello con un brazo cortándome el aire. Entonces comenzó a arrastrarme hacia su coche.

—Déjenlo y vámonos —les dijo Héctor a los otros mientras seguía tirando de mí. Un grupo de hombres comenzó a correr hacia nosotros y los otros dos dejaron caer al suelo el cuerpo de Salvador, éste no se movió. Levanté las manos y enterré las uñas sobre el rostro de Héctor una y otra vez hasta que liberó mi cuello y me tomó por las muñecas doblándome las manos.

—He terminado con tu pinche novio Julieta, todavía me faltas tú —me amenazó torciéndome más las manos. Era tan fuerte el dolor que logró ponerme de rodillas y luego me soltó. Los amigos de Salvador llegaron apenas para tocar el coche donde escapaban Héctor y los otros dos. Las llantas sacaron humo cuando aceleraron y el auto desapareció por la otra esquina.

Me acerqué a Salvador a gatas, él seguía tirado en el suelo. Pasé la mano sobre su cara tratando de limpiarle la sangre. Temblaba y parecía como si se ahogara, estaba casi inconsciente. Sus amigos llegaron y un coche se acercó. Lo subieron al asiento trasero y yo subí con él, me hiqué a un lado del asiento y traté de hablarle y que me escuchara. Jamás había visto a nadie tan lastimado.

Cuando llegamos al hospital, una camilla llegó a buscarlo al coche y lo metieron a emergencias. Los otros llegaron en otro coche detrás de nosotros. Ya en la sala de espera Gabriel se acercó y me abrazó, entonces comencé a llorar abiertamente. Durante las primeras dos horas no

pude hablar de lo sucedido, sólo recordaba y lloraba. Los insultos y golpes de Héctor me lastimaban una y otra vez. Cuando me sentí mejor, hablé con sus amigos y les conté lo que había sucedido desde la noche que había sido atacada por Héctor y Salvador lo había golpeado. Me sentía tan culpable que a cada rato le pedía perdón por lo sucedido.

—No te sientas responsable, la gente es así. Al parecer no soportan que seamos felices si somos diferentes a ellos —dijo Nicolás. Entonces sentí una punzada en la espalda y recordé que también a mí me habían golpeado. Fui al baño y me quité la blusa, miré hacia un lado en el espejo y pude ver una mancha amoratada casi en el hombro. También tenía marcas en las muñecas, un golpe en el pómulo que cubría por completo lo que quedaba del anterior, y el ojo hinchado y enrojecido. Me senté en el suelo del baño y volví a llorar. Después de un rato alguien tocó a la puerta y ésta se abrió. Era Gabriel. Me levanté de un brinco dándole la espalda para ponerme la blusa.

—También a ti deberían revisarte —fue lo primero que dijo—, vine a buscarte porque el doctor acaba de salir. Dice que Salvador está estable, y si quieres podemos pasar a verlo.

—¿Dónde está?

—En recuperación saliendo de la anestesia —respondió mientras me abría la puerta para que saliera.

—¿Qué tan lastimado esta? —pregunté con miedo a la respuesta. Gabriel apretó los labios y pasó el brazo por mis hombros, al contacto sentí dolor en el hombro y en respuesta brinqué. Entonces me soltó.

—Lo siento, olvide que tú también estás lastimada —se disculpó y continuó—. El tiene algunas costillas rotas, un pulmón perforado, uno que otro golpe en la cara, la nariz rota— apreté los ojos y comencé a llorar.

—Quizá sería bueno que fueras a que te chequen —insistió—, además te haría bien un calmante antes de entrar a verlo.

—Ya sé que esperar —respondí determinada a entrar y miré de reojo a Gabriel, éste negó con la cabeza—. ¿Hay algo más?

—Varios golpes en la cabeza, temen que tenga algún coagulo, en un par de horas le van a hacer otros estudios. También tiene varios drenajes —giré y miré a Gabriel mientras me limpiaba los ojos. El continuó—: Sé que no es el mejor momento, pero vinieron unos policías a tomar tu declaración. Están esperando a que salgas de la visita para hablar contigo —asentí con la cabeza. En eso llegamos hasta la puerta de la sala de recuperación—. ¿Entro contigo o prefieres pasar a verlo sola? —preguntó. Tomé su mano y la apreté fuertemente. El abrió la puerta y me dejó pasar primero, pero bajé la mirada hasta el suelo. Esperé a que entre y caminé con él sin soltarle la mano. Me negaba a ver el rostro de Salvador, primero me fijé en su mano, tenía los nudillos lastimados y llevaba una intravenosa en el brazo, pasé mis dedos por los vellos de su brazo y subí lentamente la vista, cuando llegué al hombro, vi que llevaba una venda que bajaba por su dorso y entonces vi el catéter del drenaje que salía del pulmón. Miré hacia Gabriel y respiré, él me hizo mirar hacia el frente y colocó suavemente sus manos alrededor de mi cuello. Subí la mirada, tenía un tubo metido dentro de la boca, éste lo ayudaba a respirar, levanté la mano y pasé mis dedos por sus labios lastimados. Miré su nariz, estaba enyesada, también tenía una costura sobre el pómulo izquierdo y sobre la ceja, moretones en los ojos y una venda en la cabeza por donde salía otro drenaje. Volví a repasar su cuerpo y levanté la sábana que cubría su dorso, encontré otras heridas y moretones, se veía tan frágil que no sabía qué parte de su cuerpo tocar, tomé su mano y la besé.

Salí de aquel cuarto triste y llena de rabia contra Héctor y los otros dos. Gabriel me acompañó con los policías, entramos en un pequeño cuarto donde les conté todo lo que recordaba y también

les mostré mis golpes. Ellos pidieron un reporte médico sobre mí también. Cuando terminaron conmigo, entraron con Salvador. Mauricio y el padre de Salvador llegaron al hospital y quisieron saber todo lo que había ocurrido. Después de unas horas se llevaron a Salvador para hacerle las placas de su cabeza. Una hora después bajó un neurocirujano y nos explicó que Salvador tenía 2 coágulos en el cerebro, su vida corría peligro y la única manera de salvarlo era una peligrosa operación. Otra vez volvió la desesperación y la culpa. Él me había pedido que me aleje de Héctor, si yo le hubiera hecho caso, él no estaría ahora en el hospital.

—Siempre pensé que le traerías problemas —dijo Guillermo delante de todos. Entonces los miré y me tapé el rostro.

—Ya déjala, esto no es su culpa —lo reprimió Gabriel.

—Nunca había sucedido algo así, Salvador estaba muy bien hasta que ella llegó —les dijo mirándome con rabia—. Yo sé que no sólo yo pienso así.

—En desacuerdo —dijo Nicolás cruzándose de brazos. Entonces Gabriel me abrazó con cuidado y me llevó lejos del grupo. Poco a poco se fueron uniendo algunos amigos a nosotros mientras me miraban dándome aliento.

Estaba tan nerviosa cuando comenzó la operación de Salvador que llamé a mi padre por teléfono y comencé a llorar sin poder explicarle lo sucedido. Entonces Mauricio tomó el teléfono y le dijo lo que pasaba. Media hora después llegó para acompañarme. Pasaron más de seis horas, las horas más largas de mi vida, hasta que el doctor salió a hablar con nosotros, al parecer la operación había sido un éxito.

—Salvador pregunta por Julieta —dijo una enfermera desde el pasillo que llevaba a la sala de recuperación. Caminé hacia la puerta y entré en la habitación donde él se encontraba. Si me dijeran que se trataba de otra persona, lo hubiera creído. Tenía vendas y tubos por todos lados, y la cara muy lastimada. Caminé hacia él con temor de lo que podría ver. Parecía que dormía, pase la mano por su mejilla y despertó. Abrió levemente los párpados y me miró.

—Salvador —susurré, quería hablarle antes de que cerrara los ojos; me fijé que en el derecho tenía un derrame. El nudo que tenía en la garganta se desató y sin poder evitarlo lloré. Temblaba mientras trataba de contenerme y hacerlo en silencio. Salvador levantó la mano tratando de tocarme.

—No —dijo demasiado débil. Rocé con cuidado aquellos dedos largos que antes habían recorrido mi piel y el sentimiento me hirió en el centro del pecho— No —repitió cerrando los ojos.

—Te amo Salvador, perdóname. Todo fue mi culpa, ¡Perdóname! —dije llorando. Levemente movió los dedos tratando de acariciar mi mejilla y tomé sus manos y las besé. Un rato después de que se hubiera quedado dormido, entraron su padre, Mauricio, Susana y Gabriel. Ellos se acercaron a la cama y se veían muy tristes. Susana se abrazó a su propio cuerpo y comenzó a llorar, Mauricio también lloraba. El me tomó de la mano y apoyó su mejilla en mi cabeza.

—Gracias —me dijo Mauricio—, gracias por querer a mi hermano.

El padre de Salvador se mantuvo lo más alejado de todos y Gabriel se unió a Mauricio y a mí abrazándonos a los dos. Después de unos minutos quise darles privacidad y salí de la habitación. Todavía se encontraban los amigos de Salvador en la sala de espera, así que miré de reojo en busca de Guillermo y me senté lejos de él.

—¿Cómo ésta? —preguntó Nicolás.

—Muy lastimado —respondí y levanté la mirada. Guillermo apretaba los labios y tenía los ojos puestos en mí. Giré la cabeza y miré a Nicolás para seguir hablando con él—. ¿Alguna novedad?

—Hace un momento el doctor habló con su familia, no sé qué les dijo, pero creo que no eran buenas noticias.

—Bueno, él está lleno de tubos, tiene un drenaje en el pulmón y otro en la cabeza. Sea lo que haya sido que dijo el doctor, la realidad es que todavía está en un momento delicado —le dije para convencerme de que no podía haber algo más malo de lo que ya sabía.

—Es cierto —respondió—. Julieta, ¿quisieras tomar un café o comer algo?, saliendo del hospital hay una cafetería, vamos, yo invito.

—No sé —titubeé— si pasa algo mientras estamos...

—Guillermo se que quedará —dijo apretando el hombro—, él nos avisaría —Guillermo lo miró de reojo y exhaló asintiendo—. ¿Vamos? —sonreí y caminé con él hasta la cafetería. Sólo pedimos café, no me hubiera entrado nada más en el estómago.

—Es un buen tipo —dijo Nicolás antes de tomar el primer sorbo de café—. No se merecía esto. Me consta que es un hombre pacífico, no se mete con nadie —exhaló y dio otro sorbo.

—Lo sé —acerqué la taza y me impregné de olor a café—, y me siento culpable de alguna manera.

—¿Culpable tú? —preguntó asentando la taza—, de ninguna manera puedes sentirte culpable. Julieta, conozco muy bien a Salvador y lo he visto en diferentes etapas de su vida, y lo que te puedo asegurar, es que él nunca fue más feliz que cuando entraste a su vida. Yo solo podría culparte de haberlo hecho más feliz. Ese tipo te ama.

—Y yo a él Nico —dije limpiándome los ojos con una servilleta—. Lo quiero de vuelta, entero.

Pasó todo el día, llegó la tarde y de nuevo la noche. Los amigos iban y venían mientras yo no me movía del hospital con la esperanza de que Salvador mejorara. Con todo el dolor del mundo dejé el hospital el martes por la mañana. Tenía el tiempo justo para darme un baño antes de ir a las prácticas. Apenas me pude ir del hospital infantil, manejé rumbo al hospital donde se encontraba Salvador, en la habitación se encontraban Mauricio y Gabriel.

—¿Novedades? —pregunté. Gabriel se levantó del sofá y me pidió que lo acompañara afuera de la habitación.

—¿Dónde estabas? —preguntó.

—Fui a hacer mis prácticas —le respondí extrañada por la pregunta—, antes pasé al departamento a darme un baño, pero cuando dejé a Salvador ya había amanecido, ¿pasó algo?

—Hasta que no agarren a ese hombre, creo que no es buena idea que andes sola. Salvador no dejó de preguntar por ti y no sabía que responderle. Le prometí que te cuidaría siempre que él no esté.

—Gracias —respondí un poco apenada. La noche siguiente, Gabriel me llevó al departamento de Salvador y se quedó ahí conmigo a dormir. En la mañana me llevó al hospital a hacer mis prácticas y cuando salí tomé un taxi que me llevó al hospital de Salvador, para mi sorpresa, cuando entré en el cuarto me di cuenta que ya no tenía el respirador en la boca. Dormía, así que me acerqué y le besé la mejilla suavemente, en ese instante se despertó. Sonrió hacia un lado y levantó su mano para acariciar mi mejilla.

—¿Cómo estás mi amor? —pregunté. Cerró los ojos.

—Mírame —habló con mucho trabajo, tomé su mano y la besé.

—Vas a estar mejor —sus ojos se humedecieron y los cerró. El doctor había dicho que se estaba recuperando rápido, pero yo lo veía muy desanimado. Probablemente el daño era más emocional que físico. Me sentía tan culpable de que lo hubieran lastimado que comencé a llorar mientras le pedía perdón de nuevo.

—Ya no te sientas culpable, él no lo cree así —dijo Gabriel que había entrado en la habitación sin que yo lo escuchara—. Todos sabemos que lo has hecho muy feliz y te lo agradecemos —dijo mientras me pasaba el brazo por los hombros y me besaba en la cabeza. Pero, aunque mi razón trataba de convencerme de que yo no era culpable, mi corazón insistía en reprochármelo.

En la tarde Gabriel me llevó al ministerio público para finalizar con el trámite de la demanda y de ahí al departamento para que me diera un baño antes de llevarme al hospital. Cuando llegué me encontré con Isabel y Marisa, ellas se habían enterado de lo ocurrido y querían saber cómo se encontraba Salvador. Aunque mejoraba día con día, podía ver cierta tristeza en sus ojos y su mirada me partía el corazón. Los días pasaron y por fin lo dieron de alta, todavía llevaba el yeso en la nariz y la venda en las costillas, pero lo peor ya había pasado. Y con todo, también habían pasado nuestras vacaciones y nuestros planes se habían convertido en el recuerdo de lo que nunca existió.

EL LIBRO DE MIS SUEÑOS

Corrí escaleras arriba y me tiré sobre la cama en mi habitación. Con mucho cuidado abrí aquel paquete, dentro había un cuaderno de apuntes con el nombre de una mujer, lo saqué y lo coloqué sobre mi almohada, lentamente levanté la cubierta y comencé a leer.

Giselle, 1450 aprox.

Esta es la vida de una muchacha adinerada llamada Giselle, que vivía en París, alrededor del 1450. Quizá al final de la Guerra de los cien años. Ella había vivido llena de lujos y riquezas, era una niña consentida y acostumbrada a tratar a la gente según su posición social. Pero que se había enamorado de un humilde trabajador de la casa, un chico rubio llamado Samuel. El era de procedencia inglesa y había llegado a servir en casa de Giselle con su madre y sus hermanos desde que era niño. Ellos habían crecido juntos, pero él siempre educado a complacer los caprichos y deseos de la señorita de la casa. Ellos se enamoran y comienzan a verse a escondidas durante algún tiempo, pero Giselle ya estaba comprometida con su primo, éste se da cuenta de la relación entre ella y el sirviente, la cual ella niega rotundamente estando ya embarazada de Samuel. Los problemas sociales y políticos de la época obligan a Samuel a apoyar a su gente y participa en la revolución que comenzaba a formarse en aquella época. Dicha revolución atacaba a la clase alta, a donde pertenecía Giselle.

Giselle siente que Samuel le ha fallado al levantarse en contra de su familia y en un arranque de rencor va con su padre y lo acusa de traición y de haber sido violada por él. Nada pudo haber hecho más feliz a su prometido que aquella acusación, el padre de Giselle manda capturar a Samuel y solicita la pena máxima para él, la horca. Giselle se da cuenta de la consecuencia de haber actuado con rencor y se arrepiente de haberlo acusado, pero ya no hay nada que hacer, no habrá marcha atrás. El día que Samuel es ejecutado, Giselle corre hacia un acantilado y salta. Se mata y mata a su hijo del que estaba embarazada.

Al terminar, releí aquella primera historia con la que muchas veces antes había soñado. ¿Era esa mí Giselle?, y ¿por qué alguien podía formar una historia de los sueños que me atormentaban? Continué leyendo aquel escrito, quizá más adelante, el rompecabezas se iba aclarando.

Joséphine, 1500 aprox.

Esta vida se refiere a una mujer llamada Joséphine, que vivía como en el 1500. Su infancia y juventud, la vive en París, dentro de una familia modesta. Ella tenía dos hermanos enfermos por los que el papá descuida su oficio hasta que se quedan muy pobres. Un día que Joséphine corría sobre un caballo desbocado, un joven la ayuda y desde aquel momento ellos dos se enamoran. Vicente era un muchacho español de buena familia, rico y generoso. Desde el día que la conoció la amó y estuvo dispuesto a hacer lo que sea por verla feliz y ayudarla con sus hermanos enfermos. Joséphine también tenía una hermana pequeña la cual siempre les acompañaba en sus paseos. Ir por ella y sus hermanos en su carruaje para llevarlos hasta su casa, donde los acostaban en el jardín, se vuelve una rutina de todos los días. Vicente estaba tan enamorado de ella que se quiere casar.

Un día Vicente va a hablar con su padre y le cuenta la situación económica que está viviendo Joséphine, luego le dice que se quiere casar con ella y la quiere ayudar. Pero el señor toma ventaja del asunto, él ya ha visto a Joséphine en su casa y también le gusta. El padre de Vicente acude a casa de Joséphine y pide su mano. Los dos están llenos de resentimiento contra el padre

de Vicente, y movidos por aquel sentimiento tienen relaciones antes de que ella se case y Vicente le regala un anillo como símbolo de su amor, el cual ella nunca se quita, ni siquiera el día de su boda. Después de casada se va a vivir a Sevilla con el padre de Vicente y ahí se da cuenta de su avanzado embarazo, ella sabe que aquel niño es de Vicente y su esposo también lo supone. Entonces éste le ofrece a Vicente una casa en Toledo y apalabra con un amigo la unión de éste con su hija. Esperaba que después de casado, él se alejara de Joséphine y nunca supiera que era el verdadero padre del niño.

Otra vez, movida por el resentimiento ella acude a Vicente y le dice que espera un hijo de él, entonces él rompe su compromiso con su prometida y le jura a Joséphine que se la llevará a vivir lejos. Pero, su intento fracasa y su padre, ofendido y traicionado, lo saca de sus tierras y lo deshereda. Vicente desaparece de la vida de ellos y Joséphine se siente muy mal, ella no es capaz de responder como esposa y cuando el bebé nace, ella vuelca todo su cariño sobre él, desatendiendo por completo a su marido. Joséphine trata de irse de la casa, pero su esposo la amenaza con llevar a la ruina a su padre y quitarle a su hijo. Ella sabe que no le queda de otra más que obedecerlo y trata de aceptar su vida como era, pero enferma de los nervios. Joséphine es separada de su hijo cuando éste todavía es muy pequeño, el niño y su marido desaparecen de la vida de Joséphine y tiempo después, le avisan que su marido ha muerto, pero nadie sabe nada de su hijo. Joséphine era una mujer rica y sola, así que el resto de su vida se dedica a buscar a su hijo y a Vicente. Muere sola y enferma de los nervios.

Mientras avanzaba en la lectura, noté como las piezas que formaban mis pesadillas fueron acomodándose y formando parte de las vidas sobre las que leía. Me sentía impaciente por leer más y poder comprender todo aquello que me había atormentado. Continué leyendo sobre una tercera vida.

Elena, 1815 aprox.

Esta es la vida de una joven sencilla llamada Elena, nacida en un pequeño poblado del centro de México. Ocurrió por los 1800. Ella, lleva una niñez tranquila y en su adolescencia conoce a un hombre, amigo de su padre, un general llamado Antonio, 20 años mayor. Se enamora de él desde niña a pesar de siempre ser ignorada por él. Su padre muere y ella y su madre quedan desamparadas. Antonio le propone matrimonio, pero tiene que posponerlo por la guerra de independencia donde lucha al lado de los mexicanos. En los apuntes se describía perfectamente aquella escena cuando sonaba un silbato y el hombre subía a una carreta que avanzaba. Después de que se marchara, Elena había sido atacada y violada, dicha situación, nunca logra superarla y decide unirse a una congregación de Monjas. Cuando se vuelven a ver, él está malherido y junto con otros soldados, piden asilo en el convento donde ella vivía. Antonio muere desangrado en manos de Elena. La hermana Elena se obsesiona en su vejez por recordar el nombre de un niño llamado Salvador.

Por un momento dudé si continuar leyendo o dejar aquel libro que estaba empezando a asustarme. Siempre había pensado que los fantasmas eran pura fantasía, pero después de haber conversado con un hombre que se supone había muerto un año antes y de haber leído aquel libro, donde una mujer que no conocía, narraba las situaciones con las que yo soñaba, sólo podía llegar a una conclusión: Ella, y yo, vivíamos mortificadas por el sufrimiento de tres almas que penaban. Aunque sonaba como un disparate, no cabía duda de que algo muy desconocido se escondía detrás.

“Julieta Trejo Mendoza, 1937—?” leí en la siguiente página. Me llamó la atención que la fecha tenía un formato distinto al de las historias anteriores, así que comencé aquella nueva historia, “Este es el relato de mi vida. Siempre me he sentido distinta, soy la oveja negra de mi familia...”

y así, continué con la lectura del diario de la vida de una mujer llamada Julieta que vivió en México. Gracias a esa lectura pude conocer algunos detalles de su vida y descubrir situaciones con las que también había soñado. Fue en ese momento que me di cuenta que era ella la mujer a quien había hecho referencia el doctor Sierra una vez en su consultorio. Terminé de leer el libro de Julieta y encontré unas palabras escritas a mano que me dejaron helada:

“Me considero una persona con suerte. Es muy poca la gente que cuenta con el don que se me ha otorgado. Ahora sé que cuando morimos, de alguna forma regresamos a este mundo para corregir nuestros errores y que un alma no descansa hasta que alcanza la plenitud de su existencia. Puedo ir y venir de una vida a otra y puedo distinguir cada una de ellas, también puedo reconocer el orden en el que han ocurrido y lo que dejé pendiente. Sé que cuando te encuentras con un alma con la que estuviste muy vinculado en una vida anterior, tratas de permanecer en contacto en su vida actual y estás almas tienden a llevar una relación semejante a la que vivieron antes, ya sea buena o mala. Cada una de mis vidas ha sido, en parte, consecuencia de la anterior. No importa lo que haya vivido sino las lecciones que he aprendido.”

Esa noche no dormí, después de haber terminado el escrito, navegué por internet buscando algo de información. Portales que hablaban sobre almas en pena, sobre reencarnación, vidas pasadas, almas gemelas y sobre el karma. Cansada de leer lo mismo, cerré la computadora y me puse a pensar. Mis sueños y pesadillas tal cual, habían atormentado a otra mujer y necesitaba saber la razón por la que ella soñaba lo mismo que yo. ¿Seguiría viva Julieta? Y por qué las historias que yo soñaba formaban cuatro historias. ¿Por qué reconocía a Roberto en cada sueño? A menos que no se tratara de sueños, sino de recuerdos. Nunca había pensado que la reencarnación podría ser real, pero todo coincidía perfectamente y negarlo no acabaría con mis dudas. Me pensé como si formara parte de “un árbol”, como una “hoja” que en otoño cae y en primavera vuelve a nacer. Y mis recuerdos de otras vidas podrían ser las vivencias de otras “hojas” de la misma rama, cómo una red de información. Julieta y yo podríamos pertenecer a la misma rama.

Quizá lo de la red de información era algo loco y la reencarnación sonaba más creíble. ¿Sería muy loco pensar que Julieta y yo compartíamos la misma alma? Me sentí mareada. Yo era una joven católica educada bajo los dogmas de la iglesia. La reencarnación y el catolicismo no se llevan. Pero aquella noche se movieron todos mis cimientos religiosos y acepté el que probablemente todo lo que me había enseñado antes, era en cierta forma equivocado. Porque un Dios que es amor no podría enviar a la tierra a gente enferma así nada más y no podría juzgarla sin tomar en cuenta lo duro que fue su vida. En cambio, tiene más lógica si pensamos en nosotros como almas en camino a la perfección, que en cada vida aprendemos cosas nuevas y que regresaremos una y otra vez hasta alcanzar nuestra meta, que quizá después de la muerte, nosotros mismos somos quienes nos condenamos a la próxima encarnación, donde todo el mal que hagamos tenemos que pagarlo y todo el bien nos será recompensado en la vida siguiente.

Entonces, el karma es una ley de compensación y no de venganza, es una medicina que se nos aplica para nuestro propio bien. La vida es como una escuela, si repruebas el examen lo vuelves a presentar hasta que lo pases. Pedimos amor cuando hemos sido despiadados o crueles; comprensión, cuando nunca hemos dado comprensión a nadie. Anhelamos dichas cuando hemos sido el origen de muchas desgracias. Viéndolo así, la reencarnación puede ser una esperanza y un consuelo ante la aterradora perspectiva de desaparecer definitivamente después de la muerte.

¿Qué más pruebas necesitaba?, tenía la respuesta en mis manos, en mi vida, en mis sueños. La única diferencia entre mis recuerdos y los de la mujer de los escritos radicaba en que, además, yo soñaba su vida.

Mi celular sonó, ya había amanecido y yo no había dormido nada. Miré la pantalla, era

Bernardo. Suspiré y lo puse en silencio. No tenía ganas de verlo ni de hablar con él. ¿Cómo estar con otro hombre después de saber lo que acababa de descubrir? Probablemente Roberto era mi alma gemela, quizá lo había amado en otras vidas y tal vez, desde antes de nacer ya estábamos predestinados a estar juntos. Pero recordé nuestros fracasos de amor, a lo mejor nuestro destino no era estar juntos, sino aprender a renunciar a lo que era imposible, podría ser que nuestras lecciones por aprender trataban más bien de domar nuestros impulsos, de templanza. En cada vida había fracasado separándome de él, o ¿quizá mi lección en ésta vida era enfrentarme a lo que fuera por el amor?

Pero quizá ésta maldición de no poder realizar mi amor con él era el castigo que yo había elegido por haberlo traicionado y por menospreciarlo. Y cuando me arrebatan a mi hijo en la segunda vida, era quizá mi castigo por haberme quitado la vida estando embarazada, y además había nacido en una situación inferior, para aprender a ser una mejor persona y vivir el menosprecio que antes sembré. En cambio, Samuel, que había sido un hombre noble y generoso, había vuelto a nacer en un hombre rico. Y Alejandro, el anciano de Tepoztlán, y el Dr. Sierra, que yo los veía como mis hermanos enfermos, ahora en ésta vida me brindan su ayuda, quizá en agradecimiento a los cuidados que yo había tenido con ellos vidas atrás... y por si no fuera suficiente, ellos dos, también habían ayudado a la mujer de los escritos.

Todo encajaba como anillo al dedo. Por fin encontraba algo que pudiera ser una respuesta a lo que últimamente se había apoderado de mi mente y comprendí mi fascinación por Roberto. El había acompañado a cada mujer de las vidas con las que yo soñaba. Siempre había sido un hombre noble y bueno, pero el destino había sido duro con él al juntarlo una y otra vez con mujeres que no sabían valorarlo. Como Giselle que lo había traicionado y condenado a la horca, o como Joséphine que no tuvo el valor de luchar por su amor y permitió que su debilidad la amargara. Pero Elena quizá había mejorado como persona y no le había causado ningún mal a propósito, pero, aun así, él termina muriendo en sus manos. En aquel momento me di cuenta de lo que pasaba, si existiera la reencarnación, la vida de cada una de las mujeres que soñaba, era consecuencia de la vida anterior. Y si eran mis vidas, volvía mi duda, si debía luchar por el amor de Roberto, o ¿será que estaba destinada a perderlo por siempre?

Nos conocíamos y nos amábamos en situaciones complicadas, por más amor que sintiéramos el uno por el otro, nuestra historia terminaba en tragedia, yo era como una maldición en su existencia. Todavía hace unas semanas habíamos tenido un accidente del que habíamos salido bien librados, pero no era una simple casualidad sino el destino que hacía de las suyas para volvernos a separar. Quizá era el momento de tomar la decisión de alejarme de él antes de dañarlo más. Si, lo amaba como no había amado a nadie, pero no lo merecía. Había llegado el momento de actuar con cordura y hacer lo correcto.

EL POÉMA Y LA FÁBULA

La siguiente semana después de que Salvador había salido del hospital, tuvo que quedarse en reposo sin permiso de levantarse más que para ir al baño, esto, hasta que volviera a ser revisado por el doctor y lo diera de alta. Durante aquellos días, nunca nos faltaron visitas y amigos con intención de ayudar y acompañarlo cuando yo tenía que ausentarme para mis prácticas o para ir a la facultad. Todos eran bien recibidos con excepción de Guillermo, aun así, a él no parecía importarle la incomodidad que me causaba. La semana corrió lenta, hasta que por fin llegó el día de la esperada visita al doctor. El sábado por la tarde llevé a Salvador al hospital y un doctor le quitó los puntos de la cara, después, Salvador me pidió que esperase unos resultados y subió a ver al neurólogo. Una enfermera se acercó a mí y me entregó un sobre cerrado tamaño carta y me dijo el nombre del neurólogo que atendía a Salvador. Después de averiguar donde se encontraba el consultorio del doctor, subí a llevárselos. La secretaria me dijo que Salvador ya se encontraba dentro y llamó a la puerta del consultorio, ésta se abrió y ella me llamó con la mano mientras anunciaba que habían llegado los resultados. Salvador salió a la puerta y me extendió una mano temblorosa y sin mirarme a los ojos me pidió los resultados. Le entregué el sobre y me cerró la puerta en la cara. Casi una hora después salió del consultorio.

—¿Todo bien? —pregunté mientras me levantaba de la silla en la salita de espera del consultorio.

—Sí —respondió con una sonrisa, me pasó el brazo por los hombros y me besó la cabeza.

—¿Vas a volver ésta semana a la facultad? —quise saber porque las vacaciones habían terminado y era momento de reanudar nuestros estudios.

—No. Tengo una semana más de reposo —dijo pensativo y se mantuvo así y callado todo lo que quedó del fin de semana. El lunes después de mis prácticas, cuando regresé al departamento, Gabriel estaba acompañando a Salvador que no se sentía bien. Decidí que lo mejor sería no ir a la facultad por la tarde y por más que los dos insistieron y Gabriel prometió que no se movería de su lado, no hubo poder humano que me hiciera cambiar de opinión. Hice bien en haberme quedado, pues Salvador estaba muy mareado y varias veces vomitó.

—Creo que deberíamos llamar a tu neurocirujano —le dije temiendo que aquello fuese la consecuencia de otro coágulo. Salvador me miró a través de las pestañas y negó con la cabeza—. Pues si no lo haces tú lo hago yo —le amenacé y Salvador me arrebató el teléfono de las manos.

—¡No te metas Julieta! —gritó apuntándome con el dedo—. Hace tiempo que aprendí a cuidarme solo, así que no me hagas las cosas más difíciles.

—Te cuido porque te quiero y me preocupo por ti —le dije con lágrimas en los ojos y salí del cuarto ofendida.

—¡Julieta! —me llamó—. Ven por favor —me pidió condescendiente pero no respondí. Me senté en la sala y comencé a llorar. Entonces lo miré parado junto al marco de la puerta de la habitación, con la mirada perdida y la boca seca, estaba demacrado y todavía amoratado—. Perdóname, últimamente estoy muy alterado —al escucharlo y verlo tan mal se me partió el corazón y regresé a acompañarlo.

Pasaron los días y el estado de Salvador parecía haber mejorado, los vómitos y mareos habían desaparecido. Después de diez días en franca mejoría, un día al regresar de mis prácticas, otra vez encontré a Gabriel acompañándolo. Salvador se había vuelto a sentir mal y había estado

vomitando. Por varios días, su ánimo continuó decaído. Pasaron los días y aunque la salud de Salvador mejoró, el doctor todavía no lo daba de alta. Después del accidente, todo parecía haber cambiado alrededor de Salvador y había cosas en las que no estaba de acuerdo, como que Salvador nunca me permitiera acompañarlo a sus consultas.

Después de haber insistido en que me llevara con él a la próxima consulta, Salvador me prometió que estaba mejor y que pronto regresaría a la escuela y continuaría con su vida. El lunes quedamos en ir juntos a la facultad, regresé de mis prácticas y como no estaba él en el departamento, me senté a esperarlo. Lo esperé por horas, pero nunca llegó, así que me fui sola a la facultad, donde tampoco se apareció. Cuando regresé al departamento, Nico y Guillermo estaban dentro de nuestra habitación.

—¿Y Salvador? —pregunté. Los dos miraron hacia la puerta del baño. Corrí hacia ella y abrí. Salvador estaba apoyado en el retrete, vomitando—. ¿Ahora qué pasa? —les pregunté disgustada por ser la última en enterarme de lo que sucedía con él.

—Una recaída —respondió Nicolás levantando los hombros y moviendo las manos. Guillermo se levantó de la cama sin mirarme y entró en el baño con Salvador y le acercó una toalla. Apreté los ojos furiosa, dolida por sentirme fuera de su vida y me quedé parada en el marco de la puerta con los brazos cruzados esperando que saliera Guillermo. Salvador me miró de reojo mientras se lavaba y su amigo cruzó el umbral rozando conmigo. Salvador se paró a mi lado apoyándose en el otro lado del marco y me miró con tristeza.

—Quiero que se vayan y que nos dejen solos —le pedí. Este miró a los otros dos haciendo una señal con los ojos y pasó el brazo sobre mis hombros para apoyarse en mí y caminar hasta su cama. Ellos se despidieron de ambos y se marcharon y Salvador me miró fijamente a través de las pestañas, entonces le hablé—, No sé si sólo es mi idea, pero siento que me estoy quedando afuera de tu vida. A pesar de estar preocupada por tus recaídas, me he mantenido al margen como tú me pediste y aun así siento que cada vez te alejas más de mí e involucras a otros.

—Nunca —dijo mientras tomaba mi mano—, nunca quisiera que salgas de mi vida —entonces me besó la mano.

—¿Vas a contarme que te pasó hoy? —pregunté sentándome a su lado.

—Todo está bajo control, Jul —respondió con desgano—. Sólo salí a tomar unos tragos con mis amigos, creo que todavía no era el momento de hacerlo —alargó el brazo y me jaló hacia él para abrazarme.

—No hueles a alcohol —le dije alejándome para mirarlo de frente. Salvador cerró los ojos levantando las cejas y exhaló.

—¿A dónde quieres llegar?

—Salvador, no te veo bien y no me siento tranquila.

—¡Julieta, por favor! Deja de tratarme como a un niño que no es capaz de defenderse y cuidarse solo, tienes que superar lo que pasó o vas a terminar cansándome —dijo con dureza y por un momento me quedé callada, quizá los dos teníamos un trauma nuevo por superar.

—Después de lo que pasó, tengo mucho miedo a verte sufrir. Ellos te golpeaban y yo no podía hacer nada para ayudarte —chille—. Pensé que te perdía. Que te escurrirías de mis manos... de la vida. Ahora te puedo ayudar y haré todo lo que pueda por ti —él me besó en la cabeza.

—Yo sé. Esto no es fácil, pero no puedes sentirte responsable ni puedes tener el control de todo —Salvador me tomó de la barbilla y me besó la punta de la nariz—, hay cosas que están fuera de nuestras manos —susurró.

—¿Sabes amor?, no es que quiera controlar nada, pero no existe nada en éste mundo más valioso que tú y con lo que sucedió sentí que te perdería para siempre. El miedo a tu muerte me

está matando — me besó en el hombro y lo miré acomodarse para dormir y evadirme, el tema estaba cerrado. Aquella noche poco dormimos los dos, Salvador volvió a vomitar tres veces más y lo cuidé hasta que se sintió mejor.

Con el paso de los días de la semana su salud fue mejorando, pero todavía no regresaba a la facultad. Quizá lo mejor que podría ser era tomarse aquel semestre para recuperarse antes de comenzar con su nueva especialidad. El sábado Gabriel y Mauricio fueron a comer con nosotros y por la tarde, cuando se fueron, dormimos una larga siesta. Aquella vez tuve una pesadilla, *en ella Salvador estaba malherido y yo estaba con él, le curaba sus heridas, pero parecía muy lastimado. Entonces le abría la tela del pantalón buscando una herida en la pierna que le sangraba, tomé varios trapos y apreté donde le salía sangre a borbotones, su mirada estaba ausente, Salvador estaba muriendo...* desperté sobresaltada en medio de la oscuridad de la habitación y estiré la mano palpando la cama en busca de él, pero no se encontraba a mi lado. Me levanté de un salto y encendí la luz de la lámpara de noche, tampoco estaba en el baño. Salí de la habitación y lo encontré sentado en la sala, estaba dormido y en sus piernas tenía un álbum de fotos.

—Salvador —le hablé al oído mientras levantaba el álbum de sus piernas, entonces movió su cuerpo y abrió los ojos.

—Salí de la habitación cuando desperté para dejarte dormir un poco más, entonces me puse a ver fotos viejas y me quedé dormido —explicó.

—¿Te sientes bien? —pregunté y él sonrió. Entonces rodeó mi cintura con sus manos y me atrajo hacia él. Inesperadamente comenzó a besarme el cuello y el pecho y sus manos bajaron hasta mis piernas—. ¿Estás bien para... Puedes mi amor? —titubeé.

—Shhh —respondió mirándome a los ojos y continuó besándome. Terminamos tirados en el piso, no fue la mejor vez y todos los movimientos fueron hechos con mucho cuidado, pero después de tantos días fríos, Salvador volvía a ser mío y me llenaba con su calor.

El domingo por la mañana repetimos nuestro cálido encuentro y todo resultó mucho mejor que la vez anterior. El lunes en la mañana, antes de salir para mis prácticas, Salvador me entregó un papel donde había escrito el poema completo de Benedetti.

—“Te Quiero —dijo poéticamente y continuó leyendo el pedazo que yo ya conocía—... y porque amor no es aureola ni cándida moraleja, y porque somos pareja que sabe que no está sola. Te quiero en mi paraíso, es decir que, en mi país, la gente viva feliz, aunque no tenga permiso” —continuó hasta llegar al último párrafo y al terminar nos dimos un beso y me fui con el poema escrito en un papel.

La semana continuó su curso y cada día que pasaba me sentía más cerca de él. El viernes, al regresar de la facultad, Salvador me esperaba sentado en la sala del departamento, junto al sofá pude ver dos maletas y una mochila. Solté mi mochila y ésta cayó al suelo. Salvador tenía los ojos rojos e hinchados.

—¿Qué? —susurré sin terminar la pregunta porque no entendía lo que estaba pasando—. ¿Salvador?

—Perdóname, te fallé —dijo sin levantarse y sin mirarme—. Ya no puedo mantener esta relación contigo. Hice mis maletas —y señaló sus cosas con el dedo. Me quedé callada por un momento, con la mirada fija en su rostro, incrédula de sus palabras. Caminé hacia él y me senté a su lado.

—¿Tus maletas para qué? ¿Por qué dices que me fallaste? —pregunté y él pasó los dedos sobre mi mejilla mientras me miraba con los ojos más grises que nunca.

—Me voy Jul —dijo sin titubear.

—¿Te vas? ¿Cómo que te vas? Si ésta es tu casa —Salvador tragó saliva y movió la cabeza en negación.

—Será tuya hasta que encuentres otro lugar a donde ir —dijo con ternura mientras acomodaba un mechón detrás de mi oreja. Lo miré sin saber que decir. Me costaba respirar, me sentía muy asustada—. Yo me iré a vivir a otro lado.

—Salvador, lo que hay entre nosotros es...

—No Julieta, ¡escúchame! —me interrumpió—. ¿Alguna vez has escuchado la fábula del escorpión y la rana? —preguntó interrumpiéndome y tomé sus dedos para alejarlos de la piel de mi rostro.

—No lo sé —contesté molesta, sin entender a dónde pretendía llegar—. ¡Quién piensa en cuentos y fábulas! —le grité desesperada y mis ojos me empezaron a picar.

—Se trata de un escorpión que necesitaba cruzar un río y...

—No me interesa escucharla —lo interrumpí y me pasé los dedos secándome los ojos—. ¿Cuál es la moraleja?

—Por más que tratemos, nunca podremos modificar nuestra propia naturaleza —tragué saliva y lo miré nauseada.

—¿¡Cómo!? ¿Qué tratas de decirme con esto? —pregunté exasperada.

—Que ya no puedo, ni quiero luchar contra lo que soy. Está en mi naturaleza.

—No te creo —los ojos de Salvador se llenaban de lágrimas mientras me acariciaba el cabello y yo movía la cabeza negándolo.

—No soy un hombre para ti.

—Sólo estás asustado por lo que pasó, pero lo vamos a superar y yo te voy a ayudar en lo que necesites —hablé y mi voz sonó algo desesperada, al darme cuenta hice una pausa y suspiré. Lo tomé de la mano y busqué la verdad en su mirada—. Tú y yo, éramos el uno para el otro, no podría vivir sin ti.

—Julieta —me interrumpió—. Podemos ayudarnos y seguir siendo amigos. Seguiremos hablando de vez en cuando, nos veremos cuando tú quieras, te dejo vivir aquí por un tiempo, mientras rehaces tu vida —aclaró—, pero entiende, no quiero más ésta relación.

—No puedes dejar de quererme de un momento a otro —le dije intentando sonreír, pero mi voz se quebró—. ¡El amor no es así!

—¡Entonces, quizá no era amor! —me gritó interrumpiéndome y enseguida me tomó de las manos—. Perdóname, por favor Jul, perdóname —suplicó— las cosas han cambiado y no quiero seguir lastimándote. Necesito que dejemos de vivir juntos —dijo con amarga franqueza mientras me clavaba sus hirientes ojos en el alma—. Me di cuenta que no puedo verte como otra cosa más que como una amiga.

—¿Y todo lo que pasó entre nosotros? —pregunté llorando. El apretó los puños y la mandíbula y se levantó de mi lado.

—Julieta, quizá tengas razón en eso de que los hombres no sabemos amar.

—Simplemente no puedo creer lo que estás diciendo.

—Es que lo intenté y en verdad sí te quiero, pero de la única forma que puedo querer a una mujer. Julieta, juramos que ante todo seríamos sinceros, me pediste que te avisara si volvía a ser el mismo de antes. Entiéndeme, no estoy hecho para este tipo de amor. —me explicó dándome la espalda y mirando hacia la puerta de su habitación. Esta se abrió y Salvador me miró de reojo haciendo una mueca. Entonces me levanté para ver a Guillermo saliendo de la habitación de Salvador. Me asusté al verlo y retrocedí, pero él caminó con paso decidido hacia la sala pasando su mirada de mí a Salvador.

—Julieta —me saludo con una cínica sonrisa—. ¿Nos vamos? —preguntó mirando a Salvador. Inspiré conteniendo el llanto y me tapé la boca. Miré a Salvador incrédula a lo que estaba pasando, me quedé inmóvil.

—Jul —susurró Salvador tocándome el hombro, pero lo moví para que levantara sus dedos de mí.

—No es necesario que te vayas, ésta es tu casa —le dije y entré a su habitación en busca de la maleta que me había prestado Gabriel para llenarla con mis cosas.

—No —dijo Guillermo entrando en la habitación detrás de mí—. Salvador se irá conmigo, de todas formas, éste departamento quedará vacío —hice un alto y lo miré con odio. Quería pegarle.

—No te metas —le dijo Salvador empujándolo hacia fuera de la habitación—, ahora vete —Guillermo se encogió de hombros y Salvador caminó hacia mí colocando con mucho cuidado, sus manos sobre mis hombros. También a él le quería pegar—. Quédate Jul, por favor, te lo suplico. No sé, un par de semanas, o sólo por ésta noche, o el tiempo que necesites.

—¡Me llevo tus maletas al coche! —gritó Guillermo desde la sala. Miré hacia allí y tragué saliva. Lloré sin poder contener las lágrimas. Salvador se inclinó hacia mí para abrazarme.

—¡Déjame! —le grité empujándolo.

—Nos separaremos, pero siempre estaré como amigo —insistió. Nuestras miradas se cruzaron. El también tenía lágrimas en la cara. Aquellos ojos grises que alguna vez rieron y gritaron promesas ahora se evaporaban ante la verdad lastimosa. Salvador dio media vuelta y caminó hacia la sala, lo vi salir del departamento, cabizbajo, con aquel paso lento y cansado. Me tiré sobre su cama y lloré. El eco de sus palabras me dolía hasta el fondo del alma. Sabía que algo así podía ocurrir, pero nunca estuve preparada para afrontarlo. Había pensado dormir ahí sólo esa noche, pero giré y giré sobre la cama hasta que comprendí que nunca podría estar tranquila en su departamento, sin él. Empaqué mis cosas en la maleta que me había prestado Gabriel y a duras penas caminé hasta mi coche y guardé mis cosas en la cajuela. Encendí el motor y respiré profundo para tomar el valor de largarme, me resistía a salir del edificio y aceptar la realidad. Al irme de allí también me iría del mundo de Salvador y enterraría los momentos más maravillosos de mi vida. Si se pudiera, me hubiera arrancado éste corazón que dentro de mi pecho ocasionaba tanto dolor.

Me dirigí hacia el hospital. Recogí mis papeles y unos antidepresivos que me habían recetado después del ataque a Salvador. Los había suspendido por que algo en mí cuerpo no estaba funcionando como normalmente y tuve miedo. Ya había pasado la fecha de mi sangrado, podría ser un simple atraso. Sé que el estrés y la tensión a veces pueden influir y el último mes no había sido el mejor. Fui al banco y saqué el poco dinero que había juntado y lo metí en mi bolsa. Conduje hacia la carretera y salí de la ciudad sin haber planeado a donde ir. Quería perderme, olvidarme del mundo y que el mundo me olvide. En la tierra no había un rincón para mí donde me pudiera acurrucar. Me sentía como un animal herido que corre y se esconde para esperar a morir. Pero no iba a morir, tendría que vivir con el dolor y pasar por la humillación de tener que decirle a mi familia y amigos que todo lo que ellos pensaban y me habían dicho, había ocurrido. Todos me habían visto caminar hacia ésta dirección y yo, como una estúpida enamorada, me había cegado y había apostado todo al peor. No me podía quejar, me lo había buscado yo sola, había jugado con fuego y me había quemado, el dolor en el pecho era la herida que el fuego me había ocasionado. Pero la herida era demasiado grande como para esconderla y no quería que nadie la viera.

Un señalamiento en la carretera anunciaba que me acercaba a un poblado. Instintivamente, bajé la velocidad y seguí el camino hacia aquel pequeño pueblo, Tepoztlán. Conduje dentro del poblado en busca de aquel convento donde ocho años atrás me había confinado mi madre. No lo

encontré. Entonces me estacioné y caminé sus calles y la gente que pasaba junto a mí, ni siquiera me miraba. Yo era como un fantasma. Pasé junto a una posada llamada “Rincón de paz” y pensé que era una señal, quizá si me hospedaba allí podría encontrar algo de paz para el corazón. Entré y pedí un cuarto, luego caminé de regreso a mi coche y lo llevé hasta la posada, bajé mi maleta y la dejé dentro del cuarto. Salí y continué caminando por aquel pueblito, donde parecía que el tiempo no existía. Entré en un restaurante y me senté en una mesa.

—¿Qué va a tomar? —preguntó una niña pequeña que se paró a mi lado con una libretita en la mano. Miré hacia la pared donde se encontraba colgado el menú sin ganas de comer.

—Un café —respondí y ella apuntó en su libreta, luego se despidió con una hermosa sonrisa. Un rato después llegó con una taza vacía y la puso sobre la mesa, también colocó azúcar y una taza con leche

—¿Espera a alguien? —preguntó y levanté la mirada, sus enormes ojos llenos de inocencia me sonrían.

—No —contesté mirando hacia la nada.

—¿Por qué está tan solita? —preguntó con su aguda voz infantil, apreté dientes y cerré los ojos tratando de no pensar en Salvador, pero fue inevitable recordarlo. El dolor comenzó a atacar de nuevo y no había medicinas para ese dolor—. ¡No llore! —me pidió la niña y bajé la cara ocultando mis lágrimas. Un hombre se acercó a la mesa con una jarra de café caliente.

—Disculpe a mi hija, siempre habla de más —dijo el hombre mientras vertía café dentro de mi taza—. Prometo que no se le vuelva a acercar —concluyó. Entonces levanté la mirada, un hombre estaba parado frente a mí. Llevaba puestos unos pantalones de mezclilla desgastados y su camisa estaba descosida, me recordó tanto a Salvador que me levanté de la mesa para alejarme de él. Por un momento se me nubló la vista y todo se puso gris. No había color, ni sonidos, ni recuerdos, ni dolor y me sentí mejor. Cuando abrí los ojos, estaba en los brazos de aquel hombre— ¡Señorita!, ¿se encuentra bien? —preguntó con el rostro muy cerca del mío. Cerré los ojos deseando irme de nuevo y escapar de la realidad—. ¡Señorita!

—No... —me quejé y dejé salir el dolor que sentía mientras lloraba.

—Permítame que la ayude —dijo apresurado—, deme un número de teléfono, para que llame a su familia.

—No tengo —respondí con desgano.

—El de una amiga o su novio —insistió. Entonces recordé a Salvador y lloré de nuevo, él era mi todo. Miré al desconocido y negué con la cabeza—. Hare lo que sea, dígame donde vive y yo la llevo de vuelta a su casa.

—No tengo nada —contesté después de una pausa.

—Entonces dígame, ¿Cómo la puedo ayudar?

—Nadie puede —respondí mirando hacia la calle y me levanté, y caminé hacia el hotelito. Entré en mi habitación y tomé el frasco con antidepresivos, tomé dos pastillas y me acosté en la cama esperando a que mi cuerpo cediera y me quedara dormida. Al día siguiente me desperté hasta la tarde y en la noche salí a caminar por el pueblo, encontré un teléfono público y marqué al departamento de Salvador.

—¿Diga? —escuché su voz al otro lado del teléfono y enseguida colgué la bocina y me alejé del lugar. Salvador me había lastimado mucho y a pesar de todo, lo seguía amando y anhelaba regresar a mi vida con él. Continué caminando hasta llegar a una plazuela y me senté en una banca.

—¿Sola otra vez? —preguntó un hombre y giré en dirección a él. Era el hombre del restaurante con su aspecto que tanto me recordaba a Salvador, sólo que un poco más alto y menos desgarbado.

—No conozco a nadie aquí —contesté y él se sentó junto a mí.

—¿De dónde vienes?

—De un hotel cerca de aquí.

—Pero ¿dónde vivías antes? —insistió.

—No recuerdo —dije dispuesta a olvidar mi pasado mientras doliera.

—¿Estás perdida?, quisiera ayudarte.

—No puedes, nadie puede —respondí melancólica y comencé a lagrimar.

—Si creyera que has perdido la memoria te llevaría a la policía y pediría ayuda por ti. Pero creo que no es así —su voz fuerte y dulce me dio cierta confianza—. Creo que estás huyendo de algo.

—¿Es que no lo has entendido? —pregunté mirándolo a los ojos—, no tengo casa, ni familia, ni nadie me está buscando —le expliqué y él apretó los labios y frunció las cejas en desacuerdo conmigo.

—Bueno, veo que no quieres hablar conmigo. Cuando necesites ayuda, puedes buscarme en el restaurante —dijo sin mirarme y se alejó caminando con paso suave y estilizado. Volví al teléfono público y le marqué a mi amiga Isabel. Pasaron los días y no había vuelto a hablarle a Salvador, sólo dormía, a veces vomitaba y casi ni comía, me resistía a los antidepresivos por temor a estar embarazada. Ya tenía dos semanas de atraso. A veces sentía mucha hambre y otras, todo me daba náuseas. Lo peor era que el dinero del sobre se me estaba acabando. Quizá había llegado el momento de regresar a casa, pero me negaba a hacerlo. Pensé que quizá si buscaba trabajo en aquel pueblo, podría quedarme allí un tiempo más. Entonces caminé hasta el restaurante y me acerqué a aquel hombre que alguna vez quiso ayudarme. Él estaba sentado en una mesa del restaurante y escribía en una gran libreta rayada.

—¿Sigues aquí? —preguntó en cuanto me vio—, hace mucho que no te veía, pensé que ya te habías ido. Cuando decidas hacerlo, ¿podrías venir primero a despedirte de mí?

—Pues —dije levantando los hombros— sí, puede ser —El hombre me guiño el ojo y continuó escribiendo por unos segundos. Entonces levantó la mirada hacia mí—, ¿Te puedo ayudar en algo?

—Sí —respondí a punto de llorar—. Estoy sola, casi no tengo dinero y tampoco tengo casa. Sólo éste coche, necesito venderlo y trabajar, ¿me puedes ayudar? —el hombre apretó los labios y su mirada parecía dulce y comprensiva.

—Esta casa es grande y tiene muchos cuartos —dijo señalando la casa detrás del restaurante—. Mientras encuentras un lugar y trabajo puedes vivir aquí con nosotros. Soy viudo, vivo con mi madre, pero ella está muy enferma, también tengo una hija de ocho años que está creciendo sola. Ahora más que nunca necesito a alguien que me ayude con ellas. Sé que no es un trabajo muy atractivo, pero por ahora eso es lo que tengo para ti. A cambio de tus atenciones con ellas y que me eches la mano de vez en cuando en el restaurante, tendrías un lugar donde dormir, comida y algo de dinero —definitivamente no era el trabajo de mi vida, pero era todo lo que podía tener y lo necesitaba. Mientras decidía qué hacer con mi vida aceptaría la propuesta.

—Me llamo Julieta —me presenté extendiendo la mano y él me la apretó con fuerza.

—Yo Alejandro —dijo con una sonrisa y me invitó a pasar a su casa para donde me presentó a su hija Sara y su madre, Inés. me llevó a conocer mi nuevo cuarto, una pieza pequeña y acogedora que contaba con una cama individual, una cajonera y un tocador. El baño se encontraba en el pasillo y tendría que compartirlo con su hija y su madre. Trasladé todas mis cosas y esa misma noche dormí en mi nuevo hogar. Al día siguiente me sentía un poco más entusiasta y durante el día quise ayudar en el restaurante. Pero los olores eran muy desagradables y tuve una oleada de náuseas. Por la noche, el olor a comida en la cocina me estaba matando y Alejandro se dio cuenta

de mi estado. En la mañana siguiente me levanté muy mareada y cuando entré en la cocina todo se volvió gris a mí alrededor.

—¡Papá! —gritó Sara junto a mí y eso fue lo último que escuche. Cuando desperté estaba con Alejandro en el coche. Me sentía muy mal.

—¿A dónde vamos? —pregunté.

—Julieta, te has desmayado ya dos veces estando conmigo y no te ves sana —me dijo Alejandro— creo que sería bueno hacerte un chequeo. Dos días después regresé al sanatorio en busca de mis resultados, como temía, la prueba había dado positiva. Estaba embarazada de Salvador.

Así fue como comenzó mi nueva vida, rápidamente me encariñé con aquella familia y con el único que trataba de mantener distancia, era con Alejandro. Aunque era muy bueno conmigo, prefería estar alejada de él y de todos los hombres. Gracias a Salvador los odiaba a todos aún más y no quería volver a confiar en ninguno. Salvador y yo habíamos sido un poema, es decir, la representación estética de una realidad poco convencional, para convertirnos en una fábula, una fantasía detrás de la cual se escondía una dolorosa realidad.

SIN DESPEDIRSE

No estaba contenta, había encontrado el sentido de todo esto y no me gustaba. Pero amaba a Roberto y por el amor que le tenía, me alejaría de él para siempre. Apagué mi celular y me encerré en mi cuarto a llorar, no quería ver a nadie, sólo quería dormir. Cuando desperté ya era casi de noche y mi madre tocaba a la puerta avisándome que Bernardo había llegado, me levanté de la cama y me miré en el espejo, quien me viera en ese estado no dudaría que algo andaba mal.

—Regina, ¿te sientes bien? No te has levantado en todo el día.

—No mamá. Discúlpame con él, pero tengo mucho dolor de cabeza y sólo quiero dormir — contesté con desgano.

—Entonces te traeré unas medicinas.

—Ya las tomé, gracias —respondí y de nuevo cerré los ojos, pero ya no pude dormir. Giré sobre mi cama y traté de escuchar música para olvidarme de todo, pero sólo pensaba en mi vida y en la verdad que había descubierto. Pensaba que yo era una maldición para Roberto y que para hacerlo feliz debía renunciar a él por completo. Encendí mi teléfono celular y marqué su número pensando que si hablaba con él y me despedía como se debía, quizá encontraría un poco de paz. Hubiera querido hacerlo de frente, pero era cobarde y no me atrevería a pedirle que se aleje y no vuelva a verme mirándolo a los ojos.

—Dime —dijo después de varios intentos de llamada enviados al buzón. Al escuchar su voz cerré los ojos con fuerza y respiré profundamente. Ahora que volvía a escucharlo, no quería despedirme de él.

—¿Podemos hablar? —pregunté algo nerviosa.

—¿No es lo que estamos haciendo? —contestó algo exasperado.

—Te amo Roberto y lo hago con toda el alma.

—Regina —susurró—, te he extrañado, no puedo dejar de pensar en ti.

—Me pasa lo mismo —confesé—, esto es muy doloroso para mí. Pero en este mundo no hay lugar para nosotros dos juntos.

—Si tú lo quisieras lo habría —respondió con voz apacible.

—No Roberto, perdóname. Pero es mejor si no volvemos a vernos.

—No me digas esto Regina, ¡por favor! —suplicó al otro lado del teléfono—. ¿Cómo pretendes que viva lejos de ti?

—De la misma manera que yo lo haré. Todas las mañanas me levantaré pensando en ti y durante el día voy a evitar recordarte, en la noche me dormiré pensando que ha pasado un día más.

—¿Sobrevivir?, ¿a eso le llamas vivir? —preguntó.

—Esta vida no es para nosotros.

—¿A no?, y entonces ¿para quién si Reg? ¿Para Bernardo y para ti? —preguntó en un tono más elevado.

—El llegó primero que tú, ya teníamos planes cuando te conocí. La vida es así.

—¿Qué planes?, ¡Regina por favor! —se quejó— nunca estuviste enamorada de él, en cambio lo que hubo entre nosotros era especial.

—No debimos de habernos conocido, sólo sirvió para lastimarnos y de seguir juntos sólo nos lastimaríamos más, cree en lo que te digo.

—¿Para esto me llamaste? —preguntó furioso— ¿qué sentido tiene?

—Quería despedirme de ti, quería que supieras que te quiero y lo mucho que me duele decirte adiós.

—Entonces no lo digas —dijo con voz ronca.

—Adiós Roberto, que seas feliz —me despedí y corté la llamada. En ese momento mi celular volvió a sonar, Roberto me llamaba, pero era mejor si no contestaba, así que apagué mi celular. Sumida en ese enorme silencio recordándome que ya nunca más escucharía su voz, abracé una almohada y comencé a llorar. Todavía me negaba a vivir en mi antigua realidad. Aquella noche estuvo llena de pesadillas, en las cuáles veía morir a Roberto una y otra vez. A la mañana siguiente me levante con un ánimo nuevo, ahora sabía que él no moriría, tenía que encontrar cosas que mantuvieran ocupada mi cabeza y me distrajeran y me devolvieran la vida. El sacrificio de separarnos lo había hecho para evitarnos una tragedia, no para vivir dentro de otra.

Llegó la navidad, la más triste de todas, y el veinte nueve de diciembre, mi cumpleaños, festejé sin las ganas de hacerlo. Los días fueron pasando, pero el tiempo no parecía capaz de curar mis heridas, a veces, pensaba que no lograría salir de aquel hoyo, y menos cerca de Bernardo fingiendo felicidad. No me hallaba y necesitaba de mi soledad para desahogarme y poder curarme. El día que regresé al D.F., le llamé al doctor Sierra y quedamos en juntarnos al día siguiente para que pudiera ponerme al día con el avance del libro. Al llegar a la casa del doctor Trejo, me sentía muy ansiosa, otra vez vería a mi amor.

Cuando entré en el privado del doctor, lo primero que hice fue mirar dentro tratando de ubicar a Roberto, pero él no se encontraba con ellos y sentí una gran desilusión. Aunque, por otra parte, me sentí aliviada de tener de qué preocuparme. Terminó la junta y él jamás apareció. Moría de ganas de saber sobre él, pero prefería no tocar el tema, estaba tan triste, que sólo necesitaba que me tocaran la punta de la nariz para llorar. Al despedirnos, el doctor Sierra me pidió que le hablara a su secretaria para programar una cita y a primera hora del día siguiente lo hice, tenía mucho que hablar con él y necesitaba a alguien de confianza para contarle mi descubrimiento y si se podía, que también me diera algún consuelo. Por la tarde me presenté en el consultorio.

—¿Cómo te fue Regina?, ¿Descubriste algo en Tepoztlán? —preguntó en cuanto entré. Entonces saqué el cuaderno que recogí en Tepoztlán y lo puse sobre su escritorio.

—Esto perteneció a una mujer llamada Julieta —en aquel momento, el Dr. Sierra sacó un expediente y lo colocó frente a mí, entonces lo abrí y leí el nombre de la paciente: Julieta Trejo Mendoza.

—Esto también —dijo y tomó mi libreta y comenzó a hojearla.

—Mi maestro Juan Salvador Trejo, ¿es su hijo?

—Así es —dijo y sonrió levemente—. Julieta murió hace unos veinticinco años más o menos. Es curioso como la vida los ha vuelto a unir.

—Entonces tu... ¿Crees en la reencarnación? —pregunté asombrada de su respuesta. El doctor Sierra esquivó mi mirada, pensativo.

—No lo sé. Creo que todos podemos tener diferentes creencias y puntos de vista. Todo depende de las circunstancias que se te presenten en la vida —el doctor me miró directamente a los ojos y continuó—, si lo que has vivido te ha llevado a creer en algo, por descabellado que parezca, no lo descartes. Tu propia vida te dará las pruebas para que creas en lo que necesites creer —al escucharlo me sentí segura de mí.

—Julieta le había dejado ésta libreta al anciano de Tepoztlán, Alejandro, ¿le conociste? —pregunté.

—Nunca lo conocí físicamente —contestó sin titubear y continuó—, pero escuché hablar mucho de él. Sé que él y Julieta fueron muy buenos amigos, aunque ella nunca se repuso del todo

de la pérdida del padre de Salvador, Alejandro fue un gran apoyo.

Aquella visita al doctor Sierra me había sido de gran ayuda. Pero, aunque la parte de mis sueños parecía estar resuelta, el dolor por la falta de Roberto hacía que mi vida continuara siendo dolorosa.

Otra vez tocaba la junta con los doctores. Roberto no había asistido, el tiempo transcurría y él no llegaba. Después de un rato pregunté por él. Al escucharme, el doctor Trejo me miró un tanto confundido.

—¿Qué no habló contigo? —preguntó extrañado—, pensé que ya sabías que consiguió la beca —abrí los ojos asustada, comencé a sentir punzadas en ellos—. Roberto ya no va poder continuar trabajando con nosotros —dijo y la sangre se me heló de los pies a la cabeza. El ya no regresaría a las juntas y ya no lo vería más.

—No he hablado con él todavía —respondí mirando hacia su silla vacía—. ¿Cuándo piensa irse?

—Se fue ayer —contestó el doctor Trejo con una mirada sombría—, precisamente antes de irse pasó a devolverme estos libros —dijo como para sí mismo y enseguida se puso a acomodar en la vitrina, una torre de libros que había sobre el escritorio. En ese momento me sentí fatal y bajé la mirada tratando de ocultar las lágrimas en mis ojos, me levanté y caminé hacia el baño, ahí sola, respiré profundo e hice un esfuerzo, no iba a llorar. En cuanto me sentí mejor regresé al privado. El Doctor Sierra ya no se encontraba allí, así que sólo quedábamos dos trabajando en la mesa y por varios minutos, el silencio reinó. Entonces me fijé que había quedado fuera uno de los libros que había estado acomodando el doctor Trejo. Lo tomé y leí el título, era “El Conde de Montecristo”.

—Faltó éste —le dije entregándoselo y el doctor lo tomó de mis manos y lo miró por unos instantes.

—No, éste pienso leerlo —el doctor miraba aquel libro viejo como si fuera un objeto de gran valor, lo abrió y lo hojeó. Luego levantó la vista del libro y me miró—. Es el libro favorito de Roberto, ¿sabías? —negué con la cabeza, había tantas cosas que no sabía de él... y se había ido ya—. Si no fuera porque es el único recuerdo que tengo de mi padre, se lo hubiera regalado. También era su favorito— comentó. Al escucharlo los ojos me lagrimaron—. ¿Estás bien? —preguntó algo preocupado.

—Es sólo que no esperaba que Roberto se fuera así —respondí y me mordí el labio inferior—, no pude despedirme de él.

—El me comentó que hacía unos días le habías llamado para despedirte, ¿no fue cierto? —apreté los labios y lo miré ¿hasta cuánto de lo que había entre nosotros sabía el doctor Trejo?, él me sostuvo la mirada—. Desde el accidente has estado muy rara, ¿seguro que todo va bien?

—No lo sé —dije melancólica—, creo que no esperaba que Roberto se fuera así nada más. Nosotros éramos buenos amigos.

—Yo sé que se entendían muy bien, a leguas podíamos ver lo que sucedía entre ustedes. Hasta llegué a pensar que terminarían juntos. ¿Tuvieron algún problema?

—Preferiría no tocar el tema —respondí. El asintió y se puso a revisar unos papeles quitándome su atención—. Doctor —le llamé.

—¿Sí? —respondió inmediatamente.

—Roberto y tú eran muy buenos amigos, ¿hace mucho que se conocen? —pregunté y el doctor exhaló con una sonrisa.

—Sí, hace ya unos diez años. ¡Ja! —miró hacia el techo y soltó los papeles para mirarme de frente—. Fue muy curioso como lo conocí, había recibido un departamento en herencia y no sabía

qué hacer con él —se encogió de hombro y se apoyó en el librero—. No pensaba vivirlo, pero la persona que habitó en ese lugar había sido como un padre para mí y no quería dárselo rentado a cualquier persona, en realidad no había pensado que haría con él —me explicó y continuó—. Había ido a sacar las cosas de mi tío, quería limpiarlo, desconectar aparatos, ya sabes. Cuando salí de ahí me encontré a Roberto parado en la puerta. Por una confusión, él había pensado que se estaba rentando ese departamento y había ido a verlo. Con decirte que hasta pensó que yo era el corredor y cuando me vio allí me pidió que se lo enseñara —me dijo riendo—. No sé por qué lo hice, pero se lo mostré y Roberto parecía muy cómodo en él, como si ya antes hubiera vivido allí. Después de mostrárselo fuimos por un café para quedar de acuerdo con el arrendamiento y ese día nos volvimos amigos.

—Qué favorable coincidencia —le dije y pensé que era asombroso cómo la vida creaba las circunstancias para llevarnos a las cosas y gentes que habíamos amado, así como también me había acercado a él. El doctor terminó de acomodar unos papeles y una foto cayó al suelo junto a mis pies. Me incliné y al levantarla, me di cuenta que en ella estaba el doctor Trejo abrazando a una mujer algo mayor que él que enseguida reconocí.

—¿La conoces? —pregunté mirando la fotografía.

—¿La conoces tú? —preguntó el doctor Trejo incrédulo.

—Hace poco estuve en Tepoztlán y la conocí ahí.

—Así que conociste a mi hermana.

—¡¿Tu hermana?! —me sorprendí y el doctor sonrió encogiéndose de hombros.

—En realidad fui hijo único —respondió—. De niño, Sara era lo más parecido a una hermana. Su padre y mi madre, los dos estaban solos y también eran grandes amigos. Muchas veces pasábamos los fines de semana con ellos en Tepoztlán. Sara jugaba a que era mi hermana mayor y me consentía. Aunque no lo éramos, a veces formábamos una familia.

—Entonces, ¿en realidad Sara y tú no son hermanos? —el doctor apretó los labios y se rascó la cabeza.

—En realidad sí lo éramos, pero lo supimos muy tarde.

—¿Cómo?

—Esta es la historia más extraña que vayas a escuchar —advirtió señalándome la silla para que me sentara—. Cuando mi madre era muy joven se embarazó y tuvo un hijo. No podía mantenerlo sola, así que lo dio en adopción. Ella había dado a luz en un convento que había en Tepoztlán. Durante toda su vida se lamentó haber renunciado a su hijo, trató de buscarlo, pero cuando lo hizo el antiguo convento y la congregación habían desaparecido de allí —asentí con la cabeza en silencio y me mantuve atenta a su explicación. Cuando se embarazó de mí, bueno ella... mi padre —Salvador titubeó—, no sé exactamente por qué fue, pero ella regresó a Tepoztlán estando embarazada de mí y es ahí donde conoció a Alejandro y su hija Sara. A partir de ese momento se hicieron buenos amigos y con la ausencia de mi padre se volvieron más unidos.

—¿Por qué tu madre y él nunca se casaron? —él se encogió de hombros.

—No estaban enamorados. Creo que mi madre no pudo amar a otro después de mi padre.

—¿Y qué paso con tu madre y su primer hijo?

—¡Ah sí! —recordó—, nada. Ella nunca pudo encontrarlo. Recuerdo que al final de su vida enfermó de los nervios. Tenía muchas pesadillas y vivía atormentada. Alejandro siempre fue un tipo muy esotérico, él creía en la energía y no sé qué de imanes, cuarzos y cosas por el estilo. Le gustaba interpretar los sueños y a veces ayudaba a mi madre. El le sugirió que escribiera absolutamente todo lo que soñaba y ella lo hizo y se los entregó a Alejandro, que le había prometido ayudarla con eso. Una tarde, recuerdo que estaba de visita en casa de mi madre —dijo

pensativo, como recordando aquella ocasión—, Alejandro la llamó. Le dijo que había terminado el libro de sus sueños y que había descubierto algo importante, que le urgía hablar con ella. Mi madre vivía en Cuernavaca y Tepoztlán nos quedaba realmente cerca, así que me ofrecí a llevarla. Había llovido mucho y la carretera estaba mojada. Hubo un deslave, un camión había patinado y se había estrellado contra un árbol, éste calló sobre mi coche.

—¿El árbol? —pregunté y de repente me vino a la cabeza la imagen del accidente de mis sueños. Mis piernas atrapadas bajo el tablero de un automóvil, ramas que entraban en el coche y un hombre mal herido e inconsciente a mi lado.

—Si. Nos aplastó. Realmente no sé cómo sobreviví —respondió señalándome la cicatriz de su cara.

—¿Y tu madre? —Salvador apretó los labios negando con un movimiento de cabeza.

—Ella murió minutos después del accidente —al escucharlo, los dos nos quedamos callados. Quizá él recordándola. ¿Sería ese el mismo accidente que el de mis sueños?

—Entonces ella nunca pudo leer el libro de sus sueños.

—Nunca —respondió con la mirada perdida y segundos después me miró—. Pero eso no fue lo peor. Mi madre había escrito, además de sus sueños, una historia breve de su vida y lo que más la había lastimado que no era capaz de hablar con nadie. Alejandro había leído cosas de la vida privada de mi madre, cosas como su primer embarazo, el tiempo que vivió en aquel convento que Alejandro también había conocido. Supo la fecha en la que había nacido el hijo de mi madre, que ese mismo día se lo habían quitado y lo habían entregado en adopción —me explicó—. Después de haber sabido esto, Alejandro simplemente ató cabos.

—¿Cabos de qué? —pregunté. El doctor me levanto una mano indicándome que esperara.

—Alejandro se había casado muy joven. Por diez años lo intentaron, pero él y su esposa no habían podido tener hijos. Fue entonces que decidieron ir a ese convento en Tepoztlán, él había nacido y crecido en ese pueblo y sabía que en ese convento se podía adoptar niños debajo del agua. Allí les entregaron a Sara. La bebé había nacido en ese lugar, el dos de julio, el mismo día que el bebé de mi madre. Y era una recién nacida cuando se las entregaron, el cinco de Julio. Alejandro investigó, ningún otro bebé había nacido ahí en fechas cercanas y tampoco se entregó otro bebé en adopción en julio ni en agosto. Antes de llamar a mi madre, había buscado y encontrado lo que quedaba de aquella congregación de monjas. Fue a verlas a Guadalajara que es donde vivían y habló con ellas. Les pidió que buscaran en los papeles que tenían, que necesitaba saber quién era la madre de la niña que le habían entregado. Fue entonces que supo a ciencia cierta la verdad. Su hija Sara, en realidad era la hija de Julieta.

—No puedo creerlo...

—En cuanto regresó le llamó a mi madre, él moría de ganas de contarle lo que había descubierto. Ella estaba conmigo esa tarde que Alejandro llamó, le dijo que le urgía hablar con ella, así que acudimos a verlo y en el camino —él se encogió de hombros y tragó saliva— tuvimos el accidente. Fin de la historia —concluyó.

—¿Entonces nunca supo la verdad?

—No. Murió sin saber que Sara era su hija —se cruzó de brazos al frente—. ¿Sabes que es lo mejor de todo? —lo miré—, qué si le hubieran dicho que escogiera a su hijo perdido, ella hubiera escogido a Sara.

—Qué triste haber muerto sin saberlo. Parece que tu madre sufrió mucho.

—Por una parte, sí. Pero por otra siempre estuvo rodeada de gente que la quería mucho. No sólo estaba su familia, sino que también la de mi padre. Ellos y sus amigos siempre estuvieron pendientes de ella y de mí.

—Entonces tu vida estuvo llena de gente importante —comenté y el doctor asintió. Por unos segundos se quedó mirando el libro favorito de Roberto.

—Sabes Regina, voy a extrañarlo.

—Yo también —dije desde el fondo de mi corazón. El doctor levantó la mirada para estudiar la expresión de mi rostro.

—Entonces, ¿por qué te alejaste de él? —tragué saliva sin saber que responder, dudosa sobre que tanto le había contado Roberto de mí—. Yo sé que ya estás comprometida, pero entre ustedes había algo tan fuerte que hasta un ciego podría ver —él me miró levantando las cejas y apretando los labios—, bueno, y tampoco eran tan discretos —le sonreí con cierta culpa y tristeza—. ¿Por qué rendirse sin haberlo intentado? —de nuevo tragué saliva y bajé la mirada, el doctor continuó —: No todos tienen la dicha de encontrar alguien con quien realmente se complementen.

—No pude —confesé—. Cuando nos conocimos yo ya estaba comprometida, lo nuestro comenzó como algo ilegal y siempre me sentí culpable de mis sentimientos. Pensé que debía seguir siendo una mujer fiel.

—¿Pero fiel a qué! —dijo con tono elevado y en desacuerdo— ¿Por qué no te fuiste fiel a ti misma, a tus sentimientos? La vida sólo se vive una vez, tú decides si aprovechas las oportunidades que te ofrece. Nuestra finalidad debe de ser la felicidad y si las decisiones que tomes te la quitan, entonces no estás yendo sobre el camino correcto.

—Pero al estar con Roberto hubiera lastimado a mucha gente que quiero, eso tampoco hubiera podido darme la felicidad, ¿Qué hay de los demás a mi alrededor?

—La felicidad en sí, sólo la encontrarás en tu interior y crece mientras mayor sea la congruencia entre éste y tu exterior. ¿Entiendes? —dijo tomándose de las manos—, no puedes tratar de brindar felicidad a los otros cuando tú la has perdido, no puedes entregar amor cuando te lo has negado a ti misma. ¿Entiendes a lo que me refiero? —insistió. Entonces sonreí y contesté moviendo la cabeza en afirmación. El doctor tenía razón en cuanto a aquello de no poder entregar sentimientos de los que carecemos.

Aquella vez me fui con muchas ideas revoloteando por mi cabeza, me sentía como si otra vez caminara en aquel pantano de pesadillas y sueños, sólo que éste se formaba por decisiones e indecisiones, dudas sobre cómo debía de actuar. Si resignarme a vivir mi vida como ya había escogido y cambiarla por completo. Como me había dicho aquel viejo de Tepoztlán, ésta no era mi primera oportunidad, ya era consciente de eso.

Pasaron los días y mi vida continuó como era hasta antes de conocer a Roberto, aunque vacía y sin emoción. Ahora que ya conocía el verdadero amor, me costaba mucho ser feliz viviendo sin él. Sin embargo, ya había tomado la decisión de continuar con Bernardo y así lo haría. Mis pesadillas no terminaron, a veces eran más frecuentes y durante otros períodos me dejaban descansar. Continué yendo a mis citas con el Dr. Sierra, él no se había asustado cuando le conté mi teoría sobre las otras vidas pues no era la primera paciente con estas características, ya había vivido ésta situación unos años antes con Julieta y los dos teníamos pruebas fehacientes de que ésta era una situación real. Ahora él trabajaba conmigo ayudándome a olvidar aquellos recuerdos y quitándome culpas por acciones que ya no formaban parte de ésta vida.

El tiempo pasó y Bernardo y yo continuamos juntos por seis meses más. Bernardo compró una casa en Querétaro y estaba tan ilusionado con enseñármela que un día llegó a buscarme en su coche y me llevo a conocerla, manejo la carretera ida y vuelta sin parar. El quería que la amueblara a mi gusto y que la sintiera tan mía como suya. Pero la verdad es que yo ya me había esforzado hasta el límite tratando de ser feliz a su lado y desgraciadamente, mis esfuerzos no habían tenido resultado. Todavía amaba a Roberto y no había día que no lo recordara, todavía no

me resignaba a la idea de vivir el resto de mi vida sin él. Aquella tarde, cuando llegamos a la casa, Bernardo me cargó cómo si fuéramos recién casados y así cruzamos el umbral de la casa.

—Mira, aquí tenemos que poner una sala muy cómoda, nuestros hijos pueden jugar en el patio y nosotros los veremos aquí dentro sentados, debes ayudarme a elegir dónde colocaremos la tele...— me explicaba mientras me mostraba la casa, parecía que él se había hecho muchas ilusiones sobre nuestro futuro juntos. Luego llegamos a la cocina—, tú eres la que va a decidir lo que se haga aquí, éste será sólo tú territorio —me dijo y luego me abrazó y besó en la cabeza. Traté de imaginarme cocinándole, dándole a probar mis recetas en la boca y arrugué los ojos evitando aquella imagen, porque al que había visto en la escena era a Roberto. Luego me tomó de la mano y me llevó hacia la recámara principal—, éste será nuestro templo —anunció y en ese momento me pasó un brazo por la cintura y con la mano libre me levantó la barba y me besó. Intenté dejarme llevar por aquel momento, traté de ponerle toda la pasión que alguna vez existió en mi interior, traté de sentirme enamorada y lo único que conseguí fue recordar los labios de Roberto. Un suspiro salió del fondo de mi alma y sin poder evitarlo, comencé a llorar. Bernardo dejó de besarme y me soltó.

—¿Qué te sucede? —preguntó con una mirada reprobatoria.

—Nada, no tiene importancia.

—¡Que no tiene importancia! —gritó muy disgustado—. ¿Y puedo saber qué es para ti, lo que sí tiene importancia?

—Discúlpame, no me hagas caso —le dije secándome las lágrimas y tratando de olvidar mi estado de ánimo.

—¿Qué crees que he estado haciendo durante todos estos meses? —me dijo a modo de queja y lo miré a la expectativa—. No hacerle caso a tu desinterés, no hacerle caso a tu apatía y no hacerle caso a tu falta de amor. Todo lo que he hecho, lo he hecho tratando de pasar por alto que no eres feliz conmigo, tratando de imaginar que las cosas son como antes, inventándome que cuando vivamos juntos nuestra relación va a mejorar —me dijo con lágrimas en los ojos—, he hecho todo lo que está en mis manos por verte sonreír, ¡me he gastado todo mi dinero en ésta pinche casa pensando que el gusto te duraría tan siquiera unos meses!, pero ya me cansé, no puedo más. Ahora veo que no está en mis manos hacerte feliz.

—Perdóname, no era mi intención hacerte sentir mal. No tomé en cuenta que mi estado de ánimo también te afectaba a ti. Yo he tratado de ser feliz, he tratado de vivir...

—Recuerdo aquella vez que te sorprendí con otro hombre dentro de tu cuarto y dudé de ti, ¡y tú lo negaste todo! —me gritó señalándome con el dedo—, aquella vez, tenía razón en haber dudado —dijo con gran tristeza y de nuevo lo negué moviendo la cabeza—. ¡No me mientas de nuevo!, no me digas que me amas cuando no es verdad, no finjas que eres feliz conmigo —continuó apuntándome con el dedo, con una mirada que era una mezcla de furia y tristeza. Después respiró y bajó el rostro encogiendo los hombros—. Quiero saber la verdad —pidió sin mirarme.

—¡Sí, es cierto! —le grité y luego bajé el rostro arrepentida de mi respuesta. Entonces comencé a llorar. El me tomó de los brazos con fuerza.

—¿Qué hacía él en tu cuarto?, ¡se acostaron! —dedujo—, tuviste relaciones con él Regina —insistió. Sus ojos estaban rojos y llenos de rabia, su respiración era agitada y sus manos sobre mis brazos apretaban con más fuerza. Pero no me sentía ni con derecho a quejarme.

—No lo hicimos —susurré y él me soltó y se alejó de mí.

—No te creo —respondió—. Todo lo que yo cuide y respeté de ti se lo diste a él —dijo con dolor.

—Nunca hicimos el amor —insistí.

—¿Por qué habría de creerte?, yo confíe en ti Regina, como un estúpido creí en tus ridículas explicaciones, ya me imagino cómo se habrán burlado de mí.

—Eso nunca, yo siempre te he respetado —le dije llorando y él se rio sarcásticamente.

—Sí, como no. Te acuestas con otro cuando yo no estoy, esa es una manera muy respetuosa de ponerme el cuerno, ¡Te felicito Regina, tú si sabes cómo respetar a un novio!

—Primero, no me he acostado con nadie, y segundo, nunca fue mi intención que sucediera esa situación. Yo no lo planeé, él llegó a mi vida y me enamoré, ¡pero ya me alejé de él! ¡Te elegí a ti!

—¡Gracias, Regina!, no cualquiera es digno de recibir las migajas que estás dispuesta a dar —reclamó y la voz se le quebró. Bernardo me dio la espalda y caminó hacia el ventanal de cristal que daba el patio trasero, luego se paró en seco—. Lo que todavía no entiendo es por qué te alejaste de él. O será que él te dejó a ti, y por eso es que decidiste continuar conmigo antes que quedarte sola.

—No, él esperó hasta el último momento para que yo terminara nuestra relación —me sinceré y Bernardo me miró horrorizado—. Pero yo te quiero —quise recompensarlo—, quizá no de la manera como se debe amar a un esposo, pero siempre te he querido como el mejor de mis amigos y no quería lastimarte, hubiera odiado a la mujer que te hiciera sufrir y esa no sería yo. De todas formas, ya te he lastimado —le dije con mucha tristeza—. Perdóname, ahora veo que lo que hice no fue lo correcto, debí de haberte hablado con la verdad desde el principio. He actuado muy mal y me avergüenzo —le pedí acercándose un poco. Bernardo apoyó su mano en el cristal de la ventana y su mirada se perdió afuera, en la nada—. Las cosas se me salieron de las manos, hubiera querido actuar de una forma más madura desde el principio, pero lo que ya hice, no tiene solución. Ahora me doy cuenta que nunca te podré hacer feliz, te deseo que tú lo seas, que encuentres a alguien con quien puedas compartir esta persona tan grandiosa que eres, allá afuera hay muchas suspirando por un hombre como tú, yo sé que te vas a encontrar alguien que sí te merezca —me paré a su lado y puse la mano sobre su brazo, él me miró por el rabillo del ojo. Me paré de puntillas para besarle la mejilla, pero Bernardo se alejó de mí evitándome. Sin pensar mucho, me saqué el anillo del dedo— Adiós.... —susurré y coloqué el anillo en el marco de la ventana, cerca de él. Salí de la habitación y caminé hasta el umbral de la casa, tomé las llaves de su coche y saqué mi maleta con la ropa que pensaba usar ese fin de semana y caminé por un rato sobre la banqueta hasta que encontré un taxi.

DONDE HABITE EL OLVIDO

“Donde habite el olvido.
En los vastos jardines sin aurora
Donde yo sólo sea
Memoria de una piedra sepultada entre ortigas,
Sobre la cual, el viento escapa a sus insomnios.
Donde mi nombre deje
Al puerto que designa, en brazos de los siglos.
Donde el deseo no exista...”

Febrero, 1974

A cinco meses de haberme instalado a vivir a Tepoztlán, el poema de nuestro adoptado poeta, Luis Cernuda, se había convertido en mi himno. Ese dolor y un hijo era lo que me quedaba de Salvador. Vivir sin él era extraño, me sentía incompleta. Pero allá lejos, viviendo en Tepoztlán mi vida había alcanzado un poco de paz. Me había acomodado muy bien en la casa de Alejandro y ni ellos ni yo deseábamos que me fuera. Con el tiempo nos habíamos conocido mejor y yo sabía mucho de sus vidas, como que había enviudado hacía unos 3 años y desde entonces habían venido a vivir aquí con la madre de Alejandro. No tenía novia ni nada parecido, ni le interesaba. Su trabajo en el restaurante era sólo un escape, contaba con varias propiedades en el Distrito Federal y a veces se ausentaba por unos días para atenderlas.

Por otra parte, había realizado un arduo trabajo de investigación buscando aquel convento donde parí a mi primer hijo. Alguien me dijo que hacía unos cinco años se habían ido las monjas del lugar y el ex convento, era ahora un lujoso hotel tepozteco.

En todo ese tiempo no había vuelto a saber nada de mi gente y mi abdomen había crecido a tal punto que era evidente el embarazo. Alejandro se mostraba algo inquieto al respecto, aunque evitaba hablar del tema conmigo.

—A veces, trato de adivinar qué es lo que te pudo haber hecho así, todavía no lo descubro — me dijo un día que nos encontrábamos solos en la cocina. Yo lo miré de reojo y bajé la mirada. Continué lavando los platos—. Nunca te abres, no me dices nada de ti.

—No tengo nada que contar —me encogí de hombros cuando respondí. Cerré el grifo y tomé un trapo con el cual comencé a secar los trastes.

—Eso dices siempre, pero es obvio que guardas muchos secretos —dijo mirando mi abdomen y pasé mis manos encima como sacudiendo el vestido. Entonces levantó la mirada y miré hacia un costado esquivándola—. Aun así, ya te conozco lo suficiente. Siempre evitas mirarme a la cara, casi no hablas de ti, a veces lloras por la noche, tienes pesadillas y bueno, la lista puede continuar.

—No quiero hablar de esto —solté el trapo, giré y comencé a caminar hacia la puerta de la cocina.

—¿Por qué no arreglas tus cosas?, enfréntate a eso de lo que huyes, tienes toda una vida por delante y detrás de las sombras es imposible continuar —dijo en voz fuerte obligándome a detenerme—. Tú sabes que aquí serás siempre bien recibida, puedes vivir con nosotros el tiempo que necesites. Julieta, me gusta que nos hayas vuelto parte de tu vida, pero estoy seguro que hay muchas otras personas que dejaste atrás —por un momento me detuve sin mirarlo y reanudé mi paso hasta llegar a mi habitación. Tres días después de aquella plática, Alejandro fue a verme a mientras me encontraba en mi cuarto. La puerta estaba abierta, yo leía un libro sentada en una mecedora frente a mi cama. Así que ni siquiera tuvo que tocar la puerta antes de entrar.

—Julieta —titubeó—. ¿Puedo pasar?

—Si, dime.

—No tengo la menor idea sobre de dónde huiste, ni de quién, pero creo saber por qué, ¿Qué piensas hacer cuándo nazca ese niño?

—No lo sé, si pudiera seguir viviendo y trabajando aquí, no tendría que pensar en eso —respondí y levanté la cara para mirarlo a los ojos—. Y te equivocas, mi embarazo no fue la razón por la que me fui.

—Por supuesto que puedes quedarte aquí todo lo que necesites, pero temo que no estás haciendo lo correcto con tu vida —él se sentó en la orilla de la cama y apoyó los codos sobre sus rodillas. Inspiró y exhaló pensativo antes de continuar hablando—. Eres médica, deberías terminar tú carrera y ejercer. Y sé que tienes familia. Hay tanto por hacer, que no debes seguir escondiéndote. No te hagas a un lado, si cometiste un error, si tienes vergüenza de mostrar la cara, si te sientes muy lastimada, todo eso pasará. Pero no dejes que tu vida pase también.

—Aquí me estoy reponiendo —respondí pasándome el dorso de la mano por la mejilla para limpiarme una lágrima y me levanté de la mecedora y le di la espalda con el pretexto de acomodar el libro sobre mi mesa de noche. Él se levantó der la cama y se quedó quieto un momento, como dudando si salir o permanecer. Entonces giré para mirarlo e intenté sonreírle—. Estoy bien.

—Julieta... —dijo cuando pasé a su lado para salir de mi habitación. Coloqué mi mano sobre su brazo dándole un apretón y me alejé de él. Aquel día lo estuve evitando porque él había estado insistente con el tema y comenzaba a ponerme ansiosa. Al día siguiente, Alejandro regresó a buscarme a mi habitación para hablar conmigo. Antes de tocar a la puerta me llamó por mi nombre. Estaba ya vestida y hacía mi cama, antes de colocar las almohadas abrí la puerta por qué, por su tono de voz, sentí que venía a decirme algo importante.

—¿Sucede algo? —pregunté preocupada asomando la cabeza.

—¿Puedo pasar?, necesito que hablemos —me pidió. Lo miré insegura pero luego bajé la cabeza y le di paso al interior de mi habitación. El se acomodó en el borde de la cama y palmeó a su lado indicándome que me sentara. Otra vez titubeé antes de sentarme.

—Ayer hablamos, espero que no sea de lo mismo —susurré y él bajó la mirada un tanto apenado.

—Mira, no es que quiera meterme en tu vida, pero hace unos días que estaba en el D.F. fui a la policía buscándote entre las personas extraviadas y me encontré con que había varios reportes de gente que te buscaba —dijo mirándome a la cara, como escrutando mi mirada.

—No te metas —le pedí, él entornó los ojos y sacó un papel de su pantalón.

—Toma, léelo —dijo entregándome una nota doblada. Todavía un poco renuente, la tomé y la abrí. En ella decía: “Urge encontrarla, queda poco tiempo. Guillermo Rodríguez.” Y debajo la fecha y su número de teléfono. La fecha era del mes de diciembre—. Perdóname, pero llamé —

levanté la mirada y arrugué el papel, estaba furiosa con Alejandro.

—No tenías porqué, tú no sabes quién es este hombre ni porqué me está buscando —reclamé.

—Hable con Guillermo —Alejandro continuó—, él me explicó algunas cosas, así que ahora ya se. Julieta, hay mucha gente preocupada por ti y creo que deberías de escucharlos o por lo menos decirles adiós.

—Será cuando yo lo decida —respondí levantándome de la cama y Alejandro me tomó del brazo levantándose también.

—La cosa es que Guillermo vino a verte. El está aquí, quiere hablar contigo —al escucharlo giré con un impulso y golpeé a Alejandro en el pecho, haciéndolo retroceder.

—¡Por qué! ¡No tenías ningún derecho! —reclamé a punto de llorar. El me tomó de las manos.

—No lo sé, Julieta —dijo mientras me abrazaba por la espalda—, supongo que lo hice porque te quiero y no me gusta verte tan triste. Perdóname, aunque todavía creo que hice lo mejor para ti.

—No sé si yo quiero hablar con él —respondí y apoyé la cabeza en su hombro. Permanecimos así por unos segundos hasta que me moví para zafarme de su abrazo y hacerle frente—. No lo haré.

—Sólo escúchalo, te prometo que, si después sigues pensando en mantenerte alejada, yo mismo de ayudaré —me pidió Alejandro y salió de la habitación, en su lugar Guillermo entró. Primero me vio a la cara, luego bajó la mirada y al ver mi estómago contuvo la respiración, lo cubrí con las manos.

—¿Vas a tener un hijo? —preguntó con asombro—. ¿Es de Salvador?

—No es asunto tuyo —respondí y él bajó la cabeza, apenado.

—Julieta —comenzó a hablar—, no sé por dónde empezar —titubeó metiendo las manos en el pantalón—. Salvador, él no...

—El debía de haber venido, no tú —le recriminé dándole la espalda.

—Salvador fue a buscarte al día siguiente —moví el rostro para mirarlo de reojo—. Si, estuvo despierto toda la noche. Estaba arrepentido. En la mañana me dijo que había sido una idea muy tonta e iría a buscarte. Pensaba contártelo todo y dejar que tú tomaras la decisión de irte o quedarte —exhaló—, pero te habías ido —levanté la mirada hacia Guillermo, con la boca abierta y sin palabras—. El no está bien.

—¿A qué te refieres? —pregunté girando hacia él.

—Después de aquella pelea, mientras Salvador estaba en el hospital, le descubrieron un tumor en el cerebro —escucharlo fue como un golpe en el abdomen y por un momento cerré los ojos tratando de digerir sus palabras. Recordé los dolores de cabeza de Salvador—. En un principio, mientras esperaba la reacción de su cuerpo a la quimioterapia, él continuó contigo. Pero cuándo le dijeron que no tenía remedio, decidió alejarte de él —aquellas palabras le daban sentido a muchas situaciones que viví con Salvador en los últimos días.

—¿Por qué? —pregunté mirándolo con los ojos llenos de lágrimas.

—Pensó que así sufrirías menos cuando él se fuera —respondió—. Salvador se negaba a verte desesperada por no poder ayudarlo mientras moría.

—¿O sería que él quería pasar sus últimos días contigo? —pregunté y Guillermo bufó desviando la mirada hacia el piso. Luego me miró.

—¡No!, Salvador te amaba a ti —explicó—. El pensó que seguirían siendo amigos y poco a poco se irían enfriando las cosas entre ustedes. Buscarías un lugar para vivir, conocerías otras gentes y así, cuando él no estuviera no te sería tan difícil acostumbrarte a su ausencia.

—¡Qué estupidez!

—Si —asintió—. Fue una estupidez y yo lo ayude a que te fueras. Perdóname —sus palabras

parecieron sinceras. El continuó hablando—. Hacerte creer que había vuelto conmigo fue mi idea, a él le pareció que le daría más realismo y tú no dudarías. Lo planeamos todo, yo sabía en qué momento debía salir de su habitación.

—¡Cómo te atreviste! —le grité llorando mientras me levantaba para pegarle en la mejilla. Guillermo mantuvo el rostro y mi mirada aceptando aquella bofetada y enseguida me tomó por los codos mientras intentaba volver a pegarle—. ¡Destruiste mi vida!

—No sabes lo arrepentido que estoy.

—¿Y qué pasó con él? —pregunté cuando me calmé.

—Salvador nunca pensó que desaparecerías como lo hiciste, fue entonces cuando se dio cuenta de su error al haberte alejado —respondió.

—¿Pero está vivo?! —pregunté desesperada.

—¡Sí!, está vivo y muere por volver a verte. Julieta, él sabe que he venido a buscarte —al escucharlo me sentí un poco molesta por qué no había venido él personalmente a buscarme— ¿Vendrás conmigo? —Guillermo preguntó.

—No lo sé, no hoy —respondí altiva—. Necesito tiempo para pensarlo.

—Está bien —respondió notoriamente molesto—. Sólo espero que no te tomes demasiado tiempo pensando. Salvador está desahuciado y todo está sucediendo muy rápido, se acerca la etapa final. Llevamos más de cinco meses buscándote y él mismo hubiera venido por ti si no fuera porque está en cama y muy débil para hacerlo. Hoy día, el único tratamiento que recibe Salvador es contra el dolor, pero la enfermedad sigue avanzando —al escucharlo me quedé estupefacta. Guillermo respiró profundamente y me miró con los ojos cristalinos, tragué saliva y mi vista se nubló—. Vuelve Julieta, deja que él te vea, aunque sea sólo una vez más. Lo conoces, sabes que es una buena persona, que ha vivido situaciones difíciles y que te ama. Si pudieras darle una última oportunidad —al escuchar a Guillermo recordé la sonrisa de Salvador, sus ojos grises, su mirada, sus manos, las cicatrices en su cara. Verlo otra vez, saber que me quiere, volver a ver sus ojos, tocar su piel, abrazarlo y decirle que voy a tener un hijo suyo. Aquel mismo día empaqué mis cosas y regresé con Guillermo al Distrito Federal.

—Pensé que amabas a Salvador —le dije a Guillermo mientras estábamos en la carretera. El asintió sonriendo.

—¿Tú crees que hubiera hecho esto por alguien que no me importa? —me miró de reojo.

—Pero pensé que lo querías para ti, contigo —le expliqué—, sólo para ti —Guillermo negó con la cabeza—. Pero viniste a buscarme sin importarte que yo me quedara con él.

—Julieta —dijo mi nombre mirando a la carretera—, quizá te parezca muy rudo lo que te voy a decir, pero es la verdad —comenzó a explicar con el ceño fruncido—. Al final, tampoco tú te quedarás con él —al escucharlo exhalé decepcionada. Fue triste escuchar sus palabras y me mordí el labio para no llorar.

—Entonces es por eso que no te importó —susurré.

—No. En realidad, nunca hubo ningún tipo de enamoramiento —bufó encogiéndose de hombros—. Pasaron cosas, no sé —titubeó y su expresión se tornó seria—. Mismos gustos, mismo interés por la literatura, había un nivel de comprensión que nos unía por encima de los demás. No sé si me entiendas.

—Sólo con Salvador llegué a ese nivel de comprensión del que hablas —Guillermo sonrió levemente hacia un lado. Lo que quedó del trayecto lo hicimos en silencio. En cuanto llegamos a la ciudad, Guillermo me llevó el departamento de Gabriel. Ahí habían decidido trasladar a Salvador para que siempre estuviera acompañado.

—Su padre también se ha ofrecido a habilitar un cuarto de su casa para que pudiera pasarse a

vivir ahí Salvador, pero él prefirió permanecer con Gabriel —había dicho Guillermo.

Cuando entré en la habitación donde estaba Salvador, lo encontré sentado en un sillón, tenía las piernas cubiertas con una cobija, estaba muy flaco y pálido y no tenía cabello. Corrí hacia él y lo abracé, entonces comencé a llorar mientras dejaba caer mis piernas al suelo para apoyar mi cabeza en su regazo.

—¿Por qué?, ¿por qué? —preguntaba sin esperar su respuesta.

—Porque fui un estúpido —respondió con la voz más ronca de cómo la recordaba, entonces lo miré a los ojos. Salvador tenía los ojos más grises y más melancólicos que nunca—. Perdóname Julieta, jamás quise lastimarte tanto, nunca pensé que te irías.

—No tienes que explicarme, ya Guillermo me contó todo —entonces me puse de pie frente a él y tomé sus manos para colocarlas sobre mi vientre y los ojos de Salvador se llenaron de vida—. Estoy esperando un hijo y es tuyo —anuncié y al escucharme me abrazó por la cintura apoyando la frente sobre mi vientre.

—Perdóname —susurró—, como amigo y como hombre te falle. No tengo perdón, no merecías lo que te hice, fue tonto, muy tonto.

—Ya no importa —lo callé.

—Regresé a buscarte al día siguiente Jul, todavía era temprano en la mañana, pero ya no estabas. No habías dejado nada tuyo en el departamento —me miró desde abajo con aquellos ojos grises—, me volví loco.

—Me fui a la mañana del día siguiente. No sé por qué no nos vimos, fue cuestión de minutos quizá —dije mientras tocaba sus labios.

—Se nos pasa el tiempo volando y ni siquiera así lo valoramos. Estos últimos meses he vivido un infierno buscándote. Pensé que ya no te encontraría —Salvador me tomó las manos y las besó.

—Podría ser el destino —sugerí encogiéndome de hombros—, o tal vez por alguna razón yo debía de alejarme y volver a Tepoztlán. El convento donde nació mi hijo ya no está ahí —susurró—, desapareció.

—Perdóname Julieta, había jurado que te ayudaría a encontrar a tu hijo y mira, probablemente me vaya sin haber conocido al mío.

—Ya verás que sí —le dije acariciando su mejilla.

—¿Y ya sabes cómo lo llamarás? —preguntó acariciando mi barriga. Lo miré y sonreí.

—A veces sueño que tengo hijos varones, así que creo que es un niño. Había pensado en llamarlo Juan.

—¿Juan? —me miró extrañado.

—Sí, como Juan Salvador —y continué un poco apenada—, quería que su nombre me recordara a ti, pero que no se llamara como tú. Pensaba que no lo merecías —susurré mientras mis dedos jugaban con su cabello—. En realidad, me gustaría que fuera como tú, una persona libre, distinta —El se inclinó para darme un beso en el abdomen.

—¿Y si fuera niña? —preguntó. me encogí de hombros.

—Pienso que es varón. Pero podemos buscar un nombre que te guste a ti por si llegara a ser una niña.

—Creo que Julieta está perfecto —contestó y me moví hacia él. Lo besé en los labios—. Eres más bonita de lo que te recordaba —dijo pasando los dedos entre mi cabello y me acarició la cabeza—. No puedo creer que estés aquí.

—La verdad si fuiste un idiota —le dije con lágrimas en los ojos—. No sabes lo que he sufrido por ti.

—No tengo perdón, Jul —repitió con tristeza.

—Ya te he perdonado —respondí y me hincé entre sus piernas para besarlo en la boca—. Aunque eso no te hace menos idiota —los dos reímos.

Una semana después de mi llegada, la salud de Salvador había mejorado. Entonces hablé con Gabriel y le pedí me ayudara a preparar una sorpresa para él. Cuando todo estuvo listo, nos fuimos en el coche hacia las afueras de la ciudad.

—¿A dónde me llevas? —preguntó con su sonrisa de lado.

—Es una sorpresa —contesté y minutos después apareció a lo lejos el globo de Helio donde pasearía con Salvador.

—¿Cómo conseguiste esto, amor? —preguntó maravillado.

—Gabriel me ayudó. Ya sabes, lo que sea por su niño consentido —respondí y reímos. Al llegar estacioné el coche en el campo y me bajé primero, Gabriel apareció detrás de la canasta del globo y nos ayudó a acomodarnos.

—¿Volaremos? —preguntó sonriendo sorprendido.

—Será un paseo muy corto —asentí—, Gabriel lo ha conseguido para nosotros.

—Pero, ¿Tenemos permiso?

—Tienen mi bendición —respondió Gabriel haciéndonos un guiño de ojo y colocó sus manos sobre nuestros hombros. Salvador cambió el gesto de divertido a preocupado y bajó la mirada hacia mi barriga.

—¿Y el bebé?

—No hay movimientos bruscos —intervino Gabriel—, será muy relajante para los dos.

Fue el paseo más maravilloso de nuestra vida, hacía mucho que no me sentía así tan feliz. Mientras flotábamos por el aire nos abrazamos y nos besamos, entonces lo miré a los ojos y me perdí en su cielo gris todavía lleno de vida, su sonrisa me devolvió a la dura realidad y recordé cuánto lo extrañaría, ya conocía su ausencia y sabía cuánto iba a doler.

—¿Qué haces? —preguntó Salvador cuando cerré los ojos evitando cualquier pensamiento que me pusiera triste.

—Trato de no pensar —respondí después de abrir los ojos y mirar hacia el cielo.

—¿En qué, amor? —preguntó y puso las manos en mis mejillas.

—En el resto de mi vida sin ti —respondí con tristeza y nos miramos.

—No quiero irme —me dijo mientras me abrazaba por la cintura con un brazo y pasaba los dedos de su otra mano sobre mis labios.

—¡No quiero que te vayas!, quisiera que pudiéramos permanecer juntos y guardar éste instante por siempre. Te voy a extrañar mucho, ya sé que es estar sin ti y no lo quiero vivir otra vez —Salvador me besó en la frente.

—En cierta forma, no te voy a dejar —dijo colocando sus manos sobre mi abdomen —y cuando él te mire, yo te voy a mirar, cuando te abrace, yo te voy a abrazar, cuando te bese, yo también te besaré —él me limpió las lágrimas y me abrazó por la espalda con sus manos sobre mi abdomen.

—Nunca te vamos a olvidar mi amor —le susurré y puse mis manos sobre la suyas en mi barriga mientras acurrucaba mi cabeza sobre su pecho.

—No sabes cuánto me gusta que me llames mi amor, Jul. Cada vez que te escucho decirlo me haces muy muy feliz —me dijo y recordé que ya antes me lo había dicho. Su confesión me partió el corazón y juré que lo llamaría así hasta el final.

—Te amo, mi amor.

La salud de Salvador continuó mejorando. Estaba mucho más ágil y fuerte. Hubo un momento

que todos pensamos que continuaría mejorando y quizá hasta podríamos olvidarnos del tumor. Continuamos viviendo en lo de Gabriel porque económicamente dependíamos de él, con mi embarazo y la enfermedad de Salvador, no trabajábamos ni generábamos un peso, y su tío no quería que esos momentos pasáramos apuros o preocupaciones por el dinero. Durante seis semanas vivimos juntos y no nos separamos ni un segundo. El bebé continuaba creciendo dentro de mí y Salvador era feliz sintiendo sus pataditas.

Para el domingo de pascua, Gabriel organizó una cena para Salvador e invitó a nuestros amigos y familiares. Aquella fue una buena fiesta. Salvador había prometido darme una sorpresa en la noche, antes de dormirnos. Lo esperaba en la cama cuando escuché un golpe en el baño y luego la llamada de auxilio de Salvador. Corrí a ayudarlo y lo encontré tirado en el suelo. Dijo que había tenido un mareo y al caerse se había golpeado el rostro. La nariz le sangraba. Lo ayudé a llegar a la cama y le puse una compresa con hielo para bajar la hinchazón. Me acomodé a su lado y mientras le acariciaba el pecho, conversamos por largo rato.

—Jul, ¿te he contado que de niño tenía una amiga anciana? —preguntó de la nada. Él tenía los ojos cerrados.

—No. Jamás me hablaste de ella —respondí mirándolo de reojo.

—La veíamos en el parque —continuó—, a veces me preguntaba mi nombre, “¿Salvador?, jamás lo voy a olvidar” me decía siempre, pero luego me lo volvía a preguntar —sonrió.

—Y ella, ¿cómo se llamaba? —él se encogió de hombros sin contestar—. ¿Por qué la mencionas ahora?

—Porque me recuerdas a ella —respondió y lo miré frunciendo el ceño. Salvador se rio—. No es que parezcas vieja, amor. Pero no sé, hay algo que tus ojos—exhalé entornando los ojos y tirándolo a loco—. Tienen la misma mirada. Ella prometió que me buscaría cuando fuera más joven —continuó hablando.

—¿Más joven? —me mostré incrédula. Al final empezó a decir cosas sin sentido hasta que se durmió. Me dormí acurrucada en él, olvidándome por completo de la sorpresa que había prometido.

Esa noche tuve un sueño, en él, *Salvador me besaba la mano y me decía: “No sufras por mí, ahora nos tenemos que separar, pero sólo será por un tiempo, yo sabré encontrarte. Prometo que volveré”*. Entonces sonaba silbato y una carreta comenzó a moverse. Salvador me soltó la mano y corrió para subirse en ella, entonces lo vi alejarse con la mirada fija en mí. Desperté y sentí algo frío que me recorrió el cuerpo. Esa mañana abrí los ojos con tristeza y mi corazón latía tan fuerte que parecía como si quisiera salir de mi pecho y escapar. Miré a mi lado y encontré el cuerpo de Salvador con los ojos abiertos, opacos y con la mirada vacía. Salvador se había marchado. Ahora entiendo, por qué quería salir de mí mi corazón, quería ir tras él, le pertenecía. Abracé su cuerpo y lloré a su lado hasta que se me secaron los ojos. Los últimos días de su vida, Salvador estuvo conmigo, y aunque nunca se conocieron, también los pasó al lado de su hijo. Mi mejor amigo, el amor de mi vida y el padre de mi hijo, se habían ido juntos el mismo día.

Pero no me dejó sola. Ahora comprendo a qué se refería aquella vez, cuando le pregunté ¿qué es lo que más quisieras en la vida? Y él contestó: “Hay muchas cosas que me falta por hacer, pero lo más importante es tener un hijo.”

Cuando miro a los ojos a mi hijo, veo el reflejo de Salvador y cuando sonrío, sé que también sonrío Salvador.

Sobre su tumba enterré aquel libro que Salvador me había regalado de Neruda. La poesía era un gusto que sólo con él me quería dar y él ya no estaba. Juré que nunca volver a leer poesía,

hacía que me doliera el corazón.

A un año de su muerte, Alejandro me acompañó con Sara a visitar el panteón, ellos eran mis amigos y aunque no nos veíamos tan seguido, éramos como una familia. Sara siempre había querido tener hermanos, pero Alejandro no podía dárselos, así que adoptó a mi pequeño Juan Salvador como su hermano menor.

Cuando llegué al pie de la tumba, vi que había un hombre parado frente a ella. Al darse la vuelta lo reconocí.

—Hola —saludé a Guillermo y él me devolvió el saludo con una leve sonrisa. Enseguida desvió la mirada hacia el bebé en mis brazos y le acarició la cabecita.

—Eres igualito a tu padre —le habló y el bebé ríe. Luego, Guillermo pasó la mano sobre mi hombro de manera afectuosa.

—Julieta, quiero que sepas que éste muchacho tiene una bola tíos dispuestos a hacer lo que sea por él. Pásate de vez en cuando a saludarnos con él y mantennos informados si llegaran a necesitar algo, tú sabes cuánto queríamos a Salvador. El no los dejó desamparados, nosotros también somos su familia.

—Gracias —respondí y le di un beso en la mejilla. Recordé las palabras de Salvador: “no quisiera irme de éste mundo sin haber tenido un hijo. Así que cuando yo ya no esté, una parte de mí se mantendrá viva y continuará aquí. A través de los hijos podemos permanecer junto a la gente que amamos y el que me haya conocido, me recordará cada vez que lo vea a él.” Salvador hubiera querido que su hijo estuviera cerca de su tío y sus amigos, así que sin importarme lo que el mundo pensara, no lo privaría de ellos.

TODAVÍA

“... Puedo escribir los versos más tristes esta noche.
Pensar que no la tengo. Sentir que la he perdido.

*Oír la noche inmensa, más inmensa sin ella.
Y el verso cae al alma como al pasto el rocío.*

*Qué importa que mi amor no pudiera guardarla.
La noche está estrellada y ella no está conmigo.*

*Eso es todo. A lo lejos alguien canta. A lo lejos.
Mi alma no se contenta con haberla perdido.*

*Como para acercarla mi mirada la busca.
Mi corazón la busca, y ella no está conmigo.*

*La misma noche que hace blanquear los mismos árboles.
Nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos.*

*Ya no la quiero, es cierto, pero cuánto la quise.
Mi voz buscaba el viento para tocar su oído.*

*De otro. Será de otro. Como antes de mis besos.
Su voz, su cuerpo claro. Sus ojos infinitos.*

*Ya no la quiero, es cierto, pero tal vez la quiero.
Es tan corto el amor, y es tan largo el olvido...”*

Pablo Neruda

Noviembre 2019

El reguetón y los ballenatos habían sido reemplazados por una versión del poema XX recitada por Alex Ubago, que había encontrado en youtube. Y pensar que nunca me había gustado la poesía, me hacía sentir triste. Pero Roberto ya no estaba y en aquellos días sólo podía sentir tristeza. Ahora comprendía mejor al doctor Trejo, no podía entregar amor cuando había renunciado a él, no podía dar felicidad si la había perdido. Continué viviendo de manera ausente, la soledad no me había hecho tan mal. Pasaron cuatro meses, no había vuelto a ver a Bernardo, pero sabía que estaba saliendo con una muchacha de Querétaro. Gracias a esto, mi hermano ya no estaba tan molesto conmigo, aunque seguía pensando que era una tonta al haber pateado mi futuro con Bernardo.

En aquel momento en que me encontraba sola y sin ninguno de los dos, podía comparar el dolor que me causaba la ausencia de cada uno. A Bernardo lo extrañaba en ciertos momentos y lo recordaba con mucho cariño, a veces me dolía haber terminado la relación, pero estaba consciente que si continuábamos no seríamos felices. Pero la ausencia de Roberto era un dolor mucho más

profundo, era un vacío en el alma que me quitaba el aliento, recordarlo era doloroso en todos los sentidos y aunque me había acostumbrado a vivir así, tenía la sensación de que me faltaba un pedazo de mí.

Una noche que me acosté a dormir muy cansada después de haber tenido una sesión larga con el doctor Sierra, tuve un sueño: *en él, yo me encontraba en un globo con Roberto, el llevaba una gorra que le cubría la cabeza, se veía flaco y ojeroso, estaba enfermo... Yo miraba sus ojos azules muy pálidos, casi grises.*

—*¿Qué haces? —me preguntó cuándo cerré los ojos, entonces los abrí y miré al cielo.*

—*Trato de no pensar —respondí.*

—*¿En qué? —preguntó mientras me acariciaba el rostro con las manos.*

—*En el resto de mi vida sin ti —respondí y nos miramos, a pesar de su aspecto deteriorado, él era muy hermoso. Hacía meses que no me sentía tan cerca de Roberto y en aquel instante me perdí dentro de sus ojos.*

—*No quiero irme —me dijo mientras me abrazaba por la cintura con un brazo y pasaba los dedos de su otra mano sobre mis labios.*

—*¡No quiero que te vayas!, quisiera que pudiéramos permanecer así por siempre. Te voy a extrañar mucho, ya sé que es estar sin ti, y no lo quiero vivir otra vez —le dije y él me besó en la frente...*

—*En cierta forma, no te voy a dejar —dijo colocando sus manos sobre mi abdomen y una brisa helada me abrazó el cuerpo. Roberto se desvanecía junto a mí.*

Desperté sobre saltada e hice un esfuerzo por recordar las imágenes de mi sueño y por prolongar aquel último momento con él. Luego comencé a recordar las historias de mis sueños, si es que esto se trataba del el Karma, ¿cuánto daño debía de haber cometido Roberto para ser castigado una y otra vez?, él siempre había sido un hombre bueno y yo en verdad lo había amado, ¿cómo podría ser yo la reencarnación de sus calamidades? Ni siquiera yo merecía ser castigada una y otra vez. Saqué los apuntes de Julieta y comencé a leerlos, los comparé con los míos. Julieta pensaba que, por lo general, el alma regresaba a la vida en el mismo sitio donde había terminado la vida anterior. Aunque no hay pruebas, esto se daba en las historias que había soñado. También había otros datos que llamaban mi atención, como que Roberto estudiara Neurología y Oncología y que Salvador hubiera muerto por un tumor cerebral. Salvador había estudiado Medicina Crítica, cuando Antonio había muerto desangrado. Y luego estaba Elena, que había sido violada, y Julieta que temía a los hombres y no creía en ellos. Giselle se había matado con su hijo en el vientre y a Joséphine le habían arrebatado a su hijo. Y para cerrar con broche de oro, Salvador Trejo, el hijo que tanto había deseado Salvador Luna y que nunca conoció en su vida anterior, ahora en ésta, mantenían una relación muy estrecha.

Quizá Roberto y yo éramos algo así como almas gemelas. El nuestro era un amor que había vivido a través de los años. Que había nacido en cada vida ¿Cuántas personas tienen la dicha de encontrarse con su alma gemela?, ¿Cuántas veces, la vida nos da la oportunidad de volver a amar a nuestra alma gemela?, ¿cuántas veces más tendría ésta oportunidad?, y si Julieta, Joséphine o Giselle estuvieran en mi situación, ¿se hubieran mantenido lejos de él?, o hubieran luchado por su amor. ¿Realmente podría existir un alma gemela?

La vida no me castigaba por lo que había hecho antes y el destino no se empeñaba en separarnos. La vida me regalaba otra oportunidad para disfrutar del amor, era buena conmigo y una y otra vez había intentado reunirnos, pero las circunstancias nos habían alejado, o quizá no estábamos listos y todavía temíamos cosas por aprender, y quizá ésta era nuestra última oportunidad. Continué leyendo y me fijé en una frase que había encontrado sobre la reencarnación,

que decía que todo en el mundo se manejaba por ciclos y por eso nacíamos otra vez después de morir. También leí que volvíamos a la tierra cuantas veces lo necesitáramos hasta purificar nuestra alma. Entonces, si todo se manejaba por ciclos y Roberto había regresado a Europa, donde todo había comenzado, entonces podría ser que su ciclo estuviera por terminar. El volvía al lugar donde su existencia había comenzado, ¿sería ésta mi última oportunidad de ser feliz con él?

Tomé mi teléfono y le llamé al doctor Trejo. Le pedí los datos de Roberto y él me dio su dirección y el número de su departamento en Madrid. Hice trámites, visa, pasaporte y luego me dirigí hacia la universidad para darme de baja ese semestre y recolecté los papeles que pude, fui al banco y saqué dinero. Me llevó más de una semana el estar lista para partir. No me despedí de nadie, compré el boleto de avión sencillo hacia Madrid, preparé mis maletas y me puse aquellos aretes de amatista que antes no me había atrevido a usar. Guardé los escritos de Julieta en mi bolsa de mano y salí de mi departamento. Fui hacia el aeropuerto en taxi. Ya en la sala de espera, tomé mi celular y busqué a Roberto por insta, hacía meses que había dejado de seguirlo y no podía ver nada de él, El Facebook hacía meses que no lo usaba, no tenía forma de ver de lo que se trataba su vida en ese momento. Saqué la libreta de Julieta y me dirigí hacia la última página que ella había escrito, di vuelta a la hoja y escribí “La Quinta Vida” a manera de título en la primera hoja vacía y debajo continué escribiendo:

“A través del tiempo he cometido muchos errores y con cada error he tenido una lección, y con cada lección he aprendido algo diferente. Y cada lección me ha servido para ser una mejor persona. A lo largo de nuestra existencia, la misma vida nos va enseñando a valorar las cosas más importantes, a preocuparnos por mejorar lo que podemos cambiar y aceptar las cosas que no está en nuestras manos controlar.

Hoy es quizá el día más importante de mi existencia, hoy he tomado una decisión, me he dado cuenta de la verdad de mi vida. Ahora sé qué es lo que necesito para llegar a la felicidad y la voy a alcanzar. Veo que por una u otra razón siempre me he hecho a un lado, he dejado que la vida o los demás decidan por mí. El y yo volvemos a encontrarnos una y otra vez, pero entre nosotros hay colocada una barrera que al final de cuentas nos vuelve a separar. El pretexto para alejarnos nunca es el mismo, aunque siempre logra su objetivo. No esta vez, estoy dispuesta a todo por volver con él y por lograr lo que tantas veces he perdido. Ahora lo puedo ver todo con más claridad, el destino no es quien rige nuestras vidas, el destino es determinado por diferentes circunstancias, controlables y no controlables. También influye el ambiente en que nos envolvemos, la gente que nos rodea, nuestros valores, nuestra sociedad y lo más importante, nuestras propias decisiones y nuestras acciones por alcanzar lo que tanto deseamos, nuestra capacidad de seleccionar lo que vamos a dejar que influya sobre nuestra vida y lo que no y nuestra tenacidad para lograr nuestras metas, porque somos nosotros mismos los que formamos nuestro destino. Mientras escribo, en mi mente no habita la idea de fracasar, no en ésta ocasión y si fallará, ya sé que más adelante tendré otra oportunidad.”

Era momento de escribir mi propia historia, lo que hubiera pasado con vidas anteriores ya no me afectaría más, el destino, el karma, la reencarnación y todo lo demás podían irse al diablo, tenía mi vida y mi destino en mis manos, ésta sería mi oportunidad de alcanzar lo que tanto anhelaba.

El vuelo hacia Madrid salió puntual, durante el trayecto me sentí muy ansiosa, no podía dejar de pensar que lo volvería a ver. ¿Cómo estaría él? ¿Me aceptaría? Durante el vuelo me resistí a dormir, temía soñar algo nuevo que me hiciera arrepentirme de ésta decisión. Entonces, recordé la llamada que días antes le había hecho al doctor Trejo, él se había mostrado muy emocionado al escucharme decir que pensaba ir a Madrid a buscar a Roberto, también recuerdo que cuando le pregunté si sabía algo nuevo de él, durante un rato el doctor se quedó callado y temí que me estuviera ocultando algo.

—¿Qué pasa? —le insistí.

—No, nada —respondió—. Me da gusto saber que por fin te has decidido a buscarlo.

—Sólo espero que él todavía me quiera y esté dispuesto a perdonarme.

—No temas Regina, no dejes que nada te obligue a retroceder. Lucha por lo que amas —dijo para darme ánimos—. Y Regina, me encantaría que me contaras cuando se reconcilien.

La llamada con el doctor me había ayudado a sentirme segura y saber qué hacía lo correcto. Al llegar a Madrid me sentí un tanto desubicada, aunque tenía la dirección de Roberto a la mano no sabía hacia dónde dirigirme pues nunca antes había estado ahí. Tomé un taxi y le entregué el papel con la dirección de Roberto. Quería llegar allí, aunque sabía que todavía no lo vería. Eran los doce del día, él debía de estar en una escuela o en el hospital. Después de media hora de camino en automóvil, el taxi paró cerca de una plaza muy alegre, a la que el taxista llamó como la plaza del Sol, y luego, unas cuadras hacia adelante, me señaló un edificio hecho de piedra, me dijo que ese era el edificio donde se encontraba el departamento de la dirección que yo buscaba. Tomé mis maletas, bajé del taxi y entré en el edificio. Como no había nadie en recepción, caminé hacia el elevador y subí hasta el tercer piso, salí de allí y di la vuelta hasta el final del pasillo. Me paré enfrente del departamento 3 F y sin dudarle toqué el timbre de la puerta, pero después de un rato tocando, nadie me abrió. No importaba, esperaría en la puerta de su departamento hasta que él llegara, acomodé mis maletas y me senté junto a la puerta, saqué los apuntes y continué escribiendo.

Ya habían pasado como tres horas, cuando escuché que se abría la puerta del elevador, enseguida puede escuchar su voz, la hubiera reconocido en cualquier parte. Mi corazón brincó dentro de mí y comenzó a palpar, latía con mucha fuerza y podía sentir mi pulso en la garganta. Roberto se rio a carcajadas y recordé su singular alegría, luego dijo algo que no entendí y de pronto pude escuchar otra voz que le contestaba, era la de una mujer. Me sentí una estúpida, solté la libreta y me levanté del suelo en un brinco, él no estaba solo. En ese instante dieron vuelta por el pasillo quedando enfrente de mí. La emoción por verlo otra vez era sofocada por la imagen de la mujer bonita que lo acompañaba.

Roberto estaba cada vez más cerca de mí, tan guapo y elegante como siempre, caminando con paso ligero, acompañado por el aroma de su perfume, que podía sentirse hasta donde yo me encontraba. El reía y llevaba metidas las manos dentro de las bolsas del pantalón, lentamente levantó la cara y clavó sus ojos azules en los míos. Al mirarme se quedó petrificado dejando de caminar. La mujer que lo acompañaba le habló al oído y él mencionó mi nombre. Ella lo tomó del brazo y me miró amenazadora. Aunque no nos conocíamos, parecía que mi nombre no le había sido indiferente.

—¿Tú la invitaste a venir? —ella le preguntó a Roberto cuando quedaron enfrente de mí. El negó con la cabeza, sin levantar los ojos de mi rostro. Tenía el ceño fruncido y sus cejas oscuras hacían más profunda su mirada. Roberto apretaba los labios y los músculos de su mandíbula se tensaron. Parecía molesto y tuve miedo de su respuesta. Algo me decía que él no me la pondría fácil. Por un momento deseé ser capaz de meterme dentro de mis maletas y desaparecer.

—Roberto, yo... —titubeé— nunca pensé que tú... no estuvieras solo —le dije y la voz se me quebraba. Tenía seca la garganta, no hubiera querido parecer tan nerviosa, pero lo demostraba abiertamente en ese momento. Avergonzada bajé el rostro y deseé con todas mis fuerzas salir corriendo y llorar y gritar. Entonces recordé a dónde me había llevado mi cobardía y que si había llegado hasta Madrid no era para darme por vencida, sino para luchar por ser feliz y para defender mis sentimientos. Levanté el rostro y los miré de frente a los dos. Ella sólo me miró de reojo sobre su hombro y metió su mano dentro del pantalón de Roberto, sacó unas llaves y luego lo besó en la mejilla y le dijo algo en secreto. El contestó con una sonrisa torcida y le devolvió el beso en la mejilla. Ella pasó su mano sobre el pecho del hombre de mi vida y él le dio un apretón en el brazo, sentí muchos celos. Pero yo lo había dejado ir y ahora él le pertenecía a otra mujer,

otra que en mi cara lo besaba y acariciaba y que le metía la mano en el pantalón y le hablaba al oído, que lo trataba como si fuera suyo, alguien que nunca debió de dejar de ser mío. Recordé que debía ser fuerte y luchar, así que bajé la mirada evitando ver más de su despedida y en cuanto ella entró puse mis ojos en él. Él miró de reojo en dirección a la puerta abierta sin sacar las manos de su pantalón y despegó los labios. Respiró.

—Roberto —lo llamé de nuevo pensando que él no pensaba emitir sonido. Lentamente movió los ojos en dirección a mí, deseaba abrazarlo, escucharlo decir que todavía me amaba y me perdonaba, entonces tragué saliva y continué hablando—. Veo que ya tienes a alguien —él movió la cabeza hacia un lado y se encogió de hombros—, primero pensé en irme. ¿Qué caso tiene intentar algo si ya amas a otra? —él me mantuvo la mirada sin parpadear—, pero no, he venido hasta aquí porque te amo y aunque ya no sirviera de nada, necesito decírtelo. Y que sepas que en todo este tiempo no he podido dejar de pensar en ti. Hace ya algunos meses que estoy sola porque me di cuenta que no era capaz de querer a nadie más ni de enamorarme de otro. Todo mi corazón lo ocupas tú y ya no queda espacio para otra persona. El es tuyo, te pertenece.

—Me dijiste que ésta vida no era para nosotros —dijo sin expresión en el rostro—. Ahora estoy con alguien que piensa que la vida fue hecha para ella y para mí, estoy con alguien que me dice que me ama, y que además quiere pasar todo su tiempo conmigo. Ahora veo que la vida es justa, cada quien cosecha lo que ha sembrado —al escucharlo tomé un gran trago de saliva y apreté los labios para no llorar, pero mis ojos me traicionaron. Yo lo amaba, y sus palabras me habían lastimado.

—¿Eso es lo que tú realmente piensas? —le pregunté con la voz ronca y él bajó la mirada.

—Bueno, pienso que hay que luchar por lo que de verdad queremos y no me pareció que estuvieras dispuesta a hacer a un lado a nadie por mí —me dijo y se quedó callado. Tomé una de mis maletas con la intención de irme y por un momento me quedé parada, helada y deseando que él no me dejara ir, pero no se movió. Entonces solté la maleta y lo miré de frente.

—Tienes razón —le dije después de sentirme mejor—, yo he cometido muchos errores, hice las cosas mal y he trabajado para quedarme sola. Me lo merezco. Pero todavía me queda vida por delante y todavía no estoy cosechando, te sigo amando y he venido hasta aquí dispuesta a recuperarte. Pero si no me quieres más, si quieres que me vaya y no me vuelva a acercarme nunca más a ti, pídemelo, dime que no me amas y que quieres que me vaya. Pero, si todavía quedara una leve esperanza para mí en tu corazón, entonces no me digas nada —concluí y él me miró con ojos fríos, tragó saliva y despegó los labios, pensé que hablaría y fruncí los ojos con dolor. Roberto respiró a través de su boca y exhaló, tomó mi mano y la colocó sobre su pecho, sobre su corazón. Luego tomó una pluma de la bolsa de su camisa y escribió en la palma de mi mano: “todavía” y debajo un número de teléfono. Luego me soltó y caminó hacia el departamento y entró. En aquel momento no lo tendría conmigo, pero todavía había la esperanza de recuperarlo. Memoriceé aquel número en mi mano, tomé mis maletas y me fui, cuando salí a la calle miré en dirección a su edificio, buscando entre las ventanas cuál sería la de su departamento y ahí estaba él, mirándome desde arriba a través de la ventana. Levanté la mano y me despedí de él. Subí en un taxi y le pedí me llevara al hotel más cercano en aquella zona. Quedaba a sólo tres cuadras, por el momento, estaba más cerca de él que el día anterior.

Ya dentro de la habitación del hotel, saqué algunas de mis ropas de la maleta, encendí mi computadora y les escribí un email a mis padres y hermano donde les decía que me había ido a Madrid. Aquella noche, me acosté pensando en Roberto con libertad.

En la mañana siguiente caminé un rato por la plaza del sol, dándole vueltas y vueltas a la plática futura que tendría con Roberto. Por inverosímil que fuera, le contaría de mis sueños y de

Julieta y le diría que me había alejado de él para no lastimarlo. Yo sabía que nuestro fracaso en otras vidas no podía ser una excusa válida, difícilmente lo comprendería. Pero no le ocultaría nada. Después regresé al hotel, era momento de hablarle. Saqué un papel donde había apuntado su número y marqué desde el teléfono del cuarto del hotel.

—¿Diga? —preguntó al otro lado del teléfono.

—Roberto, soy yo, Regina. ¿Podemos hablar?, ¿podemos vernos? —pregunté con desesperación.

—Sí. ¿Cuándo? —preguntó con voz seca.

—Por mí ahora mismo. Pero no sé si tú puedes.

—Mira, ahora estoy en clase, en tres horas debo salir a comer, pero por lo general no lo hago solo. Déjame ver si puedo en la tarde, dame tu número y te marco al rato.

—Mi celular es el mismo, ¿borraste mi contacto?

—No, lo debo tener —respondió dudoso y enseguida le di el número de teléfono del hotel y me quedé esperando toda la tarde su llamada hasta que me quedé dormida. En la madrugada me desperté llena de ansiedad, giré sobre mi cama sin conseguir dormir de nuevo hasta que cansada de dar vueltas decidí continuar escribiendo. Busqué entre mis cosas la libreta de Julieta, la última vez que la había utilizado había sido mientras esperaba que llegue Roberto y era momento de volver a escribir. Pero la libreta no estaba en ninguna de mis maletas, busqué y puse de cabeza toda la habitación, pero la libreta no estaba allí. Posiblemente se me había caído en el taxi o en el edificio donde vivía Roberto. Deprimida por haber perdido aquella libreta, decidí darme un baño de agua caliente y al salir de la ducha el teléfono de mi habitación sonó. Miré hacia el reloj, ya eran las nueve de la mañana.

—¿Sí? —contesté.

—Disculpe, aquí abajo hay una persona que la busca, se la comunico —dijo una mujer.

—¿Regina?, soy yo, ¿puedo verte? —preguntó Roberto.

—¿Bajo o prefieres subir? —pregunté.

—Yo subo —contestó inmediatamente, le di el número de mi habitación y enseguida colgó el teléfono. Unos minutos después alguien llamó a mi puerta y en ese momento abrí. Apenas lo vi, me sentí morir. Me hice a un lado para darle paso y en cuando cerré la puerta me paré frente a él. Lentamente me acerqué y pasé los brazos por su cintura y acerqué mi rostro al suyo. Roberto se inclinó hacia mí y lo besé. No puso ninguna resistencia, también me abrazó y me besó, podía sentirlo, él también me amaba. Luego colocó sus manos sobre mis hombros para separarse de mí y por un rato me miró—. Regina, dime algo, ¿Si sabías que me amabas cuando me dejaste, por que estabas tan decidida a alejarte de mí?

—Pensé que estando contigo te haría daño —él bajó las cejas y movió los párpados, curiosamente parecía entender a lo que me refería—. Quizá no me comprendas, pero si me dejaras hablarte de esto...

—No tienes que explicarme nada —me interrumpió y sacó de una bolsa de papel el libro de Julieta y me lo entregó—, aunque no estoy de acuerdo, ahora entiendo muchas cosas —él levantó mi rostro tomándome por la barba y me besó. Dejé caer el libro al suelo y me abracé de su cuerpo.

—¿Lo leíste? —pregunté.

—Sí —dijo apenado—. Reg, oye esto. Hace más de dos años, un poco antes de que nos viéramos por primera vez en México —comenzó a explicarme y asentí con la cabeza dándole a entender que comprendía el momento al que se refería —bueno, pues yo fui a Tepoztlán con Gabriela, ella quiso acercarse a un mercadito en la plaza principal y por un momento nos

separamos. Yo me acerqué a un puesto de aretes y pulseras de diferentes piedras, había un par de aretes como los que traes puestos que me gustó mucho y los tomé, quería dárselos a Gabriela. En eso, un hombre mayor se me acercó y me dijo que esos aretes eran para alguien especial que pronto iba a conocer y me los quitó de las manos. Lo extraño fue que cuando giré la cara para reclamarle por haberme quitado los aretes, él había desaparecido y los aretes también. Nunca se lo dije a nadie, la gente pensaría que estaba loco. Ayer que te vi en mi departamento, me llamó la atención que tuvieras puesto el mismo par de aretes que tiempo atrás me había quitado aquel hombre. Luego, cuando te fuiste, vi que dejaste esa libreta tirada en el suelo. La recogí para entregártela en otro momento, pero al abrirla me di cuenta que no estaba escrita con tu letra. Ayer en la noche comencé a leer las primeras líneas y continué leyendo sin parar, hasta no terminarlo no me dormí. Supongo que esas historias son los sueños que te atormentan —afirmé con la cabeza—, pero es otra la mujer que habla de ellos ¿cierto?

—¿Recuerdas aquella noche del hospital? Yo quería ir a Tepoztlán por qué en un sueño, llevaba éste libro allí. Pero ni siquiera sabía de la existencia de él.

—No tengas miedo —dijo acariciándome el brazo— ésas personas no son nosotros. Vamos a poder mantenernos juntos.

—Entonces, ¿me perdonas? —pregunté y él me besó de nuevo en los labios mientras apretaba con sus dedos mi barbilla—. ¿Así nada más?

—Así nada más. Te perdono —respondió con una pequeña sonrisa. Exhaló suavemente y se inclinó hacia mí—. No tengo ninguna duda sobre lo nuestro —me susurró al oído.

—Pero muchas veces te lastimé antes —lo miré apenada, él apretó los labios y me miró en silencio. Se encogió de hombros moviendo la cabeza hacia un lado.

—Si, pero ahora te tengo —respondió acariciándome la oreja— y también te quiero agradecer.

—¿Por qué? —pregunté sin entender.

—Por haberme amado siempre, por verme con los ojos que me ves, por haber estado a mi lado, pero más que nada, por regresar ahora. Regina te amo y siempre te amaré —Roberto pasó sus manos debajo de mi blusa y sobre la piel de mi espalda, sus dedos rozaron mi piel. Pasé mis brazos sobre sus hombros y él me sonrió con aquella mirada que me volvía loca en cada sueño y en la realidad. Roberto me tomó en sus brazos y me cargó, caminó hasta la cama y me acostó sobre ella.

—Pero Roberto, ¿qué pasará con la mujer que te acompañaba?, ¿no es ella tu novia? —quise saber.

—Nada formal, Reg —dijo mirándome a los ojos y se inclinó para besarme el cuello.

—Me pareció que había mucha confianza entre ustedes, ¿le contaste de mí? —insistí en el tema. Roberto puso los ojos en blanco y me besó la punta de la nariz.

—La conocí un día que había tomado mucho —me dijo y me besó los labios—. Por supuesto que le hablé de ti —el volvió a besarme y comenzó a jugar con un botón de mi blusa—, y después de haber desahogado mis penas, los dos nos consolamos mutuamente. También ella estaba sola y tratando de ocupar un vacío.

—Rápido encontraste mi reemplazo —le dije queriendo parecer enojada y apreté con mi mano la suya que jugaba con mis botones. Roberto sonrió y me besó la mano. Luego me miró a través de las pestañas con gesto extraño.

—Regina, no digas tonterías. Yo seguía esperando tu regreso —comentó entornando los ojos.

—¿Mi regreso? —pregunté divertida ante su gesto.

—Si, tu regreso. “Tu regreso tiene tanto que ver contigo y conmigo —me habló suavemente—,

que por cábala lo digo y por las dudas lo canto. Nadie nunca te reemplaza, y las cosas más triviales, se vuelven fundamentales, porque estás llegando a casa”. Mario Benedetti —dijo guiñándome el ojo. Roberto se recostó junto a mí y me besó la boca y el cuello, bajó su rostro y jaló de mi camisa para destaparme el hombro donde colocó un solo beso.

—Sigue —le pedí. El me miró con una sonrisa pícaro y rozó los labios sobre mi hombro.

—“Pero venís y es seguro —me besó el cuello—, y venís con tu mirada —me besó el lóbulo de la oreja—, y por eso tu llegada hace mágico el futuro” —cuando paró la estrofa, me miró sonriendo y coloqué un dedo sobre sus labios haciéndolo callar.

—No te detengas —le pedí y él sonrió con malicia mordiéndome el dedo. Lo zafé de sus dientes y él se movió sobre la cama colocándose sobre mí y se inclinó para volver a besarme, sus dedos bailaban sobre mi blusa hasta desabotonarla por completo. Tomé la tela de su camisa y jalé de ella sacándosela de su pantalón. El me ayudó levantando los brazos para deshacerse de ella y mis ojos fueron sobre él al ver su dorso desnudo. Roberto tomó una de mis manos y la guio hasta su pecho, rocé los vellitos que cubrían su piel suavemente bajando hasta llegar a su abdomen y ahí me detuve. Le besé los hombros y el cuello, y su olor era el más delicioso que hubiera sentido jamás.

Él pasó su nariz sobre mi mejilla y moví el rostro buscando su boca, en cuanto él lo notó me apretó con fuerza contra su cuerpo y me besó los labios. Bajó las manos hasta mi cintura y me desabrocho el pantalón, su mirada sobre la mía sólo me mostraba pasión. Bajó el rostro y me besó el cuello, los hombros y bajó hasta que llegó a mi cintura. Luego levantó las cejas y me miró a los ojos a la expectativa y le sonreí. El me devolvió la sonrisa y avanzó hacia mí cara, sus ojos de gato me tenían atrapada. Lo abracé con las piernas y apreté su cuerpo contra el mío, él comenzó a mover sus caderas sobre la mías y los dos transpirábamos—. ¿Estás bien? —preguntó.

—Nunca había estado mejor —respondí en un suspiro y lo atraje de nuevo hacia mí. Roberto puso las manos sobre mi cuerpo y otra vez me besó y fue bajando, esta vez avanzó más que la vez anterior. Nos arrancamos del cuerpo lo que nos quedaba de ropa y nos miramos desnudos. Roberto tomó mi mano y la acercó a su abdomen, suavemente la movió hasta llevarla hacia donde él deseaba y me dejó sin aliento.

Tantos años, tantas vidas, tantas decepciones, tanto dolor, tanto amor... en aquel momento los dos nos entregamos a nuestros deseos. Nuestros sentidos tomaron las riendas de la situación y obedientes nos dejamos llevar. Ya no quería pensar más, sólo quería poder sentir este amor en cada pedazo de piel, en cada poro y en cada uno de mis dedos. No había nada entre nosotros, sólo amor, deseo y pasión. Esa noche lo ame una y otra vez hasta que nos cansamos los dos. Cuando terminamos, Roberto me besó y luego se quedó dormido a mi lado, por un rato lo miré dormir. Me sentía muy inquieta y feliz, la alegría no cabía dentro de mí. Me levanté, tomé la libreta y comencé a escribir:

Doy gracias a la vida que me regaló la oportunidad de unirme de nuevo a él, ahora veo que el destino no se burla de nosotros, él se empeña en vernos unidos. Roberto siempre fue para mí y yo para él, ahora por fin voy a ser feliz, lo sé porque estamos juntos. La vida nos había enseñado muchas cosas buenas a lo largo de nuestra existencia, el amor, la pasión, la amistad, la lealtad, él perdón, la tenacidad; de ahora en adelante utilizaríamos nuestras vidas para aprender una nueva lección: la felicidad. Ahora sé que la vida nos pone muchos caminos para llegar a aquello que nuestro corazón más anhela, sólo tenemos que ser valientes y luchar.

Fin

Rossana Colomé Z

